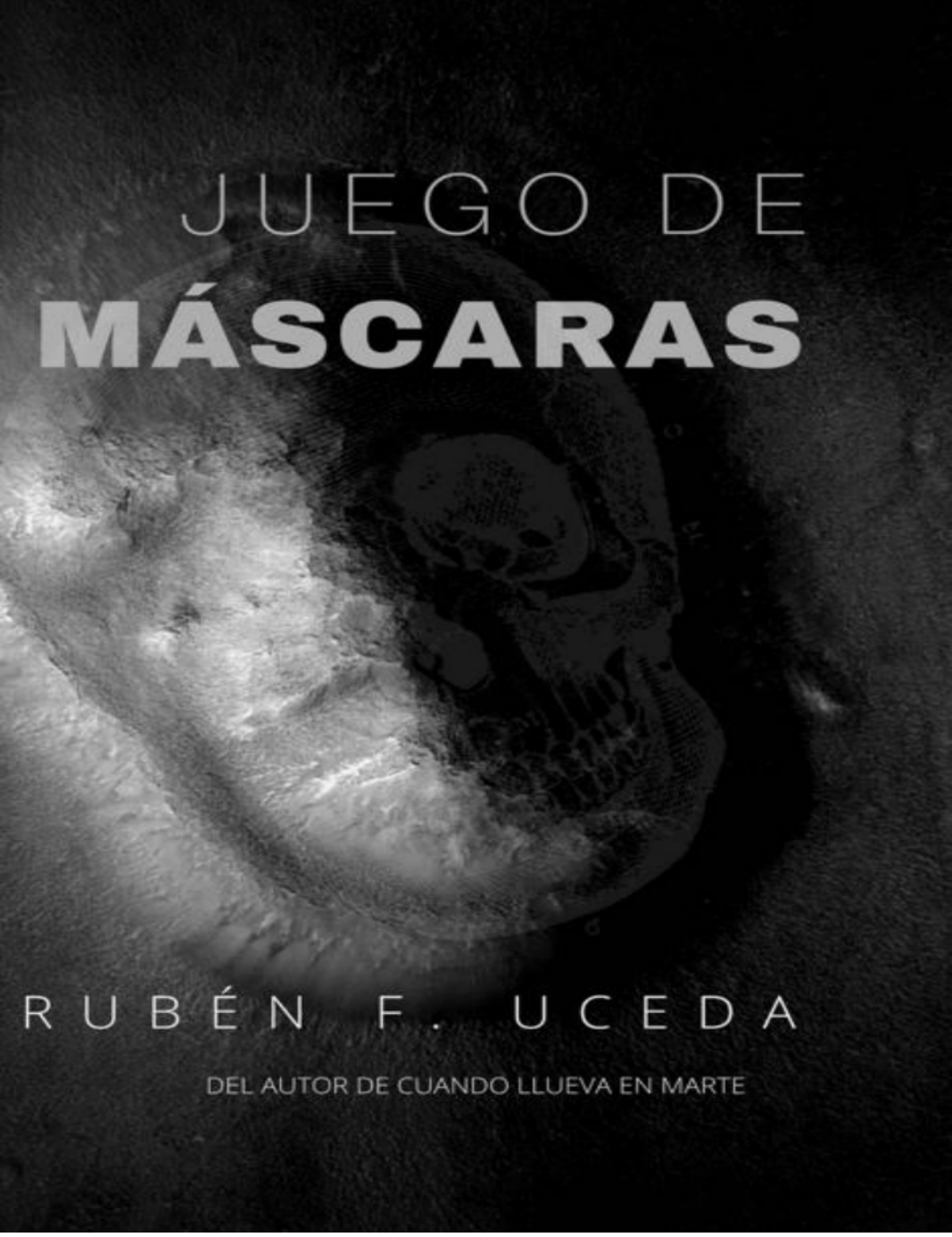
JUEGO DE MÁSCARAS



RUBÉN F. UCEDA

DEL AUTOR DE CUANDO LLUEVA EN MARTE

Juego de máscaras

A mi familia.

1

—Mira lo que has hecho —dijo con la voz distorsionada debajo de la máscara de papel al tiempo que se agachaba—. Si te sigues moviendo de esa forma sólo conseguirás hacerte más daño, florecilla.

La mujer se convulsionó con fuerza en la cama haciendo chirriar la estructura metálica de la misma. Intentaba sin éxito soltarse de las correas que la mantenían tumbada en ella. Él, su raptor, se levantó después de recoger el cuchillo, de hoja ancha y afilada, que se le había caído. La máscara blanca que le cubría el rostro no tenía apenas rasgos. Al verle, ella volvió a gritar, pero su voz apenas atravesaba el trapo que la amordazaba. Contuvo el aliento cuando sintió el frío filo del cuchillo sobre su muslo desnudo. Recorrió con él la piel de la joven mientras andaba bordeando la cama.

La joven sollozaba sin lágrimas, no le quedaban y le ardían los ojos. Abiertos como platos observaban al hombre mientras la rodeaba. Él andaba despacio con el cuchillo en contacto con su piel. Ella temía que lo usara, y al mismo tiempo la espera le resultaba insoportable.

—Tus faltas no se van a expiar con lágrimas y ruegos —dijo el de la máscara—. Hay que hacer un sacrificio mayor. Y yo sé que tú quieres darlo, pero tienes miedo. Es normal.

La mujer seguía paralizada. El cuchillo había viajado subiendo desde el muslo hasta el estómago, y de allí hasta el brazo izquierdo, donde se detuvo a la altura del codo. Con la mano libre, el hombre agarró el rostro de la mujer. Pegó la mejilla de su blanca máscara contra la de ella para hablarle al oído.

—Pero yo puedo salvarte —susurró con voz profunda—. Dime, ¿te arrepientes de lo que has hecho?

La mordaza le impidió contestar pero pudo asentir con la cabeza y no dejó de hacerlo hasta que él levantó la suya. De pie junto a la cama, sonrió complacido sin que ella pudiera verlo detrás de la máscara que le tapaba el rostro.

—Así me gusta, florecilla —le dijo—. El señor Ceniza te perdona.

Con un movimiento rápido, levantó el ancho cuchillo y asestó un terrible tajo a la joven. Fue preciso y contundente. Le había seccionado el brazo izquierdo, incluso el hueso, a la altura del codo. Ella lo levantó, la mitad que aún conservaba, y un reguero de sangre le salpicó las piernas. Víctima de un insoportable dolor volvió a convulsionarse.

“Ahora resiste” pensaba él, “no te desmayes aún”.

No perdió un segundo y colocó la punta del cuchillo sobre el centro del pecho desnudo de ella. Lo dejó ahí un instante, saboreando el momento. Miraba de forma fija a los ojos de ella y cuando estos le devolvieron la mirada, llena de terror y segura de su muerte, él apretó con fuerza. La afilada hoja de metal penetró la carne y se hundió hasta el mango.

—Es suficiente —susurró a su oído, pero ella estaba muerta y tenía la mirada perdida en el techo—. El señor Ceniza está satisfecho contigo.

Sintió el olor de la sangre, metálico y denso. Se había encharcado en el suelo y las paredes estaban salpicadas de ella. Pero a sus ojos eran manchas grises brillando sobre las paredes de metal. La piel de la joven también era gris, como su pelo. Le quitó la peluca descubriendo tras ella el cabello rubio que le cayó sobre los ojos, abiertos pero sin vida.

Disfrutó de ese momento en el que el silencio sólo era roto por las leves gotas sobre el suelo de metal. Pero no podía recrearse más en ello. El sacrificio estaba consumado y urgía pasar a la siguiente etapa. En su cabeza tenía claro cómo actuar y debía darse prisa.

****

Era medianoche en la colonia de Marte. La bóveda que cubría la avenida Spirit Crusader se mostraba plagada de brillantes estrellas, pero abajo, en el suelo, ninguna de las farolas del alumbrado funcionaba. En medio de aquella oscuridad, el inspector de la policía, Nicklas Magnussen, atravesó la calle a la carrera, hasta alcanzar la esquina del otro lado y esconderse con la espalda pegada a la pared. Allí, María Roseau le estaba esperando. La joven, de nariz aguileña y cara afilada, no parecía estar muy contenta. Él no sabía qué había hecho mal esta vez.

—¡Joder, Nick, que los tenemos ahí delante! —dijo enfadada—. Si te llegan a ver lo mandas todo a la mierda.

—No me estaban mirando —contestó muy seguro—. Controlaba la situación con mi ojo derecho. Son cuatro, tres hombres y una mujer. Uno de ellos es Vitrov y a su lado un hombre le acompaña portando una bolsa. Ahí deben llevar la droga. Estoy seguro de que esconden armas debajo de la ropa. Se nota por los bultos. Y aunque la mujer sólo lleva minifalda y top, también va armada. He visto que la esconde en su bota izquierda. Le sobresale el mango de un faser tipo compacto.

Roseau se quedó con la boca abierta. Sin haber salido aún de su asombro asomó la cabeza por la esquina de la calle. Al fondo sólo se veía una oscuridad absoluta.

—Por más que me enseñas las habilidades de ese ojo biónico

tuyo, sigo sin creerlo —dijo—. ¡Cómo coño has visto que llevan armas si no se ve ni quién está ahí delante!

—Práctica —contestó de buen humor.

Nicklas sacó su dispositivo de mano. Se lo puso en la oreja para hacer una llamada en modo audio.

—Vitrov está en escena —empezó diciendo—. Hay dos hombres y una mujer. Todos armados. Que los neutralicen si intentan algo. Alain y su equipo de asalto entrarán por la derecha de la calle y que los drones bajen desde la azotea a mi señal. ¿Entendido?

Desde el otro lado del aparato se confirmó la información y colgaron.

María Roseau se había puesto unas gafas de visión nocturna y amartillaba su fusil de partículas. Ataviada con el uniforme y un chaleco anti-impactos, parecía dispuesta para ir a la guerra. Por su lado, Nicklas sólo llevaba el chaleco por encima de una vieja chaqueta marrón. La corbata negra estaba desanudada dejándole el pecho descubierto. Su aspecto era inapropiado y María estaba harta de repetírselo, pero él era su superior y podía tomarse esa licencia. Por otro lado, Nicklas no iba a cambiar a estas alturas de la vida.

El inspector sacó su arma. Al contrario que su subordinada, él sólo llevaba un faser compacto. Gracias a su visión mejorada no necesitaba más para neutralizar a cualquiera.

Dio la señal por su dispositivo de mano y él y Roseau salieron a la calle a la carrera. Mientras avanzaban en la completa oscuridad, los drones, cuadricópteros de un metro de largo, iluminaron con sus focos la escena que tenían debajo. En un abrir y cerrar de ojos, los aparatos habían bajado a la calle y rodeaban al grupo de cuatro personas. Uno, el que llevaba una bolsa de deporte grande, la arrojó al suelo y sacó un fusil de partículas. Encañonó con el arma a los drones. Al tiempo que éstos les daban el alto, él disparó y derribó a uno. El grupo de asalto apareció justo en ese momento abatiendo al hombre armado. El cabecilla del grupo, Vitrov, se tiró al suelo con las manos en la cabeza. Él era listo, un criminal con experiencia y que sabía lidiar con la justicia. Los demás no lo eran tanto. El que acompañaba a la mujer salió corriendo. No llegó muy lejos porque los agentes le dispararon con sus armas paralizantes. Quedó tumbado en la acera mientras los drones le enfocaban. La mujer tuvo más suerte y pudo entrar en el edificio que tenía a su espalda. Sin embargo, era una huida inútil, no tenía donde ir.

Cuando Nicklas y Roseau llegaron, los drones iluminaban tanto el lugar que parecía de día. El grupo de agentes especiales ya había esposado a los tres hombres. Uno de ellos había sido apartado. Era Vitrov. Tenía la cabeza rapada dejando ver una gran cicatriz que empezaba a un lado de la frente y subía hasta la coronilla. Sonreía

delante de un hombre uniformado que le estaba interrogando. Al notar que Nicklas estaba a su espalda, el agente se volvió.

—Inspector Nicklas —saludó Alain Dalmas—. Por fin te unes a la fiesta.

"¿Fiesta?" pensó Nicklas indignado. "En todo caso sería mi fiesta, ésto lo he organizado yo".

—Inspector Alain —saludó conteniendo el enfado—. Creía haberle dicho que interrogaran a Vitrov en la comisaría. Además, aún tenemos que atrapar a la mujer.

Miró al edificio donde ella había entrado. Se parecía a todos los que tenía alrededor. Tres alturas, paredes lisas, poco decoradas y sin balcones. Una docena de drones subían y bajaban asomándose a las ventanas para encontrarla, mientras que los policías de asalto estaban junto a la puerta del edificio.

—Te preocupas demasiado. Está rodeada y mi equipo de asalto es el mejor que existe. Es cuestión de tiempo que se rinda.

Alain seguía fanfarroneando de su equipo cuando se oyó un ruido de cristales rotos. Desde una ventana del tercer piso, la mujer que había escapado blandía un pequeño faser de mano apuntando a la calle. Nicklas se volvió hacia Roseau. Ella y varios de sus hombres estaban al descubierto en medio de la calle. Eran blancos bien visibles gracias a los focos de los drones. La criminal hizo dos disparos y los haces de luz impactaron cerca de la posición donde estaban los agentes de asalto, junto a la entrada. Nicklas gritó para que todo el mundo se pusiera a cubierto. Alguien contestó el fuego pero no podían darle estando ella tan alto. Los agentes corrían por la calle, incluida Roseau, que dirigía a un pequeño grupo de ellos. Quedaban Nicklas y los tres agentes que custodiaban a Vitrov, incluido el propio Alain. Nicklas iba a gritarles para que se marcharan cuando la mujer volvió a disparar. Esta vez las ráfagas de su faser hicieron saltar chispas cerca de ellos. Sólo Nicklas, a través de su ojo derecho, podía ver a la atacante. No quería matarla ni tampoco amputarle la mano, así que cambió el modo de su arma a impulso de aturdimiento. En el momento que ella se movió dejando parte de su axila al descubierto, abrió fuego. Su disparo impactó de forma precisa en el blanco y ella cayó abatida dentro del edificio.

—¡Joder, Alain! Te dije que os llevarais a Vitrov a...

Tuvo que detenerse. Los dos agentes que acompañaban a Vitrov le habían soltado y estaban junto al cuerpo tendido de Alain en el suelo. Nicklas también se acercó corriendo. Dos enormes quemaduras humeaban sobre el chaleco anti-impactos del inspector Alain. A pesar de ello seguía con vida, y con torpeza el propio Alain lo pudo desabrochar.

—Ha estado cerca —dijo Alain—. Creo que tengo una costilla

rota.

—Gilipollas —le respondió Nicklas—. Podrías haber muerto.

Pero el otro no escuchaba. Le hizo un gesto a sus subordinados para que le ayudaran a ponerse en pie. Encarado con Nicklas le sacaba una cabeza a éste.

—Buena puntería, "ojo biónico" —dijo Alain mientras le ayudaban a moverse por la calle.

—Por suerte para ti es mejor que la de esa mujer.

El equipo de asalto entró al edificio y mujer fue arrestada dando por concluida la misión. Los drones se retiraron y todo el equipo de la policía abandonó la escena. Al irse las solitarias calles del Sector 7 fueron engullidas otra vez por las sombras.

Nicklas Magnussen y María Roseau entraron a la comisaría pasadas las 10 de la mañana. Olga, de recepción, les saludó cuando pasaban por su mostrador. A pesar de tener más de cincuenta años se conservaba muy bien, o al menos eso pensaba Nicklas. Ella aprovechó para felicitar al inspector por su puntería. El rumor de su nueva hazaña corría como la pólvora. No le extrañaba. No solían ocurrir muchos acontecimientos como ese en la tranquila colonia de Marte. Y hasta los policías se sentían atraídos por los breves momentos de acción, sobre todo para quienes, como Olga, no sabían lo que era estar metido en ellos.

Entró a su despacho sin siquiera encender las luces y fue directo a sentarse en su sillón tras el escritorio. En ese momento, María Roseau encendió la luz. No se había percatado de que aún le seguía. Aunque ella sólo tenía 27 años, Roseau ya era uno de los mejores agentes de la comisaría y la mano derecha de Nicklas. A él le caía especialmente bien, pero le irritaba que entrara en su despacho sin pedir permiso. Se lo recriminó, pero la advertencia, de nuevo le entró por un oído y le salió por el otro.

—¿Por qué nunca enciendes la luz cuando entras a tu despacho? —preguntó al tiempo que se tomaba la libertad de sentarse.

—Veo bien en la oscuridad.

Nicklas se señaló el ojo derecho y ella se acercó por encima de la mesa del escritorio. Puso su cara cerca de la de Nicklas haciendo que él sintiera su espacio personal invadido. Observaba su ojo, que era idéntico al izquierdo. Incómodo, se apartó de ella recostando su espalda contra su silla. No consideraba a María Roseau una mujer guapa, pero era joven, para nada fea, y con un cuerpo muy atlético. Por si fuera poco sólo llevaba tres años en la colonia y ya se había ganado la reputación de mujer fatal. Sabía de alguno de la comisaría que ya había caído bajo sus encantos y después de usarlo se deshizo de él. No eran pocos los corazones rotos que dejaba a su paso. Era la

mujer más dura que Nicklas jamás se había encontrado.

—Sé que te lo he dicho mil veces —dijo ella— pero siento envidia de tu ojo biónico. ¿Cómo es mirar a través de él? Quiero decir, ¿notas cómo las imágenes se te desdoblan cuando miras por ese ojo?

Se llevó la mano al ojo. A veces lo hacía sin ser consciente de ello.

—Ni yo mismo lo entiendo —contestó—. Es Tobi quien sabe de estas cosas. Pero una vez me dijo que es el cerebro el que ve, no el ojo. Mi implante tiene ramificaciones hasta la corteza visual, o algo así. El caso es que yo veo una sola imagen, pero con mucho detalle. A veces es como acercarse con una lupa aunque yo esté lejos y todo pierde significado excepto donde estoy enfocando. Otras, la visión es periférica, siendo más consciente de todo lo que hay a mi alrededor. ¿Te sirve como explicación?

—No —dijo con brutal sinceridad—. Te explicas fatal, Nick. Y era sólo curiosidad, no necesitaba saber que eso te atraviesa el cerebro. Da un poco de grima.

—Tú preguntaste. ¿Quieres saber más de mi ojo o quieres tratar otro tema conmigo?

Nicklas no quería echarla, pero en horario de trabajo no le gustaba perder el tiempo si tenía algo que hacer. Aunque eso fuera un informe.

—En realidad sí hay algo que quiero saber. ¿Por qué te pusieron ese ojo?

Pero él ya estaba suspirando y con gesto de desaire antes de que Roseau terminara la pregunta.

—Ya hemos hablado de eso. Fue un accidente y ya está, joder. Ahora vete que tengo trabajo.

Tratándose de ciertos temas Nicklas era capaz de pasar de la cordialidad y buen humor a un estado de enfado insoportable. Roseau se puso en pie sin contestar, pero cuando estaba llegando a la puerta del despacho se acordó de algo y se detuvo.

—Mañana por la mañana llega el nuevo. Se llama Sergio, no recuerdo el apellido. Ya sé que me pediste que le enseñara la colonia, pero me acabo de acordar de que es obligación de alguien con rango de inspector hacerlo. Que te diviertas con él, Nick.

Al salir cerró de un portazo.

“Mierda, se ha enfadado” pensó. No era bueno tener a alguien con el carácter de Roseau en contra, aunque también sabía que se le pasaría pronto.

Encendió el ordenador de su escritorio y una pantalla se proyectó en el aire sobre el mismo. Un teclado virtual también se proyectó justo debajo, pero Nicklas prefería dar los comandos por voz. Abrió la ficha del que sería la última incorporación a la familia de

policías de la colonia. “¿A qué pobre desgraciado han mandado a esta roca en el espacio?”.

Sobre la pantalla flotante apareció el rostro de un hombre joven que tenía poco pelo y lo llevaba muy rapado, se estaba quedando calvo. Tenía la cara redonda, muy pálida y los ojos marrón claro. El aspecto de una buena persona, se dijo. “Espero que sobreviva a gente como Roseau”. Debajo de su rostro constaba su nombre, Sergio Guirao, de España. Le pareció extraño que fuera de allí. Se había hecho una imagen propia de los españoles como gente con la piel más morena. Pero él sólo conocía el sur de la península, donde hacía mucho Sol. Al lado tenía su ficha. Se sorprendió al ver que tenía dos carreras relacionadas con la criminología forense. Policía en Murcia. Ni le sonaba dónde estaba eso. Tenía varias menciones como uno de los jóvenes más competentes del cuerpo. Por último miró su asignación en Marte. Contrato de 6 años marcianos, casi 11 convertidos a años terrestres. Como todos los colonos que viajaban a Marte lo hacía con un contrato de tiempo determinado. Nadie vivía en Marte más allá de este tiempo, sólo estaban de paso.

Redactar el informe le ocupó aún una hora más y por fin pudo apagar el ordenador. Bostezó y estiró los brazos antes de ponerse en pie. En el pasillo de la comisaría se cruzó con algunos agentes que habían estado con él en la redada. Terminaban su turno de trabajo, estaban contentos y querían salir a celebrarlo. Invitaron a Nicklas a que se le uniera y estuvo tentado de aceptar, pero era tarde, estaba cansado y Roseau le había dejado claro que ella no atendería al nuevo al día siguiente por la mañana. Declinó la oferta.

—Es una lástima, inspector. Nos encantaría que relatara alguna hazaña de ese ojo suyo. ¡Menuda puntería! Daría lo que fuera por tener uno igual.

—Darías un ojo de la cara, idiota —le contestó su compañero.

Los dos agentes se alejaron riendo a carcajadas. Pero Nicklas se quedó atrás, sin darse cuenta había vuelto a poner su manos sobre el ojo. Se acariciaba con los dedos. “El precio de este ojo...” se quedó pensando.

La plaza del Sector 1, donde estaba la comisaría, era uno de los lugares más concurridos de la colonia. Incluso a las dos de la mañana los autotaxis, unos vehículos autónomos y el principal medio de transporte de la colonia, circulaban en su periplo sin fin. Sólo se detenían cuando les paraba un cliente o cuando necesitaban mantenimiento en alguno de los hangares de la colonia. Era viernes, lo que significaba que mucha gente salía de fiesta al no tener que madrugar al día siguiente. Como a Marte sólo se podía llegar con un contrato de trabajo y tras haber superado innumerables pruebas

físicas, la mayoría de la población eran adultos jóvenes y sin compromiso. No era normal dejar a una familia a millones de kilómetros de distancia y sin posibilidad de volver a verlos en años, aunque había de todo. Así pues, esa gente salía a divertirse en cuanto había una ocasión. Marte tenía su lado bueno para los que no querían compromisos. Todos los colonos estaban de paso y pasajeras eran sus relaciones.

Nicklas levantó la mano y un taxi se detuvo a su lado en la acera. Era un vehículo pequeño, con una sola fila de asientos enfrentada a un panel de mandos. Estaba acristalado hasta el techo y la estructura tenía forma de huevo. La puerta se deslizó a un lado y la voz del ordenador le dio la bienvenida. Nicklas colocó su mano sobre un panel que tenía en el salpicadero y dio la orden de ir a su casa en la calle Saint James. Una de las ventajas de ser policía en Marte era no tener que pagar por el transporte público. Ya en marcha, miraba el falso cielo en el techo de la colonia. La bóveda que cubría la calle mostraba un cielo salpicado de miles de estrellas. Casi en su cenit había un astro más grande, como una pequeña luna. Era Phobos, que junto a su hermana pequeña, Deimos, eran los dos satélites naturales de Marte. Sabía que en la superficie del planeta estos dos satélites eran casi invisibles y, como mucho, se veían como estrellas. Pero en el cielo de la colonia ambas tenían un tamaño considerable y de color blanco, como si fueran dos pequeñas lunas de la Tierra.

A la una y media llegó a su edificio. Las farolas de su calle sí funcionaban, había gente y algún drone de mantenimiento haciendo su ronda. Nada que ver con las oscuras y abandonadas calles del Sector 7 donde había tenido que hacer la redada antes. Él vivía en el piso tercero, en la puerta B. El pasillo carecía de decoración excepto por las macetas que cultivaba su vecino, el de la puerta E, junto a su entrada. Dentro de su casa tampoco es que tuviera mucha más decoración. Marte era un lugar de paso, así que Nicklas acumulaba lo mínimo. Nada más entrar el ordenador doméstico, con voz femenina, le dio la bienvenida en un tono cariñoso. Como había pasado todo el día fuera de casa el ordenador le informó de su agenda. La escuchó mientras dejaba colgada su chaqueta marrón en el perchero del recibidor. Tenía una cita programada para el mantenimiento de su ojo con Tobias Howedes y la vista con el juez y el fiscal Kim Young por el caso de Vitrov. Entró al baño renegando por lo bajo, no tenía ganas de hacer ninguna de las dos cosas. La primera porque esas revisiones del ojo le dejaban con mal cuerpo y la segunda porque detestaba al fiscal Young. Sobre todo por su voz de pito, chillona, más aún cuando se enfadaba. Y por algún motivo con Nicklas siempre se enfadaba.

En el espejo del baño se veía cansado y con ojeras. Le hacía

falta cortarse el pelo, que solía llevar corto por razones de comodidad y porque nunca se peinaba. También tenía barba y en ella, entre su característico castaño claro, descubrió nuevas canas. Odiaba tener una vista tan extraordinaria. Las canas, las arrugas, todas sus imperfecciones se revelaban claras y en todo su esplendor. Con 35 años no quería verse tan mayor, pero ni podía apagar su ojo, ni detener el tiempo. En un momento se vio reflejado como si fuera su propio padre, era un recuerdo de la infancia. Ya había llegado a ese punto en el que los hombres solían sentar cabeza, tener familia y prepararse para el futuro. “Pero en Marte no hay futuro” pensó y abrió la puerta escondida detrás del espejo. Allí guardaba las medicinas. Cuatro hileras de botes bien ordenados en fila. Otro inconveniente de vivir en Marte era la necesidad de medicarse. La falta de gravedad y de luz pasaban factura. Marte era hostil aún cuando vivían entre enormes muros de acero de dos metros de espesor. Sólo se tomó una pastilla para dormir, pero no le hizo efecto y durmió poco y a tirones.

A la mañana siguiente era sábado, día 21 del mes de Acuario, el quinto de los veinticuatro del calendario marciano. Para despertarlo, el ordenador doméstico simulaba la luz del Sol entrando por una ventana. Tanto la luz como la propia ventana eran ficticias, sólo micro-leds implantados en las paredes. Se levantó y después de pasar por el baño y el ritual de sus vitaminas, se fue a la cocina. Nada más entrar, en una pared, se proyectó la imagen de un campo verde y con árboles al fondo. Con una orden de voz cambió a las noticias. Un presentador muy repeinado hablaba sobre disturbios en la Tierra. Era ya tan habitual oír hablar de esas noticias que Nicklas ni le prestaba atención. En la nevera apenas tenía comida, así que se contentó con desayunar un café de sobre y una tostada.

Eran las siete y cuarto de la mañana cuando volvía a recoger su vieja chaqueta marrón del recibidor antes de salir. Al cerrar la puerta el ordenador doméstico devolvió su casa al letargo, esperando hasta su regreso.

2

El transbordador espacial *Odisseo* descendía despacio. Los cohetes brillaban debajo de su alargada figura cuando se aproximaba al suelo de Marte, marrón y ocre. Levantó una gran columna de polvo rojizo que tapó las cámaras de la colonia. A través de ellas Nicklas había estado contemplando el descenso en la sala de espera del Hangar 2. Bebía un café de lata, el segundo de esa mañana. Aunque no le gustaba, porque estaba demasiado dulce, lo toleró esperando que le ayudase a pasar el letargo en el que se encontraba. Arrugó la lata con la mano al acabarla y la lanzó contra la papelera. Ésta flotó un par de segundos hasta caer dentro. La gravedad de Marte tenía esas cosas.

De la sala de espera salió a una parte más amplia del Hangar 2. Allí el techo era muy alto, tanto como la propia colonia, y en él tenía raíles por los que enormes brazos mecánicos transportaban mercancías voluminosas. Debajo el ajetreo era frenético. Cientos de operarios, ataviados con monos de trabajo de diversos colores, iban de un lado a otro con sus herramientas. También había maquinaria pesada moviendo piezas. Él tenía que seguir un pequeño pasillo pintado con líneas amarillas en el suelo para no entorpecer a esa gente. Atravesó una compuerta que tendría dos metros de alto y otros tantos de ancho. Detrás estaba la antesala de recepción. Como si de un aeropuerto ordinario se tratara, una cinta transportadora en el centro de la sala movía maletas y macutos esperando ser recogidos. Al fondo, un cartel electrónico informaba de que los pasajeros ya habían desembarcado. Debajo de ese cartel una puerta de hoja doble se abrió de par en par dejando pasar a un grupo de personas. Aún en la distancia, Nicklas Magnussen podía ver de manera clara los rostros de esa gente. En medio del grupo de veinte personas estaba el joven con la cabeza rapada y la tez blanca. Atravesó la sala hasta ponerse delante de él y le tendió la mano.

—Tú eres Sergio Guirao, ¿cierto?

El joven le estrechó la mano con entusiasmo.

—El mismo —dijo sonriente—. Y tú debes ser el inspector Magnussen.

—Llámame Nick.

—Es estupendo estar aquí. Menudas vistas del planeta hay según nos acercábamos. No se me olvidará en la vida esa enorme esfera rojiza, con los cráteres, el desierto inmenso.

—Ya —respondió Nicklas—. Sí que hay mucho desierto. Pero me alegro de que te guste. Por cierto, tengo entendido que fue tu

cumpleaños de camino a Marte, así que toma ésto como regalo. Es la herramienta de comunicaciones que utilizamos en Marte.

Le tendió uno de los dispositivos de mano, igual al que usaba Nicklas y todos los colonos una vez llegaban a Marte. Era negro, plano y delgado. Toda la superficie que componía la pantalla era de cristal.

—Parece una antigualla.

Nicklas no hizo caso del comentario y sacó el suyo propio para enseñarle a encenderlo. De la pantalla se proyectó una imagen holográfica que flotaba en el aire.

—Así es la interfaz —le dijo—. Puedes encontrar toda la información de la colonia en él, así como noticias y esas cosas. Se codifica con tus huellas dactilares y te permite acceder a la información policial. Además nos comunicaremos por él. ¿Has desayunado?

Sergio se lo guardó en el bolsillo y Nicklas le hizo un gesto para que fuera a recoger su maleta de la cinta. El protocolo le obligaba a atender al nuevo y no era culpa de éste, pero Nicklas tenía ganas de terminar con el trámite y dedicarse a otras cosas. Como el caso de Vitrov. Alain iba a ser el encargado de interrogarlo según el arreglo al que habían llegado para compartir el caso. Pero él tendría el privilegio de formular las acusaciones ante el fiscal en la tarde, durante la vista para el juicio. Estaba seguro de que le meterían en el mismo vuelo en el que había llegado Sergio, pero de vuelta a la Tierra y para siempre.

Por su parte el joven recogió la maleta, que tenía ruedines, y volvió hasta Nicklas.

—No tengo hambre —contestó educado—. He cenado hace un par de horas. El horario en el transbordador espacial es distinto al que hay en Marte.

Tenía razón. Nicklas ya no se acordaba pero a él le costó mucho adaptarse al jetlag.

—¿Sigue sabiendo a mierda la comida de los transbordadores?

A Sergio le chocó la pregunta, pero más por el tono y la forma que empleaba Nicklas.

—No estaba mal... —respondió cohibido.

El inspector se había dado cuenta y sonrió. Le dio una palmada en la espalda.

—Relájate, joder.

Regresaron por el mismo camino que había hecho Nicklas para entrar. Sergio contemplaba con asombro las enormes grúas del hangar moviendo las piezas mecánicas. En un momento se detuvo para contemplar la pieza que un brazo mecánico transportaba sobre sus cabezas. Nicklas tragó saliva. Odiaba quedarse debajo de esos brazos moviendo toneladas de metal. Salieron a una gran avenida. De nuevo

Sergio alzó la vista y se maravilló con el techo de la colonia. La simulación del cielo, con su tono azul y el Sol en el horizonte, era tan real como si estuvieran en la Tierra. Se fijó en la forma en que la bóveda terminaba en las azoteas de los edificios. Así, bóveda a bóveda, el techo de la colonia se revestía con ese falso cielo de leds.

—No me puedo creer que ya esté aquí —dijo Sergio—. Han sido cuatro meses agotadores en el transbordador, pero ha merecido la pena.

—Podrías haber esperado al próximo perigeo para venir —contestó Nicklas—. Te habrías ahorrado más de un mes de viaje.

—¡Pero no podía esperar!

Era una respuesta tan entusiasta que a Nicklas le pilló de sorpresa. ¿Qué le hacía tener tantas ganas de venir a esa roca muerta en el espacio? La mayoría de la gente, incluido el propio Nicklas, estaban allí por un motivo, casi siempre malo. Se contuvo de llevarse la mano al ojo de nuevo. Tenía que corregir ese hábito, o tal vez fuera un aviso de que ya iba necesitando una revisión con Tobías Howedes.

El inspector llamó a un taxi y el vehículo con forma de huevo se detuvo en la acera delante de ellos. Tenía un compartimento detrás para la maleta de Sergio. Cuando se pusieron en marcha, el joven seguía mirando por los cristales. Se fijaba en todos los escaparates, en la gente que paseaba y en los drones. De vez en cuando pasaban por pequeñas zonas ajardinadas a las que prestaba mucha atención.

—He leído mucho sobre este lugar —dijo.

—¿Ah, sí?

—Es una de las obras de ingeniería más grandes de la humanidad. Quizá la más grande, hasta que se colonizaron Titán y Europa. Pero a diferencia de esas dos, aquí colaboraron muchos países de la Tierra. La ONU tuvo un papel fundamental y no es fácil que tantas naciones llegasen a un acuerdo. Algunas ahora están en guerra. Pero seguro que aquí permanecéis ajenos a estos conflictos.

Nicklas se acordó del noticiario de la mañana. Siempre hablaban de esos problemas, pero él no les prestaba atención.

—En Marte no todo es tan jodidamente bonito como lo que ves, ¿sabes? —contestó—. Por un lado tenemos estos sectores. Ahora atravesamos el 2, dedicado, sobre todo, a empresas. Es el nido de los ejecutivos y altos empresarios. En el 1 es donde está nuestra comisaría. Es el sector de los funcionarios. Se puede decir que son los sitios buenos para vivir en Marte.

—Eso también lo he leído —se adelantó a decir Sergio—. He estudiado la estructura de la colonia. 7 sectores pentagonales dispuestos en forma de hexágono. Con el Sector 5 en el centro, de nuevo en forma de hexágono, siendo el más grande de todos. Y en cada extremo de la colonia hay 6 hangares que dan al exterior, como

el que hemos tenido que atravesar. En el central, el 5, están las zonas de ocio de la colonia, en el 3 y 4, viviendas. Mientras que el 6 y 7 están abandonados.

—Abandonados, ¡y una mierda! —dijo Nicklas con su habitual mala lengua.

A Sergio le costaba acostumbrarse a las formas de su superior. Pero ya estaba entendiendo que era más un mal hábito que un verdadero gesto de enfado.

—¿Qué hay en el 6 y 7? —preguntó Sergio de forma educada.

—Seguro que no lo pone en ningún libro de texto sobre Marte, ¿me equivoco? Pues lo que hay es el motivo de que gente como tú o como yo tengamos trabajo en la colonia. Lo de abandonados es un decir. Todo el que quiere trapichear en la colonia se va allí. Es donde se mueve la droga, las prostitutas, locales ilegales, el mercado negro, absolutamente todo lo que nosotros perseguimos.

—Suena emocionante.

De nuevo vio el entusiasmo en la cara redonda y pálida del joven. A Nicklas empezaba a fastidiarle.

—Mira, no sé lo que te has imaginado que es esto, pero desde luego no es emocionante. En el mejor de los casos es rutinario, hasta que se convierte en peligroso. Aquí nunca pasa nada, hasta que pasa. Quiero decir que es fácil acomodarse. Solemos estar ciegos a los trapicheos de la gente porque a Marte ya se viene teniendo una coartada. Todos tenemos un contrato y luego hay quienes se buscan unos créditos extras haciendo estas cosas. Algunos llegan a montar grandes negocios ilegales y ahí es donde te puedes encontrar un gran problema. ¿Ves a la gente que pasea por este sector? —y señaló a un grupo de ejecutivos que paseaban tomando un café en vasos de cartón —. Seguro que uno de cada diez de los que ves compra drogas en el mercado del Sector 7. Vivir en Marte puede ser una tortura para algunos y buscan cualquier manera de evadirse. Y a los que controlan el cotarro, por defenderlo, les da igual llevarse a cualquiera por delante.

Pero Sergio no parecía nada impresionado.

—Mi padre solía decir que en los sitios donde más brilla la luz se proyectan sombras más oscuras.

—Bonita frase —contestó con ironía—. ¿Qué coño era tu padre? ¿Filósofo?

Ahí, por primera vez, Nicklas vio un gesto distinto en Sergio. Algo a medio camino entre el enfado y el orgullo. Le miró a los ojos antes de contestar.

—Mi padre era inspector de policía en la colonia de Titán.

Acababa de tocar una fibra sensible de aquel joven. Tal vez fuera por el tono de su voz, o porque el estar quedándose calvo le

confería un aspecto distinto, pero parecía mucho más maduro de lo que dictaba su ficha. A lo mejor había esperanzas para él en la colonia.

Decidió suavizar su tono con Sergio.

—Ser policía en las colonias es duro —dijo Nicklas.

Sus palabras sonaron a sentencia sin pretenderlo y tras ellas se produjo un largo silencio.

De vez en cuando, Nicklas miraba a su subordinado. Ahora parecía abstraído mientras miraba por la ventana. No podía saberlo pero se imaginaba que estaba pensando en su padre. Hablaba de él en tiempo pasado, por eso suponía que había muerto. No quería sacar el tema de nuevo así que se decidió a consultarlo más tarde en las fichas policiales. De manera fugaz se acordó de su propio padre. Una de las ventajas de su ojo biónico es que podía recordar rostros y detalles con gran precisión, por lo que en su mente se recreó el vivo retrato de él. El senador Magnussen, como todo el mundo le llamaba, tenía el pelo castaño y la mandíbula cuadrada, en eso ambos se parecían. Pero siempre que le recordaba el senador le miraba con cara triste, o más bien decepcionado. Nunca aprobó que se hiciera policía y no siguiera una carrera en la política como hizo él.

A las diez de la mañana el taxi se detuvo en la plaza principal del Sector 1. Al salir a la acera Sergio tuvo que usar la mano como visera para protegerse de los rayos del Sol. En ese momento descubrió que éste no calentaba, pese a ser tan real como el que se podía ver en la Tierra.

—¿Por qué este Sol no calienta? He leído que el de Terraformación sí lo hace.

Era la primera pregunta que hacía desde que hablaran de su padre y Nicklas lo interpretó como una buena señal. Además era una pregunta interesante que él mismo ya se había formulado antes.

—Me dijeron que los leds que se utilizan en Terraformación son especiales —contestó—. ¿Qué sabes de Terraformación?

El enfado, si es que lo tuvo, había desaparecido y Sergio volvía a su entusiasmo inicial.

—¡Mucho! —dijo—. Lo he leído todo sobre ese lugar, se que es único en el Sistema Solar. Una estructura rectangular de doce kilómetros de largo por seis de ancho. Con muros de tres metros de grosor y una cúpula que se sustenta sólo sobre ellos, sin columnas. Es el espacio diáfano más grande de Marte. Pretendían que sus cultivos y sus animales sirvieran de sustento autónomo de la colonia. Así que hay un uso intensivo de la tierra, granjas y hasta bosques en los laterales. He leído que los árboles crecieron tan altos que ahora tapan los bordes donde se levantan los muros, de forma que éstos no se ven.

Incluso leí un estudio sobre el vuelo de las golondrinas en la microgravedad de Marte. Decía que aquí podían realizar acrobacias impensables en la Tierra y que, con el paso del tiempo, ahora son más grandes que allí —Sergio miró a su alrededor—. ¿No hay pájaros u otros animales por la colonia?

Nicklas se rió a carcajadas sin que Sergio pudiera entender por qué.

—Hasta la fecha ¿sabes cuáles han sido los únicos animales que han salido del recinto de Terraformación? Las putas cucarachas y los jodidos mosquitos. Es tan poco glamuroso que dudo que lo encuentres escrito en ninguna guía sobre Marte.

—Bueno, hasta los mosquitos y las cucarachas tienen su función en el ciclo de la vida que se ha recreado en Terraformación —dijo Sergio.

Nicklas tenía claro que su subordinado era un cerebrito, muy instruido, pero un poco sabelotodo también.

—Pues que se queden en las puñeteras granjas —contestó con su habitual tono grosero. Pero era sólo su tono, en realidad Nicklas se estaba animando—. Venga, entremos de una vez en comisaría y te presento al resto del equipo.

Aunque Sergio fuera un sabelotodo a Nicklas le parecía bien. Admiraba a quienes podían ser tan listos y en Marte había conocido a mucha gente brillante. Rodearse de ellos solía ser positivo, siempre y cuando él siguiera llevando las riendas de cualquier investigación. Así era como le gustaban las cosas y así funcionaban mejor en el trabajo. El éxito de Nicklas era muy bien conocido en la colonia. Resolvían un 80% de los casos, aunque para Nicklas éstos no eran gran cosa. La mayoría no entrañaban dificultad comparados con los que vivía en la Tierra. Había peligro, claro. No le mintió a Sergio cuando se lo dijo, pero sin duda era menos peligro del que se podía vivir en las ciudades de la Tierra.

Nada más entrar, un grupo de tres agentes uniformados saludaron al inspector. Él les devolvió el saludo pero sin detenerse. En el mostrador de recepción, Olga, que esa mañana se había hecho un elegante moño con su pelo rubio platino, les pidió que se detuvieran. Nicklas iba a presentarle a Sergio y éste ya estaba dispuesto para tenderle la mano a la mujer. Pero ella no le había parado por eso. Por su cara supo que pasaba algo malo.

—Nick, es sobre el caso Vitrov —empezó diciendo, pero le costaba encontrar las palabras—. El fiscal ha retirado los cargos y ya no se va a celebrar el juicio de esta tarde...

En un abrir y cerrar de ojos la cara de Nicklas se había puesto roja de ira.

—¡Qué mierda es esta! —bramó.

Incluso los agentes de la entrada se volvieron para mirar qué pasaba.

—Es mejor que lo hables con el capitán, pero ahora está reunido con Alain.

—Claro que voy a hablar con él —dijo antes de que Olga terminara.

Se alejó del mostrador resoplando como un toro furioso. Sergio, que no sabía cómo actuar, le siguió un paso por detrás. Al fondo de un largo pasillo, el mismo en el que Nicklas tenía su despacho, entraron al de Marcel Mitchel, capitán de la policía de Marte. Éste y Alain Dalmas estaban en mitad de una conversación cuando fueron interrumpidos. Nicklas fue directo hasta la gran mesa de despacho tras la que estaba el capitán. Marcel tenía el pelo completamente blanco, la cara redonda bajo una frente surcada por profundas arrugas. Alain se iba a poner en pie para detener a Nicklas pero Marcel le hizo un gesto para que se detuviese.

—Dime que no es cierto —dijo poniendo las palmas de las manos contra la mesa del despacho.

—Sé cómo te sientes, pero ha sido necesario —contestó Marcel en un tono diplomático.

Pero la diplomacia y las buenas palabras no le servirían con su inspector.

—¡Y una mierda! ¡Joder y mil veces joder!

—Y así es Nicklas —dijo Alain con sorna—. ¿No se te ocurre nada mejor que decir?

Sergio, que había estado detrás de Nicklas, pero a una distancia prudencial, pensó que se produciría una pelea entre ellos dos. Para su asombro Nicklas suspiró de manera profunda antes de volverse hacia Alain.

—No soy tan bueno dialogando como tú —dijo—. Soy de los que hacen cosas. Como dirigir una puñetera investigación tres meses hasta encontrar y dar caza a un traficante de droga. Y me jode. Sí, has oído bien, Alain. Me jode —enfatizó la palabra—, porque hemos atrapado en dos ocasiones a Vitrov y las dos ha conseguido irse de rositas por la puta burocracia. Yo no detengo criminales para que al día siguiente vayan libres por las calles de la colonia.

—¿E insinúas que a mi me gusta?

Alain se mostró ofendido pero Nicklas ya no le miraba. Su atención estaba centrada en Marcel. Permanecía de pie y apoyado en su escritorio, esperando una respuesta.

—Siéntate, Nick. Por favor —se pronunció el capitán.

De forma lenta Nicklas se separó de la mesa. Miró desafiante a Alain antes de sentarse en una silla que tenía a su lado.

—¿No vas a presentarnos a tu amigo?

El capitán señaló a la espalda de Nicklas, donde estaba Sergio. En ese momento el inspector se dio cuenta de que le había seguido hasta allí. Como a Nicklas le había pillado por sorpresa, el propio Sergio prefirió presentarse. No pudo tenderle la mano a los dos hombres porque alrededor de Nicklas aún se cernía una nube negra como el carbón y prefería quedarse a distancia. Además, aquello no iba con él. Sólo pensaba en terminar el trámite y salir de ese despacho. Y cuando pensaba que le dirían de hacer el favor de irse, Marcel le pidió de forma expresa que se quedara.

—Éste es tan buen momento como cualquier otro para que vayas viendo cómo son las cosas aquí —dijo Marcel Mitchel—. Y tú no eres un novato cualquiera. Has llegado a Marte con rango de oficial y te vendrá bien esta experiencia.

Sergio aceptó resignado y se sentó en la silla que quedaba libre al lado de Nicklas, para no quedarse en medio entre éste y Alain. Por lo poco que había oído sabía que ese tal Vitrov era un criminal peligroso, como aquellos que mencionaba Nicklas en el taxi, y por eso podía entender el enfado del inspector. Esperaba, al igual que Nicklas, una respuesta del capitán de la policía.

—Ha sido una semana de locos —empezó diciendo Marcel—. Primero encuentras ese traslado de mercancía en los suburbios del 6 y a partir de ahí todo ha ido muy deprisa. Atrapaste al tipo, cierto, y te estoy muy agradecido por ello, Nick, pero piensa en esto. ¿Cuándo hemos visto tanto movimiento de droga en Marte? Ya llevas un tiempo aquí, así que sabes lo que ha crecido el asunto. Todo apunta en una dirección.

—Un productor local —se adelantó Nicklas interrumpiendo a su capitán—. Lo avisé hace un tiempo, pero eso no cambia las cosas.

Alain se revolvió en su asiento como si algo le picara de pronto.

—Dios, que tengas tan buena vista y no sepas ver lo que estamos haciendo con Vitrov —dijo—. Él sólo es un peón que mueve la droga y nosotros queremos que nos lleve hasta ese productor.

—¿Y él ha aceptado?

Nicklas no podía contener su sorpresa. Después de un año marciano burlando a la justicia, le costaba creer que ahora fuera a colaborar con ellos.

—No —volvió a decir Marcel—. Como esperábamos llamó a sus abogados y éstos han alegado que Vitrov estaba allí contratado como mensajero sin saber lo que contenía el paquete. Aunque parezca mentira, tenía un contrato de una empresa de mensajería. La crearon hace dos semanas para prepararse una coartada, todo legal. El cliente tiene credenciales falsas y dejó la bolsa con la droga y la dirección de envío. El otro tipo que le acompañaba ha declarado lo mismo pero al

llevar él un arma ha podido ser procesado. Vitrov es el único que se ha salvado.

—Es un hijo de puta muy listo —sentenció Nicklas—. Un peón que mueve la droga, sí. Pero mira que es listo.

El inspector se volvió hacia Sergio y le guiñó un ojo de forma descarada. El joven esbozó una sonrisa. Le quedaba claro que Vitrov no era un tipo cualquiera. Alain lo vio y se revolvió de nuevo en el asiento, aunque esta vez no dijo nada.

—Es muy listo, pero no más listo que nosotros —continuó Marcel—. Le dejaremos en libertad. Pero le vamos a monitorizar para que nos lleve, sin saberlo, hasta los productores de droga.

—No se me ocurre cómo —protestó Nicklas—. Ese tipo es muy precavido. Saldrá de aquí y quemará la ropa. Estoy seguro de que el tiempo que ha estado encerrado no ha comido ni ha bebido agua por miedo a que le introduzcamos un rastreador.

—Por eso se lo inyecté con un hipospray cuando le detuvimos ayer.

Nicklas y Sergio se volvieron hasta Alain. Él sonreía. Tenía la cara levantada mostrando la parte baja de su afilada nariz de gancho.

—¿No es eso ilegal? —dijo Sergio en la que fue su única intervención.

—Sólo si sale de esta sala —contestó Alain.

—A veces hay que tomar estas decisiones —intervino Marcel—. Yo he autorizado la misión.

Nicklas comprendió en ese momento por qué Alain se quedó expuesto en la calle con Vitrov. Tenía que ser él personalmente quien le inyectara el rastreador. Nadie podía saberlo para evitar que cualquier filtración lo echara por tierra. Había sido muy hábil, pero también demasiado temerario.

—Yo debía haberlo sabido.

—Nick, no es que no confie en ti, es sólo que ésta era mi parte en la misión. Tú tenías la tuya, organizar la redada, y salió bien. Deberíamos estar contentos de tener esta oportunidad de desmantelar un laboratorio ilegal de droga.

—¡Estoy la hostia de contento! —bramó Nicklas—. Tenías una misión encubierta dentro de la mía. ¿Y si algo llega a salir mal? ¿Y si en vez de darte en el pecho, esa mujer te dispara a la cabeza? De haber sabido esto antes te habría apoyado.

—Y lo hiciste —contestó—. Le diste a esa criminal. Confórmate con ese mérito, “ojo biónico”.

A pesar de su autocontrol, a pesar de sus esfuerzos, Nicklas se levantó al oír ese mote. Se inclinó sobre Alain y le agarró de la solapa de la chaqueta tirando de ella hacia sí. Sus caras se quedaron enfrentadas. La gran nariz de gancho de Alain casi tocaba la de

Nicklas.

—¡Adelante! ¡Hazlo, Nick!

Las palabras de Alain se escurrían de sus labios y Nicklas sentía que podría hacerlo. Quería romperle esa enorme nariz de un puñetazo. Pero el capitán, Marcel Mitchel, ya se había puesto en pie. Aunque era un hombre bajito y en clara baja forma, dio un grito que puso de inmediato a los dos en su sitio. Incluso Sergio, que era ajeno a la escena, se cuadró en la silla.

—Tengo a dos adolescentes como inspectores de la policía —dijo con enfado—. Me estáis avergonzando. Tú, Nicklas, siéntate de una vez. Y Alain, cierra esa bocaza. Las cosas ya se han decidido y van a hacerse de esta manera. Alain llevará el caso de Vitrov en el rastreo hasta los productores. Y una vez que tengamos su ubicación se coordinará con Nicklas para que él lleve a cabo la redada igual que con Vitrov. ¿Ha quedado claro? Bien. Y si tenéis alguna duda ya me la haréis en otro momento porque estoy cansado de tener que discutir con vosotros. Ahora salid pitando de mi despacho.

Los tres se pusieron de pie. Alain seguía con la cabeza alta y de forma muy digna se estiró la chaqueta azul que tenía. Los dos intercambiaron una larga mirada cargada de malas intenciones.

—Nick, tú no. Quiero hablar contigo.

Nicklas se dio la vuelta. Había sonado a que recibiría una reprimenda por parte de su capitán, lo que hizo sonreír a Alain mientras abandonaba el despacho. Sin embargo, Sergio se había quedado abandonado. El inspector era su guía durante toda la mañana y ya no sabía qué hacer. Esperó un segundo a lado de la puerta hasta que el propio Nicklas le hizo un gesto para que se marchase.

—Luego te busco.

Fue lo único que le dijo.

En el pasillo de los despachos, Sergio se quedó parado de nuevo. Pero allí seguía Alain. Le miró como si sintiera lástima de él. Se le acercó y le estrechó la mano. Sergio hizo lo propio por cortesía. Después de lo vivido en el despacho, no sentía mucha simpatía hacia él.

—No has tenido mucha suerte con la asignación —le dijo—. Un jefe como Nicklas... De verdad que lo siento.

Un sentimiento de orgullo nació en ese momento dentro de Sergio.

—A mí me parece un buen policía.

—¡Claro! No me malinterpretes. Nicklas es un excelente policía, no me refería a eso. Es su carácter. Seguro que ya has empezado a conocerlo. Tiene los modales de un orangután, con perdón para esos pobres animales. Pero se le disculpa, porque es buen policía. Aunque

antes era mejor. Quiero decir, él era un policía de prestigio. ¿Te lo ha contado ya?

—¿Contarme el qué?

—Lo de su ojo.

—No hacía falta —contestó Sergio—. Ya lo había leído en su informe de camino a la colonia.

—¿Te dice ese informe cómo lo perdió? No, no lo dice. Y además nadie lo sabe. Puedes intentar preguntarle tú mismo pero apuesto lo que quieras a que no te lo dirá. Antes, en Dinamarca, le llamaban el Perro de Norrebro. Decían que cuando le seguía la pista a alguien no paraba hasta darle caza y como un perro de presa nunca le dejaba escapar. Llegó a ser famoso, pero entonces perdió el ojo durante una misión. No dijo cómo, ni siquiera a la comisión que investigó su caso. A partir de ese momento se hundió en la mierda. No pudo aprobar ni un solo test psicológico, se volvió huraño, y justo antes de que le echaran de la policía danesa pidió el traslado a Marte. Dicen que aquí ha moderado un poco su carácter, pero viéndole, no lo creo.

Sergio se volvió hacia la puerta del despacho de Marcel. Se preguntó si las broncas que recibía del capitán serían frecuentes. De verdad tenía mal carácter, sólo había que pasar un rato con él para descubrirlo, pero por otro lado, Nicklas escondía algo. La grandeza de un policía honesto. No podía decir por qué, sólo tenía esa sensación.

Dentro del despacho, Nicklas Magnussen se había sentado de nuevo frente al escritorio de Marcel. El capitán le miraba con un gesto entre el enfado y la compasión. Estuvo en silencio un instante sin perderle de vista y Nicklas esperaba paciente con las piernas cruzadas y las manos dentro de los bolsillos de su chaqueta marrón.

—No puedes dejar que Alain te provoque de esa forma, Nick —le dijo al cabo de un rato—. Él sabe que te lleva la delantera. Tiene al gobernador y al fiscal de Marte de su parte. Y si sigues cayendo en sus provocaciones te ganará en la carrera para ocupar mi puesto.

—¿Cuándo se convirtió esto en una competición? —protestó.

—Siempre lo ha sido. El problema es que tú no querías verlo. Todos competimos contra los demás en esta vida, por lo que sea. Y me temo que tú eres de los que piensan que ganan los mejores, cuando no es así. Ganan los que son más listos y adaptables. Alain lo ha hecho bien desde el día que llegó, camelando a los tipos importantes y consiguiendo méritos. Mientras tú te has ido cerrando puertas solo, enfrentándote a todos los que te has encontrado por el camino.

—Joder. Fuiste tú quien me promovió para este puesto, yo no lo pedí. Y siempre dices que es mi forma de actuar la que te motivó para hacerlo. ¿En qué quedamos?

En vez de contestar de forma inmediata, Marcel encendió su ordenador de escritorio. Sobre la mesa surgió una pantalla flotando en el aire. El capitán de policía cargó la ficha de un colono y su rostro llenó el espacio de la pantalla. Nicklas no le conocía. Rondaba los treinta y muchos, tal vez cuarenta. No era un rostro especial ni llamativo, más bien todo lo contrario, corriente. El pelo claro peinado a raya, dejando un flequillo que caía por su frente. La cara era bien proporcionada aunque afilada, sin marcas, y Nicklas podía ver cualquier imperfección aún en una fotografía como aquella. Lo más destacable eran sus ojos claros, de mirada tranquila.

—¿Qué es esto?

—Tu próximo caso —respondió Marcel—. Como no vas a cambiar con tus modales, al menos puedo hacer que sigas ganando méritos cerrando casos. Necesitas el porcentaje más alto posible, algo objetivo con lo que yo pueda colocarte por delante de Alain cuando tenga lugar la comisión de relevo.

—Entonces podrías haberme dado a mí el de Vitrov.

—Te doy este caso hasta que Alain encuentre a los productores de droga. Deberás haberlo resuelto para entonces. Aunque creo que para ti será sencillo. El hombre que estás viendo se llama Andreas Koller, de 40 años, colono desde hace cinco años terrestres. Su mujer nos ha mandado un mensaje asegurando que él ha desaparecido. Y en efecto, lleva dos semanas sin ir a su trabajo, aunque tiene una baja médica para justificarlo. Sin embargo, su registro informático nos dice que no ha hecho ningún movimiento en este tiempo y tampoco está en su domicilio.

—Puede estar en el de algún amigo, o en el de alguna amiga.

Lo segundo lo dijo cargado de ironía. Era muy común que los colonos casados establecieran relaciones paralelas a las de la vida que dejaban atrás en la Tierra. Nicklas, aunque aún no había empezado con el caso, ya estaba seguro de que se trataba de eso.

—Si es así, mejor. Te costará muy poco encontrarle.

—Es un caso rutinario, Marcel —protestó—. Cualquiera puede hacerlo. Incluso el nuevo. ¿Por qué no se lo das a él para que se estrene con algo fácil?

El capitán sonrió y a Nicklas no le gustó cómo lo hacía. Significaba algo malo.

—Buena idea —dijo— él será tu compañero en este caso. De todas formas, Alain ya me ha pedido en muchas ocasiones que Roseau vaya con él por lo de Vitrov. Y vosotros tenéis una química extraña, sois unos deslenguados. Creo que os vendrá bien un cambio.

—¡No me jodas!

—A eso mismo me refería.

Marcel volvía a estar serio. Con una orden de voz transfirió la

ficha con el caso al ordenador de Nicklas, haciendo oficial que él se encargaba. Éste ya pensaba que con eso había terminado su reunión. Se equivocaba.

—Quiero que tú ocupes mi puesto —le dijo—. La colonia ya tiene a demasiados burócratas y gente que sólo busca trepar, como Alain. Alguien como él no se ocuparía del caso de un desaparecido como éste, con poca repercusión mediática. Pero yo quiero exponerte ante la comisión como alguien con alma de policía. Lo tuyo es vocación y ya no hay muchos de quienes decir esto. Ya tienes lo esencial y yo conseguiré que tengas buenos avales, pero aún te falta parecer un capitán de verdad. Procura no enfadar a los de arriba, mejora tus modales y cambia de una vez esa vieja chaqueta por algo más presentable.

Nicklas se miró la chaqueta. Era verdad que la llevaba un día sí y otro también desde que la compró. Recordaba muy bien ese momento porque fue el primer día que llegó a la colonia. Su equipaje se había enviado a su nuevo piso y él había salido a pasear sólo con una camisa. Le engañó el Sol, que brillaba sobre la cúpula del techo, igual entonces que ahora, sin emitir calor. Se paró delante de una tienda de ropa del Sector 1 y la compró. Era cara, pero una buena prenda y cómoda. Además significaba un cambio en su vida y el hecho de seguir llevándola significaba que no se arrepentía de él.

Marcel esperaba una respuesta y Nicklas aceptó el caso. De todas formas, no tenía más remedio, así que lo llevaría de la mejor manera posible. Encontraría al colono a tiempo para ocuparse de su parte en el caso Vitrov.

3

Hería la oscuridad con la luz de su linterna. El haz blanco cortaba la densa negrura en cada movimiento, mostrando el camino. A ambos lados del estrecho pasillo discurrían tubos y cables gruesos como un puño. Se imaginaba que eran venas y que él caminaba dentro de una enorme bestia, buscando la salida entre sus entrañas. Hacía calor y el sudor le caía por la frente. Paró un momento para echar la vista atrás. La oscuridad lo engullía todo y le hizo parecer que estaba dentro de un sueño. Oía el metal crujir a su alrededor y las gotas del agua condensada que caían del techo. Las entrañas de la colonia no eran un lugar agradable, pero era un lugar seguro para quien sabía moverse por ellas.

Revisó la bolsa que llevaba y dentro estaba su trofeo. Debía colocarlo en su sitio, donde el tiempo no pasaba y su obra duraría para siempre. Se sonrió pensando en la cara de los herejes cuando por fin lo descubrieran. Para entonces habrían aprendido la lección de la manera más amarga.

El largo y oscuro pasillo se ramificaba más adelante pero él no tenía problemas para orientarse. Ya estaba llegando al final de su ruta secreta. Una puerta muy alta, con más de tres metros de altura, se descubrió ante la luz de su linterna. Era antigua, tanto como la propia colonia, y no disponía de candado electrónico. En su lugar había una gran manivela circular. Dejó la bolsa y usó ambas manos para mover la manivela. El chirrido de metal era ensordecedor e incluso el suelo tembló al tiempo que los engranajes se movían. Un chasquido era la señal de que se había abierto. Sobre el dintel de la gran puerta se iluminó una luz. Era gris e inundó todo el pasillo. En su cabeza pudo sentir el desagrado que aquella luz le producía al señor Ceniza. No veía bien con ella pero tampoco podía hacer nada para apagarla.

Tras la puerta había una pequeña cámara, esta vez bien iluminada con luz blanca. Colgado a un lado de la pared tenía un traje espacial. Se vistió con él y cerró la puerta tras de sí. Un mecanismo automático entró en acción. Las presiones se igualaron y la otra puerta empezó a abrirse delante. El engranaje era viejo y se quedó atascado, por lo que tuvo que empujar para poder abrirla. Al hacerlo el polvo del exterior entró en la pequeña sala. Asomado al borde de la puerta estaba a dos metros por encima del desierto marciano.

El paisaje era gris y se extendía hasta donde alcanzaba la vista, en un horizonte curvo, más curvo que el de la Tierra. Hileras de montañas se recortaban en un pálido cielo gris y azulado. La

inmensidad de la arena estaba plagada de rocas negras. Aunque tenía una escalinata pegada al muro, decidió dar un salto. La pequeña gravedad de Marte le ayudó a caer despacio, sin peligro de hacerse daño con las piedras. Ya en el desierto la suave brisa levantó el polvo, pero él no pudo notarla dentro de su traje. Tampoco había ruido más allá del de su propia respiración.

Empezó avanzando con pequeños saltos y luego, cuando dominaba mejor sus movimientos, pudo andar con paso seguro. Muy cerca de él se levantaba una estructura alta y delgada. Brillaba con los tenues rayos del Sol. Antes de llegar a ella dejó su bolsa en el suelo. La abrió y extrajo el antebrazo de su última víctima. El corte, a la altura del codo, era limpio y se recreó mirándolo. Ya no goteaba y estaba petrificado, justo como él lo necesitaba.

****

A las 11 de la mañana Nicklas y Sergio se habían sentado a desayunar en la cafetería de la comisaría. Era un sitio amplio, de planta circular y con camareras de carne y hueso. A Nicklas le gustaba porque era una cafetería de las tradicionales, odiaba la moda de que las máquinas le sirvieran. No había ninguna razón para ello, era una manía. Se lo estaba explicando a Sergio mientras éste se bebía un café para mantenerse despierto. En el reloj interno de su compañero era de noche y ya había dado varios bostezos. Pero se había propuesto aguantar todo lo posible para caer rendido en el horario de Marte. A la mañana siguiente comenzaría con su primer caso, buscar a Andreas Koller. Por eso no prestaba atención a los comentarios de Nicklas sobre la colonia. Él sólo pensaba en adelantar trabajo. Lo que para Nicklas había sido como un jarro de agua fría, a Sergio le había entusiasmado. Claro que él no esperaba recibir una misión tan pronto.

Aprovechó que Nicklas hacía un descanso en su crítica a los modernos locales de la Tierra para volver al tema de Koller.

—Podríamos echarle un vistazo al registro —sugirió Sergio.

En ese momento una camarera pasó a su lado y el joven oficial levantó la mano para pedir un segundo café. Nicklas apenas había tocado el suyo, había superado su cuota de cafeína, pero sí tenía hambre y le pidió algo de bollería dejando a la mujer la elección. La camarera le dejó un cruasán de los que casualmente llevaba en la bandeja.

—Alguien ya lo habrá hecho —respondió Nicklas—. Verás, esto funciona así. Tenemos agentes que se ocupan de temas triviales, denuncias, pequeños hurtos o peleas. Si algo pasa la criba nos lo encontramos en nuestra mesa, por lo que ya habrán hecho lo más habitual, que es mirar su registro electrónico, ver su última ubicación e incluso llamar a la gente que le conozca. Si nadie ha dicho nada

puede ser que alguno le esté encubriendo.

—O que esté desaparecido de verdad —contestó—. ¿Y si está perdido por ahí? En esos sitios que me decías en el taxi. Los sectores viejos.

Nicklas le dio un mordisco el cruasán llenándose la boca con él. Iba a contestar algo pero así no podía, por lo que se le quedó mirando con un gesto severo. Mientras masticaba temía que Sergio tuviera razón, era algo que no quería ni pensar. Lo último que le apetecía era tener que ir a buscar a un colono a las interminables galerías de los sectores 6 y 7. Aunque lo más probable era que se estuviera escondiendo en casa de algún amigo, de juerga o simplemente huyendo de su mujer. No sería el primero ni el último que lo hacía. Engulló el bocado.

—Además, ¿por qué no ha ido al trabajo? —siguió Sergio.

Nicklas tenía claro que éste no iba a dejar el tema. Puso su dispositivo de mano en la mesa y cargó el expediente de Koller. Su rostro se proyectó en el aire sobre él. Debajo se listaban sus datos.

—Es funcionario —empezó Nicklas—. Igual que tú o que yo, él puede disfrutar de un permiso o baja médica sin que su salario se vaya a ver afectado. Lleva desaparecido dos semanas y puede pedirse hasta dos meses seguidos de forma voluntaria. Es decir, puede seguir desaparecido un tiempo más sin que eso le repercuta en su contrato.

—¿Significa eso que vamos a dejarlo estar hasta que se le acabe la baja?

—Ni hablar —contestó—. Tengo que encontrar a ese tipo antes de que empiece la misión contra los productores de droga.

Sergio se removió en su asiento como si le molestase seguir sentado.

—Entonces podríamos avanzar algo, como averiguar qué ha motivado la baja médica. Si está enfermo tal vez se haya desorientado y terminara en algún hospital de la colonia.

—Nos habrían avisado.

Nicklas puso el dedo sobre la mesa de cristal en la que estaban y un recuadro se iluminó en color verde debajo de él. Con ese gesto había pagado la cuenta, también había invitado a Sergio. Éste le miraba con sorpresa.

—¿Todavía pagáis usando la huella dactilar? —preguntó.

—Sí, ¿y qué?

—Pues que es un método totalmente obsoleto. Además cualquiera puede robarte la huella dactilar con un simple film de plástico o un escáner. En la Tierra dejaron de usarse hace décadas. Creo que yo era un niño cuando mis padres pagaban de esa manera.

Tenía razón, Nicklas tampoco los había usado en Dinamarca, pero con cinco años viviendo en Marte ya se había acostumbrado

tanto a ese sistema que lo había olvidado.

Mientras recorrían los pasillos de la comisaría conversaron un poco más de ese asunto y sobre las nuevas modas en la Tierra, de las que Nicklas no estaba enterado. Dejaron atrás el gimnasio y Sergio, que se había abstraído con la conversación, por fin preguntó a dónde iban. Llegados al punto donde sólo podían bajar por unas escaleras, Nicklas le explicó que allí estaban los laboratorios forenses y que se iba a hacer una revisión médica.

—¿Al laboratorio forense?

Sergio no le encontraba lógica.

—Allí está mi médico.

Contestó como si lo más natural fuera ir a un forense a que le chequearan la salud a uno.

—Pero no es médico de cabecera, es forense.

—Y el mejor que tenemos en la colonia. Se llama Tobias Howedes, pero le llamamos Tobi. Es un maldito genio y es muy excéntrico. Tiene algo de autismo, síndrome de Asperger, y no sé si tendrá algo que ver con eso pero le obsesiona bastante su trabajo. Todos los jodidos genios tienen algo de locos.

Bajaron las escaleras y llegaron a una sala muy amplia y bien iluminada. Sergio distinguió los instrumentos clásicos que se utilizaban en criminalística dispuestos en varias mesas alrededor de la estancia. En el centro también había mesas con instrumental de trabajo. La sala de autopsias estaba al lado, con la puerta abierta. De ella salió un hombre ataviado con una larga bata blanca. Era un tipo delgado, pálido y con el pelo rubio alborotado. Sonrió entornando sus ojos claros al ver entrar a los agentes.

—Muy buenos días, inspector —saludó Howedes—. Hace una mañana estupenda.

Le tendió la mano y Nicklas se la estrechó.

—Siempre hace un jodido buen día ahí fuera —fue la tosca y dura respuesta de éste.

El comentario de Nicklas cayó en saco roto y Howedes se quedó mirando a Sergio. Nicklas los presentó y el forense volvió a repetir el mismo saludo mientras le estrechaba la mano.

Como era la primera vez que Sergio pisaba el laboratorio de Tobi, éste le enseñó de forma rápida las cosas que allí tenía. Enseguida se dio cuenta de que Howedes conocía al dedillo el lugar y cada uno de los muchos instrumentos que poblaban las mesas. Ante la pregunta de si había más gente trabajando en el laboratorio, Howedes se mostró sorprendido.

—Por supuesto que no —dijo sin ofrecer ninguna explicación más.

Por su parte Nicklas ya conocía el ritual de mantenimiento de

su ojo derecho y se fue directo hacia un sillón en el fondo del laboratorio. Acoplado a la cabecera había una diadema con muchos cables que llegaban hasta una consola. Se sentó y él mismo se colocó la aparatosa diadema a la altura de su sien.

—¿Para qué es todo esto? —preguntó Sergio.

—Mal hecho —le recriminó de pronto Nicklas—. Esa es la pregunta favorita de Tobi.

Howedes encendió la consola de mandos y sobre el escritorio se iluminó una pantalla que flotaba en el aire. Mostraba la imagen en tres dimensiones de un cerebro.

—Oficial Guirao, supongo que ya sabrá que el inspector sustituyó su ojo derecho por un ojo biónico.

—Sí —contestó—. Pero por favor, llámeme sólo Sergio.

Nicklas soltó una risa que no pudo contener.

—Dentro del trabajo eso no sería muy profesional, oficial Guirao. Y usted, inspector, deje de reírse tanto o no podré captar los patrones neurales.

Nicklas respiró de manera profunda. Ya había pasado cientos de veces por ese trámite y sabía qué tenía que hacer para no prolongarlo demasiado. Mientras Howedes calibraba el aparato contestó a la pregunta de Sergio.

—Como le iba diciendo, el inspector Magnussen tiene un ojo biónico. Éste se comunica con su córtex visual a un nivel interno, entre el cuerpo geniculado lateral y las radiaciones ópticas. Es un caso muy particular de implante, ya que normalmente éstos se unen a un nivel más anterior, en el nervio óptico o el quiasma. El caso es que la memoria visual del inspector se ha visto afectada por este implante, creando confusión y fuertes migrañas si no hacemos una purga periódica de su memoria digital. Hay que dejar vacía la memoria electrónica de su implante y que sea su propio cerebro el que almacene a largo plazo lo que considere importante. Es así como mejor trabaja. ¿Quiere que le explique por qué?

Sergio parpadeó.

—No —dijo rápido, antes de que Howedes pudiera continuar—. Ya me he hecho una idea, creo.

—Ahí has estado hábil, Sergio.

Nicklas volvía a reírse y Howedes se lo recriminó. El forense ya lo tenía todo listo. Accionó la consola de mando y la imagen que mostraba el cerebro parpadeó hasta desaparecer. De manera repentina comenzó a mostrar ráfagas de imágenes a alta velocidad. Nada más empezar el proceso, Nicklas se convulsionó en la silla. Había cerrado los párpados para evitar el mareo que se sentía durante la purga. Él también podía ver en su mente aquellas imágenes del monitor. Pasaban por su cabeza tan rápido como si fueran arrastradas por un

huracán. En milésimas de segundo pasaban por su memoria semanas enteras de imágenes y recuerdos de forma vertiginosa. Se mareaba y sentía que la cabeza se le iba, pero el proceso ya estaba acabando. Al final, lo que para Nicklas habían sido varios minutos de vértigo, fuera, en el laboratorio, habían sido sólo diez segundos. Y cuando todo terminó, Nicklas soltó un largo suspiro de alivio. Se quitó la diadema con los cables pero aún permaneció un momento con los ojos cerrados mientras se recuperaba.

—¿Está bien?

Sergio se había preocupado al ver el repentino cambio del inspector. Para él era como si se hubiera puesto pálido y enfermo en un instante.

—Se le pasará enseguida —respondió Howedes—. Su cerebro ha estado trabajando a una velocidad mayor de la habitual y los estímulos ahora le llegan de manera ralentizada. Es como estar desfasado en el tiempo. Lo que para nosotros han sido unos pocos segundos, a él se le ha hecho más largo. ¿Verdad, inspector?

Nicklas se incorporó en la silla quedándose al filo de la misma. Ya empezaba a sentirse algo mejor y asintió con la cabeza antes de contestar.

—Es como una resaca de domingo.

—No entiendo qué tiene que ver el día de la semana con los efectos de una resaca —apuntó Howedes—, pero esto es mucho más inofensivo y se le pasará antes.

Al ponerse de pie todavía tuvo que sujetarse en el apoyabrazos del asiento. Miró a Tobi, quien sonreía con cara de ingenuo. “Como si supieras lo que es una resaca, cerebrito” se dijo.

—¿Qué pasa con todas esas imágenes que hemos visto en el monitor?

—Se han borrado —dijo Howedes, y al hacerlo apagó el monitor que se desvaneció en el aire.

—Pero eran recuerdos del inspector. Es decir, ¿no es interesante mantenerlos? Como un archivo en vídeo de sus vivencias.

—¡Olvídalo!

Era y sonó como una orden. Nicklas ya se mantenía él solo y estaba serio.

—Los pensamientos de uno deben estar sólo en la cabeza de quien los piensa.

—Además, tampoco se pierde esta información —intervino Howedes—. Sólo he descargado su memoria digital, todas las imágenes y vivencias siguen en su cerebro.

—El único sitio donde deben estar —sentenció Nicklas.

Después de salir del laboratorio, Nicklas se encontraba de buen

humor. Le costaba reconocerlo pero la purga era un mantenimiento muy necesario que si se retrasaba, además de causarle migrañas, le alteraba el ánimo. Así pues, le prometió a Sergio empezar ese mismo día con la investigación de Koller. Pero antes tenían que acabar con el protocolo y visitar las instalaciones de la comisaría. No fue hasta las 12:30 que terminó de enseñarle la misma. Sergio se había quedado muy impresionado con el laboratorio forense, y con el peculiar Tobias Howedes, así que el resto resultó un trámite poco interesante. Las salas de reuniones y los despachos eran bastante ordinarios, con piezas de tecnología que serían obsoletas en la Tierra, y aunque funcionaban, Nicklas reconoció que necesitaban una gran cantidad de mantenimiento.

En un pequeño garaje, anexo al edificio que formaba la propia comisaría, tenían los vehículos. Eran quince en total. Para Sergio fue decepcionante ver tan poca cantidad de medios, pero Nicklas le contestó que no necesitaban más. Entre ellos destacaban tres furgones blindados, aparcados tan al fondo que daba a entender que ya no los utilizaban. Ante la pregunta de Sergio de cómo actuar ante una situación que obligara a movilizar a gran cantidad de agentes, Nicklas tuvo que explicarle la imposibilidad de que ocurriera.

—La colonia es un entorno controlado —dijo—. Aquí todo el mundo viene a trabajar, así que imagina que esto es como una gran fábrica. Cada colono ficha al entrar, hay cámaras que te vigilan y uno mismo deja su huella electrónica de todo lo que hace. Y aunque hay muchos rincones oscuros donde pueden pasar cosas fuera de nuestro control, la mayor parte de la colonia está monitorizada. Es imposible concebir una revuelta o grandes disturbios en este lugar.

—¿Y fuera de la colonia?

—Allí sólo hay desierto. Extenso y mortal, incompatible con la vida. Es un jodido milagro que este entorno funcione como debe y no tengamos mayores niveles de radiación después de tantos años. Así que imagina lo que sería intentar montar algo ahí fuera. Además, la gente que sale está mucho más controlada, todo el mundo necesita un permiso para ir al exterior y no hay puertas traseras.

La última parte de la visita fue en el gimnasio de la comisaría. Era un espacio amplio, muy completo en cuanto a máquinas de ejercicio, actividades y con una piscina olímpica. A Nicklas le gustaba bañarse en ella. Le contó cómo la pequeña gravedad de Marte le hacía flotar mucho más que en la Tierra, lo cual era muy agradable. Relató la experiencia de tal forma que Sergio tuvo ganas de probarlo, pero aún tenía más ganas de empezar a trabajar.

De regreso a la zona de despachos entraron al de Nicklas. Se volvió a dejar la luz apagada cuando entró, por lo que Sergio se quedó

junto a la puerta sin saber si debía seguirle, hasta que Nicklas se dio cuenta del hecho y, por orden de voz, las luces se iluminaron. Antes de que Sergio preguntara, él se adelantó a contestar.

—Sí, puedo ver en la oscuridad —dijo Nicklas—. A veces no me doy cuenta de cuándo hay más luz o menos, porque este ojo se encarga de regular la imagen que veo en mi cabeza. Siéntete libre de encender tú mismo las luces cuando entres a mi despacho.

Sergio quería preguntarle más acerca del ojo y Nicklas quería que no lo intentara, pero ninguno se lo dijo a la cara. Nicklas se fue directo a su lado en la mesa del despacho y encendió el ordenador. Una pantalla se proyectó sobre la mesa. En ese momento Sergio se percató de que el despacho estaba casi vacío. No era minimalismo, era ausencia de todo. La mesa de falsa madera presidía el lugar, con un armario al fondo y un viejo archivador en una esquina. Tres sillas delante de la mesa y ya está. No había cuadros, ni más muebles. Tampoco había nada encima de la mesa excepto una chapa con el nombre de Nicklas Magnussen. Él podía leer los pensamientos de Sergio al verle escudriñar su despacho. No era el primero, ni sería el último, en comentar su austeridad. Pero lo prefería así, ordenado y sin ningún elemento que pudiera distraerle cuando tenía que estar al trabajo. Cuando Sergio se acomodó delante de su escritorio, Nicklas cargó la información del caso de Andreas Koller. Ante él apareció el aviso de un mensaje subrayado en rojo. Era nuevo y todavía nadie lo había abierto. Al tocar con su dedo sobre la pantalla que flotaba encima del escritorio, ésta se llenó con el rostro en primer plano de una mujer. Era joven, no muy agraciada, pero de cara limpia y natural. Tenía los labios finos y los ojos enrojecidos, además la voz le temblaba cuando empezó a hablar.

—Ha pasado un nuevo día y sigo sin noticias de él.

La mujer hizo una pausa. Fuera de cámara llevaba un pañuelo de papel con el que se limpió los ojos. Nicklas detuvo el vídeo y, de forma paralela, abrió la ficha de Koller. Los dos policías comprobaron que ella era su mujer, Jelena Koller.

Nicklas se tomó un segundo más para escudriñar su rostro. Con el tiempo había aprendido a usar su ojo derecho para leer a las personas y esa mujer no fingía su pena. Reanudó el vídeo. Ella resopló buscando la calma necesaria para continuar grabando el mensaje.

—Me dijeron que no es necesario seguir insistiendo, que ya están en ello, pero me da la sensación de que piensan que no ha desaparecido. Quiero decir, ustedes no saben cómo es él. Es la persona más cariñosa que haya conocido, alguien sacrificado en su trabajo y por su familia. Pueden creer lo que quieran, yo sé que es así. He abierto nuestra cuenta privada para que tengan acceso a nuestros vídeos. Aunque dijeron que no era necesario, yo creo que sí lo es. Así

verán que es cierto que nos ha estado mandando mensajes todas las noches desde el día en que se fue a trabajar a Marte. Han sido cuatro años muy duros, también para él. ¿Saben lo que es acostumbrarse a que el único momento en el que ves a tu marido, el padre de tus hijos, sea por la noche en un vídeo proyectado? En esos momentos nos reunimos todos delante del proyector holográfico y por unos minutos volvemos a ser una familia unida de nuevo. Después de ver el mensaje que él nos manda, nos turnamos para grabar el mensaje de respuesta. Es una rutina poderosa y a la que jamás hemos faltado ninguno. Ni aún cuando nuestro hijo pequeño, Damian, se golpeó la cabeza haciendo deporte en el colegio y estuvo ingresado dos semanas. Cada noche, desde el hospital, veíamos todos juntos los vídeos de su padre, aunque Damian estuviera sedado. Como digo, hay que vivirlo para entender estas cosas. Mi marido lleva más de dos semanas sin mandar mensajes, sin escribir nada, sin aparecer por ningún lado. Y ustedes me han dicho que no me preocupe, que es normal.

De nuevo Jelena hizo una pausa en la que se limpió las lágrimas. Esta vez fue más larga, tanto que Nicklas pensaba que iba a terminar ahí el vídeo. Sin embargo, la mujer volvió a la cámara. Llevaba una fotografía que enseñó. En ella estaba un hombre joven y delgado, de pelo claro y ojos de un profundo color azul. Llevaba un bebé en los brazos y sonreía a la cámara. A sus pies una niña de unos dos años se agarraba a la pernera de su pantalón. Era una foto tierna.

—Por favor —volvió a decir la mujer—. Vean alguno de los mensajes que él nos mandaba y comprenderán por qué no se saltaría esta rutina. Tal vez así me entenderán un poco. El hombre que está en la foto jamás dejaría de lado a su familia. Le ha pasado algo malo, lo sé.

Miró a la cámara como si fuera a decir algo más, pero de fondo se oyó el llanto de un niño pequeño. La mujer dejó la cámara y la transmisión terminó en ese momento.

Nicklas y Sergio intercambiaron una mirada. El inspector podía ver la pena en el rostro de Sergio. Ya había comprobado que el joven era alguien sensible y no podía decir que a él tampoco le hubiera conmovido el vídeo. Lo cierto es que no se lo esperaba. Empezó a pensar que Andreas Koller no parecía de los que se fugaban de una familia. Cuatro años de mensajes cada noche eran en sí un hábito difícil de dejar pasar. Decidieron abrir alguno de los archivos de vídeo que mandó el propio Koller. La casualidad quiso que el primero coincidiera con la época en la que su hijo Damian había estado ingresado. Koller aparecía en la imagen con la cara pálida y profundas ojeras. Estaba muy afectado por la situación de su hijo y hasta tentaba la posibilidad de abandonar Marte. Parecía hablar en serio pese a que no conseguiría nada de esa forma. Para cuando un transbordador

llegara a la Tierra, su hijo haría meses que habría salido del hospital. No pusieron un segundo vídeo, para Nicklas aquello había sido suficiente y dedicaron el resto de la mañana a preparar un plan de actuación para abordar el caso. En el archivo, Nicklas incluyó la palabra desaparecido, que todavía nadie había incluido.

4

Pasadas las 13:00 horas, Nicklas y Sergio volvieron a la cafetería de la comisaría. El inspector notó la desilusión del joven por repetir para comer el mismo sitio donde habían desayunado. Esperaba salir por la colonia y explorar aunque sólo fuera durante el rato de la comida. Pero Nicklas era hombre de fuertes rutinas y ni siquiera le ofreció esa posibilidad. Reflexionó sobre ello mientras se sentaban a la mesa, que era redonda y de metal, como todas las que poblaban el amplio comedor. Sus rutinas le hacían sentirse bien. A Nicklas le gustaba el orden, tal vez porque fuera del entorno de trabajo su vida personal era un caos. Una joven camarera se acercó a tomarles nota del pedido. Nicklas la miró con inocente curiosidad, imaginándose lo que sería volver a salir con una mujer, alguien que pusiera algo de sentido a su vida fuera de la comisaría. Cuando ella le devolvió la mirada, Nicklas la apartó, volviéndose hacia la carta que se había proyectado en el aire delante de él. Pidió pescado con patatas y Sergio una ensalada. La joven lo anotó y se fue dedicándoles una sonrisa.

—Es un poco extraño que haya camareras en Marte —apuntó Sergio volviendo al mismo tema que habían tratado en el desayuno—. Y no me refiero a que ya no haya en la Tierra, sino que aquí todo el mundo llega con un contrato de trabajo, luego se espera que vengan personas cualificadas. La labor de camarera la puede realizar cualquier máquina.

Antes de contestar Nicklas se volvió para mirar a la barra. Allí su camarera se había puesto a hablar con otra, un poco más mayor y se reían de algo que no podía oír.

—Yo no he llegado a verlo —contestó Nicklas—. Pero sé que en los buenos tiempos de la colonia, antes de la crisis económica, no había tanta gente en el sector servicios. Aquí también te atendían máquinas, lo normal en la Tierra. Pero es difícil conseguir piezas y recambios de robótica. Tampoco se puede producir de manera local porque no existen esos medios en Marte, así que, al final, resulta más barato contratar a personal humano. Y yo lo agradezco, no me gusta que me sirva una jodida máquina.

—Lo entiendo pero... viajar hasta Marte sólo para ser camarera. Recuerdo las pruebas físicas y son duras.

Nicklas señaló a las camareras que seguían hablando entre ellas. No tenía mucho trato con la joven, pero a la mayor sí la conocía.

—Virginia —y señaló a la mayor— estudió informática, creo que es especialista en programación y esperaba incorporarse a un

puesto de trabajo relacionado con lo suyo. Pero una vez que llegó a Marte se encontró con que su departamento no estaba operativo, no sé decirte el porqué. El caso es que la pusieron a servir café en su empresa. Como ya te habrán dicho, en Marte nadie puede renunciar de su trabajo porque el despido supone renunciar al finiquito, lo único interesante de haber venido hasta tan lejos a trabajar. Así que mucha gente como Virginia se conforma con lo que hay, aunque sea una mierda. A ella la transfirieron a esta cafetería hace tres años terrestres, y le quedan otros tres más de contrato.

Tras aquella declaración se produjo un silencio, que duró poco porque la comida no tardó en llegar. Había poca gente a esa hora en el comedor y los platos salían rápido. Como Nicklas estaba hambriento, apenas se detuvieron para continuar charlando. Al acabar, Sergio tuvo que pedir otro café para mantenerse despierto, lo que conllevó una inevitable visita al servicio de caballeros. A su vuelta no tenía el buen aspecto que presentaba por la mañana. El sueño y el hecho de estar con el estómago revuelto le habían desmejorado. A pesar de ello no quería dejar de aprovechar el día. Esa actitud tan activa al principio le había resultado pesada a Nicklas, pero ahora le empezaba a gustar. Sergio disfrutaba de la acción y Nicklas del trabajo, así que se llevarían bien mientras eso durara.

Se habían propuesto visitar el apartamento de Andreas Koller ya que estaba cerca de la comisaría, en el mismo Sector 1. Pero antes de eso, Nicklas quería hablar con alguien. Por los pasillos de la comisaría le puso al tanto de María Roseau. Ella había sido su compañera durante el último año marciano, casi dos años terrestres, pero ahora iba a trabajar con Alain Dalmas en el caso de los productores de droga. Para Nicklas había sido un golpe por partida doble. Por un lado le apartaban del caso y por otro debía prescindir de su compañera y mejor colaboradora.

—¿Cómo es ella?

—La mujer más dura de Marte —respondió Nicklas—. Una jodida súper policía y no lo digo porque sea mi compañera. Tiene tu rango y sólo un par de años más que tú. Pero a pesar de ello se ha labrado un nombre en esta comisaría.

—Suena a que es una mujer impresionante.

En el pasillo de despachos de oficiales se detuvieron delante de la puerta con el letrero de M. Roseau en ella. Antes de abrir la puerta, Nicklas le habló a Sergio en voz baja.

—Si hasta ahora has pensado que mi carácter es fuerte, espera a cruzar esta puerta.

—¿Por qué?

—Ya lo verás, yo sólo te prevengo.

Nicklas llamó a la puerta pero la abrió antes de que le dieran permiso de entrar. Accedieron a un despacho pequeño y que, a diferencia del de Nicklas, sí estaba lleno de cosas. En las paredes había fotografías y planos de Marte, también de la colonia con su forma hexagonal. A la derecha de la puerta, junto a la pared, había un escritorio con la mesa repleta de papeles y tras él estaba María Roseau. Los miró con sorpresa al verles entrar.

—Joder, Nick, y luego te quejas de que yo entro en tu puñetero despacho sin llamar.

Fue su tosca manera de saludar. A Sergio se le erizaron los pelos porque jamás habría esperado esa forma de tratar a un superior directo. Nicklas suspiró con resignación, no estaba enfadado.

—¡Venga ya, he llamado! Lo que pasa es que tú no escuchas con los auriculares puestos.

—No sé de qué coño hablas.

Pero de forma poco discreta María Roseau estaba guardando un pequeño equipo de música con auriculares en el cajón de su escritorio.

—Es igual, te presento al nuevo. Sergio Guirao, ella es la oficial María Roseau.

Sergio iba a acercarse al escritorio para tenderle la mano pero Roseau le hizo un gesto a modo de saludo, ni siquiera se levantó.

—Buenas, novato. Por Dios, qué blanco eres. Pareces ruso, y con tan poco pelo... Creo que te voy a llamar "Novatov", el novato. Te pega bastante.

Sergio bajó el brazo. Todavía no salía de su asombro. María Roseau era impertinente, no se imaginaba que ella fuera la "súper policía" que había dicho Nicklas. Éste intervino colocándose entre ambos.

—Déjate de gilipolleces, Roseau. Yo voy a estar con Sergio ocupado en un caso de desaparición en la colonia. Así que me han apartado de lo de Vitrov.

—Me he enterado por mensaje —encendió en ordenador de su escritorio. En la pantalla que se proyectó estaba la ficha del caso con los nombres de Alain Dalmas y el de María Roseau—. El caso era tuyo, tú hiciste toda la labor de investigación. Es una putada que te quiten de en medio.

—Sí, pero al menos tú sigues en él. Quiero que me mantengas informado de todo. ¿Podrás hacerlo?

Roseau sonrió encantada.

—¿Por quién me tomas? Alain no te llega ni a la suela de los zapatos, así que ya había pensado en mantenerte al tanto de lo que pase para que puedas intervenir llegado el momento.

Era justo lo que Nicklas esperaba oír. Al salir de su despacho se sentía satisfecho. Con María Roseau en el caso no se perdería detalle

de la investigación a Vitrov. Eso también le permitía centrarse mejor en el caso del desaparecido Andreas Koller.

Lo siguiente que se habían propuesto hacer era visitar el piso de Koller, por lo que Nicklas hizo una llamada con su dispositivo de mano al fiscal Kim Young. Éste no le puso pegas, era una petición rutinaria. Aún así, Nicklas colgó deprisa porque le resultaba desagradable la voz de pito del fiscal, además de su tendencia a divagar. De hecho, cuando cortó, Kim Young aún estaba hablando. En ese momento se fijó en que Sergio estaba más callado de lo normal. Al preguntarle contestó de forma seca que no le pasaba nada. Y dejó claro que estaba enfadado. Nicklas sabía que había sido por María Roseau y eso le divirtió sin que pudiera disimularlo.

—¿Sabes? Le has caído bien a Roseau —dijo Nicklas.

—Me ha llamado Novatov —contestó.

—Lo hace sobre todo al principio y sólo con quien le cae bien. A mí me llamaba "Terminator" nada más conocerme.

—¿Y lo toleraste?

—La primera vez no me gustó, pero luego supe que era el personaje de ficción de una película del siglo XX, una máquina dura de pelar... es broma. Lo que tienes que hacer es mostrar tu carácter y ella te aceptará. Y si eso no funciona te asignaré el mismo despacho que ella. Seguro que con la convivencia os terminái s haciendo amigos. Eso suponiendo que sobrevivas.

Nicklas aún se reía mientras salían de la comisaría y consiguió arrancarle a Sergio una pequeña sonrisa también. A fin de cuentas era el novato y tenía que lidiar con ello.

Pidieron un taxi en la plaza, era igual al que les llevó desde el hangar. A Sergio le costaba acostumbrarse a no ver apenas vehículos personales por la calle. La gente se movía a pié, mayormente, aunque también había bicicletas y mucho transporte público. Había leído sobre ello durante el viaje, así que se abstuvo de comentarlo con Nicklas. Éste dio orden al taxi de ir a la avenida Curiosity, número 26, y se pusieron en marcha.

A las 14 horas del mediodía llegaron al piso de Andreas Koller. Estaba en un edificio, como casi todos a lo largo de la calle, de tres plantas y sin decoración en su fachada gris. Koller vivía en el segundo piso, pero por costumbre, Nicklas se fue directo al ascensor. Sabían por la huella electrónica que dejaban todos los colonos, que el piso estaba vacío y no se molestaron en llamar. Al poner Nicklas su mano contra un pequeño panel en la puerta ésta se abrió permitiéndoles pasar. Se encendieron las luces de manera automática y el ordenador doméstico, con voz de hombre, les dio la bienvenida por sus nombres. Ya desde el recibidor los dos policías notaron algo extraño, un olor

desagradable y agrio, además de un destello intermitente que venía del salón, a la derecha del pasillo. Una vez en él, descubrieron una escena inesperada. El sofá de tres plazas estaba volcado hacia atrás y la mesilla enfrentada al mismo estaba partida. En el suelo había sangre y trozos de cerámica. Nicklas se percató al instante de que esos trozos eran de jarrones que decoraban los estantes del salón. El estropicio llegaba hasta el dormitorio, al que se accedía por un pequeño pasillo al fondo y que distribuía el resto de la casa. La cama estaba deshecha y los armarios abiertos como si alguien hubiera rebuscado en ellos. Sin embargo, la cocina y el cuarto de baño estaban limpios. La violencia desatada en ese lugar se había limitado a las dos estancias principales.

De vuelta al salón, Nicklas llamó a comisaría desde su dispositivo de mano y pidió que acudiera un equipo de criminalística. Le hizo un gesto a Sergio para que no se acercara mucho a la sangre del suelo, pero éste sabía muy bien el procedimiento y no tocó nada. Cuando Nicklas colgó, ambos se colocaron en un rincón desde donde observaron el desastre.

—Andreas Koller sí que ha desaparecido de verdad —Nicklas rompió el silencio—. Su mujer tenía razón, algo le ha tenido que ocurrir. No sé qué cojones le voy a decir cuando me toque contestar a su mensaje.

Sergio se encogió de hombros.

—La verdad, jefe, no es culpa tuya,

—Mi culpa no, mi responsabilidad. Sólo espero no haber empezado esta investigación demasiado tarde y lo que ahora es desaparición se convierta en asesinato.

El equipo de criminalística tardó diez minutos en presentarse en el piso de Andreas Koller. Eran cinco miembros, tres mujeres y dos hombres, todos ataviados con bata blanca. Nicklas les conocía bien y se los presentó a Sergio según iban entrando. De inmediato empezaron a trabajar, repartidos por la vivienda, tomando muestras y fotografías. La jefa del grupo, Mónica, dejó un maletín en el suelo. Al abrirlo salieron dos pequeños cuadricópteros de dentro. Mientras los pequeños aparatos volaban por el salón Nicklas le explicó a Sergio que, al no tener los mismos medios que en la Tierra, había que hacer las cosas a la vieja usanza. Pero él ya se había percatado de ello al ver cómo uno de los operarios recogía con un frotis la muestra de sangre en el suelo. Incluso en la pequeña ciudad de donde él venía, al sur de España, cualquier equipo de criminalística habría analizado la muestra “in situ”, sin tener que recolectarla y llevarla a un laboratorio. No se lo volvió a reprochar a Nicklas y él lo agradeció. Si por el inspector fuera contarían con mejores medios, pero no dependía de él. En

realidad no dependía de nadie, simplemente no había fondos.

A pesar de tener que hacer el trabajo de forma manual, el equipo de Mónica terminó pronto. Los dos pequeños drones regresaron volando a su maletín y ella le dijo al inspector que todos los datos recabados estarían en su despacho en un par de horas. En ese momento sabrían si la sangre era de Andreas Koller y si había rastros de alguien más en la escena. Antes de marcharse, Mónica les dijo que había una patrulla apostada en la puerta del edificio. Mantendrían la zona vigilada por si alguien regresaba al piso.

Con el lugar ya procesado, Nicklas y Sergio eran libres de moverse por él. Lo primero fue investigar el ordenador doméstico. Dentro de la vivienda no había más cámara que la del equipo audiovisual del salón y ésta había estado apagada durante el incidente. No así los sensores de la vivienda, los mismos que le permitieron al ordenador saludar a Nicklas y Sergio por su nombre cuando entraron. Quedaba constancia de que Andreas Koller estaba en la vivienda, pero no había más registro. Después de que Koller saliera, nadie había vuelto a entrar hasta ese momento.

—Quien hizo esto debía llevar máscara o algo tapándole la cara —comentó Nicklas—. El sensor de la entrada tiene reconocimiento facial, pero es una tecnología muy simple.

Se sentaron en el sofá enfrentado al equipo audiovisual. En él revisaron todas las transmisiones realizadas y recibidas. Estaban los vídeos enviados por su mujer y las respuestas de éste. La interfaz reconocía los gestos de Nicklas subiendo y bajando con la mano para seleccionar los ficheros de vídeo. Quería ver lo último que había recibido pero volvía a ser un mensaje normal de su mujer. El último enviado por Andreas tenía fecha de la noche del 4 al 5 del mismo mes. En la pantalla que flotaba en el aire, el rostro de Andreas Koller apenas se veía distinto al de la foto que habían visto de él. Sonreía a la cámara, parecía feliz después de haber visto el vídeo que su familia le había enviado y al que estaba contestando. Nada más empezar la reproducción, Nicklas la detuvo. Se había dado cuenta de que estaba hablando en alemán, lengua que ninguno de los dos dominaba. Accedió al sistema de traducción que tenía el equipo audiovisual y después de programarlo para el inglés volvió a empezar la reproducción. Ahora sí pudieron entender lo que decía Koller, aunque no con su propia voz, sino con una sintetizada. De todas formas no había nada que a ellos les sirviera. Koller hablaba de su día en el trabajo y como era funcionario no tenía nada entrañable que contar. Él estaba más interesado en hacer preguntas. Quería saber sobre los niños, sobre las notas que les daban sus profesores, sobre los amigos que habían hecho. Y también sobre su mujer, a la que hablaba con mucho cariño. Al acabar, Nicklas apagó el equipo. Se había enfadado

y Sergio no sabía por qué. Se levantó del asiento y empezó a andar de un lado a otro con el gesto serio.

—¡Joder! —exclamó—. Y yo que había pensado que este tío estaba engañando a su esposa.

—No podías saberlo.

Nicklas se detuvo justo delante de donde se sentaba su subordinado.

—Incluso ahora no puedo evitar pensar mal de él. Y es por este escenario. ¿A quién ha cabreado Koller para que le destrozaran la casa y se lo llevaran a la fuerza? ¡Joder! Mi instinto me dice que aquí se nos está escapando algo. Creo que él estaba metido en algo turbio. Pero el Andreas Koller del vídeo parece la última persona que se metería en problemas con los bajos fondos de la colonia.

Mientras su inspector le daba vueltas, Sergio había accedido a la agenda personal de Koller. En la pantalla se listaban las anotaciones que él mismo había hecho. Llamó a Nicklas para que viera una nota marcada en rojo. Era un recordatorio.

—Koller tenía una cita con su médico hoy a las 18 horas —comentó Nicklas.

—No creo que vaya a acudir.

—Yo tampoco, pero Koller tenía una baja médica y si fue motivada por alguna agresión tal vez encontremos la pista que estamos buscando. Como sea, debemos entrevistarnos con su médico. ¿Dice la nota quién es?

Sergio lo negó, era un recordatorio sin más información. El reloj marcaba las 15:20 horas y todavía faltaba mucho hasta la cita con el médico. Nicklas llamó a comisaría mientras Sergio terminaba de revisar los ficheros del ordenador doméstico. En él no había nada más que pudiera darles pistas pero en la comisaría ya habían averiguado el nombre y la dirección del médico de Koller. Se llamaba Eban Harush, neurólogo del Hospital Archer, en el Sector 2.

Anotaron los datos y siguieron registrando la casa. Encontraron fotos, muchas eran de la familia en la Tierra y también algunos artículos traídos desde allí. Había también documentos como facturas y permisos que no aportaban nada. Lo poco que había de valor estaba en su sitio, sin signos de que hubieran rebuscado. En el dormitorio había un cuadro tirado en el suelo y la mesita de noche hecha añicos en el suelo. La cama estaba sin hacer y todo lo demás muy ordenado, incluso limpio. Andreas Koller no tenía demasiadas posesiones. En eso era como Nicklas, la clase de gente que tiene a Marte como un lugar de paso mientras dura el contrato de trabajo.

Aún habiendo sido muy rigurosos, a las 15:45 horas ya habían terminado de revisar todos los rincones de la casa. Salieron al rellano y decidieron probar suerte preguntando a los vecinos. En el piso

contiguo al de Andreas Koller no respondió nadie pero en el de enfrente vivía una mujer que rondaba los cincuenta años y que se presentó como Paula Scollari. Ante la pregunta de Nicklas de si había oído algo extraño de su vecino, ella contestó que sí, y que se sentía orgullosa de su excelente oído. Según la mujer, lo había ido desarrollando con el tiempo porque trabajaba en el departamento de telecomunicaciones de Marte. De inmediato les quedó claro que a Paula le gustaba hablar por los codos. Nicklas quiso cortarle y hacer las pertinentes preguntas pero antes de que pudiera, ella ya les estaba invitando a pasar dentro de su casa. Les prometió que contestaría allí y que, además, estarían más cómodos. Tenían tiempo y era la vecina que vivía más cerca de Koller, por lo que aceptaron. Al contrario que la de Andreas Koller, la casa de Paula Scollari estaba repleta de artículos de decoración y ya desde el pasillo se notaba también un fuerte aroma a incienso. Aunque todas las viviendas de Marte tenían luz integrada en el techo, Paula había adquirido lámparas, todas distintas y de colores, que colgaban ordenadas de forma caprichosa. En el salón se sentaron en un sofá de tres piezas lleno de cojines también muy coloridos. Sobre sus cabezas, entre las lámparas, había colgado un gran pañuelo de tela que tapaba casi todo el techo. La casa en sí tenía un aire a cafetín árabe. También la propia Paula, que llevaba ropa amplia y de vivos colores.

Cuando Nicklas y Sergio se acomodaron entre los cojines, Paula apareció desde la cocina portando una bandeja con un juego de té y se lo sirvió. Ambos lo rechazaron pero ella dejó una taza en frente de cada uno. La mujer se sentó en un puff verde de grandes dimensiones. Era cómico verla hundirse en aquella masa verde mientras procuraba no derramar el té de su taza, pero Nicklas sentía que estaban perdiendo el tiempo.

—Paula, le agradezco que nos reciba en su casa, pero estamos en una investigación y no hemos venido a tomar el té con usted —dijo Nicklas—. Prometió que contestaría a nuestras preguntas, así que empecemos por si ha oído algo extraño en la última semana de casa de su vecino, el señor Koller.

La mujer sorbió de forma sonora de la taza antes de responder. Para eso tuvo que inclinarse un poco hacia delante en su enorme puff.

—Veamos... —y se tomó su tiempo—. Sí, lo extraño es que en esta última semana no he oído nada.

—¿Significa eso que lo normal era oír a su vecino?

—Yo no he dicho eso —contestó—. Lo que digo es que yo soy muy sensible, el buen oído que tengo es sólo una representación física de mi intuición espiritual. Y lo raro del silencio de esta semana es que despierta algo oscuro en mi interior. Como un mal presagio.

Nicklas intercambió una mirada de incredulidad con su

compañero, éste estaba sonriendo.

—Entonces no oyó a Koller, pero lo sintió. ¿O no era él?

—No sentí a una persona, sino algo, era una sensación mala. Creo que al señor Koller le ha pasado algo.

—¿Está usted de broma?

La pregunta de Nicklas sonó mal, pero es que no aguantaba la charlatanería. Y desde que entraron en casa de Paula ya se había figurado que ella era una charlatana.

—¿Disculpe? —dijo ella.

—¡Joder, señora! Estamos aquí por un asunto serio. Ese hombre puede correr peligro. Y me dice usted que tiene una mala sensación. ¡Qué va a haber de bueno si dos policías han ido a su casa a buscarlo!

Los dos pensaron que su anfitriona les echaría en ese momento y a Nicklas le hubiera gustado, pero ella se inclinó aún más hacia delante para dejar ella también la taza. Estaba visiblemente enfadada.

—No son esos los modales de un caballero —dijo—. Tampoco los de un representante de la Ley. Y si me van a hablar en esos términos, será mejor que salgan ahora mismo de mi casa. Están descompensando los chakras.

—¿Los qué?

—Desprende usted una energía muy negativa, señor. Lo veo en su aura y yo soy muy sensible para estas cosas. Entiendo que los policías tratáis con cosas muy malas, pero no por ello tienen que venir a transmitir toda esa negatividad allá donde van.

Nicklas estaba con la boca abierta sin saber cómo responder al comentario. Pero Sergio, que se lo había tomado todo con humor, salió en su ayuda.

—Perdone al inspector Nicklas —empezó diciendo—. Él es un buen policía y está muy preocupado por su vecino. Nosotros también creemos que le ha pasado algo malo. Es posible que esta semana no haya escuchado usted nada, pero ¿y antes? ¿Qué nos puede decir del día 5 de Acuario?

Paula se tranquilizó. Suspiró y cerró los ojos porque según ella así meditaba mejor. Nicklas no quería intervenir, pero sentía que aquella mujer no estaba bien de la cabeza y les iba a volver locos a ellos si se quedaban más tiempo a escucharla.

—¡Ah, sí! El día 5, claro que me acuerdo. Estaba haciendo espaguetis esa mañana cuando oí un fuerte golpe en la casa del vecino. Luego un par de gritos y todo se quedó en silencio. Yo me asusté y salí al rellano, pero no había nadie y tampoco lograba oír nada. Cuando volví a mi cocina noté que cerraban de golpe la puerta de la casa de Andreas. Sentía curiosidad por lo que volví a salir, pero para cuando llegué sólo pude ver la espalda de un hombre que bajaba por las escaleras a la derecha del pasillo. Estoy segura de que no era

mi vecino porque su aura era densa y oscura, y la de Andreas es amarilla.

—¿Por qué amarilla? —se atrevió a preguntar Nicklas.

Ella le miró con desconfianza.

—No voy a decírselo a menos que tenga que ver con el caso.

—En realidad era curiosidad.

El resto de las preguntas corrieron a cargo de Sergio, quien, según Paula, tenía un aura más luminosa que la de Nicklas, y de color verde. A pesar de esa afinidad que sentía por el oficial, la mujer no aportó más información útil. Aunque quedó demostrado que era una auténtica cotilla porque conocía las idas y venidas de todos sus vecinos. Como mucho, pudieron sacar en limpio que Koller mantenía una vida tranquila, con rutinas y sin nada a destacar. Cuadraba con su perfil de hombre de familia, trabajador y, en definitiva, honrado.

Dejaron a Paula Scolari en su casa y bajaron a la calle. Allí se encontraron con los agentes. Nicklas conocía bien a uno de ellos, Johansen, porque se daba la casualidad de que era también danés y había vivido en el barrio de Norrebro, donde Nicklas había ejercido de policía. Le dio la orden de que vigilaran la casa a cierta distancia y a ser posible desde algún autotaxi. No quería que su presencia intimidara a quien quiera que fuera a buscar a Andreas Koller. Hecho esto, llamaron a un autotaxi. La siguiente parada era el Hospital Archer, del Sector 2. Allí Andreas Koller tendría una revisión médica a las 18 horas. Si él no acudía, como todo indicaba que iba a ser, ellos aprovecharían la consulta para interrogar a su doctor. Estaban de camino en el taxi cuando el ordenador de mano de Nicklas pitó dentro del bolsillo de su chaqueta. No esperaba que el inspector Albus Zimmerman le llamara y descolgó allí mismo. Sobre la pantalla de su pequeño dispositivo se proyectó la imagen de Albus, un hombre con arrugas y una fina barba gris.

—Necesito tu ayuda con un asunto —dijo sin siquiera saludar —. Ha aparecido un extraño rastro de sangre en una de las incineradoras del Sector 7. Hay mucha sangre.

Nicklas y Sergio se miraron. El día de hoy no paraba de presentar problemas.

—¿Y cómo puedo ayudarte yo?

—Me he enterado de que estás llevando el caso de un desaparecido. Alguien llamado Andreas Koller. Pues bien, aquí hemos encontrado el ordenador de mano de Koller. Estaba roto, tirado en el suelo, pero pudimos encenderlo para ver a quién pertenecía. Con un poco de suerte habremos encontrado a tu desaparecido.

—¡Joder! —Nicklas imaginó que encontrarían su cadáver—. Yo espero que no.

5

Al filo de las 16:30 horas, Nicklas se bajó del autotaxi en una avenida del Sector 2. Sergio permaneció en él y se despidieron. Se repartirían el trabajo y mientras él iba a hablar con el médico de Koller, Nicklas iría al Sector 7 a hablar con Albus Zimmerman. Levantó la mano y otro autotaxi se detuvo delante. De camino deseaba de forma interna no encontrar el cadáver de Andreas Koller. Era parte inevitable de su trabajo lidiar con la muerte, pero siempre era preferible no hacerlo.

Encendió su dispositivo de mano y cargó en él los mapas de la colonia. El Sector 7 era el más viejo de todos. Consistía en una maraña de calles que nacían como las ramas de un árbol desde las avenidas principales. Las incineradoras estaban justo debajo de los hangares del mismo Sector, en uno de los extremos de la colonia.

A pesar de ser un lugar bastante remoto de la colonia, no era extraordinario encontrar un ordenador de mano roto. A las incineradoras iban a parar todos los desechos no reutilizables de la colonia, donde se procesaban a fuego para su posterior almacenaje. Alguien pudo tirar a la basura el dispositivo roto, aunque lo más normal era dejarlo para reciclar. En Marte, y con la crisis, no se desaprovechaban las piezas de tecnología. Otra cosa que podía terminar en una incineradora era materia orgánica. Eso le hizo pensar en un cadáver y meneó la cabeza intentando quitarse esa idea. Existía un enorme control en los accesos a las incineradoras. Nadie se atrevería a llevar un cuerpo hasta allí. Antes tendría que pasar con su huella electrónica y sería grabado por las cámaras de vigilancia. Pero entonces ¿qué hacía allí ese rastro de sangre del que hablaba Albus?

A las 17:10 llegó a la entrada del hangar del Sector 7, al final de la avenida Spirit, arteria principal de ese sector. Como era de esperar, apenas había nadie paseando por la ancha avenida. Los locales estaban cerrados, con las persianas de metal bajadas y algunos con carteles de “se alquila” ya descoloridos por el tiempo. La entrada al hangar era muy grande, por ella podría caber un camión de mercancías. Eran así porque desde los hangares empezó la construcción de la colonia en la década del 2080. El taxi se puso en marcha y se marchó subiendo por la avenida en el momento en el que Nicklas cerró la puerta. Tres hombres con mono de trabajo azul se le quedaron mirando al tiempo que él entraba a la zona del hangar. No era la primera vez que iba pero siempre le sorprendían las diferencias

de estar en un sector y otro. Mientras que en los hangares del 1 al 5 la actividad era frenética, allí todo parecía estar calmado. Incluso las enormes grúas del techo, que se movían por raíles, permanecían inmóviles. Las cadenas que pendían de sus estructuras oscilaban de manera lenta y suave mecidas por la ventilación. El único movimiento que había era el de los pequeños vehículos de carga, los cuales llevaban contenedores de un lado para otro dentro del enorme hangar.

Todo el mundo se quedaba mirando a Nicklas cuando pasaba. Para bajar al sótano tenía que llegar a la zona de oficinas a su izquierda. Ésta era como un edificio cuadrado y de tres plantas, dentro del hangar. Se encontró con un agente uniformado y ambos se reconocieron saludándose a la vez. El agente, un tipo bajito y fornido que respondía al nombre de Escobar, le acompañó hasta las escaleras. Bajaron al primer sótano, que empezaba en un largo pasillo, y al final del mismo fueron a parar a una estancia muy grande y apenas iluminada. Al fondo de la estancia se levantaba una hilera de grandes estructuras cilíndricas. Eran las incineradoras de residuos. Se detuvieron al lado de una de ellas y Nicklas tuvo que pasar por debajo del cordón policial. Los pequeños drones de criminalística revoloteaban por el lugar grabando y tomando muestras. Había varios agentes allí, lo cual no era habitual. Albus Zimmerman vestía una gabardina larga y como él era alto, le daba la sensación de ser un armario. Tenía el pelo cano, igual que la barba. Sonrió al ver a Nicklas y se estrecharon la mano. Los dos tenían el mismo rango de inspector, sin embargo, Albus no iba a ser promocionado como Nicklas o Alain Dalmas al puesto de capitán. No le importaba, ni siquiera lo quería. Le quedaban pocos años para terminar su contrato en Marte y era en lo único que pensaba. Pero si tenía un favorito para el puesto, ese era Nicklas.

—Tenemos un buen problema aquí —empezó diciendo Albus—. El rastro de sangre es reciente y creo que lo hemos descubierto porque la persona que estuvo aquí se vio sorprendida por uno de los operarios y tuvo que dejar el lugar de forma precipitada.

—¿Y qué hay en las cámaras? O en el registro.

—Nada —respondió con énfasis—. Nada de nada. Quien fuera no dejó rastro alguno, además de esta sangre y el dispositivo de mano. Había también algo de basura, pero no parece que vaya a servir de pista. Hay muchos papeles y deshechos por ahí tirados. Los traen los drones de mantenimiento una vez a la semana desde los puntos de almacenaje.

Nicklas se rascaba la coronilla. No podía entender cómo toda la seguridad había fallado. Ni cámaras, ni registros. Era demasiado.

—Al principio pensamos que podía haber sido obra de un hacker —continuó Albus—. Pero las cámaras fueron desactivadas

cortando los cables, algo muy simple. Nadie lo denunció porque sólo se recurre a las cámaras cuando pasa algo, como ahora. Y el sistema de registro simplemente lleva estropeado desde hace dos años.

—¡Joder, tanto tiempo! ¿Y mantenimiento no vino a repararlo? —pero de inmediato cambió la pregunta por otra—. ¿Hemos de suponer que cualquiera pudo colarse?

Albus asintió. Le condujo hasta la boca de la caldera que estaba practicada en el enorme cilindro de metal. Por ella cabría fácilmente una persona. El interior estaba apagado pero aún desprendía mucho calor. Albus dirigió su linterna dentro y vieron que había montones de ceniza y algunos restos a medio carbonizar.

—Lo de dentro es irreconocible pero el rastro del suelo es sangre —dijo Albus—, la más reciente es humana, en concreto de una mujer.

—¿Es que hay sangre de más gente?

Albus señaló el rastro oscuro en el suelo y las paredes metálicas de la incineradora.

—Como decía, la del suelo es la más reciente, pero hemos encontrado más manchas. Hay muchas que están ya secas en el suelo y los laterales de la incineradora. Sólo puedo asegurar que pertenecen a distintos animales, incluidas personas. Y lo digo en plural porque hemos identificado diferentes trazas de ADN humano. El problema es que hasta aquí llegan muchos residuos de los hospitales, clínicas y hasta de las granjas. Hemos cotejado el ADN con nuestra base de datos y no hay coincidencias, por lo que ninguno está fichado por la policía. Para identificar los restos tendremos que usar la base de datos general de la colonia. Ya le he pedido permiso a Young, así que entre esta tarde y mañana por la mañana sabré a quienes pertenecen.

—Es tu caso y no me quiero entrometer —dijo Nicklas—, pero me gustaría echarle un vistazo al dispositivo de mano de Koller. Y también saber el lugar exacto donde lo encontraron.

Albus le dio el aparato. Era negro, plano y ligero, un modelo estándar. La pantalla estaba hecha añicos. Lo guardó con una bolsa de plástico en un bolsillo de su chaqueta. Lo habían encontrado en un rincón junto al incinerador a la derecha del que estaban.

La escena había sido revisada hasta el milímetro por criminalística y ni siquiera la visión mejorada de Nicklas podía aportar más pistas. De todas formas usó su habilidad como excusa para charlar un poco más con Albus Zimmerman. Los dos coincidieron en su macabro pronóstico. Debido a la gran cantidad de sangre en el suelo, era muy posible que alguien utilizara la incineradora para deshacerse de la mujer. Y en cuanto al resto de sangre, era difícil hacer una valoración sin saber a quién pertenecía. No podían descartar nada.

Albus no tuvo inconveniente en mantener informado a Nicklas

de sus progresos y respetó que él se quedara con el dispositivo de Koller. Era un trato que le beneficiaba a Nicklas, ya que podía participar de la desaparición de Andreas Koller además del asesinato de una mujer.

De regreso a las escaleras, Nicklas sintió un nudo en el estómago. Se reprochaba de manera interna que la muerte de un colono, esta vez una mujer, le ayudara a ganar méritos para el ascenso. Se volvió para mirar en el momento en el que una grúa levantaba la gran estructura de la incineradora. Lo hizo con un estruendo metálico. Era un mal escenario. Mucha sangre pero pocas pistas. Incluso cabía la posibilidad de que los restos carbonizados de Andreas Koller descansaran allí dentro, junto a los de la mujer de la sangre. ¿Quién querría deshacerse de un cadáver en aquel lugar? ¿Y cómo llegó con él sin ser visto? Se hacía esas y muchas otras preguntas mientras ascendía al nivel superior.

En el hangar se dio cuenta de que todos los operarios eran testigos en potencia y a la vez sospechosos. Aunque algunos trabajaban en grupos, la mayoría lo hacía en solitario, y nadie podía saber si estaban allí como empleados o autónomos. Si el propio Nicklas se hubiera vestido con un mono de trabajo habría podido pasearse entre ellos sin levantar sospecha. “Yo también podría deshacerme de un cadáver aquí” reflexionó.

Estaba de nuevo en la calle, en la avenida Spirit, y allí seguían los tres mismos operarios apoyados en la pared del hangar. Le miraban de forma descarada y ésta vez él les mantuvo la mirada. Iba a decirles algo cuando los tres se pusieron en marcha y desaparecieron entrando al edificio del hangar. No iba a seguirles, interrogarlos era labor de su colega, pero se quedó con las ganas.

“Marte está plagado de gente extraña” se dijo al tiempo que solicitaba un autotaxi. “Gente que quema cadáveres en una incineradora. Y el hijo de puta que lo hizo seguro que piensa que sin cadáver no hay crimen.”

A las 17:30 Sergio Guirao estaba en la sala de espera del Hospital Archer, en el Sector 2. Había sido fácil encontrar la consulta de Eban Harush, el doctor de Koller. No esperaba descubrir que era neurólogo y mucho menos aún que su consulta estuviera plagada de pacientes. La sala de espera era pequeña y sólo tenía diez asientos dispuestos en dos hileras. Por eso cinco de los que esperaban tenían que aguardar de pie. Como él llevaba tiempo en la sala era de los pocos afortunados que encontró asiento. Los otros nueve estaban ocupados por gente de todo tipo. Una mujer joven y guapa llamaba la atención con su ajustado vestido. A su lado había un hombre vestido de traje, grueso y barrigudo. Estaba medio dormido y daba cabezadas

a ambos lados del respaldo. Destacaba también un joven muy pálido, vestido con ropa de calle. Tenía un extraño tic que le hacía inclinar la cabeza sobre el cuello de vez en cuando y no siempre hacia el mismo lado. Era difícil no mirarle cuando lo hacía, así que Sergio se entretenía con su dispositivo de mano. Estaba leyendo las noticias de la colonia. Le alegró ver que la mayoría eran temas sin importancia. Algunas actividades comunales, eventos deportivos y fiestas ocupaban los mayores titulares. En una noticia pasada hablaban de la detención de Vitrov. En ella estaba la foto de Alain Dalmas, aunque también se hacía referencia a Nicklas como uno de los organizadores de la redada.

—Menuda patraña de noticia.

Sergio levantó la mirada de su dispositivo. La voz le había resultado familiar y no se equivocaba. María Roseau estaba delante de él y se sorprendió al verla.

—¿Qué haces tú aquí?

—Mi trabajo.

Mientras lo decía le quitaba a Sergio el dispositivo de mano. Él se quejó, pero intentó adoptar una postura adulta al hacerlo. No le resultaba fácil con María Roseau sujetando el dispositivo con dos dedos pendiendo sobre su cabeza.

—¿No me digas que estabas perdiendo el tiempo con esto cuando podrías haber entrado ahí a interrogar de una vez al médico de Koller?

Sergio alargó el brazo en un rápido movimiento para recuperar su dispositivo pero Roseau fue más rápida en apartarlo. Se le quedó mirando enfadado.

—Está pasando consulta en este momento. ¿Y cómo sabes tú lo del médico de Koller?

—Nick me lo contó, no es que él no confíe en un novato como tú. Bueno, a lo mejor es así. El caso es que yo tenía un rato libre y me pidió que te acompañara. ¿Vamos?

Le lanzó el pequeño dispositivo y Sergio tuvo que atraparlo en el aire. Roseau ya se había puesto en marcha saliendo de la sala de espera camino de la consulta. Él se levantó y corrió detrás de ella. Iba a detenerla cuando abrió sin llamar la puerta, pero no llegó a tiempo. Roseau se disculpó con un tono que sonó falso y entró en la consulta de Eban Harush. Para dejar claro sus intenciones blandió la placa de policía delante de él y de su paciente, una mujer de mediana edad con el pelo rapado y una gran cicatriz en un lado de la cabeza. La mujer se alarmó y se colocó todo lo deprisa que pudo una peluca que había en el asiento de al lado.

—¿Quién diablos se creen que son para irrumpir así en mi consulta?

A Sergio le parecía que Harush se quejaba con razón, pero Roseau seguía de pie plantada en medio de la consulta.

—Policía de Marte —contestó altiva—. Investigamos la desaparición de Andreas Koller. Porque supongo que no es muy normal que sus pacientes desaparezcan sin dejar rastro. Y buenas tardes, señora.

La mujer miró con ojos desorbitados al doctor. Éste, muy serio, se llevó la mano a su bien peinado cabello gris antes de hablar con su paciente. Se disculpó por lo que pasaba y le pidió amablemente que saliera y pidiera cita para otro día a las enfermeras. Ella obedeció y se fue murmurando al pasar delante de los agentes. Roseau no se inmutó y fue directa a ocupar el asiento que la mujer había dejado libre. Sergio se sentó a su lado. Aún no salía de su asombro. ¿Cómo podía actuar de esa manera y salirse con la suya? Nicklas tenía razón, Roseau era una mujer dura. Tenía autoridad y sabía ejercerla.

Por su parte Harush seguía estando muy serio. No tenía intención de colaborar con Roseau pero no quería montar una escena delante de sus pacientes. Además había mencionado que Andreas Koller había desaparecido y eso le importaba.

—Tenía que venir a revisión conmigo ahora, a las 18 horas. Podrían haberse esperado a ese momento. A lo mejor aparece.

—Lleva dos semanas sin dejar registro electrónico y hay signos de violencia en su casa —se adelantó a decir Roseau—. No va a venir. Pero nosotros sí, y con su ayuda esperamos encontrarle.

Harush ya veía que ella era quien llevaba la voz cantante, pero no le agradaba, por eso se dirigió a Sergio.

—¿Siempre entran así, avasallando a la gente?

—Al parecer ella sí —contestó—. Pero mi compañera tiene razón. Desde que hemos visto cómo está el piso de su paciente tenemos sospechas de que algo malo le ha podido ocurrir. ¿Puede decirnos a qué se debía la baja que tenía Andreas Koller?

Harush sonrió. Tenía una dentadura blanca y perfecta en contraste con su piel morena. Si no llevara la bata de médico parecería un galán cincuentón. Tal vez lo fuera aún con ella puesta.

—Supongo que saben lo que es el secreto médico. Yo no les puedo dar información sobre su salud a menos de que el paciente me autorice. O que traigan la orden de un juez.

No la tenían. Sin embargo, Sergio esperaba que pudiera hablar igualmente, usando la diplomacia y el interés común por encontrar a Koller. La irrupción y los modales de Roseau habían echado por tierra esas esperanzas. Ahora que empezaba a conocer mejor a su compañera, no le extrañaba que se llevara tan bien con Nicklas. Los dos tenían un carácter parecido.

—Harush —le llamó Roseau.

—Doctor Harush —le corrigió él.

—Como sea. No le he dicho aún que hemos encontrado sangre de Koller en su apartamento, su vida puede estar corriendo peligro. Y no podemos esperar a que se tramite una orden oficial de desaparición y que el juez nos autorice a ver su expediente. Eso sería una semana aún si empezáramos ahora mismo. Para entonces podría ser demasiado tarde. Así que habrá algo que pueda decirnos, como sí había estado metido en alguna pelea o si él le comentó que estaba en peligro.

Harush se tomó su tiempo antes de contestar. Lo de la sangre le preocupaba y quería colaborar, pero en ningún caso iba a romper la confidencialidad con su paciente.

—Puedo decirles que Andreas Koller no se había metido en ninguna pelea, al menos que yo sepa. No ingresó en el hospital por eso, pero su baja era real. No les puedo hablar de sus lesiones, pero yo no era el único especialista al que Koller visitaba. Hay una psiquiatra, que trabaja en un gabinete fuera de este hospital y con quien él tenía mucho trato. Se llama Gabriele Zernis. No la conozco en persona pero podrían encontrarse con el mismo problema que conmigo si no van a verla con una orden.

Sergio se apuntó el nombre en su dispositivo de mano. También encontró en él la dirección y su contacto.

—¿Cuál es la especialidad de Zernis? —preguntó él— No lo pone en la base de datos.

Pero Harush se encogió de hombros.

—Sé poco de ella. El señor Koller me dijo que le estaba tratando y me pidió el informe médico de su baja para enseñárselo. No sé para qué, pero él tenía derecho a ser atendido por cualquier especialista, así que se lo dí.

Estaban a punto de dar las 18 horas cuando Sergio Guirao y María Roseau salieron de la consulta del Doctor Harush. No había servido de mucho para aclarar la desaparición de Koller. Aparte de que visitaba a una psiquiatra, como más de la mitad de los colonos de Marte, sólo habían sacado en claro que Koller parecía un tipo normal y con una vida discreta. Lo mismo que ya les había dicho su vecina cuando le interrogaron.

Abandonaban el Hospital Archer por la entrada principal cuando ambos, y a la vez, recibieron una notificación en sus dispositivos. Era de Nicklas Magnussen y les informaba de lo que habían encontrado en las incineradoras.

—Así que puede ser que el desaparecido esté reducido a cenizas.

—Espero que no, pobre hombre — respondió Sergio.

—Joder, no he dicho que yo quiera eso. Pero es posible. Al menos es seguro que una mujer ha terminado de esa manera. Pero por suerte para ti, ese va a ser el quebradero de cabeza de otro.

Sergio volvió a consultar su dispositivo de mano. Ya se estaba acostumbrando a usarlo y era cada vez más rápido encontrando información con él. La consulta de la doctora Zernis estaba cerrada en ese momento. Se lo dijo a Roseau y ella insistió en que llamara a su contacto. No contestó y le dejaron un mensaje para que se pusiera en contacto con la policía. De momento no mencionaron a Andreas Koller.

En la amplia avenida a la que daba la fachada del hospital, el Sol simulado por leds brillaba en una esquina ya inclinándose hacia el oeste. Alguna nube, también simulada, cruzaba el cielo dando la impresión de que éste era real. Por alguna razón Sergio creyó que era oportuno comentarlo con Roseau.

—Cielos, ¿cuándo dejarás de hacer esas observaciones típicas de novato, Novatov?

—¿Novatov? —repitió el.

—Si no te gusta tengo otros. Cabeza de Billar, Orejas de Dumbo o Kojak Marciano.

Sergio no entendió lo último, pero no podía ser bueno. Decidió no responder y caer de esa forma en sus provocaciones. Pidió un taxi pero antes de entrar, María le dijo que ella tenía que ir a otra parte. Antes de marcharse, María Roseau se le quedó mirando de forma descarada, hasta que él preguntó qué pasaba.

—Sé que te gusto —y ella le guiñó el ojo.

Sergio se quedó de piedra. Si bien María Roseau no contenía la clásica belleza, sí que era atractiva. Él ya se había percatado de su bonito cuerpo y de sus labios carnosos también. "¿Pero qué estoy pensando?" se dijo.

—¡Qué tontería!

Ella empezó a reírse. Podía ver lo rojo que se había puesto Sergio. Él se metió en el taxi sin despedirse. De todas formas, Roseau ya se alejaba calle abajo sin dejar de reírse.

A María Roseau le gustaba andar. Mientras caminaba podía pensar y aclarar ideas. No quería que la gente conociera esa faceta suya y por eso prefería ir sola. Miró su dispositivo de mano sin detener el paso. Tenía varios mensajes sin leer, todos marcados como "desconocido" y, sin embargo, ella sabía muy bien de quien eran. No los leyó, sólo escribió una escueta respuesta. "*Dentro de treinta minutos en mi casa*" y lo envió.

Al cabo de ese tiempo, María llegaba a su edificio en el Sector 1. En el segundo piso se encontró con un hombre alto con la espalda

apoyada contra su puerta. Era Alain Dalmas. Se le quedó mirando en silencio. Ella se le acercó despacio hasta quedarse frente a él. Puso la mano en el panel de la puerta y al mismo tiempo se puso de puntillas para darle un largo beso a Alain. Éste lo aceptó y empujado por ella entraron juntos a la casa. Nada más cerrarse la puerta empezaron a quitarse la ropa. En el rellano él la cogió en brazos. Sabía el camino hasta el dormitorio. Sobre la cama la dejó caer, se descubrió el torso y ella tiró las sábanas con las piernas.

No hubo palabras. El sexo apasionado acabó con Alain tumbándose a un lado de la cama. Estaba sudando y recuperaba el aliento mientras María esperaba junto a él a que hiciera algún comentario. No quería palabras de amor, de hecho odiaba cuando se las decían, pero lo último que esperaba era que Alain se mostrara enfadado.

—Sé que has estado ayudando a Nicklas —dijo en tono frío.

Se volvió en la cama para mirar a Roseau. Ella seguía con la mirada perdida en el techo de su habitación.

—¿Y qué si lo hago?

—Al menos podrías dar alguna excusa. Ahora mismo tú y yo somos compañeros, un equipo. Creía que era lo que querías.

—Quería el caso de Vitrov —contestó—. Me daba igual quién lo llevara, y Nicklas sigue siendo mi amigo. Puedo ayudarle siempre que no interfiera con la investigación que llevamos.

—Llevamos mucho más que una investigación juntos.

Alain se colocó encima de Roseau. Con sus manos sujetó las muñecas de ella.

—No te confundas —dijo ella, sus caras estaban muy próximas una de la otra—. Que tengamos sexo de vez en cuando no te da derecho a disponer de mí cuando te dé la gana. Mientras no estemos en un caso seguiré haciendo lo que quiera.

María Roseau levantó la rodilla hasta presionar con fuerza en los genitales de Alain. Él notó dolor, pero no era suficiente para echarle de su lado, sólo quería dejar claro que ella no se dejaba someter. El inspector se movió de forma lenta hasta dejarla libre y con un rápido movimiento, ella se abalanzó sobre él colocándose encima. Se sentó sobre su cadera y él se dejó dominar mientras contemplaba el atlético torso desnudo de Roseau.

—Siempre haces lo que te da la gana —dijo él.

—Que no se te olvide.

6

El caso de Koller estaba derivando a un terreno que no le gustaba a Nicklas Magnussen. Ya había desechado la idea de que desapareciera por voluntad propia. Los signos de violencia en el piso y que apareciera su dispositivo de mano en la incineradora eran muy malos presagios. En lo que le restaba de tarde del sábado no podría avanzar más en la investigación, por lo que se dedicó a ayudar a Sergio a terminar de instalarse en la colonia. Como todos los oficiales de la policía, él tenía asignado un buen apartamento en el Sector 1, en un edificio cercano al del propio Nicklas y que daba a una plaza con un pequeño parque en el centro. Más tarde, María Roseau también les acompañó, lo que era una sorpresa. Pero en cuanto Sergio hubo colocado sus cosas en el apartamento, ella se fue arguyendo que tenía que ir al gimnasio.

A las 20:00 horas Nicklas había terminado de explicarle lo importante a su subordinado. La taquilla que usaría en la comisaría, su turno de gimnasio y hasta hicieron un repaso de todas las medicinas y suplementos alimenticios que él debía tomar. Nicklas le recordó lo fácil que era caer enfermo rodeados de ese entorno hostil. Bien fuera por la falta de Sol, de gravedad, o por el exceso de radiactividad, Marte no ponía las cosas fáciles a los colonos. Pero Sergio se había estudiado todo eso durante el trayecto desde la Tierra. Llegados al punto de despedirse, a Nicklas le pareció que era triste dejarle solo en su apartamento la primera noche. Él tenía una cita, como casi todos los sábados por la noche, con su viejo amigo Frank Pauli. Cenaban juntos y jugaban al póquer. Hizo una rápida llamada a su amigo delante de Sergio y Frank aceptó encantado dejar un hueco en la mesa para él. Cuando colgó le dijo a Sergio que se pusiera ropa elegante.

—Mi amigo Frank es un tipo peculiar —le dijo—. A diferencia de los pobres funcionarios como nosotros, él es director de la agencia reguladora de empresas. Vamos, un jodido pez gordo. Su casa está en el Sector 2, donde están las sedes de las empresas grandes. Y si te ven entrar a su edificio vistiendo de calle te van a mirar como a alguien que se ha colado. ¿Me entiendes?

Lo entendía muy bien y se encerró en su cuarto para ponerse lo mejor que tenía. Cuando salió llevaba un chaleco gris sobre una camisa blanca y pantalones de pinza. No tenía ningún abrigo bueno, por así decirlo, por lo que eligió una americana que no iba mal. Cuando salieron a la plaza, Nicklas pidió un taxi.

—¿Y tú no te vas a cambiar?

La pregunta de Sergio le pilló a Nicklas por sorpresa. Ni siquiera lo había pensado pero llevaba la misma ropa desde que le recogió en el hangar por la mañana. Una camisa algo arrugada, pantalón marrón y su vieja chaqueta del mismo color. No era como ir de calle, pero distaba mucho de parecer elegante.

—A mi ya me conocen —contestó—. Además, no me apetece tener que pasar por casa. Tengo hambre y quiero llegar lo antes posible.

El autotaxi se detuvo en mitad de una larga avenida rodeada de edificios de fachadas vistosas y negras farolas de forja. Hasta el momento, era el lugar más parecido a una ciudad en la Tierra que Sergio hubiera visto en la colonia. Nicklas estaba de acuerdo. Le explicó que el Sector 2 había sufrido muchas transformaciones con el tiempo, debido a las empresas que se iban asentando. Cuando el dinero fluía se permitían el lujo de ir decorando su sector. Pero ahora, con la crisis económica, sólo unas cuantas calles como aquella podían mantener una estética vistosa.

Ya era de noche y el falso cielo mostraba un manto negro plagado de estrellas. Había muchas más de las que Sergio podía haber visto en la Tierra. Y allí estaban también los dos satélites de Marte, Fobos y Deimos. Ambos representados como pequeñas lunas blancas, aunque no del todo redondas. No era una visión real de las mismas ya que desde la superficie, ambos satélites se veían como puntos luminosos, igual que las estrellas. Nicklas se lo explicaba mientras accedían al edificio por una puerta giratoria similar a la entrada de los hoteles. El vestíbulo era muy grande y con el suelo de mármol. Sus pasos resonaban al atravesarlo en dirección a los ascensores. Al abrirse la puerta de uno de ellos descubrieron a un hombre alto y fornido que les miraba inclinando la cabeza hacia abajo. Su chaqueta roja le identificaba como agente de seguridad. Saludó a Nicklas por su nombre mientras que a Sergio se le quedó mirando con el ceño fruncido.

—Viene conmigo —dijo Nicklas.

El ascensor les dejó en la tercera planta, justo en un rellano que ya parecía ser el interior de un domicilio, con un suelo de alfombra y cuadros en las paredes. A la derecha del mismo estaba la puerta de Frank Pauli. El propio Frank salió a recibirles. Llevaba puesto un traje de tres piezas en un bonito tono azul oscuro, a juego con la fina corbata anudada de forma perfecta al cuello. Incluso a Sergio le pareció un hombre apuesto, un dandy muy en contraposición a lo que Nicklas parecía a su lado. Éste ni siquiera se había afeitado esa mañana. A pesar de sus diferencias los dos amigos se abrazaron en la

entrada.

—Maldito Don Estirado —le dijo Nicklas—. Siempre vas hecho un pincel.

—Y tú parece que vayas pidiendo limosna.

—Lo hago para que no te olvides de que no tengo tu sueldo cuando subas las apuestas.

Ambos estallaron en risas y aún no habían dejado de reírse cuando Nicklas le presentó a Sergio. El oficial se sintió fuera de lugar al estrechar su mano. Pero no tardaría en descubrir que Frank no era el snob y "Don Estirado", como le llamaba Nicklas, que aparentaba. Ya en el recibidor de su casa encontró varias fotografías animadas en las que se veía a una mujer y dos niñas pequeñas. Él también salía en algunas de esas animaciones, jugando con las niñas en un parque verde y soleado. En una se le veía tirado en el suelo, con la camisa manchada de barro, mientras hacía que tomaba el té con ellas. Por si fuera poco, Frank tenía un enorme cuadro, una pintura al óleo, donde se le veía a él abrazado a su mujer presidiendo una de las paredes del salón. Ella también era muy guapa y formaban una buena pareja.

Frank recogió sus chaquetas para guardarlas en un armario junto a la entrada.

—La tuya la puedo mandar a la incineradora ahora, si quieres, Nick.

Bromeó Frank, y Nicklas estaba a punto de seguirle la broma cuando se acordó de su experiencia aquella tarde en el hangar del Sector 7. Frank conocía bien a su amigo y comprendió que había tocado un tema sensible, aunque no sabía porqué.

—Es por el trabajo —se disculpó el inspector.

—Pues deja eso que ahora no estás de servicio —le contestó—. ¿A alguien le apetece cenar? He hecho pasta.

Del salón pasaron al comedor, al que se accedía por la derecha. En él había dos grandes ventanas que simulaban estar dando a un bosque de altos árboles en el exterior. El efecto era tan realista que incluso las ventanas tenían cortinas y éstas se movían mecidas por el viento nocturno. Una luna enorme iluminaba el falso bosque del exterior. En el centro del comedor había una gran mesa de madera, ya vestida con mantel y toda la cubertería. Y sobre ella una lámpara de araña, de estilo clásico, pero que entonaba muy bien con la decoración. Nicklas ya había comido con su amigo en numerosas ocasiones y tenía un sitio elegido de antemano, pero Sergio se quedó de pie esperando a que cada uno tomara asiento. Todavía se sentía fuera de lugar. Finalmente se sentó al lado de Nicklas y enfrentados ambos a Frank en la mesa. La comida ya estaba servida en una bandeja y dentro de una campana metálica. Frank la descubrió, era un plato de espagueti y él mismo se ofreció a repartirlo como buen

anfitrión que era. Hizo lo mismo con la bebida. Aunque Nicklas no solía beber vino, no le hizo ascos a éste. Ya fuera de Marte o de la Tierra, todo lo que Frank compraba era de la mejor calidad.

Después de una excelente cena y de un aún mejor postre, los tres se quedaron un rato más a la mesa hablando. Sergio agradeció que Frank le sirviera un café, porque a esas alturas ya le costaba seguir despierto, y eso que el tema de conversación le interesaba. Hablaban de Marte y de la crisis económica que lo estaba asolando. El sector minero de Marte estaba arruinado, sobre todo porque el planeta no había resultado ser tan provechoso como se había estimado en un principio. Aún así, el sueño de la minería marciana continuó durante muchos años desde la colonización debido a sus excelentes infraestructuras, ahora muy desaprovechadas. Pero sólo hubo que esperar a que la tecnología mejorara los transportes para que las empresas emigraran a sitios como las lunas Titán y Europa, donde había mejores yacimientos. De los tres, Nicklas era quien más se lamentaba, y tenía buenos motivos. Sin la minería, Marte se estaba empobreciendo y el gobierno de la colonia lo llevaba mal. Estaban endeudados con varias naciones de la Tierra y con las empresas que todavía operaban aquí. El hecho de que su sueldo dependiera de esas empresas le revolvía el estómago. Temía que eso influyera en su independencia y estaba seguro de que ya ocurría con los políticos. Frank, que conocía el tema porque él era el encargado de regular la competencia entre las distintas empresas de Marte, procuraba quitarle hierro a ese asunto.

—En Marte hay democracia —dijo—. Elegimos a nuestros políticos, a los sindicatos y entre las empresas hay cierto equilibrio. Desde organizaciones como la mía velamos por ello.

—Y yo me alegro —sentenció Nicklas alzando la copa de vino —. Pero ni siquiera tú puedes saber todo lo que se cuece en las altas esferas. Marcus Belmonte, el gobernador —le aclaró a Sergio—, se reúne con las empresas para negociar los presupuestos. Eso no debería ser así.

—Nick, a veces pareces un conspiranoico.

El inspector se acabó la copa de un trago antes de contestar.

—Lo que no soy es un jodido ingenuo.

La conversación terminó en ese instante porque alguien llamó al timbre de la vivienda. Frank se levantó para atender a su invitado. Al hacerlo le aclaró a Nicklas que sólo una persona más se había apuntado para jugar al póquer esa noche.

—¿Sólo una? —dijo él sorprendido.

—Es por tu ojo —contestó Frank—. Se ha extendido el rumor de que puedes cazar cualquier tic mientras jugamos al póquer. Por eso la semana pasada Billy Chang se fue tan molesto después de la

partida.

Nicklas se quedó contrariado. Mientras estaban los dos solos, Sergio le preguntó si era cierto que él podía descubrir los tics gracias a su ojo. Nicklas tuvo que reconocer que así era. Por eso, aunque a él no le gustaba el póquer, se había convertido en un jugador excelente. Pero creía que su secreto no había trascendido.

—No vayas diciéndolo por ahí —dijo Nicklas.

—En realidad los tics son sólo una pequeña parte del póquer —dijo Frank, quien acababa de regresar de darle paso a su otro invitado —. Por eso Nick no puede ganar siempre que se lo propone. De hecho conmigo nunca puede. ¿Verdad, Nick?

Nicklas lo reconoció y le dolió en su orgullo hacerlo.

Un par de minutos después, Mortimer Hutch entraba en la vivienda de Frank. Nicklas ya había jugado otras veces con él y no estaba muy contento de volver a verle. El director de Terraformación tenía mal perder y la odiosa costumbre de hablar demasiado sobre su trabajo. Frank le condujo a él y al resto de invitados hasta la sala de juegos, que estaba al fondo de un pasillo después del salón. Mortimer Hutch, que era un hombre orondo, se sentó el primero en la mesa de póquer, pieza central de la sala de juegos de Frank. Junto a ella había un billar, una diana para los dardos y un mueble bar de madera. Nicklas atinó a ver que había botellas nuevas dentro del mismo y su amigo le dijo, para alegría de él, que había traído cerveza. De hecho, Frank le sirvió un botellín de una conocida marca danesa sin que él lo pidiese. No era necesario entre dos amigos que se conocían tanto.

Ya en la mesa, todos iluminados bajo la lámpara de tela verde sobre la misma, Mortimer Hutch aprovechó para comentar que la cerveza que se elaboraba en Marte era mejor que la que se traía de la Tierra. Aquello fue un sacrilegio a oídos de Nicklas, pero no quería darle coba a Mortimer y lo dejó pasar. Eso no le impediría disfrutar de la suya.

Frank, siempre muy atento, le preguntó a Sergio si conocía el juego. Éste reprimió un bostezo antes de contestar que sí. Dijo algo de que los juegos de cartas eran casi como un pasatiempo nacional de donde él venía, a lo que todos respondieron con escepticismo. Pero resultó que Sergio lo decía en serio. Él mismo tomó la baraja y la mezcló con mucha habilidad antes de especificar la modalidad del juego, Texas Hold'em, y repartir. Frank dispuso unas monedas antiguas, dólares americanos que había coleccionado como hobbie, a modo de fichas para las apuestas. Les dieron un valor en créditos, muy poco en realidad, y se repartieron también entre los cuatro.

—Buscamos diversión, no hacernos ricos —aclaró Frank.

—Lo dice alguien que tiene dos jacuzzis en esta casa —le contestó Nicklas con ironía—. En serio, ¿para qué dos?

—Necesitarás uno cuando te arruines y vengas a pedirme un hueco en donde quedarte, Nick.

Mortimer rió el comentario de Frank con un desagradable sonido de asno.

—Hablando de eso —dijo Mortimer cuando dejó de reírse—, tengo entendido que Alain Dalmas parte como favorito para ser el nuevo capitán de la policía. Se dice que él lleva un caso muy importante de narcotráfico mientras que tú estás buscando a un desaparecido. No creo que eso te ayude a conseguir el ascenso.

En el momento en el que lo decía, la partida ya había empezado y todos miraban sus cartas. Sergio se tapó la cara con ellas para disimular un nuevo bostezo, mientras que Mortimer Hutch miraba a Nicklas con gesto interrogante. Más que por la afirmación que había lanzado, el director quería saber las cartas que escondía su contrincante. Nicklas ya había adivinado que le estaba intentando desestabilizar.

—No hay casos pequeños, Morti —y usó el diminutivo como burla—. Sólo policías pequeños.

—Eso es de Stanislavski —apostilló Frank—. Y se refería a los actores. Apuesto cinco.

—No es esa la respuesta que me dieron en comisaría cuando fui a denunciar el robo de gallinas.

"Joder, otra vez las gallinas no..." pensó Nicklas, que esta vez si se mostró contrariado. Acto seguido Mortimer igualó la apuesta de Frank.

—Te repito que ya hay alguien investigando.

Era el turno de Sergio, quien pasó su mano pero había sentido curiosidad por el comentario de Mortimer. Era lo que Nicklas más temía, que alguien le diera coba.

—Fue hace diez días —dijo Mortimer—. Uno de mis operarios, la señorita Carnacki, encontró un agujero en la cerca de la granja número quince. Varios animales, conejos y gallinas sobre todo, se habían escapado y correteaban por el lugar. No hace falta que les explique lo importante que es mantener controlada la población de estas especies.

—No hace falta —contestó Nicklas aburrido.

—Mejor —no cogió la indirecta—. Porque es muy importante en un ambiente como el de Terraformación, donde cualquier desajuste podría ser un caos. Ya pasó con los saltamontes... a lo que iba. El caso es que ese agujero no lo había hecho un animal silvestre, sino alguien con unas tenazas. ¡Y se llevó gallinas!

—O se escaparon.

—Inspector, le estoy hablando en serio. Pudimos recuperar a la mayoría de los animales que se escaparon, pero faltaban ocho gallinas.

¡Ocho! ¿Se dan ustedes cuenta?

Paseó la pregunta por el rostro de sus compañeros de juego, pero sólo a Sergio le interesó, aunque respondió con un bostezo debido a lo cansado que estaba. Era el turno de Nicklas.

—Apuesto diez —puso las fichas en el centro— y otros veinte a que los bichos de Morti están en la cazuela de algún colono.

La partida se desarrolló desde ese momento a favor de Nicklas y de Frank. Sergio demostró ser un buen jugador, pero estaba demasiado cansado como para estar atento a la partida, y en poco tiempo se había quedado sin monedas. Por su parte, Mortimer Hutch había dejado por fin el tema de su trabajo y de las gallinas. En su lugar, estaba empeñado en cambiar sus tics, incluso forzarlos, para despistar a Nicklas. Pero ni eso, ni sus comentarios mordaces, pudieron afectar al inspector de policía. Le tenía cogida la medida gracias a su excelente vista. Sabía cada vez que mentía y también cuando había obtenido una buena carta por sus pequeñas microexpresiones. Por mucho que quisiera no podría engañar a su ojo. Una hora y tres cervezas después los ánimos se estaban caldeando entre Mortimer y Nicklas. Tras una apuesta arriesgada del director de Terraformación, que puso todas sus monedas sobre la mesa, la tensión entre ambos llegó a su punto álgido. Nicklas había adivinado las cartas de Mortimer así que igualó la apuesta. Hasta ese momento nunca había habido tantas monedas sobre la mesa. Frank se retiró de la mano y todo quedó entre ellos dos. Al descubrir sus dos cartas con las cinco que había descubiertas sobre el tapete, Mortimer tenía un full de jotas y sietes, lo que suponía una mano estupenda. De nuevo volvió su risa de asno, pero no le duró demasiado. Nicklas destapó sus dos cartas, eran dos sietes, que junto a los otros dos sietes que había ya descubiertos formaban un póquer de sietes. Una mano superior a la de Mortimer. Nada más verlo, éste se puso rojo como un tomate.

—¡Esto es trampa! —gritó—. Es imposible que nadie tenga tanta suerte.

—Sólo es un póquer de sietes —medió Frank—. No es ni de lejos una jugada tan buena, así que tranquilízate.

Pero Mortimer ya estaba muy alterado.

—Billy Chang tenía razón —dijo—. No se debe jugar contra una máquina, al final siempre perdemos.

—Te recuerdo que es Frank quien tiene aún más monedas en su mano —añadió Nicklas.

—¡Claro! Tu amigo. Esa es la forma que tienes de disimular tu ventaja. Ese maldito ojo biónico…

Nicklas se puso de pié tirando la silla a su espalda. Iba a enfrentarse a Mortimer y el alcohol no le ayudaba a controlar ese

impulso. Sin embargo, el orondo Mortimer Hutch se había quedado con los ojos abiertos como platos ante la reacción de Nicklas. Se le habían bajado los humos de golpe.

Frank dio por terminada la velada y Sergio, que se había despertado gracias a la disputa, ayudó diciendo que no podía permanecer más tiempo sin dormir. El joven oficial y Mortimer compartirían un taxi en la calle y se despidieron en la puerta de Frank haciendo como si no hubiera pasado nada. Nicklas se arrepentía del arranque de ira. No esperaba que alguien como Mortimer supiera lo que significó para él perder su ojo.

Sergio y Mortimer se habían ido, pero Nicklas aún permanecía sentado en el sofá del salón con una mano tapándose el ojo derecho. Tal era la gran capacidad de su ojo que incluso así podía ver los detalles de la palma de su mano, los tonos de rojo de su piel y los vasos capilares tras ella. No podía apagarlo, apenas lograba ignorarlo cuando quería. Pero incluso cuando cerraba los ojos podía ver los detalles detrás de su párpado. Era algo a lo que costaba acostumbrarse.

Frank Pauli se sentó a su lado en el sofá.

—La próxima partida la tendremos que jugar tú y yo solos —dijo—. A lo mejor de esa forma tienes alguna oportunidad de ganarme.

El intento de broma no tuvo efecto sobre el inspector.

—Debería irme a casa.

—Deberías hacer muchas cosas —contestó—. Echarte novia la primera de todas. La otra es dejar de preocuparte por las cosas que no tienen solución, como tu ojo. Eres inspector de la policía de Marte y casi seguro que serás el próximo capitán. En resumen, eres alguien que no debería sentirse mal por tener que llevar una prótesis porque estás triunfando en la vida. Vale que eres un solitario amargado, mal hablado y que no es capaz de ganarme al póquer. Pero por todo lo demás tienes una vida estupenda por delante.

Los ánimos de Frank surtían efecto y Nicklas esbozó una sonrisa. Al mirar a su amigo veía a alguien a quien admiraba, aunque era más que eso, sentía envidia. Frank lo tenía todo. Una familia estupenda, un buen trabajo y además era alguien inteligente y divertido. A todo el mundo le gustaba estar con Frank Pauli. “Y por otro lado él es de los pocos que me soportan” pensó.

—A lo mejor otra cerveza ayuda a que me anime —dijo Nicklas.

—¡Marchando!

****

Esa misma madrugada del sábado al domingo, en las estrechas

calles interiores del Sector 7, una sombra se escurría entre las intermitentes luces de un letrero de neón. Estaba sobre la puerta de un local escondido entre los callejones. Un visor electrónico reconoció algo en el individuo que se colocó frente a la entrada y le dejó pasar. Accedió a un largo pasillo iluminado de rojo donde una fila de jóvenes esperaba su turno para entrar al siguiente nivel, en la planta baja. Pero él no tenía que esperar como los otros y pasó al lado de ellos hasta donde un hombre, alto y ancho como un armario, se apartó para que accediera a las escaleras. No tuvo que decirle nada.

Bajó hasta una sala más grande, donde la música era estridente y las luces y los focos parpadeaban de forma frenética. Un numeroso grupo de personas, la mayoría jóvenes, bailaban dando saltos con la música electrónica. Sus movimientos parecían pausarse con las luces intermitentes. Atravesó la sala entre la gente, envuelto por la neblina de gases artificiales y un penetrante olor a sudor. Al final de la misma había unos apartados con mesas y sillas. La mayoría estaban ocupados por gente de mayor edad y que vestían ropas elegantes. Al contrario de los que bailaban, los de los compartimentos eran la Clase Alta del local. Con ellos había mujeres ligeras de ropa que bebían y se reían mientras se dejaban manosear. Eligió uno de los espacios vacíos y se sentó. Antes de que se terminara de acomodar una camarera ya se le había presentado. Tenía los pechos abultados y apenas tapados por un biquini. Los dejó ver al apoyarse con las manos sobre la mesa y le preguntó lo que quería beber. Una formalidad, ya que nadie estaba allí por la bebida. La camarera volvió con un vaso de whisky, pero él no lo tocó.

De la multitud que bailaba entre la bruma de gas y sudor, una joven que llevaba una llamativa peluca color azul, se fijó en el hombre solitario con el vaso de whisky en la mesa. Sabía que estaba buscando compañía y ella podría dársela. Cuando iba a acercarse alguien tomó a la joven por el brazo.

—Espera, Sophie —dijo otra joven que bailaba a su lado—. Déjame a este a mí. Hoy no he tenido mucha suerte, los de Clase Alta ya están muy ocupados con esas putillas de tres al cuarto —se colocó el sujetador para dejar sobresalir mejor los senos por encima del top —. Además me van los tipos misteriosos.

Sophie miró al tipo en cuestión. Sí que parecía misterioso. Muchos de los “Clase Alta” tenían costumbre de llevar máscara, pero la de aquel tipo era una máscara blanca sin rasgos, que destacaba sobre el atuendo negro que llevaba.

—Mira que eres puta, Rica —contestó Sophie.

La otra se volvió para enseñarle los pechos apretándose con las manos.

—Y tú eres una tabla —dijo Rica antes de atravesar la sala de

baile hasta la zona de apartados.

Sophie todavía se les quedó mirando un rato mientras su amiga se sentaba al lado del hombre misterioso. No solía interesarle lo que hiciera su amiga, pero aquel tipo le había despertado interés. Y en cuanto Rica se sentó a su lado, entendió que había algo raro en él. Al contrario que la mayoría de los hombres, y algunas mujeres que frecuentaban esos apartados, el tipo de la máscara no se había lanzado a probar la mercancía. No tocaba a su amiga, de hecho parecía mantener cierta distancia con ella. Lo estaba pensando cuando un tipo, un chico joven, se le acercó por detrás y le agarró el culo de un manotazo. Sophie se volvió y le cruzó la cara de una bofetada.

—¡Tengo dinero! —protestó el joven, a quien le dolía más el orgullo que el golpe.

—Me importa una mierda, contigo no me apetece.

—Menuda puta…

El tipo se marchó y Sophie volvió la mirada para descubrir que Rica y el tipo misterioso ya no estaban en el reservado. Habían ido al otro lado de la sala, junto a la salida. Intentó acercarse hasta ellos, pero había demasiada gente interponiéndose en su camino. Desde donde estaba pudo ver que el hombre por fin tocaba a su amiga. Pero fue igualmente extraño. Ella tenía una peluca roja que él la acarició entrelazando sus dedos con el pelo. Luego se marcharon y Sophie seguía en mitad de la pista de baile, atrapada entre la gente.

Eran las 4 de la madrugada y Sophie estaba en el pasillo que daba al callejón de la entrada. Al cruzarse con Antón, el gorila que dejaba pasar a la parte de abajo, le preguntó si había visto a su amiga salir con alguien. Le costó recordarlo, pero al final le dijo que sí, aunque no podía dar una descripción del tipo.

—Si todo le ha ido bien no la verás hasta mañana —apuntó Antón—. ¿Hoy no has cazado a nadie, Sophi? ¿A lo mejor estás celosa de Rica?

Le hizo una peineta con el dedo y se marchó hasta la salida. En el callejón había una pareja besándose y metiéndose mano en las sombras. Ella se acercó un poco, pero no era Rica. Comprobó el dispositivo de mano, aunque sabía que no tendría ninguna llamada suya. “Seguro que se lo está montando bien” se dijo. “A lo mejor sí que tengo envidia, joder.”

7

El domingo 21 por la mañana Nicklas Magnussen se estaba duchando cuando los altavoces de la pared le informaron de que había recibido un mensaje. Era de Sergio y lo reprodujo allí mismo. Había averiguado que Gabriele Zernis, la psiquiatra de Koller, abría su consulta también en domingo, aunque sólo por la mañana. Nicklas se sonrió. "¿Este crío nunca descansa?".

Incluso había conseguido una cita con Zernis a las 9:30 de la mañana y él le estaría esperando en la calle. Nicklas andaba justo de tiempo, por lo que salió de la ducha y sin haber terminado de vestirse engulló sus pastillas y vitaminas. Un café instantáneo le despejó los restos del sueño. Todavía estaba húmedo al salir de su piso y por eso sintió un frío terrible en el pasillo. Se abrigó con su vieja chaqueta marrón sin encontrar mucho confort. En el ascensor se dio cuenta de que había vuelto a salir de casa sin afeitarse.

A la hora citada se reunió con Sergio en la avenida Mariner 2. Él le estaba esperando con la espalda apoyada en la pared de la fachada. En aquella ocasión se había cubierto la cabeza con un elegante sombrero. Además, vestía un traje con corbata azul marino, por lo que parecía salido de una película de gangsters. Nicklas se reía al llegar a su lado y así se lo dijo cuando se vieron y se estrecharon la mano.

—Por cierto, bonito sombrero.

Sergio se lo tocó haciendo que se ladeara.

—Así disimulo un poco.

Los dos policías entraron en el edificio. Como casi todos en la colonia era de tres plantas y muy ancho. La consulta de la doctora Zernis estaba en la segunda, al final de un pasillo. Un bonito marco dorado con su nombre estaba colgado en medio de la puerta. Nada más llamar al timbre una mujer, ataviada con ropa larga de tonos grises y gafas de pasta, abrió la puerta y se los encontró de bruces. Se sorprendió al encontrarse de frente a los dos hombres, y la forma repentina en la que había abierto nada más llamar también les sorprendió a ellos.

—Buenos días —se adelantó Nicklas—. Tenemos una cita a esta hora.

—¡Ah! Pero yo no trabajo aquí.

La voz de la mujer sonó tímida. No se habían percatado de ello pero era bastante más joven de lo que aparentaba a primera vista.

—¿Entonces es usted paciente?

—No. Disculpen.

Se escurrió entre los dos policías buscando atravesar el pasillo.

—Discúlpenos a nosotros. Es que estábamos buscando a alguien que viene a esta consulta y pensé que a lo mejor le conocería.

La mujer se detuvo y dio la vuelta para mirarles.

—¿Alguien desaparecido?

Nicklas y Sergio intercambiaron una mirada.

—Precisamente —contestó Nicklas—. Se llama Andreas Koller.

—¡Ah! Lo siento, pero no le conozco.

De nuevo contestó de forma tímida, tan bajito que costaba escucharla. Y dicho eso prosiguió su camino sin volver la vista atrás. Antes de que desapareciera por la escaleras Nicklas le preguntó su nombre, era una sana costumbre que hacía de forma inconsciente. Ella se detuvo y contestó de forma casi inaudible.

—Sara Bell —y se marchó bajando las escaleras.

Los dos policías se quedaron pensando en lo rara que parecía aquella muchacha, pero a fin de cuentas estaban en la puerta de una consulta psiquiátrica. Era el sitio idóneo para encontrar gente así.

Al pasar descubrieron que Gabriele Zernis tenía un lugar de trabajo muy bien organizado. Tras un pequeño recibidor daban a un espacio abierto con una secretaria detrás del mostrador principal. Detrás de ella había una sala de espera acristalada, a la que se accedía por una puerta a la derecha del mostrador. La consulta en sí quedaba tras una puerta a la izquierda. Se presentaron a la secretaria, quien confirmó la cita y les pidió que esperasen. A Nicklas no le gustaba esperar y se sentó con el ceño fruncido. Sergio se quitó el sombrero y el inspector aprovechó para preguntarle por qué no se había sometido a un tratamiento contra la calvicie.

—Mi padre era calvo —contestó— y nunca le importó. También lo fue mi abuelo y su padre antes que él.

—Otra tradición, como la de ser policías, ¿verdad? No es por meterme contigo, para eso ya tienes a Roseau. Pero ¿por qué no rompes esa tradición? Está claro que a ti te importa, por el contrario no llevarías sombrero.

—Hay mujeres a quienes les gustan los calvos.

La broma le pilló a Nicklas desprevenido ayudó a que se relajara un poco. Seguían charlando del asunto cuando la secretaria les llamó. Al final no habían tenido que esperar casi nada y ya podían pasar a la consulta.

—Mi padre quería que yo hiciera carrera en la política —añadió Nicklas al tiempo que se disponían a entrar en la consulta.

—No me parece que eso pegara contigo, jefe.

—Ni en broma. Odio a esos jodidos burócratas.

La secretaria le chistó al oír el comentario subido de tono de Nicklas. Pero ellos no hicieron caso y entraron.

La consulta era en realidad un despacho de grandes dimensiones, tapizado con elegante aunque anticuado papel pintado. La pared de la izquierda estaba tapada por completo por una hilera de estantes repleta de libros. La opuesta sólo tenía un sofá de piel frente a un diván negro. Al fondo quedaba el escritorio. En esa pared había multitud de títulos enmarcados hasta el punto de rozar lo exagerado.

Gabriele Zernis estaba detrás del escritorio, aunque se puso en pie para recibirles. A Nicklas le sorprendió que llevara un traje con corbata, muy masculino, además, ella tenía tanto pecho que la corbata se deformaba a la altura de sus senos. Su ojo biónico se fijó de forma instintiva en todos los detalles de la doctora Zernis. Tenía la cara redonda, con los mofletes rosados y la piel muy blanca. Debajo de su flequillo, cortado en perfecta línea recta, tenía las cejas tan delgadas que apenas eran dos líneas. Había visto su ficha de camino a la consulta y sabía que tenía cuarenta años, pero aparentaba algunos menos. Y aunque había leído que era alta, no se esperaba que lo fuera tanto. De hecho era más alta que Nicklas por lo que supuso que llevaría un zapato de tacón alto detrás del escritorio.

Les saludó e invitó a tomar asiento. Su voz desprendía fuerza y era autoritaria. Se sentaron y Nicklas se sacó su dispositivo de mano del bolsillo de la chaqueta. Con él proyectó el rostro de Andreas Koller. Quería respuestas rápido pero ella respondió ante la imagen con indiferencia.

—Andreas Koller —dijo ella en un tono neutro.

—Es su paciente y ha desaparecido.

Ni siquiera esa revelación le hizo cambiar su gesto.

—A lo mejor sólo está con algún amigo. De juerga o algo. ¿Le han buscado bien?

El comentario y la manera de decirlo no le gustaron a Nicklas. No quería empezar con mal pie la conversación pero ya buscaba un enfoque más agresivo.

—Encontramos restos de sangre y señales de una pelea en su vivienda. Más tarde encontramos su dispositivo de mano roto en las incineradoras. Yo creo que no está de juerga, señora.

—Señorita —le corrigió ella enseguida—. Pero pueden llamarme Gabriele. Así me llaman mis conocidos, también mis pacientes. Supongo que como él es uno de ellos pretenden que les diga dónde está. Pero pierden el tiempo. No lo sé y hace una semana faltó a su cita conmigo. Mi secretaria, Elba, trató de contactar con él.

De pronto se detuvo en mitad de la frase.

—¿Y pudo encontrarle? —inquirió Sergio.

—¿De qué se ha acordado? —intervino Nicklas casi al mismo

tiempo que su subordinado.

—Una coincidencia, nada más. Justo antes de que ustedes vinieran a verme me han preguntado por Elba. Esta mañana ha faltado al trabajo.

Nicklas pensó de forma inmediata en la tímida mujer que había salido cuando ellos llegaban. Si no era paciente tal vez estuviera allí para preguntar por Elba.

—Andreas Koller tenía una baja médica —continuó Sergio volviendo al asunto que les interesaba—. En un principio pensamos que podía deberse a una pelea y que de esa forma podríamos dar con alguien que quería hacerle daño. Pero, al parecer, la baja se la dio un neurólogo.

—¿Se supone que es una pregunta? —respondió ella. De nuevo el tono autoritario les descolocó a los policías—. Supongo que ya habrán hablando con ese doctor y no les habrá desvelado el motivo de la baja por el secreto médico. Yo también estoy atada a ese juramento. Sin embargo, estoy dispuesta a hacerles una concesión, por el bien de mi paciente. La baja se debe a los efectos de la radiación producidos por haber salido fuera de la colonia en un traje demasiado antiguo o defectuoso. Sus visitas a mi consulta no tienen nada que ver con ello.

—¿Para qué había salido Koller al exterior? —intervino Nicklas —. Él es un funcionario del Registro Civil y su sitio es un despacho.

—Se supone que ustedes son los policías —el tono altivo a Nicklas le estaba sacando de sus casillas—. Deberían haberse informado un poco mejor de Andreas Koller antes de salir a buscarlo. Él es un excelente padre de familia y cuando su hija de once años, Christine, le pidió que le mandara piedras de Marte para la exposición de fin de curso, quiso enviarlas en el siguiente vuelo para que llegaran a tiempo. Fue a un hangar, creo que el del Sector 2, y cogió piedras que se habían caído de los vehículos rover aparcados en las dársenas. Pero no le convencían. Quería algo más especial para su hija pero el vuelo salía dentro de poco. Así que alquiló un traje y fue él mismo a buscarle piedras de formas originales. Deberían encontrar a quien le alquiló ese traje con poca protección. Es un criminal.

—Koller no le denunció —apuntó Nicklas—. Pero no significa que no pudieran llegar a las manos. Lo investigaremos pero, sinceramente, esperaba que pudiera ayudarnos algo más. Sé que el secreto médico puede romperse si hay causas suficientes y ahora sospechamos que las hay.

Pero una sospecha, y esa misma palabra utilizó Zernis, no era suficiente según su criterio. Nicklas seguía sin tener la orden judicial, que tardaría un día más en tramitarse como poco, y eso le estaba frustrando. Si no podía sacar nada de su visita a Gabriele Zernis iría a hablar con el Capitán Mitchel esa misma mañana para que le ayudara

a acelerar el trámite. “Jodida burocracia” pensó.

De un vistazo rápido y gracias a su visión mejorada, Nicklas examinó todos los títulos que empapelaban la pared delante de ellos. Un tema parecía ser recurrente, el sexo. No de esa forma dicho, pero sí haciendo mención a las relaciones de pareja, problemas sentimentales, disfunciones sexuales y cosas similares. Gabriele Zernis era psiquiatra, pero su especialidad parecía ser la sexología.

—¿Cuál es su especialidad?

Nicklas lanzó la pregunta como si fuera algo inocente, pero buscaba que ella cediera un poco y hablase sobre el trabajo que podría hacer con Koller.

—¿Qué pretende con esa pregunta, inspector? —respondió ella —. Supongo que si le digo mi especialidad usted dará por hecho que Andreas Koller padecía de eso mismo. Me resulta infantil la forma de pensar que tienen.

Ese era el último comentario despectivo que estaba dispuesto a tolerar.

—No le parecerá tan infantil cuando le acuse de obstrucción a la justicia. Y si eso no le intimida sepa que tarde o temprano Andreas Koller aparecerá. Si usted tiene suerte le diremos que no movió un dedo por ayudarle, y en el peor de los casos le pondré delante de una pantalla para que le diga a la viuda de ese pobre hombre que no quiso hacer nada para que lo encontrásemos.

Tras las duras palabras de Nicklas se hizo un silencio. Incluso Sergio se había quedado parado, aunque estaba a su favor y pensaba lo mismo. Pero Zernis permanecía impasible. Se limitaba a estudiar a Nicklas con los ojos entornados y en silencio. Cuando habló su voz sonaba más distendida.

—Por fin se ha mostrado usted tal y como es, inspector Magnussen. Su ira viene de la frustración, pero no conmigo. Ni siquiera por este caso. Actúa usted como si viniera arrastrando un problema desde hace mucho tiempo. Apuesto lo que quiera a que le ha marcado de forma física —Nicklas reprimió el instinto de llevarse la mano al ojo derecho—. He conocido a mucha gente como usted, algunos han sido mis pacientes. ¿Sabe? Yo podría ayudarle.

—Sólo hay una manera de que pueda ayudarme en este momento. Creo que usted es especialista en sexo. Me dan igual si las intimidades de Andreas Koller se las quiere guardar para usted. Lo único que me preocupa es su paradero. Así que haga el favor de ayudarme. ¡Ayude a su paciente!

Era la primera vez que Gabriele Zernis dejaba de estar impasible. Se había recostado en su asiento y se atusó la melena con la mano. Le confesó a Nicklas que esa pasión que mostraba por su trabajo era genuina. También que no había conocido hasta ahora a un

policía que se tomara tan en serio una simple desaparición. Encendió el ordenador de su escritorio y una pantalla se proyectó en el aire justo encima del mismo. También se proyectó un teclado en la mesa. Lo aporreó con sus dedos escribiendo muy deprisa y en un instante apareció el rostro de Andreas Koller sobre la pantalla.

—Grabo todas las sesiones con mis pacientes —dijo ella—. Tengo su permiso para hacerlo. Y llegados a este punto debo hacer una puntualización muy importante. Lo que van a ver es secreto, una confesión realizada con el único fin de resultar terapéutico. No se lo enseñaría a nadie en circunstancias normales, pero veo que ustedes, como yo, sólo buscamos el bien del señor Koller. Y así descubrirán por qué a mi no me preocupa encontrarle.

Nicklas y Sergio prometieron no divulgar lo que vieran y que lo usarían sólo para la investigación. Fue suficiente para Zernis. Con un gesto de su mano en el aire la pantalla giró sobre sí misma hacia los dos policías e inició la reproducción. Lo que vieron fue a un Andreas Koller muy diferente al de los vídeos que había mandado a su familia. Estaba cansado, pálido y con ojeras. No se había peinado y miraba nervioso a la doctora mientras ella esperaba que respondiera a una pregunta que no habían llegado a oír. Lo hizo en voz baja.

—Ella es distinta —dijo Koller.

—¿Por qué? —se le oyó decir a Zernis en el vídeo.

—No es fácil describirlo con palabras. Y me cuesta mucho hablar de estas cosas. Yo no soy así, normalmente, quiero decir.

—Yo lo veo totalmente normal, señor Koller. Usted es un hombre, está solo en Marte, y tiene necesidad de compañía y calor humano.

—Soy un hombre casado... pero cuando la veo a ella, es como si nada más importase. Cuando la miro, y a veces también cuando no la miro, ella está en mi mente. Es como una obsesión. Y he caído de cabeza dentro de ella. Soy una persona horrible.

Koller hizo ademán de levantarse de la silla, la misma en la que Nicklas estaba ahora sentado. Pero la doctora le ordenó con su voz autoritaria que se sentara. Andreas Koller volvió al asiento y agachó la cabeza. Estaba muy afectado y arrepentido. Nicklas y Sergio se miraron. Sin decir nada los dos habían pensado lo mismo. Le estaba siendo infiel a su esposa con otra mujer. ¿Era por eso que a Zernis no le preocupaba su paradero? Quería preguntarle eso y si sabía la identidad de la mujer, pero el vídeo continuaba.

—No puede hundirse sólo por haber tenido una aventura —repuso Zernis en el vídeo—. No es usted diferente de otros hombres y mujeres que han pasado por esta consulta y que sin embargo, llevan una vida normal con sus familias. Lo importante es no perder la cabeza.

—Pero no sé qué voy a hacer. Este impulso que siento hacia ella no tiene freno.

Gabriele Zernis se tomó un momento antes de preguntar si él seguía queriendo a su esposa. La respuesta de Koller fue automática.

—Sí, la sigo queriendo —y añadió—. Pero yo soy un hombre religioso. Ya sé que no quedamos muchos en el mundo, pero para mí los valores de la familia son importantes. ¿Con qué cara miraré a mi esposa y a mis hijos cuando vuelva?

Koller había empezado a llorar a lágrima viva. Nicklas le hizo un gesto a la doctora para que detuviera el vídeo.

—¿Cree que Koller está ahora con esa mujer? ¿Nos dirá su identidad?

—Creo que está con ella —contestó—. Pero no sé si él querrá que ustedes le encuentren. Podría enseñarles varias horas de vídeo pero, en esencia, lo que descubrirán es a un hombre casado que se ha enamorado de otra estando en Marte. ¿Esperaban algo distinto?

Sergio se volvió hacia el inspector.

—Habrá que encajar esto con lo encontrado en casa de Koller, pero al final tú tenías razón. La verdad es que la respuesta más sencilla suele ser la cierta en la mayoría de las ocasiones.

Sin embargo, Nicklas sentía que algo estaba mal. Su estómago se había revuelto, sentía un frío extraño, como si se estuviera poniendo enfermo. Pero no era algo físico. Se acarició la barba y la mano viajó sola hasta su ojo derecho. Por un momento revivió la escena de los incineradores. Gracias a su visión mejorada, estos recuerdos eran más detallados que el vídeo que acababan de ver. Recordó el dispositivo de mano de Koller y las manchas de sangre.

—¡Joder! —se le escapó a Nicklas, pero no se disculpó—. Necesitamos saber el nombre y el paradero de la mujer con la que se está viendo Koller. Todavía tiene que explicarnos por qué hubo una pelea en su casa y si tiró él su dispositivo de mano.

Gabriele Zernis suspiró.

—¿Es que no van a dejarlo? —no esperó una respuesta—. No sé el nombre real de ella, pero sí su apodo. Así es cómo protegen su identidad las mujeres que ofrecen sus servicios en la colonia.

—Eso suena a prostitución —dijo Sergio—. Pero está prohibida en Marte.

La doctora sonrió ante el comentario.

—¿No llevas mucho tiempo aquí, verdad? El sexo es el negocio más antiguo de la humanidad. Como policías deberían saber que cualquier perversión, ya sea robar, drogarse, extorsionar o prostituirse, estará siempre presente donde esté el ser humano. Por muy controlado que parezca el entorno, siempre encontramos un rincón oscuro donde practicarlos.

—Su apodo —inquirió Nicklas.

—Escarlata. Y antes de que me cosan a preguntas les diré que se conocieron en el Soho y que era muy exclusiva con sus clientes. Por la descripción de Koller era guapa, no muy alta y de aspecto delicado. No sé nada más.

A las 10 de la mañana Nicklas y Sergio abandonaron la consulta de Gabriele Zernis. Cuando ella dijo que no sabía nada más se cerró en banda y dejó de dar información a los agentes. Eso le había vuelto a poner a Nicklas de mal humor. Sólo Sergio se despidió de la secretaria al irse.

En la calle el falso Sol de leds asomaba por encima de los edificios. Sergio le confesó a Nicklas que no esperaba que Koller se estuviera acostando con una prostituta. Pero, en su opinión, era un paso muy importante a la hora de localizarlo. Teniendo en cuenta lo mal que pintaba su búsqueda a raíz de visitar el apartamento y encontrar su dispositivo en las incineradoras, era algo positivo, aunque no sería fácil explicarlo cuando tuvieran que hablar con la esposa. Al menos para Sergio, porque para Nicklas eso no era un problema. Encontrarían a Koller, quisiera él o no, y le pondrían delante de un transmisor para que hablara con su esposa. Si en ese momento mentía, era ya cosa suya. Hablaban de eso mientras caminaban cuando una imagen conocida pasó por su campo visual. Estaba lejos, en la otra acera de la calle, y escondida detrás de un callejón, pero a la vista mejorada de Nicklas quedaba del todo descubierta. Era la joven con gafas de pasta que había salido antes que ellos de la consulta de Zernis. Miraba en su dirección, pero no a ellos, sino a la puerta de la consulta. Esperaba que alguien entrara o saliera. Nicklas se detuvo dejando a Sergio hablando solo y a dos pasos por delante. Luego echó a correr atravesando la calle. Llegó rápido hasta la muchacha y cuando la iba a alcanzar ella se dio la vuelta intentado huir. Pero ya era tarde y Nicklas la tenía cogida del brazo dentro del estrecho callejón. Se revolvía con fuerza. Debajo de la ropa ancha y gris, había un cuerpo ágil y delgado.

—¡Quieta! —le ordenó—. No quiero hacerte daño, sólo unas preguntas. ¡Joder, que soy policía!

Sara Bell se detuvo y le miró con ojos abiertos como platos detrás de las gruesas gafas. No se había percatado hasta ese momento, pero detrás de ese aspecto descuidado y gris, había un rostro muy agradable.

—Yo no he hecho nada.

Siempre que Nicklas oía esas palabras significaban todo lo contrario, pero no sabía qué podía esconder la joven. Ella estaba buscando a alguien, seguramente a la secretaria de Zernis. Le estaba

preguntando por la secretaria cuando Sara se apresuró a hablar.

—Elba Matheson —dijo ella—. Deben buscarla. Y no es la única. También Lina Takada. Estoy segura de que les ha pasado algo malo.

En ese momento llegó Sergio a la carrera. Nicklas se volvió para mirarle y se despistó lo suficiente para que la joven se soltara. Salió corriendo deprisa y se perdió por la primera calle. Sergio preguntaba qué estaba pasando pero Nicklas ya había salido detrás de Sara Bell. Para su asombro, al doblar la esquina, la joven ya no estaba.

"Se habrá metido en un taxi" pensó, ya que ni su vista mejorada podía encontrarla. Ahora era imposible seguirla, pero los nombres que le había dicho estaban grabados en su cabeza. Elba Matheson y Lina Takada. Sergio se acercó a Nicklas mientras éste introducía los nombres en su dispositivo de mano. La sorpresa fue mayúscula cuando encontraron uno de ellos relacionado con un archivo policial. Lo había abierto el inspector Albus Zimmerman. Una de las muestras de sangre encontradas en las incineradoras pertenecía a Lina Takada. Nicklas cambió rápido el dispositivo a modo de llamada y abrió el contacto de Albus. El rostro del veterano inspector flotó sobre el dispositivo. Ante la pregunta de Nicklas le puso al corriente de sus descubrimientos en la incineradora. En total había encontrado sangre de tres individuos, dos mujeres y un hombre. Tanto Nicklas como Sergio sintieron una punzada en el pecho al oír que Andreas Koller estaba entre ellos. Ya sabían que una de las mujeres era Lina Takada, la otra se llamaba Martha Hoff. De esta última era el reguero de sangre.

8

Los policías se detuvieron en una plaza circular cerca de la consulta de Zernis. Eran las 10:20. Allí había una cafetería con terraza y se sentaron aunque no tenían apetito. Sergio se pidió un café con el que esperaba aguantar la mañana. Nicklas ni siquiera eso. Sentía el estómago cerrado y se había quedado con los codos apoyados en la mesa mientras se acariciaba la barbilla en silencio. Mentalmente hizo un repaso de todo lo que sabían hasta ese momento. Cuatro desaparecidos, un hombre y tres mujeres. La sangre de tres de ellos y el dispositivo de mano de Koller estaban en las incineradoras, lo que sugería que alguien se había deshecho de sus cuerpos. La mujer con gafas de pasta había relacionado a una de las víctimas, Lina Takada, además de a Elba Matheson, con aquella sangre. Nicklas se llevó la mano a su ojo derecho pero fue consciente de ello y se contuvo antes de llegar a él.

—Esto no me gusta nada —Nicklas rompió el silencio entre ambos —. ¡Joder! Sólo espero que no estén todos muertos. ¿Qué posibilidades hay de que esa sangre en la incineradora se deba a otra cosa?

Sergio se encogió de hombros.

—¿Podrían haber bajado allí por algún motivo?

—Ninguno que a mi se me ocurra —contestó—. Con Koller supimos de su desaparición gracias a su mujer. Me pregunto cómo es posible que no hayamos sabido de las otras tres hasta ahora. Vale que lo de Elba es reciente, pero no así lo de las otras dos mujeres. Alguien ha debido echarlas de menos.

—Deberíamos ir a investigarlas.

Pero Nicklas negó con la cabeza.

—Son cosa de Albus. El viejo va a colaborar con nosotros, pero no debemos meternos en su camino. Él va a interrogar a la gente de su entorno y ya habrá pedido una orden para registrar sus domicilios — en ese momento cayó en la cuenta de que Elba no estaba en la lista de Albus—. Podemos ir nosotros a la casa de la última desaparecida.

A Sergio le gustó la idea. En ese momento necesitaban hacer algo y mantenerse ocupados.

En la misma plaza de la cafetería cogieron un taxi. Dentro, Nicklas llamó al fiscal Young para pedir la orden de registro de la casa de Elba Matheson. Para su sorpresa Kim Young se la negó. La excusa del fiscal fue que nadie había denunciado su desaparición y que lo

único que tenían era la sospecha de una mujer que tampoco lo había denunciado de manera formal. Nicklas conocía al fiscal y sabía que no le serviría de nada discutir con él. Colgó y le dio la mala noticia a Sergio.

—¿Qué hacemos entonces?

Nicklas obtuvo la dirección de Elba Matheson del registro de colonos y le ordenó al ordenador del taxi ir allí.

—No tenemos autorización para entrar en casa de Elba —apuntó Nicklas—. Pero nada nos impide acercarnos hasta allí y llamar a su puerta. Tal vez ella no esté, pero algún vecino podría darnos pistas. Y si encontramos indicios de violencia no me denegarán la orden.

Al filo de las 11:00 de la mañana llegaron al edificio donde vivía Elba, en el Sector 4. Era un sector de viviendas pero con varios comercios, todos pequeños. Justo en el bajo de ese edificio había una pequeña tienda a modo de supermercado, aunque en el escaparate se vendían toda clase de cosas, desde herramientas hasta calcetines térmicos.

Encontraron el portal abierto, tal vez porque algún vecino se olvidó de cerrar o porque así se quedaba por costumbre. Elba Matheson vivía en el primer piso, por lo que usaron las escaleras. Nada más salir al rellano, Nicklas detuvo a Sergio y se echaron hacia atrás. Le pidió de manera urgente que guardara silencio y entonces Sergio entendió lo que pasaba. Nicklas había visto que alguien estaba agachado junto a la puerta donde vivía Elba. Se asomaron con cuidado. No había duda de que aquel tipo, un hombre que cubría su rostro con un pasamontañas, estaba forzando la cerradura electrónica.

El pasillo daba a otras escaleras al final del mismo, además de las que había utilizado Nicklas y Sergio para subir. Por eso Nicklas le hizo un gesto a su compañero para que bajara y accediera al pasillo por el lado contrario. Así le cerrarían el paso si aquel tipo intentaba huir. Sergio asintió pero cuando había bajado la primera sección de la escalera, se encontró de bruces con un vecino que subía por ellas.

—¡Tenga más cuidado, hombre! —proclamó el vecino en voz alta.

La voz alertó al que intentaba forzar la puerta y al girarse se encontró con Nicklas mirando desde las escaleras. De inmediato echó a correr por el lado contrario del pasillo.

—¡Huye hacia tu lado! —alertó Nicklas a Sergio.

El inspector salió a la carrera por el pasillo persiguiendo al hombre. Le dio el alto y avisó de que era policía, pero el otro no obedeció. Bajó por las otras escaleras hasta el portal. Cuando Nicklas llegó, se encontró a Sergio sentado en el suelo con una mano en la

cara y una chaqueta en la otra. Sin soltarla le hizo un gesto indicando que había salido a la calle. Salió y le descubrió subido en una pequeña motocicleta aparcada a la vuelta del edificio. Escapó a toda velocidad. Sergio salió en ese momento con una mano tapándose la nariz ensangrentada.

—Lo siento —dijo él—. Me lo encontré de golpe y me soltó un codazo. Sólo pude agarrarle de la chaqueta y se la quitó para escapar.

Nicklas la sostuvo. Notó que pesaba bastante, llevaba algo en los bolsillos. Al mirar descubrió que eran herramientas para saltarse la seguridad de las cerraduras electrónicas.

—Lo has hecho bien —contestó Nicklas—. Ese imbécil podrá correr, pero le identificaremos con cualquier resto de ADN que haya en la chaqueta, o si no por estas herramientas. No mucha gente tiene acceso a ellas.

—¿Crees que Elba podría estar encerrada en casa por miedo a ese tipo?

La pregunta de Sergio era pertinente pero, o bien no había nadie, o la mujer no quiso abrirles la puerta cuando llamaron. El vecino con el que Sergio se había encontrado todavía estaba allí cuando subieron y aprovecharon para interrogarlo. Era un cuarentón, autónomo dedicado al mantenimientos de maquinas pesadas en los hangares. Dijo no conocer bien a Elba y, sin embargo, supo dar detalles muy concretos sobre la vida de ella. Enseguida quedó patente que se había fijado por su físico. Hasta confesó haberla invitado a alguna copa, pero la cosa no cuajó. Según sus palabras, ella era muy mojigata. Como no pudo aportarles nada le dejaron ir.

Sólo otro vecino les atendió cuando llamaron puerta a puerta en el pasillo. Era un chico joven que vivía al final del mismo y respondía al nombre de Boby. Les dijo que no encontrarían a más vecinos porque la mayoría estaban trabajando a esa hora. Él era enfermero y había tenido turno de noche, por eso estaba allí, aunque en pijama.

—Elba es una chica estupenda —dijo en tono sincero—. Es enrollada. Una vecina a la que le puedes pedir casi cualquier cosa. ¿Le ha pasado algo?

—Sólo la estamos buscando para preguntarle por un caso —desvió Nicklas la pregunta—. ¿Notaste algo extraño en ella últimamente? ¿Frecuentaba alguien su domicilio? ¿Algún amigo o novio?

—No que yo sepa. Además, ¿un novio? ¿Elba? —estaba sorprendido—. Sería el primero, al menos que se conozca. Quiero decir, ella está buena, pero nunca la he visto con nadie. Algún vecino dice que tiene algo en la Tierra, otros que es lesbiana. Pero mientras se ofrezca a cuidar de Jack, a mí no me importa lo que haga con su

vida.

Nicklas y Sergio intercambiaron una mirada de extrañeza.

—¿Quién es Jack?

El chico entró en su casa dejando la puerta entreabierta. Al momento volvió al pasillo con un conejo blanco y de orejas largas en los brazos. Se lo tendió a Nicklas para que lo cogiera y éste lo rechazó dando un paso atrás.

—Lo encontré hace unos días mientras hacía footing. ¿Quién dejaría a un animal tan estupendo por ahí abandonado? —le hizo una carantoña con el dedo en la nariz—. Es mi mejor amigo en la colonia. Todos los marcianos deberíamos tener una mascota. Mitiga la soledad, ¿saben?

Aunque Boby eran un joven que hablaba por los codos, su conversación se limitaba a los cuidados de su mascota y apreciaciones sobre la vida en Marte, nada sobre Elba, así que se despidieron y él volvió a su piso haciéndole carantoñas al animal.

De nuevo estaban a solas en el pasillo y frente a la puerta de Elba Matheson. Debajo del panel donde se ponía la palma de la mano para abrirla había una tapa de metal colgando. Un circuito impreso quedaba a la vista.

—Deberíamos ir ahora a comisaría —dijo Sergio—. Que alguien quisiera entrar ya es motivo suficiente para pedir una orden y también podemos averiguar la identidad del de la chaqueta.

—Deberíamos... —Nicklas se agachó junto al panel descubierto —. Pero ya que estamos aquí también podríamos entrar en casa de Elba.

—¡No tenemos permiso!

Nicklas no era bueno forzando cerraduras, aunque había leído varios manuales nunca fue su fuerte. Sin embargo, aquel hombre había dejado casi todo el trabajo hecho, aunque había sido un chapucero y el circuito estaba roto. Gracias a su vista mejorada supo ver dónde estaba forzando el mecanismo. Se puso un guante en la mano y cogió un pequeño gancho del bolsillo de la chaqueta del hombre huido.

—Diremos que cuando llegamos, ese tipo ya había abierto la cerradura. Con Elba Matheson desaparecida y alguien forzando la entrada de su casa, está justificado tomar riesgos.

—Espero que no nos acusen de allanamiento —dijo Sergio nervioso.

—Recuerda que la abrió aquel tipo, no nosotros —contestó.

La puerta se abrió cuando Nicklas completó el circuito.

El ordenador doméstico saludó a los policías por su nombre, como pasaba siempre al entrar en un domicilio. También les informó de que Elba Matheson no estaba en casa. Los dos entraron con cuidado

de no tocar nada. Nicklas le dijo a Sergio que se pusiera los guantes. Siempre los llevaban por si tenían que manipular alguna prueba. Sin embargo, el domicilio parecía limpio. Al contrario que en el de Andreas Koller allí no había signos de violencia y todo parecía en orden. Por asegurarse, revisaron con la vista todo lo que pudieron, abriendo cajones y armarios pero sin llegar a revolverlos. Elba no tenía muchas posesiones, aunque sí una ingente cantidad de ropa. En el armario había cinco pelucas de vivos colores.

Se reunieron de nuevo en el salón. Sergio sugirió que llamasen ahora a la comisaría para dar el aviso. Todavía estaba preocupado por haberse colado, pero Nicklas aún quería comprobar algo más. Por voz pidió al ordenador doméstico que mostrara la agenda de Elba Matheson. En el proyector del salón apareció la lista, en ella había fechas y muchas anotaciones. Pero al ir a abrirlas encontraron que estaban protegidas con contraseña.

—¡Mierda! —se quejó el inspector—. Ahí pone que esta noche tenía "evento rosa". Pero no podemos abrirlo y ver a qué se refería.

—Necesitaremos una orden —contestó Sergio—. Ahora que alguien ha forzado la puerta de Elba el fiscal Young no la podrá negar.

Tenía razón, así que Nicklas cerró el ordenador y tras un último vistazo, salieron de nuevo al pasillo dejando la puerta cerrada pero sin bloquear.

El resto de la mañana transcurrió tranquila. Kim Young había accedido a desbloquear la seguridad en la vivienda de Elba Matheson pero también les recriminó que fueran a su casa antes de haber obtenido una orden. Sin embargo, no pudo acusarles de nada y el caso de desaparición de Elba Matheson, si bien aún era pronto para confirmarse, pasó también a manos de Nicklas.

La informático, Alicia Westermeyer, fue a casa de Elba y mientras esperaban lo que pudiera descifrar de la agenda, Nicklas y Sergio fueron a la comisaría, al departamento de criminalística. Dejaron la chaqueta y las pertenencias del tipo que sorprendieron al encargado de dicha sección, Hassan Ahmed. Después de eso cada uno se encerró en su despacho. Era la primera vez que Sergio entraba en el suyo y le recordó mucho al de Nicklas por estar casi vacío.

Por su lado, Nicklas empezó a redactar un informe sobre las desapariciones. Tenía varias cosas que hacer antes de que le llegara la identidad del de la chaqueta y la agenda descodificada de Elba. Lo primero era dejar constancia de lo que sabían sobre Andreas Koller. Se sintió mal al tener que escribir que además del dispositivo de mano, habían encontrado también su sangre, ya seca, en las incineradoras. Eso le recordó que tarde o temprano tendría que decírselo a su mujer en la Tierra. De mal humor cerró el informe sin terminar y apagó el

ordenador. Se recostó en la silla y cerró los ojos. Tenía muchas cosas en la cabeza y eso le estaba bloqueando. Decidió limpiar su mente y dejarla en blanco. Gracias a su mejorada memoria visual Nicklas representó el vacío dentro de su cabeza como un lienzo en blanco. Acto seguido, como si de fotografías con chinchetas se tratara, fue colocando en él las imágenes de Andreas Koller, Elba Matheson y las otras dos desaparecidas. También incluyó a la mujer con gafas de pasta y dibujó un par de líneas que la conectaban a ella con las fotografías de Elba y Lina. "¿Cuál es vuestra relación?" se dijo.

Dibujó otra línea que conectaba a Andreas Koller con una fotografía en blanco que representaba a Escarlata, su misteriosa amante y prostituta. Debajo de la imagen en blanco escribió "Soho" en relación al lugar donde podría encontrarla. "Debo ir a ese lugar" pensó, "y también al "evento rosa" que aparece en el calendario de Elba".

De nuevo abrió los ojos y Nicklas encendió su ordenador. Se le había ocurrido algo y buscó en la base de datos de la colonia las palabras "barrio Soho" y "rosa". El ordenador no devolvió ningún resultado que los relacionara. Pensó que a lo mejor había allí algún local llamado "rosa", o tal vez una calle. En una consulta más general, el ordenador le mostró que había cinco locales con la palabra "rosa" en la colonia. Dos eran restaurantes, uno era una tienda erótica y los otros dos eran perfumerías. Ninguno estaba cerca del Soho ni del Sector 6. Sin muchas esperanzas de encontrar algo abrió el enlace a la tienda erótica. Pudo ver una imagen de la fachada del local. En el escaparate había maniquíes con poca ropa y muchos artículos. De pronto vio algo interesante. Esos maniquíes tenían pelucas de vivos colores y eran idénticas a las que tenía Elba Matheson en su armario.

—Así que una mojigata y sin relaciones —dijo acordándose de la conversación con sus vecinos—. La gente nunca es lo que parece.

En ese momento tuvo una revelación. Borró la pantalla del ordenador y cambió la búsqueda a las fichas policiales de prostitutas detenidas en los últimos años. Aparecieron una docena de fotografías y en siete de ellas las mujeres llevaban pelucas de colores brillantes. Coincidían con las detenciones más recientes.

—¡Es prostituta! —exclamó en voz alta.

La puerta del despacho de Nicklas se abrió de golpe justo cuando él decía esa palabra. María Roseau asomó la cabeza.

—Coño, Nick. Tampoco hay que ponerse así.

El inspector se puso rojo de vergüenza e intentó disculparse. Pero ella entró riéndose hasta sentarse delante de él. Daba a entender que entendía que no se refería a ella.

—Es que he encontrado una relación —dijo Nicklas.

—Algo relacionado con putas.

—¡Sí! Creo que una de las desaparecidas, Elba Matheson, llevaba una doble vida. Secretaria de día, puta de noche. Eso la relacionaría con Andreas Koller, quien estaba enamorado de una que se hacía llamar Escarlata.

Roseau asintió con la cabeza.

—Eso cuadra con lo que venía a contarte —dijo ella—. La chaqueta que el novato y tú llevasteis a criminalística, resulta que pertenece a un tipo fichado. Se llama Tariq Ullah y fue arrestado como sospechoso de ser proxeneta. Se le exculpó por un tecnicismo.

Nicklas dio una palmada sobre la mesa.

—¡Eso es algo! Tal vez estemos ante un ajuste de cuentas, o una pelea entre mafias que se dedican a lo mismo. Hay que abrazar esta línea y seguir investigando. ¿Qué me dices?

Pero María Roseau se le quedó mirando con media sonrisa en la cara.

—Me encanta cuando te emocionas tanto —dijo al fin—. Pareces un crío. Y eso que aún no he terminado de contarte todo.

—¿Es que hay más?

—El viejo ha encontrado algo —dijo refiriéndose a Albus Zimmerman—. Me lo contó porque sabía que yo te lo diría. Una de las mujeres que él está buscando, Lina Takada, lleva una semana desaparecida. No está en su domicilio y la tienda de moda que regenta en el Sector 2 lleva cerrada desde entonces. Entró en ella para buscar pistas y en una sala de la tienda, algo así como un apartado cerrado con llave, encontró una sala fetichista.

Por el tono con el que Roseau lo dijo Nicklas entendió por donde iban los tiros.

—¿Por casualidad te dijo si había pelucas de colores brillantes?

Ella soltó una carcajada.

—¿Así que eso es lo que a ti te va, Nick?

—Joder... —suspiró—. Hablo en serio. Elba Matheson tenía esas pelucas en casa. Al parecer están de moda entre las prostitutas.

—Además de putas, tienen mal gusto —bromeó—. Pero no me dijo que Takada las usara. Ella era más bien de las que prefieren el negro. Cuero y látigos, además de fustas y unas cuantas cadenas también.

—¡Joder!

—Eso creo que hacían —Roseau le guiñó un ojo—. Estamos rodeados de putas. Algunas con látigos de cuero y otras con pelucas de fantasía.

Al mediodía Nicklas y Sergio tomaron un taxi en la plaza frente a la comisaría de policía. El inspector le había prometido a su subordinado comer en un lugar diferente y se le ocurrió que el barrio del Soho sería una buena opción. Sergio, que desconocía el lugar,

estuvo de acuerdo.

Durante el trayecto, largo porque atravesaban de norte a sur la colonia, Nicklas le puso al corriente de los descubrimientos. Ambos coincidieron en que la relación entre las mujeres desaparecidas y Andreas Koller era más que posible y que debían interrogar a alguna para saber más. Si las prostitutas se conocían entre ellas tal vez les ayudaran. Pero aunque la policía tenía algunos locales fichados como sospechosos, las mafias movían a sus chicas de forma que era imposible pillarlas en una redada. Además, la policía no sería bienvenida en ningún club donde pudiera haberlas, ni querrían hablar con ellos, así que lo más obvio era moverse como clientes. Con tal fin, Nicklas había sido rescatar un viejo maletín que tenía en la comisaría llevo de abalorios con el que pretendía hacerse pasar por marchante de joyería. A Sergio le costaba ver en Nicklas a un policía al uso, así que aprobó usar esa treta. Ambos eligieron trajes sencillos, los más viejos que tenían, y por primera vez, Sergio vio a Nicklas dejar su vieja chaqueta marrón.

Irían a algún restaurante del Sector 6 como si tuvieran una reunión de negocios. Se dejarían ver y de paso examinarían la zona. De día no sería muy probable encontrar a ninguna prostituta, pero podrían preguntar dónde encontrar diversión para la noche.

—Me cuesta creer que no tengamos ningún local por el que empezar a buscar —preguntó Sergio cuando el taxi se detuvo.

—Es una mierda, pero en Marte las cosas no funcionan como en la Tierra. Ya lo entenderás pero aquí todo está a la vista y al mismo tiempo no lo puedes ver. Todo el mundo lleva una doble vida en la colonia. La oficial es el contrato que traen bajo el brazo cuando llegan. La extraoficial es la aventura de conseguir créditos para irse de este agujero en el espacio. A unos les da por el sexo, otros trafican, incluso hay gente algo más honrada que hace artesanía en sus ratos libres. Los menos porque eso es difícil y da poco beneficio.

Sergio todavía no se acostumbraba a que su superior se refiriera a Marte con tanto desprecio.

—¿Y el inspector Nicklas Magnussen también tiene una doble vida aquí? —preguntó a riesgo de entrometerse más de la cuenta.

—Claro —contestó—. Fuera del trabajo soy una jodida alma en pena. Así que yo siempre trabajo.

El inspector había zanjado el tema, así que salieron del taxi.

—¿Qué posibilidades hay de que nos indiquen dónde hay un local de esos? —preguntó el oficial.

—Pocas —contestó Nicklas—. Por eso intentaremos ser convincentes.

Eran las 14:10 del mediodía cuando entraron a un pequeño

restaurante de la plaza central del Sector 6, en el corazón de la zona conocida como el Soho. Era un sitio ordinario, como casi todos en la plaza. No había mucha gente, sólo un puñado de hombres vestidos con monos de operario en la barra, y en las mesas una pareja joven que se sentaba en una mesa algo apartada. Tomaron asiento en un lugar cerca de la barra. Los que allí estaban bebiendo se giraron para mirarles pero no dijeron nada y volvieron a lo suyo.

—Dudo que hoy vayamos a comer bien —dijo Sergio mirando un cartón descolorido con fotos de los platos.

Nicklas no le hizo caso y puso el maletín sobre la mesa. De él sacó una pequeña bolsa con abalorios y unos papeles. Le dio la bolsa a Sergio.

—Haz como que te interesan —le dijo en voz baja.

—¿Qué son?

Sostuvo un largo collar de perlas. Aunque él no era un experto saltaba a la vista que eran de plástico.

—Se venderán muy bien en los puestos del 5 —Nicklas levantó la voz—. Y las sortijas parecen mejores. Todo está en el contrato. Pero primero vamos a pedir algo. ¡Eh, camarero!

Un hombre panzón y ataviado con delantal se dio por aludido y acudió sin muchas ganas hasta la mesa. Nicklas ordenó una hamburguesa y Sergio una ensalada.

—¿Qué eres, una oveja? —comentó el gordo camarero al tiempo que emitía una socarrona risotada.

Se marchó de la misma forma que llegó, lento y disgustado.

—Creo que mejor no como.

Aunque el camarero era lento la comida salió deprisa de la cocina. La hamburguesa de Nicklas chorreaba aceite y salsa de ketchup. Era la antítesis de lo que se entendía por comida saludable. Pero la ensalada de Sergio tampoco era mucho mejor. El joven policía pinchó la lechuga amarillenta y, colgando del tenedor, se la mostró a su compañero.

—Lo que no te mata...

—No, jefe. Esto seguro que me mata.

Y devolvió el vegetal mustio al plato.

Al cabo de un rato el camarero volvió para retirar los platos. Nicklas no había podido comerse la hamburguesa entera y Sergio apenas se había atrevido a comerse un tomate cherry, lo único con aspecto comestible de su plato. Antes de que se fuera Nicklas le llamó la atención.

—Perdona. Somos nuevos en Marte, estamos de negocios y queríamos saber algún sitio donde dos tíos podemos encontrar compañía. Ya sabes. Las noches en esta roca del espacio son muy frías como para dormir a solas.

El gordo camarero miró a Nicklas de arriba abajo. Luego paseó la mirada por Sergio de igual forma y sonrió.

—Yo había apostado con el cocinero que erais mariquitas. Ahora le debo diez créditos.

—Pues te jodes —contestó Nicklas bajándose a su nivel—. Me han dicho que hay un sitio que se llama Rosa no sé qué. ¿Te suena?

El camarero se rascó la panza por debajo del delantal.

—Sí, claro. Aunque yo conozco sitios mejores. Os podrían hacer descuento en uno si decís que vais de parte de Boris.

—Me interesa más el que te digo, Boris.

El camarero no contestó de inmediato. En lugar de eso señaló el maletín que Nicklas tenía en los pies.

—Mañana es el cumpleaños de mi novia y estaría bien regalarle algo bonito. Si la tengo a ella contenta yo estoy contento, y contento hago favores a tipos extraños como vosotros.

—Estas piezas valen más que eso. Lo que me pides es un robo.

Boris se encogió de hombros.

—Es lo que hay. Sólo quiero algo bonito para una chica bonita.

Pero viendo al feo y gordo camarero Nicklas no se imaginaba que estuviera saliendo precisamente con una modelo. Se hizo el reticente un poco más hasta que por fin sacó otra vez el maletín. Rebuscó en él y sacó una gargantilla. Era bisutería barata, metal lacado, pero al sacarla lo hizo con cuidado, como si tuviera un gran valor. Le echó una mirada cómplice a Sergio y éste se quejó alegando que era una pieza buena y que él iba a comprarla.

—Venga, socio. Merece la pena si Boris nos dice dónde está ese sitio que nos recomendaron.

El camarero la sostuvo en su mano. La miró como si entendiera de joyas y se la guardó en el bolsillo.

—Antes se llamaba El Flamenco rosa, pero ahora tiene otro nombre. Alguna cursilada. El caso es que todo el mundo le sigue conociendo como “El Rosa”, o “La Puerta rosa”. Está en la calle Astronauta Edgar Mitchell. Lo reconoceréis porque tiene una puerta pintada de ese color. No abren hasta las doce. ¿Queréis algo de postre?

—¡No! —se adelantó a decir Sergio—. Yo ya estoy lleno.

Los agentes se despidieron recogiendo sus cosas y salieron por la puerta mientras el camarero miraba la ensalada sin tocar de Sergio. Cogió un trozo de grasiento atún con los dedos.

—Se ha dejado lo mejor —dijo y se metió el trozo de atún en la boca chupándose los dedos.

9

El calor sofocante hacía que el sudor le cayera por la frente y le escocieran los ojos. Quería llevarse las manos a la cara pero estaban atadas a la espalda por unos grilletes de metal. Una cadena los conectaba con la pared. Aquella pared y el suelo eran lo único que Elba Matheson podía sentir. Estaba desnuda e inmersa en la oscuridad, también sedienta y hambrienta. Tan débil que le costaba respirar.

En el silencio que la rodeaba pudo oír unos pasos lejanos. Alguien llegó hasta la puerta y una luz cegadora invadió su estancia. Le costó acostumbrarse a esa luz y, recortado contra ella, estaba la negra figura de un hombre. Con las pocas fuerzas que pudo reunir Elba gritó pidiendo ayuda para, acto seguido, suplicar por su vida. Pero el hombre no se movió del sitio. Cuando ella desistió de gritar ya podía ver. El hombre que tenía delante mantenía puesta la blanca máscara que todo el tiempo le había cubierto el rostro. Pero ahora vestía la sotana oscura y con capucha como si fuera un monje. A un lado de la puerta, fuera de su celda, el hombre sacó una manguera.

—Apestas a sudor y eres indigna —dijo el hombre tras la máscara.

Acto seguido, puso a funcionar el grifo y la manguera despidió una gran cantidad de agua a presión. Ante la fuerza de ésta, Elba cayó al suelo. Se retorcía mientras el agua la empujaba contra la pared. Le hacía daño, pero estaba indefensa y apenas tenía fuerzas para apartarse.

La forzada ducha terminó y el hombre volvió a salir de la celda para entrar de nuevo con un cuenco de comida. Era una ración de arroz en sobre, muy común en los menús de los viajes espaciales. Se lo dejó delante.

—¿Cómo pretendes que coma? —dijo ella aún tirada en el suelo —. ¡Estoy atada!

—Comerás como la bestia que eres —respondió—. Mete la cabeza dentro del cuenco y sáciate. O muere de hambre, a mí me da lo mismo.

—Por favor... ¿quién eres y qué quieres de mí?

Elba volvía a llorar.

—Soy el señor Ceniza —contestó—. Y sólo quiero salvarte, florecilla.

—Pues sáqueme de aquí. Se lo suplico.

El señor Ceniza se fue hasta la puerta.

—Te liberaré muy pronto.

Dijo antes de cerrar la puerta devolviendo a Elba a la oscuridad

y el silencio.

****

Nicklas y Sergio tenían tiempo para prepararse antes de ir esa noche al "Flamenco rosa". El inspector tenía la moral alta. Aunque Alicia Westermeyer no pudo determinar a qué lugar se refería Elba, él estaba convencido de que era allí donde tenía pensado acudir. Con un poco de suerte la encontrarían a ella o a alguien que la conociera y podrían acercarse a los desaparecidos. Pero el local al que trataban de entrar estaría frecuentado por gente fichada por la policía y por muy poco conocido que fuera Nicklas en la prensa, algún criminal le podría reconocer echando al traste su plan.

Bajaron a los laboratorios. Allí estaba Tobias Howedes, el forense. Saludó a los agentes como siempre hacía, tendiendo la mano y anunciando el estupendo día que hacía. Sergio se había percatado de ello.

—¿Pero no hace siempre un buen día en la colonia? —preguntó a Tobías—. Quiero decir, el clima aquí dentro está controlado.

—Ese no es motivo para no ser educado, oficial Guirao.

No era la respuesta que esperaba pero ya le habían advertido del carácter extraño del forense y no insistió más. Nicklas le dijo que sólo habían bajado a por el material de camuflaje. En realidad era para él, ya que Sergio era nuevo y nadie le reconocería.

En una habitación anexa al laboratorio de Howedes estaban los efectos de camuflaje. Nicklas aprovechó para bromear con Sergio en ese momento.

—Existe la leyenda de que Howedes es en realidad un androide y por eso siempre está en el laboratorio. Dicen que no come, no duerme y siempre está trabajando.

—Eso explicaría por qué saluda de la misma manera.

Los dos estallaron con risas. Tobías Howedes asomó la cabeza para saber qué hacían y se callaron de inmediato.

—Sería el androide más educado de Marte —sentenció Nicklas.

El inspector eligió una de las piezas más avanzadas que tenían en el laboratorio para disfrazarse. Era parecido a una gargantilla negra, pero que se ocultaba debajo del cuello de la camisa. Sergio sabía lo que era, un conjunto de picoproyectores dispuestos alrededor de la gargantilla crearían una máscara holográfica sobre la cara de Nicklas. Los sensores del cuello detectarían sus movimientos para que la máscara imitara los movimientos de Nicklas.

—No toda la tecnología de Marte es tan anticuada —presumió Nicklas.

Cogió también una prótesis para el dedo índice. Con ella podía simular una huella dactilar falsa. Pero necesitaba que la informático,

Alicia Westermeyer, creara un perfil para unir esa huella dactilar al rostro de la gargantilla.

Mientras subían a la planta de los despachos Sergio le comentó que a eso se refería en la cafetería. Cualquiera podía hacerse una huella falsa y era poco seguro. Tenía razón, pero no cambiaría reconociéndolo, así que no lo dijo.

Pasaban la 1:00 de la madrugada cuando Nicklas y Sergio se presentaron delante del Flamenco rosa. A petición de Sergio, Nicklas había dejado por una vez su vieja chaqueta marrón y ahora vestía una americana más informal. El joven oficial había empleado el resto de la tarde en estudiar los hábitos de moda de la gente de los sectores 6 y 7. Nicklas apreciaba el esfuerzo, pero le repetía que con la máscara holográfica nadie le iba a reconocer de todas formas.

No le faltaba razón. El nuevo rostro de Nicklas sólo se parecía al antiguo en el blanco de los ojos. Tenía las facciones marcadas y una cara perfectamente afeitada. El pelo se había vuelto negro, también el color de los ojos era ahora más oscuro. La gargantilla incluía un distorsionador de voz, que se había vuelto más grave.

La puerta pintada de rosa sólo tenía un único botón a la derecha. Al tocarlo no oyeron nada, pero unos segundos después vieron abrirse una trampilla a la altura de sus caras. Tras ella fueron observados.

—¿Quién coño sois y qué coño queréis? —dijo el portero.

—Me llamo Martin y él es mi socio, Cody. Somos comerciantes, autónomos. Llegamos ayer y Boris, el del restaurante de la Plaza Central, nos ha recomendado este sitio.

El hombre abrió la puerta. Tanto Nicklas como Sergio tuvieron que levantar la mirada para seguir la del portero. Era tan alto que debía haberse agachado para mirar por aquella trampilla. Y no sólo era alto, también grande y tapaba todo el hueco de la puerta. Nicklas aprovechó para mirar dentro, pero sólo vio un pasillo largo por el que había que atravesar un arco. Sabía qué tipo de arco era y no le gustó.

—A él le hubiera dejado pasar —dijo el portero señalando a Sergio—. Pero a ti no.

—¿Y eso? —repuso Nicklas.

El gorila entornó la puerta y señaló la trampilla con el dedo. No era un hueco en la puerta, sino que tenía un cristal adosado a un sistema electrónico. En ese momento los dos supieron qué había pasado.

—Llevas una puta máscara holográfica, poli. Así que mejor os quedáis los dos fuera.

—Te equivocas, animal —Nicklas le señaló con el dedo pero aquel tipo enorme dio un paso adelante y él tuvo que dar otro hacia

atrás—. Yo no soy poli. La máscara es para protegerme.

—Este local se reserva el derecho de admisión —de pronto hablaba con la Ley en la mano—. Y a menos que traigas una orden del juez, aquí no vas a poner un pie. Ni el calvito tampoco.

El portero volvió a entrar sin dejar de mirarles.

—Malditos polis —dijo y cerró con un portazo.

—¡Joder!

Nicklas le dio un manotazo a la pared. Estaba muy enfadado pero se obligó a serenarse, no ganaba nada quejándose.

Andaban despacio mientras regresaban calle arriba. Las farolas les iluminaban a su paso, pero no había nadie más por allí cerca. En el Sector 6 incluso los taxis escaseaban, por lo que tenían que andar hasta la avenida principal más cercana.

—Tenías que haber ido tú solo —dijo Nicklas cuando llevaban un rato andando—. Eres nuevo y todavía no te conocen.

—No habría sabido desenvolverme allí dentro. Y no puedes culparte, fue una sorpresa ver que tenían ese chisme en la puerta para escanearnos. Ningún disfraz hubiera funcionado. ¿Es normal que cuenten con esas medidas?

Nicklas negó con la cabeza. Le había bastado un segundo para descubrir tras la puerta y detrás del portero, un arco electromagnético, que servía para inutilizar cualquier arma.

—El sitio cuenta con más seguridad de la que esperaba. Por un lado es bueno porque ahora sabemos que allí se cuece algo gordo. Pero nuestro testimonio no será suficiente para que Kim Young nos facilite una orden de registro.

En la avenida principal pudieron tomar un taxi. Nicklas se recostó en el asiento. Estaba abatido. Se quitó la gargantilla y volvió a ser él. No tenía verdaderas evidencias de que las mujeres que buscaba fueran prostitutas y la única manera que tenía de hacerlo era interrogando a una y que ésta conociera a las desaparecidas.

Encendió su dispositivo de mano y revisó si en el archivo policial tenían a alguna detenida, pero ya sabía de antemano que no era así. Sin embargo, haciendo un rápido vistazo por las fichas de detenidos con relación a la prostitución encontró a Tariq Ullah, el tipo que habían visto intentando entrar en la casa de Elba. Al abrirla le llamó la atención que ese tipo había estado relacionado con la mafia rusa. Nicklas le enseñó el dispositivo con la imagen de Vitrov dibujada en el aire sobre él.

—Vitrov —Sergio le reconoció—. ¿Qué hay con él?

—Tariq Ullah estuvo en la banda de Vitrov, tal vez todavía estén relacionados. Si bien no sabemos dónde está este tío, sí que podemos localizar a Vitrov.

Sergio chasqueó los dedos.

—¡El rastreador! —dijo—. ¿Accederá Alain a dejarte ver su paradero?

—No tiene por qué saberlo. Lo único bueno de que ese gilipollas se haya quedado con Roseau es que con ella tenemos acceso a su investigación.

Nicklas esperaba ver algo de entusiasmo en el joven, pero vio que Sergio se había quedado muy serio mirando por la ventanilla del taxi. Ante la pregunta de si estaba bien, se volvió hacia su superior.

—Sí, pero es que siempre suponemos lo peor de las personas —dijo—. Me refiero a que ¿y si no son prostitutas? No quiero echar por tierra tu hipótesis, creo que has enlazado muy bien esa posibilidad con las pocas pruebas que tenemos. Pero Lina Takada es una empresaria que tiene artículos fetichistas, eso no la relaciona con la prostitución. Y Martha Hoff está limpia, una joven empleada de banca.

Nicklas se acarició la barba.

—Sergio, eres un tocapelotas, pero tienes razón. Lo único que las relaciona con todo esto es su sangre en el escenario. Esa relación las une con Andreas Koller y él sí que está relacionado con una prostituta. Elba también por el tío que intentó entrar a su casa. Los cuatro están desaparecidos. Martha, por la cantidad de sangre, seguramente esté muerta. Mierda... excepto Elba, creo que podemos dar a los demás por muertos.

Sergio asintió en silencio. No dijeron nada más durante el resto del camino.

No vivían muy lejos uno del otro, pero sí lo suficiente para que el taxi dejara primero a Sergio y luego Nicklas continuó en él hasta su calle.

Mientras Nicklas se desvestía en su casa le pidió a su ordenador doméstico que le mandara un mensaje de texto a María Roseau. Le pedía verse con ella a primera hora de la mañana en la cafetería de la plaza central del Sector 1. Al enviarlo ya pasaban las 3:00 de la mañana, por lo que se tiró en la cama y en esa misma postura se durmió.

Al despertarse tuvo la sensación de no haber dormido. Acalló el sonido del despertador con un gesto de la mano porque no le salía la voz. Delante del espejo se vio con mal aspecto, demasiada barba y unas pronunciadas ojeras. Se pasó la maquinilla de afeitar al tiempo que engullía las vitaminas. Una ducha rápida y ya estaba listo para seguir. Volvió a recuperar su chaqueta marrón del armario antes de salir de su piso.

Al filo de las 8 de la mañana Nicklas se presentó en la cafetería. En una mesa apartada estaba María Roseau esperando. Por su cara sabía que estaba enfadada, y es que odiaba tener que esperar. Nicklas

se disculpó antes de sentarse a su lado.

—Tengo que pedirte un favor enorme —le dijo.

Ella respondió con un bufido.

—Tengo cosas que hacer, Nick. Si era tan importante me podías haber llamado en vez de hacerme perder parte de la mañana viniendo aquí. Además, el café es horrible.

Dijo eso pero le dio un buen sorbo a su taza.

—Las conversaciones telefónicas se pueden rastrear y esto que voy a pedirte no se debe saber. Quiero que me digas la localización de Vitrov.

Por poco Roseau tira el café de la sorpresa.

—¿Estás loco?

—Te dije que era un favor muy gordo.

—Y una mierda —bramó ella y Nicklas tuvo que pedirle que bajara la voz—. Estoy dispuesta a darte información del caso, pero lo que me pides ya es demasiado. Además, ¿para qué coño quieres ahora a Vitrov?

Nicklas le enseñó la ficha de Tariq Ullah y le mostró la relación que había entre él y Vitrov. A su vez lo encajó todo con la posibilidad de que las desapariciones tuvieran que ver con el mundo de la prostitución.

—Vitrov es muchas cosas —dijo Roseau—. Traficante, ladrón, timador y seguramente también proxeneta, pero no es tan gilipollas como para darte la información que buscas. Aunque le encuentres te mandará a paseo.

—Solucionaré ese problema cuando le encuentre —contestó él.

María Roseau suspiró. Conocía a Nicklas y sabía que cuando algo se le metía en la cabeza nada podía detenerle. Además su hipótesis era la mejor que tenían de momento para encontrar pistas de los desaparecidos. Aceptó, aunque con muchas reservas. Muy seria, le hizo prometer que ella estaría enterada de todo lo que pasara con Vitrov nada más le encontrara y que nada de lo que hiciera con él estropearía su misión de encontrar a los productores de droga. Nicklas se lo juró. Se levantó y le dio un sonoro beso en la frente a su subordinada.

—Eres la mejor, Roseau.

—Anda, vete ya. Te mandaré su ubicación a mediodía, en el descanso de Alain. Y suerte con tus putas.

De vuelta al pasillo de los despachos en la comisaría, Nicklas se encontró delante a Sergio Guirao acompañado precisamente de Alain Dalmas. No se lo esperaba. Además, parecía que les había interrumpido durante una animada conversación.

Alain saludó a Nicklas con una amplia sonrisa.

—Sergio es una gran incorporación a nuestro equipo —dijo Alain—. ¿Sabías que viene de una larga estirpe de policías?

Nicklas respondió de forma lacónica. De golpe se le había esfumado el buen humor.

Sergio se despidió de Alain tendiéndole la mano, pero este aún se resistía a dejarles solos.

—¿Cómo lleváis el caso de Andreas Koller? —preguntó, aunque no esperó a recibir una respuesta—. Tengo entendido que ahora se os ha perdido una mujer. Ten cuidado, "ojo biónico", o tu reputación se irá por el retrete. ¿Has ido a que el forense te ajuste la vista?

No había terminado de hablar y Nicklas ya se le había encarado. Aunque Alain era más alto, el gesto de furia del inspector le hizo inclinarse hacia atrás. Sergio se preparó para separar a sus dos superiores.

—Es más fácil encontrar a alguien cuando le has marcado con un bio-rastreador y lo único que tienes que hacer es esperar con el culo pegado al asiento. ¿Harás lo correcto cuando tengas que salir a detenerle o tendré que volver a salvarte el pellejo?

Alain torció la sonrisa.

—Se te da muy bien salvarme —contestó Alain—. Por eso tal vez te deje quedarte en Marte cuando me hayan ascendido a capitán.

La conversación terminó en ese momento. Alain pasó al lado de Nicklas con la cabeza alta y ajustándose la chaqueta. Nicklas no le miró y se fue directo hacia Sergio. Aunque no se lo había pedido, el joven oficial se disculpó alegando que le asaltó en medio del pasillo y se puso a darle conversación sin más.

—No importa —Nicklas le puso la mano en el hombro—. Te va a encantar lo que vamos a hacer esta tarde. Y es algo que si Alain descubriera se moriría de un síncope.

Nicklas se encerró en su despacho con Sergio y le contó que Roseau había aceptado a ayudarles. Tendrían la ubicación de Vitrov al mediodía y esa misma tarde irían a por él. Ante la pregunta del oficial de cómo le convencerían de colaborar, Nicklas aún no tenía respuesta, pero los criminales como Vitrov podrían ser tentados con algún favor de la policía. Nicklas estaba dispuesto a hacerle alguna concesión, de todas formas, mientras Vitrov llevara el rastreador, cualquier cosa que hiciera le delataría.

Antes de irse, Sergio se disculpó con Nicklas por no poder comer con él ese día. Ya se había comprometido a hacerlo con Alicia Westermeyer, la informático. El inspector no pudo evitar bromear con su subordinado.

—No sabía que a ella le fueran los calvos —se rió—. Al final vas a tener razón con eso.

El joven repitió tres veces que sólo era un compromiso entre compañeros y que habría más gente a la mesa. Al irse, Nicklas aún sonreía pero al estar sentado en su escritorio encontró que todo estaba demasiado silencioso. Por norma disfrutaba de esa calma, pero en ese momento se le presentó como soledad y aislamiento. Se le había ocurrido que Sergio, un recién llegado a la colonia, ya estaba relacionándose con mujeres, y él todavía no había tenido una relación como tal. Pensó en su amigo Frank y en la suerte que tenía de ser un hombre casado. Su mujer era perfecta, sus hijos también. “Joder, todo en él es perfecto. ¡Mierda!”.

Encendió el ordenador buscando huir de sus pensamientos. Tenía un mensaje de la Tierra marcado en rojo. El remitente era Jelena Koller y se sintió tentado a archivar el mensaje sin leer. Recapacitó, eso no sería profesional, y lo abrió. El rostro de Jelena volvió a llenar la pantalla que flotaba en el escritorio. Estaba más angustiada y tan pálida que parecía enferma. El vídeo era largo y Jelena no dejaba de suplicar por que le hicieran caso. Nicklas lo cerró sin terminar. Se levantó de la silla y empezó a andar de un lado para otro del despacho.

“Se enamoró de una puta” pensó. “¿Pero puedo culparle? En este planeta todos estamos muy solos. Yo mismo...” Meneó la cabeza. No quería pensarlo, pero se sentía solo. Él también podía haber caído en los encantos de una mujer solícita, aunque fuera prostituta. Era un hombre y tenía necesidades, no sólo carnales, también necesitaba cariño y comprensión. “Tal vez estoy pensando demasiado mal de Koller y él sólo buscaba recuperar ese calor humano que dejó a millones de kilómetros”. Volvió al asiento y encendió el ordenador. Tenía la intención de mandar un mensaje a Jelena Koller. Pero mientras lo estaba grabando se quedó en blanco. No sabía cómo decirle que tenía una aventura, que Koler se sintiera solo no parecía una buena excusa. Tampoco sabía cómo decir que cabía la posibilidad de que estuviera muerto. “Aún es pronto para decirlo”. Borró el mensaje y creó una nota en formato escrito. En ella le dijo a Jelena que habían dado a Andreas como desaparecido y que estaban haciendo todo lo posible por encontrarlo. Fue escueto pero conciso y su conciencia se alivió un poco.

A las 13:30 Alain Dalmas dormía entre las sábanas, pero no era su habitación, sino la de María Roseau. Desde hacía un tiempo ellos quedaban en su casa por ser la más alejada de la comisaría. María se había levantado antes y estaba en el salón. Tenía en su mano el dispositivo personal de Alain y desde él accedió al sistema de seguimiento. No quería dejar rastro de su operación así que copió lo que veía en la pantalla en su propio dispositivo, lo encriptó y se lo

hizo llegar a Nicklas como remitente anónimo. Hecho eso, volvió a la habitación con sigilo para dejar el dispositivo de Alain dentro del bolsillo de su chaqueta. En ese momento el inspector se despertó, se incorporó en la cama y se quedó mirando a la joven, quien tuvo que volverse hacia él de forma precipitada.

—¿Qué haces?

Ella disimuló y se fue directa al cuarto de baño.

—¿A ti qué te parece?

Cerró la puerta del baño y se sentó en la taza. Aún tenía el dispositivo de Alain en la mano y sabía que ahora sería más difícil dejarlo en su sitio. Lo mejor que podía esperar era que él volviera a dormirse, pero Alain sólo dormía una media hora entre turnos, así que iba a ser difícil.

—¿Te avergüenzas de nuestra relación? —oyó decir a Alain detrás de la puerta.

"Mierda, ahora tiene ganas de hablar" pensó Roseau.

—Duérmete, joder. Aún tienes tiempo hasta el siguiente turno.

Pero oyó cómo él se incorporaba en la cama.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Qué tengo yo de malo? Está claro que nos lo pasamos bien en la cama. ¿Es por la norma que impide que un superior pueda acostarse con su subordinado? Si es por eso, cuando sea el nuevo capitán, será lo primero que desaparezca.

"Podrías desaparecer tú un rato, joder..."

—Eso no me importa —dijo ella—. Te lo dije antes y te lo repito ahora, sólo nos divertimos. ¡Punto! Ahora acuéstate.

Pero la puerta del baño se abrió de par en par. Alain se le quedó mirando mientras ella hacía como que tiraba del retrete y escondía a su espalda el dispositivo.

—Podríamos ser mucho más que esto —Alain se fue hacia ella y Roseau le esquivó de forma sutil para rodearle—. ¿O es por Nicklas? Él no te mira como te miro yo. Ese ojo biónico podrá ser muy analítico, pero detrás está hueco como un cascarón vacío.

María Roseau vio su oportunidad porque ahora Alain estaba en la parte del retrete y ella junto a la puerta. Le dio un empujón haciendo que Alain se sentara sobre la taza, donde se quedó con cara de sorpresa.

—Te he dicho mil veces que no te importan mis amistades.

Roseau cerró la puerta del baño y la atrancó con una silla que tenía pegada a la pared. Luego llegó a la carrera hasta el armario donde estaba colgada la chaqueta de Alain y dejó su dispositivo en el bolsillo. Volvió a tiempo de desatrancarla justo cuando Alain intentaba salir.

—Hoy estás muy rara —dijo él en cuanto se abrió la puerta.

Ella le rodeó con los brazos y le agarró el culo con fuerza.

—Y tú te quejas como una nena.

Pasadas las 13:30 Nicklas salió del despacho. Iba camino de la comisaría para comer, pero en el pasillo recibió un mensaje de texto en su dispositivo personal. Era una dirección, sin más explicaciones y sin remitente. Pero él ya sabía quién se lo había mandado y que allí encontraría a Vitrov. “No sé cómo te las apañas pero siempre logras lo que te propones, María” pensó mientras se guardaba el dispositivo.

10

El taxi se detuvo en la calle Opportunity, una de las vías arteriales del Sector 6. Nada más poner un pie fuera del vehículo Nicklas encontró que se había apagado una sección de leds que simulaba el cielo. La luz parpadeó queriendo volver a encenderse con el falso azul, pero no lo hizo. Estaban en una parte muy despoblada de la colonia,y allí no importaban los arreglos estéticos. Era posible que esa sección del techo llevara meses estropeada, quizá años. Y no era probable que algún técnico se acercase a repararla.

Sergio, por su parte, comentó lo desolado que estaba todo pese a ser domingo, el día libre para la mayoría de los colonos. El taxi se alejó por la solitaria calle y ellos echaron a andar. Nicklas le recordó que los sectores 6 y 7 eran los de menor densidad de población de la colonia, sobre todo el 7, y ahora mismo estaban cerca de la línea divisoria entre ambos.

Los bajos comerciales estaban cerrados, con las persianas echadas e incluso algunas tenían pintadas de aspecto vandálico. Delante de una de ellas Nicklas consultó su dispositivo de mano, tenía un plano cargado con la dirección. Señaló una calle a su derecha y fueron hacia allí. Antes de llegar se cruzaron con el primer colono, un hombre con la cabeza rapada y que les miró desafiante. Los dos policías pensaron que les diría algo, pero el hombre apartó la mirada y cruzó la calle. No dijo nada.

—Creo que le quitaré el seguro al arma faser —dijo Sergio y se tocó el bolsillo de su chaqueta.

—No te pongas nervioso —contestó—. Recuerda que queremos que Vitrov colabore con nosotros. Pero, si te soy sincero, siempre que vengo a esta parte de la colonia tengo mi faser preparado.

Se habían introducido por la calle estrecha y de ella desembocaron a una pequeña plaza interior, rodeada por edificios. Estaba mal iluminada pese a ser de día y las fachadas se veían muy deslucidas. Les llegó un desagradable olor a alcantarilla.

—¿Quién vivirá aquí?

—Nadie, si hacemos caso al registro —contestó el inspector.

Se taparon la cara con la mano para soportar el olor cuando atravesaron la plaza. En el otro extremo estaba el portal que buscaban. Encontraron la puerta cerrada con llave, una cerradura analógica, pero Nicklas tenía el equipo para forzarla. Al introducir una suerte de llave maestra, se oyó un chasquido y se abrió. Entraron y se encendieron las luces del portal, pero no todas porque algunas se

habían fundido.

—Según esto Vitrov estuvo hace una hora en el primer piso, en la letra J. Esperemos que siga allí.

Subían las escaleras cuando oyeron gritos que venían justo de la primera planta. Allí se había formado una gran algarabía. Nicklas y Sergio llegaron a tiempo de ver a cinco personas, cuatro hombres y una mujer, salir corriendo por el pasillo. Cargaban mochilas muy abultadas, pero en la gravedad marciana eso no significaba que no pudieran llevarlas con facilidad.

Darles el alto no sirvió de nada y tuvieron que echar a correr tras ellos. Al final del pasillo por el que huían había una ventana abierta y tras ella unas escaleras de emergencia.

—¡Joder! Debían tener algún tipo de alarma —dijo Nicklas mientras alcanzaba la ventana seguido por Sergio.

Con su vista pudo reconocer a Vitrov entre los tres hombres que habían bajado y corrían calle arriba. El otro hombre y la mujer huían en otra dirección. Se estaban dividiendo en grupos para que fuera más difícil seguirles pero, por suerte, esta vez no contaban con un vehículo.

Los policías salieron tras el grupo de Vitrov. Entonces ocurrió algo que no esperaban. Vitrov le hizo la zancadilla a uno de los que iban a su lado. El hombre tropezó a la carrera y se cayó de forma aparatosa. La mochila se le abrió desparramando su contenido por el suelo. Aún en la distancia Nicklas pudo ver que eran tarjetas electrónicas, decenas de ellas. No sabían para qué servían pero no podía ser nada legal.

Sergio miró a Nicklas. Quería saber si se detendrían a arrestar al que se había caído. Pero Nicklas apretó el paso y le dejaron allí tirado, para asombro del criminal que se les quedó mirando cuando pasaban. El objetivo seguía siendo Vitrov. Él era quien tenía contactos con las mafias que controlaban la prostitución.

Vitrov y el otro hombre se dijeron algo sin dejar de correr. El primero le tiró su mochila y el otro, resignado, se las apañó para colgarla de su hombro. Con esa ventaja Vitrov pudo ir más deprisa y girar por una pequeña callejuela a la izquierda. A su vez el hombre con las dos mochilas giró a la derecha por una avenida más ancha. Al descubrir que estaba en un espacio amplio, donde no podría esconderse, el hombre se sacó un arma faser del bolsillo y disparó a los policías. Por suerte seguía a la carrera y sus disparos pasaron lejos de los agentes. Sergio sacó su arma, pero Nicklas ya había alcanzado el callejón por el que se había ido Vitrov y tuvo que seguir al inspector. En una de las paredes del estrecho callejón había una puerta de grandes dimensiones que correspondía a un almacén. Nicklas tuvo la intuición de que Vitrov se habría escondido en él. Al

tirar de la puerta y descubrir que estaba abierta, sin candado ni nada, supo que había acertado. Sergio entró tras él en una estancia amplia y completamente a oscuras. El oficial no podía ver nada, pero Nicklas tenía a Vitrov ya localizado, asomado detrás de unos contenedores. Pudo ver cómo sacaba una pequeña motocicleta de detrás del contenedor. Al ponerla en marcha iluminó a los policías con un potente foco. Sergio se llevó las manos a la cara sin poder ver nada, pero Nicklas no tenía problemas para seguir mirando. La idea de Vitrov era salir pasando entre los policías aprovechando que les cegaba. Se lanzó hacia ellos a toda velocidad con la motocicleta pero Nicklas estaba preparado y pudo agarrar a Vitrov cuando pasó por su lado. Los dos cayeron al suelo y la moto prosiguió su camino hasta estamparse contra la pared del callejón y quedar inutilizada.

—¡Se acabó la huida, gilipollas! —alzó la voz Nicklas al tiempo que le aprisionaba el cuello con su antebrazo— Soy el inspector Magnussen, seguro que me recuerdas.

Se hizo un pequeño silencio en el cual Sergio seguía sin poder ver nada y apuntaba su faser a las sombras. Así no podía ayudar por lo que tentó la pared en busca de un interruptor. Le costó un par de minutos pero al final dio con él y el almacén se iluminó. Nicklas seguía encima del criminal.

—Yo no he hecho nada, inspector.

—¡Ya, tú nunca has hecho nada! —le contestó.

Sergio corrió a esposarle y él no se resistió. Vitrov sabía muy bien cómo comportarse una vez le habían atrapado. Nicklas le hizo un gesto a su subordinado para que cerrara la puerta y paseó su vista mejorada por el interior del almacén para asegurarse de que nadie les acompañaba.

—No sé lo que creen haber visto, pero no tienen pruebas para acusarme de nada.

Sergio se acercó. Estaba muy enfadado.

—Saliste corriendo con una de esas mochilas llenas de tarjetas electrónicas.

Pero Vitrov esbozó una sonrisa torcida. Tenía una larga cicatriz en la barbilla que se deformó con la mueca.

—Habéis visto la mochila del tipo que se tropezó —respondió y obvió el hecho de que le habían visto hacerle la zancadilla—. Como veis, yo no tengo ninguna mochila. Y a menos que entre las habilidades del ojo del inspector se cuente los rayos X, dudo mucho que puedan demostrar que yo portaba algo ilegal.

—¡Pero ellos estaban contigo!

—Soy una víctima inocente.

Nicklas apartó a Sergio de delante del detenido. El joven oficial se había puesto rojo por el enfado, pero Nicklas ya había tratado otras

veces con Vitrov y sabía lo escurridizo que era. A él también le enfadaba, pero su objetivo no era acusarle, sino conseguir negociar con él.

—Vamos a dejarnos de gilipolleces —dijo Nicklas—. Sabemos de qué pie cojeas, Vitrov. Pero hoy no hemos venido a detenerte. Tengo que hablar contigo de algo.

A Vitrov le costaba creerlo. Paseó la mirada de Nicklas a Sergio y de nuevo al inspector. No iban de farol, pero desconfiaba. Nicklas podía leer esa duda en su rostro. Encendió su dispositivo de mano para enseñarle la ficha de Tariq. Dejó bien claro que conocía la relación entre ambos y que no valía de nada negar que pertenecían a la mafia rusa.

—¿Le buscáis a él? —preguntó Vitrov—. Me decepciona un poco. Tariq es un mierda, un diablo de poca monta.

—Mejor si es así porque no te importará tanto decirnos dónde está. Me interesa sobre todo su negocio con las prostitutas.

—¿Y qué gano yo a cambio?

—Te deberé un favor.

De pronto se rió.

—Para eso tendría que fiarme de la palabra de un policía. Además, ¿qué favor crees que podrías hacerme? Me habéis detenido en tres ocasiones y las tres me habéis tenido que dejar en libertad. No habéis sido capaces ni siquiera de extraditarme a la Tierra. ¿Crees de verdad que necesito un favor tuyo?

—Está bien —Nicklas contuvo su mal genio—. Seguro que hay algo que necesitas. ¿Qué tal una moto nueva? La tuya no creo que te sirva ahora.

—No digas eso, inspector. Conozco a muy buenos mecánicos en el Sector 4. Quedaos con vuestra birria de vehículos, los he visto y no valen nada.

Nicklas suspiró. Intentaba encontrar algo con lo que tentarle, pero no se le ocurría nada.

—Te doy la oportunidad de pedirme lo que quieras —lo intentó de nuevo—, pero tendrás que hacerme un favor muy importante.

Después de haberse visto acorralado, la nueva situación le gustaba a Vitrov. Él sonreía sin dejar de mirar a los policías.

—En ese caso pide tú primero, inspector. Y en base al tipo de favor que quieras así será el mío.

—Quiero a los proxenetas que mueven chicas en la colonia —contestó Nicklas.

—Inspector, soy muchas cosas, pero no un chivato. Eso se castiga muy caro en los bajos fondos.

—No quiero detenerlos, al menos no de momento. Sólo quiero entrevistarme con ellos y con las prostitutas para resolver unas

desapariciones en la colonia. Si me ayudan miraré para otro lado. Te doy mi palabra.

—De nuevo la palabra de un poli.

—Es mejor que la de un criminal.

Vitrov volvió a reírse.

—Puedo llevarte hasta alguien para que te entrevistes con él, pero tendrás que ir solo y desarmado. Además no podré garantizar que salgas vivo de esa reunión, dependerá de qué preguntas hagas y de cómo te comportes. Allí seguro que habrá alguna puta con la que puedas hablar, pero dudo mucho que quieran hacerlo. Las que ofrecen sus servicios en Marte tienen una doble vida y ninguna quiere que ambas facetas se mezclen.

Sergio se puso a la altura del inspector.

—No podemos hacer esto. Te quiere llevar a una ratonera.

—Acepto —sentenció Nicklas antes de que Sergio terminara de hablar—. ¿Dónde está ese lugar?

Sergio protestaba pero Nicklas estaba decidido.

—Antes de eso veamos mis demandas —dijo Vitrov—. A menos que quieras echarte para atrás.

Nicklas se mostró firme.

—Te he dado mi palabra.

—De acuerdo, por esta vez me fiaré. La persona que dirige el negocio al que voy a llevarte necesita que alguien lleve a cabo una pequeña transacción financiera. Es un poco delicada, pero él te explicará los detalles cuando le conozcas. Deberás aceptar lo que te pida, o la cosa se pondrá muy fea entre vosotros. Pero tranquilo, no será nada que no puedas hacer. No es como matar a alguien, ni nada de eso.

Nicklas y Sergio se miraron. El joven oficial negaba con la cabeza. Vitrov miraba a uno y a otro con gesto de estar divirtiéndose. Nicklas se rascó la coronilla antes de volverse hacia él. Preguntó sobre el tipo de transacción, también sobre la identidad de los implicados y el lugar donde tendría que hacerla. Vitrov se negó a contestar a todas las preguntas. Su condición estaba clara, Nicklas debía aceptar y arriesgarse a hacer lo que le pidieran.

—No me puedo creer que esta sea la única forma de hablar con prostitutas en Marte —apuntó Sergio.

Vitrov contestó por Nicklas.

—Es la única forma cuando eres poli y todo el mundo se cubre las espaldas contra vosotros. El inspector sabe que tengo razón.

Nicklas no contestó. De todas formas era obvio por cómo les recibieron en el Flamenco Rosa.

—O me detenéis ahora o me dejáis ir —continuó Vitrov.

Se encaminó hacia Sergio con los brazos estirados en señal de que

le quitara las esposas, pero Nicklas se puso delante de él cortando el paso.

—¿Me garantizas que en ese local encontraré a quien maneja la prostitución? No quiero hablar con un mierda, necesito respuestas de alguien que pueda darlas.

Vitrov se puso serio antes de contestar.

—Es un tipo peligroso, así que yo me cuidaría de llamarle "mierda" cuando lo tengas delante. Y contestando a tu pregunta, sí. Él es el jefe de Tariq, maneja a las chicas y hasta tiene clientes importantes. Por cierto, a esos ni les molestes, aunque no creo que te dejen acercarte a ellos. Recuerda mis palabras y todo irá como la seda.

Tras la charla con Vitrov y llegar a un acuerdo con él, Nicklas y Sergio se retiraron al Sector 1. En el taxi Sergio sacó en tres ocasiones que le parecía un error haber hecho un trato con él. Pero Nicklas confiaba en que podría solucionarlo llegado el momento. Además, merecería la pena si con ello encontraban a quien dejó los rastros de sangre en las incineradoras. Enumeró en voz alta los cadáveres que el asesino o asesinos llevarían en su cuenta en función a la sangre de la incineradora. Andreas Koller, Martha Hoff, Lina Takada y de forma muy probable, Elba Matheson.

Vitrov quedó en hacerle llegar por mensaje anónimo el lugar donde Nicklas podría reunirse con él. De momento sólo sabía que era un local que abría de madrugada. Eso les dejaba el resto de la tarde libre, pero ni él ni Sergio supieron a qué dedicarla.

El taxi se detuvo en la comisaría y allí cada uno tomó un camino diferente. Nicklas pensó que Sergio se había enfadado con él y el joven oficial pensó lo mismo del inspector. De haberlo hablado entre ellos en ese momento ambos se habrían arreglado, pero no lo hicieron.

Nicklas terminó en el gimnasio, donde pasó la tarde dedicado a los entrenamientos que tenía fijados en una hoja de ruta personal. Apenas interactuó con nadie y acabó la sesión de su forma favorita, en la piscina. Le gustaba quedarse quieto boca arriba en el agua. Gracias a la pequeña gravedad su cuerpo flotaba en la superficie como si estuviera bajo una colchoneta, pero con los oídos sumergidos en el agua para aislarse con el silencio. Buscaba relajarse, sin embargo, le vino a la mente la imagen de Vitrov riéndose en su cara.

La mañana del lunes 23 de Acuario, Nicklas se levantó antes de que sonara su despertador. Dispuso de algo de tiempo para sentarse a desayunar tranquilo en la cocina. Como no había ido a comprar la nevera seguía vacía y se conformó con un café y alguna galleta de la alacena. Mientras comía encendió el proyector holográfico escondido en una de las paredes de la cocina. La casualidad quiso que estuvieran

dando las noticias y precisamente de un tema que le involucraba. El rastro de sangre de la incineradora era demasiado jugoso para que la prensa lo ignorara. Por suerte para Nicklas, que odiaba las ruedas de prensa, la responsabilidad de hablar con ellos cayó sobre Albus Zimmerman, ya que era su caso. Apareció él en un primer plano hablando sobre la víctima del rastro encontrado. Nicklas sabía que era prematuro hablar de más muertes sólo por pequeñas cantidades de sangre. La imagen de Martha Hoff sustituyó a la del veterano inspector. Nicklas dejó a un lado la galleta. No se imaginaba que la joven pudiera ser tan guapa. Parecía una modelo de rostro angelical, rubia y de unos claros ojos azules. Con 25 años estaba en la flor de la vida. “Me cuesta creer que precisamente alguien así se hiciera prostituta” pensó Nicklas, y al hacerlo la hipótesis que había abrazado para el caso de los desaparecidos perdió fuerza.

A las 8 de la mañana llegó a la comisaría. Unos minutos antes había recibido el mensaje de Marcel Mitchell anunciando una reunión de urgencia. Él llegó antes que sus compañeros, pero no antes que el capitán Mitchel. El bajito y canoso capitán presidía la mesa de reuniones pese a que estaba él solo. Con un gesto llamó al inspector para que se acercara.

—Dice un proverbio de mi país que algunos hombres buscan la felicidad y otros la crean —dijo el capitán cuando Nicklas estuvo junto a él.

Se rascó la coronilla antes de contestar.

—Los canadienses sois gente muy optimista, me parece.

—Déjate de sandeces, Nick —subió el tono Marcel, pero dejó claro que no estaba de verdad enfadado—. Mírate. Tienes peor aspecto que el día que te mandé investigar la desaparición de Koller. Era algo rutinario y ahora me entero de que estás metido en temas de prostitución. Parece que te gusta complicarte la vida, a eso se refiere el dicho.

Nicklas se sentó en una silla al lado del capitán.

—Era la mejor hipótesis que tenía y, además, relaciona su caso con el de otras desaparecidas.

—¡Ya! Lo que convierte también a una niña de brillante currículo como Martha Hoff en prostituta. No me gusta por dónde va esto, Nick.

—Es la investigación la que me lleva, no yo a ella.

Marcel reconoció la verdad de esas palabras y guardó silencio mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—Perdona —dijo, y Nicklas notó un tono más conciliador en el capitán—. Dentro de dos meses se termina mi contrato y no quiero irme dejando un caso tan grave sin resolver. Si quien quemó el cadáver de Martha Hoff lo hizo por temas de prostitución la opinión

pública se nos echará encima. Sería un escándalo y las empresas patrocinadoras de la colonia pedirían cabezas. Para aplacar esto tendríamos que actuar con dureza. Hablo de movilizar a todo el cuerpo contra las mafias. Redadas masivas, detenciones por antecedentes, incursiones armadas a los sectores abandonados. ¿Sabes lo que significa?

—Una jodida guerra.

—Me lo has quitado de la boca. La pregunta ahora es cómo vas a llevar este asunto. No quiero ser el último mono que se entera de todo por la prensa. Si necesitas algo pídemelo, pero no le des la espalda a esta comisaría yendo por tu cuenta.

Nicklas no pudo evitar mirar para otro lado. Ahora que había hecho un mal trato con Vitrov las palabras de Marcel cobraban mayor significado. De nuevo estaba yendo contra las normas y por mucho que avanzara en la investigación, era muy peligroso y podría perder el caso por la ilegalidad de sus actos. Sin embargo, le prometió que mantendría a Marcel al tanto de todo. Una nueva mentira que engrosaba la lista.

La reunión se celebró poco después. En ella se abordaron varios temas, pero sobre todo la más que posible muerte de Martha Hoff. Aunque Nicklas había incluido la desaparición de la muchacha en su investigación, la responsabilidad recaía de forma oficial en Albus Zimmerman. Él explicó en la reunión todos los datos que tenían, también los restos de sangre con las identidades de los otros desaparecidos. Eran detalles que ya todos conocían pero que ahora podían discutir. Pese a reunirse por más de dos horas, al acabar no estaban más cerca de encontrar a los desaparecidos, ni a los responsables.

Antes de dar por terminada la reunión, se volvió a mencionar el caso de los productores de droga. Alain, que estaba sentado junto a Roseau en el lado contrario al de Nicklas, se puso en pie para hablar. Siempre era muy solemne en las formas, aunque sólo fuera para decir que tenían controlada la posición de Vitrov. María Roseau miró a Nicklas y con esa mirada le recordaba que debía mantenerla informada de lo que hiciera con su sospechoso.

Pasadas las 10:30 de la mañana Nicklas y Sergio fueron a la cafetería. No muy lejos de donde se sentaban, Alain Dalmas estaba desayunando acompañado de María Roseau. Ella se disculpó con su acompañante y se fue hasta la mesa de Nicklas.

—Me debes una charla —dijo de mal tono en cuanto les abordó.

—Ahora no —musitó el inspector.

—Ya sé que ahora no, joder. Ven a mi despacho a las 12. Tú también puedes venir —dijo señalando a Sergio.

Salió de la cafetería sin despedirse. Nicklas iba a hacer un comentario pero se interrumpió al descubrir por el rabillo del ojo que Alain también se les acercaba.

Se plantó delante de Nicklas con el ceño fruncido.

—No sé qué negocios os traéis con María, pero espero que eso no la distraiga de su labor en mi investigación.

Nicklas alzó la mirada. Alain era un tipo altivo, un prepotente confiado, pero raras veces estaba tan serio como en esa ocasión.

—¿Tu investigación? —repitió Nicklas con sarcasmo—. Tú te encargas de controlar a Vitrov, detenerlo con los productores de droga es nuestra misión conjunta. Y además, ¿desde cuándo llamas a Roseau por su nombre de pila?

—Hay confianza entre nosotros —respondió—. Por no decir que tiene un alto concepto de mí, todo lo contrario que ocurre contigo.

Era todo lo que Alain quería decir y se marchó con la cabeza muy alta. Al volver a quedarse solos Nicklas estaba de mal humor. Se bebió la taza de café de un trago sin respirar y la dejó sobre la mesa con un golpe.

—Joder —dijo—, es cursi hasta para insultarme.

A Sergio le hizo gracia el comentario. Él también se había dado cuenta.

—Yo me preocuparía ahora por lo que le vas a decir a Roseau. Cuando se entere de que tienes un trato con Vitrov... bueno, creo que no saldremos vivos de su despacho.

—Por eso no voy a mencionar los detalles del asunto y te prohíbo que tú se lo digas.

—¿Qué le dirás cuando te pregunte lo que fuimos a hablar con él?

Como si no hubiera escuchado la pregunta Nicklas arrugó la servilleta que tenía. Hizo una pelotilla y la lanzó con fuerza. El papel voló sobre la cabeza de Sergio en dirección hacia la puerta de salida de la cafetería. En ese instante la puerta se abrió cuando salía un agente y la pelotilla la pudo atravesar. Se coló en el centro de una papelera que había en la farola de la calle. Desde donde Nicklas la lanzó hasta su destino final había cerca de seis metros. Sergio estaba impresionado por tal alarde de puntería.

—Pues esto es mucho más fácil que engañar a María Roseau —dijo Nicklas—. Ella me conoce y sabe cuándo miento. Por eso le diremos una verdad a medias. Cuando encontramos a Vitrov él estaba haciendo un negocio con tarjetas electrónicas de identidad y que a cambio de no detenerle, nos llevará a hablar con las prostitutas. En el fondo es cierto.

Sergio sonrió. Admiraba la pericia y el arrojo de Nicklas, pero era casi infantil verle tan cauto a la hora de hablar con Roseau. Sentía envidia por la relación tan estrecha que había entre ambos.

—Debe estar bien poder utilizar la habilidad de tu ojo para impresionar a la chicas —dijo Sergio en tono distendido.

—Al principio lo intentaba, pero lo único que conseguí fue que quitaran la máquina de dardos en el centro social —contestó al tiempo que solicitaba una nueva taza de café.

11

A las 18:00 horas María Roseau levantaba pesas en el gimnasio de la comisaría. Tenía la tarde libre por lo que era buen momento para entrenarse y de paso tener tiempo a solas para pensar. Sobre todo, se acordaba de Nicklas y de cómo le había mentido cuando le dijo lo que le prometió a Vitrov a cambio de su ayuda. Eso le había enfadado y aceleró el ritmo subiendo y bajando mancuernas con los brazos. “Nick se cree que todavía me chupo el dedo” pensó. Dejó las pesas en la banca y se sentó con la toalla sobre la cabeza. Conocía lo suficiente al inspector para saber cuándo le mentía, o como en aquella ocasión, no decía toda la verdad. Eran más que compañeros, eran amigos, y ella creía que él le confiaba todo. La única explicación que le veía era que Nicklas le hubiera prometido algo demasiado gordo a Vitrov.

De camino a las duchas arrojó la toalla con violencia contra el cubo donde se depositaban. Dos agentes se apartaron al verla pasar, resoplaba como un toro. En la ducha se quedó un largo rato debajo del agua, dejando que la corriente se llevara toda su rabia acumulada. Pero en cuanto el enfado se esfumó se sintió triste. Y no porque su amigo le hubiera mentido, sino porque pensó que él se estaba metiendo en algo complicado. “¿Por qué no me lo dices, Nick? Yo podría ayudarte.”

Salió de la ducha tapada sólo con la toalla. Al abrir su taquilla encontró que el dispositivo de mano emitía destellos. Tenía varios mensajes, en el último Alain le urgía a que fuera a su despacho pero no decía el motivo.

Pasadas las 19:00 horas María Roseau entró al despacho de Alain Dalmas. Éste se levantó de detrás de su escritorio y le pidió que tomara asiento. Estaba muy serio y él no solía mostrarse de esa forma cuando estaba a solas con Roseau. Sentados cada uno a un lado del escritorio, Alain dejó en el centro de la mesa su dispositivo de mano.

—¿Sabes por qué nunca protejo mi dispositivo con contraseña? —dijo Alain.

Roseau miró el aparato. De pronto tuvo un muy mal presentimiento, pero trató de que no se le notara.

—¿Porque tienes mala memoria? —sonrió, pero él no parecía querer bromear—. En serio, Alain, no tengo ni idea. Casi nadie protege estos chismes. Te los regalan cuando llegas a Marte y se rompen cada dos por tres. Son una mierda.

Alain recuperó el dispositivo y lo encendió. Sobre él, en una

imagen proyectada en el aire, apareció el sistema de seguimiento de la policía. Roseau tragó saliva.

—Estos chismes, como tú les llamas, pueden leer la huella dactilar de quien los utiliza. Al no ponerle una contraseña puedo saber a quién le interesan mis asuntos y se ponen a fisgonear en mi dispositivo. Al principio, cuando vi que lo habías tocado tú, no me preocupé. Pensé que sólo estabas controlando que no tuviera alguna novia además de ti Pero encontré que alguien había entrado en el sistema de seguimiento desde mi propio dispositivo. Y si yo no fui, tuviste que ser tú. Dime la verdad. ¿Le diste las coordenadas a Nicklas?

—¿Por qué iba a hacer eso? —contestó ella—. Sólo quería controlar yo misma los pasos de Vitrov, eso es todo. Deberías darme acceso, así estos malentendidos no ocurrirían. A fin de cuentas, yo también estoy asignada al caso.

Alain se guardó el dispositivo y se quedó mirando a Roseau. A ella no le gustaba que hiciera eso, pero se sentía descubierta y sólo podía esperar que él dejara pasar el asunto.

—Deberías confesar ahora que le diste la información a Nicklas, porque la otra alternativa es que le dieras su ubicación al propio Vitrov.

—¿De qué estás hablando?

—De que sabe que le estamos vigilando —Alain se puso el pie y rodeó el escritorio hasta colocarse junto a la oficial. Le enseñó las últimas coordenadas de Vitrov en el dispositivo—. Desde que le marcamos, Vitrov ha estado haciendo todo tipo de movimientos en las zonas donde las cámaras de la colonia no le podían grabar. Pero sólo un par de horas después de que entraras a mi dispositivo empezó a salir en ellas. Ha estado tan visible y controlado que hasta un becario delante de un holomonitor podría seguirle la pista. En otras palabras, sabe que le estamos vigilando.

—Podría ser una casualidad —respondió Roseau.

“Mierda, Nick. ¿Qué has hecho?” fue lo que pensó al tiempo que hablaba.

—No lo creo. Aunque ha estado en lugares controlados sé que realizó muchas llamadas. Utiliza líneas encriptadas y no las pude rastrear, pero en el departamento de informática me han dicho que uno de los destinatarios de esas llamadas ya lo utilizó cuando le atrapamos en la redada. Es decir, esa llamada pudo ser para mover la droga —y añadió a modo de sentencia—. Esta noche pondremos fin a la misión.

—Pero aún no sabemos si se reunirá con los productores de droga. Además, si sabe que le vigilamos, ¿de qué servirá arrestarle ahora? ¿Y por qué tiene que ser esta noche?

—Por que me he enterado de que Nicklas ha recogido un coche de

espionaje de la comisaría y se rumorea que quiere usarlo esta madrugada. Estoy seguro de que le diste a él las coordenadas de Vitrov así que deben estar planeando algo juntos. Seguramente adelantarse a mi jugada y descubrir él primero a los productores de droga. Sabe que el caso del desaparecido no le dará puntos para ser capitán de la policía y actúa a la desesperada.

María Roseau protestó con energía. Para ella era imposible que Nicklas actuara de esa manera. Debía tener una poderosa razón, pero ignoraba qué podría ser. Perdió la fe en sus propios argumentos.

—¿Qué harás si encuentras a Nick y Vitrov cuando les sigas esta noche?

Alain torció la sonrisa.

—Dirás qué haremos, porque tú te vienes conmigo. Y si me entero de que les has avisado de la forma que sea, dará igual lo mucho que me gustes, me encargaré de que te echen del Cuerpo.

Al filo de la una de la madrugada Nicklas Magnussen caminaba por la solitaria calle del Sector 7. Seguía las indicaciones que Vitrov le había mandado por mensaje. Comprobó el transmisor que llevaba pegado en la piel, dentro de la oreja. Sergio Guirao, desde un vehículo patrulla aparcado una manzana atrás, corroboró que funcionaban de forma correcta. El joven oficial estaba incómodo dentro del pequeño vehículo con forma de huevo. Además, no era muy discreto ya que era el único coche aparcado a lo largo de la calle.

—¿De qué sirve un coche camuflado en una ciudad donde casi nadie tiene coche? —observó Sergio a través de la radio.

—Es mejor que estar esperando de pie en medio de la calle —respondió Nicklas—. Así podrás llegar de forma rápida hasta mi posición si necesito ayuda. Espero que ahora sí tengas bien preparado tu faser.

Sergio lo sostuvo en su mano. El pequeño aparato brillaba bajo las luces de las farolas en la calle.

—No me gusta que hagas esto tú sólo, y encima desarmado.

—Tranquilo. A Vitrov no le interesa que me maten, me necesita para ese negocio, sea lo que sea. Y tengo “esa pequeña distracción” —se palpó el bolsillo interior de la gabardina—, aunque espero no tener que usarla.

Se detuvo cuando llegó al callejón a su derecha que tenía que atravesar. Apenas estaba iluminado, pero eso para él no era un problema. Se introdujo en la penumbra de la estrecha callejuela. Allí sólo se escuchaba el ruido de sus pasos retumbando en las paredes. El callejón giraba a derecha e izquierda como un laberinto. En uno de esos giros encontró a Vitrov. Estaba apoyado en la pared, justo debajo de donde había dibujado un grafiti con letras de gran tamaño. Por

alguna razón Nicklas se paró a leerlas. "*El señor Ceniza se esconde entre las flores*. ¿Quién cojones habrá escrito esto?" pensó. "No hay suficientes loqueros en Marte".

Saludó a Vitrov con la mano, pero él no tenía uno ojo biomecánico como el del inspector y tardó en distinguirle entre la oscuridad. Devolvió el saludo con un gesto y le pidió que le acompañase.

Del callejón salieron a una pequeña plaza que distribuía otros tres callejones. Tomaron el de más a la derecha. Justo en la entrada de éste había una vieja cámara de seguridad. Tenía la lente rota y estaba inservible. Siguieron adelante hasta encontrar una puerta. La iluminaba una farola y un letrero de neón con caracteres en cirílico. Tres hombres hacían cola para entrar. Guardaron fila tras ellos. Enseguida llegó su turno y Nicklas, que iba primero, se detuvo delante de un portero. Era un tipo enorme, de piel morena y ojos pequeños que le miraron desde lo alto.

—En ese local tenemos normas de etiqueta.

Era una excusa para no dejarle pasar porque Nicklas no vestía de manera muy diferente a quienes habían entrado antes que él. Le había reconocido como policía y Vitrov tuvo que salir de detrás de él para hablar con el portero.

—Tu jefe le está esperando.

El portero conocía a Vitrov y se hizo a un lado. Nicklas accedió a un vestíbulo iluminado de rojo donde una mujer, que iba ligera de ropa, saludó a Vitrov y le dijo algo en ruso. Él asintió y le dijo a su vez a Nicklas que debía esperar, de momento. De esa forma, el inspector se quedó en el vestíbulo. La mujer se tomó la libertad de quitarle la gabardina sin preguntar y la guardó en un armario. Acto seguido, una luz verde se iluminó sobre el arco que daba acceso al interior del local. La mujer le invitó a atravesarlo y él obedeció. Dentro del mismo susurró algo a Sergio pero su subordinado no contestó. Como sospechaba, tenían restringidas las comunicaciones igual que en el Flamenco rosa. Echó la vista atrás hacia el armario donde habían guardado la gabardina. Allí llevaba una potente bomba de humo escondida que sería una buena distracción en caso de necesitarla para huir. El problema era que no podía probar si el transmisor para utilizarla se había visto afectado también al traspasar el arco.

Le llegó el ruido de la música antes de llegar al final del pasillo. Desembocó a una sala muy amplia dividida en dos partes. Delante de él estaba la pista de baile, tan ruidosa que hacía retumbar las paredes con la música electrónica, llena de gente y cubierta por una densa neblina. Dos máquinas de humo, situadas a ambos lados de la sala, creaban ese efecto. Sintió que allí había un caos absoluto de luces, música y humo. Pero detrás de la pista de baile Nicklas vio la otra parte del local, un espacio sobreelevado donde no llegaba el humo y

parecía un lugar tranquilo. Allí había mesas y sillas, también reservados con sillones y mamparas a los lados que los separaban unos de otros. Sólo dos de los diez reservados estaban ocupados y en ambos había una persona con máscara rodeada por dos o tres mujeres. Ellas llevaban la cara descubierta, y no sólo la cara. Apenas tenían ropa cubriendo su cuerpo. Uno de los hombres con máscara estaba examinando a las mujeres y seleccionó a una de las tres que tenía. Las dos restantes tuvieron que irse acompañadas por un camarero.

—Estoy en el lugar indicado —dijo en voz baja y ni él mismo pudo oírse.

Debido a la seguridad del local Sergio tampoco pudo oírle.

Nicklas sabía que tenía que llegar hasta los reservados por lo que saltó a la pista de baile y se mezcló entre la gente. La mayoría eran hombres jóvenes. Apestaba a sudor y Nicklas aceleró el paso para cruzar lo más rápido posible. Apartó a un chico alto y para su sorpresa se encontró cara a cara con un rostro familiar. Era una mujer bonita aunque menuda, de piel pálida, poco pecho y una peluca de color rosa chillón. Gracias a su vista Nicklas reconoció a la joven de la consulta de Gabrielle Zernis, la que le había dado los nombres de las desaparecidas. Ella también había reconocido al policía y su primer instinto fue el de darse la vuelta y huir. No pudo, Nicklas ya estaba sobre ella sujetándola por los hombros

—¿Qué coño haces tú aquí? —preguntó Nicklas y tuvo que levantar mucho la voz para dejarse oír entre el jaleo—. Y esa peluca que llevas. ¿No me digas que tú...?

—He salido a divertirme —le interrumpió la joven—. No he hecho nada malo.

Pero a Nicklas no le engañaba. Vestía igual que las chicas que habían detenido por prostituirse. Solo se sorprendió porque no se parecía en nada a la joven de la consulta, tampoco en la forma de hablar.

Decidió abordar la situación de otra manera. Él necesitaba información y ella ya había denunciado dos desapariciones, luego debía saber algo.

—Y yo también he venido a divertirme —mintió Nicklas—. No estoy aquí como policía. De lo contrario no me hubieran dejado entrar.

Ella conocía muy bien a Antón, el portero, y sabía que allí no iba a entrar un policía si iba a suponer un peligro para la clientela. Más tranquila, se propuso colaborar, además ella también tenía preguntas que hacerle.

—¿Sabes ya algo de las chicas que te dije? —preguntó la joven.

Nicklas se arriesgó a compartir información con el fin de que luego ella hiciera lo mismo.

—Todavía las estamos buscando. Pero sé que Elba Matheson era prostituta, igual que tú. Y sospecho que Lina Takada también lo era aunque lo suyo podría ser un rollo distinto.

Ella asintió.

—Loto es de las que disfrutan dominando a sus clientes. Y ellos también disfrutan, claro.

—¿Loto?

—¿No creerás que utilizamos nuestras verdaderas identidades aquí? —contestó—. Lina Takada se hace llamar Loto y Elba Matheson se hace llamar Rica. A mí me conocen como Sophie en este mundillo.

—Muy bien, Sara... o Sophie. Si quieres que encuentre a tus amigas necesito que me des algo de información. Necesito saber quién o quiénes se encargan de meteros en este ambiente. En otras palabras, quiero ver a los chulos.

Sophie se disponía a responder cuando un hombre vestido de negro se paró delante de ellos.

—Alguien de arriba quiere verte.

Sophie pensó que se estaba dirigiendo a ella.

—¿Un Clase Alta? Genial, pues enseguida subo.

Pero el hombre la empujó a un lado haciendo que se chocara con un grupo de jóvenes que bailaban. No le pasó nada pero a Nicklas le enfadó ese gesto. El hombre vestido de negro le señaló a Nicklas con el dedo y le pidió que le siguiera. Como Nicklas no quería empezar una pelea se mordió la lengua. Pero antes de seguirle se fue hasta donde estaba Sophie.

—Ten cuidado con los "Clase Alta" —dijo ella—. No sé para qué te quieren, pero si no eres puta no creo que sea para nada bueno.

—Casi me enternece que te preocupes por mí —contestó él—. Pero estaré bien. Quiero que te quedes por aquí cerca. Cuando acabe de hablar con ellos quiero volver a hablar contigo.

Sophie le dedicó una pícara sonrisa.

—Te estaré esperando.

Nicklas no sabía muy bien con qué sentido lo había dicho y le restó importancia. Se fue con el hombre hasta la parte superior donde estaban los reservados. Pasó delante de los hombres enmascarados. La máscara de uno le tapaba por completo la cara y lo único que hacía era mirar mientras dos chicas se sobaban delante él. El otro enmascarado tenía un antifaz que le dejaba la boca libre. De esa forma podía besar a la joven que había elegido de las tres que tenía hacía un rato. Dejó atrás a este último en el momento en el que le arrancaba el sujetador a la chica. Con todo lo visto y vivido Nicklas se notaba alterado. Trató de quitarse ideas extrañas de la mente y volver al caso. Habían llegado hasta una barra de bar. El hombre de negro le señaló exactamente en qué taburete debía sentarse Nicklas, y así lo hizo él. Al

momento, otro hombre se sentó en el taburete de al lado. Era un tipo bien vestido, con una barba fina y cuidada y media melena. Pidió dos vodkas. Antes de empezar a hablar con Nicklas se bebió el suyo de un solo trago.

—Es la mejor bebida que jamás se ha inventado, ¿verdad, inspector?

Él sujetó su vaso pero lo dejó en la barra.

—Nunca bebo estando de servicio y ahora mismo lo estoy, señor...

—Kozlov, pero usted puede llamarme Yuri. Soy el afortunado dueño de este local, entre otros negocios. Todos legales, por cierto.

—Y lo que he visto ahí detrás, ¿también es legal? —Nicklas señaló a los reservados.

—¿Por qué no? Sólo son gente que disfruta libremente del amor. Es usted muy mal pensado insinuando que negocian con ello.

—¡Venga ya! Yo no he visto amor, es prostitución.

Yuri sonrió y aprovechó para pedir otra copa. Nada más llegar se la bebió de nuevo de un trago.

—Algunos lo llaman amor, otros dicen sexo. Yo soy del tipo romántico, pero cada cual ve lo que quiere. Y ahora dígame, ¿qué quiere usted? Vitrov me ha dicho que no ha venido por amor.

Nicklas sacó su dispositivo de mano y tuvo cuidado de enseñar bien que sólo era eso porque el hombre de negro parecía querer saltar sobre él si hacía un movimiento extraño. No tenía cobertura, pero le pudo enseñar las imágenes de Andreas Koller y Elba Matheson.

—Quiero saber dónde están estas personas.

Yuri las examinó bien pero luego negó con la cabeza.

—La chica me suena, pero el hombre no —pidió al camarero que se acercara.

Tras la barra el hombre se inclinó para ver las fotografías.

—Se llama Rica —dijo el camarero—. Suele venir mucho por aquí con algunas amigas.

—A buscar amor, supongo —dijo Nicklas con mucho sarcasmo.

El camarero se encogió de hombros.

—Todos buscamos amor.

—Quiero saber qué coño le ha pasado a Rica —inquirió Nicklas—. Esta mujer ha desaparecido y tal vez esté en peligro.

Yuri le hizo un gesto al camarero dándole permiso para contestar.

—Se fue con un cliente hará un par de noches y desde entonces no ha vuelto a aparecer.

Enfatizó la palabra cliente, dando a entender que no era cualquiera.

—¿Con quién se fue?

—Aunque pueda parecer otra cosa, nosotros no controlamos de esa manera a la clientela —respondió—. Aquí las chicas gozan de

protección y no salen de aquí acompañadas si no es por voluntad propia. Son libres de andar con quien quieran y los clientes son libres de intentar irse con las chicas... o con chicos.

Nicklas cogió el vaso con vodka y lo deslizó por la barra hasta las manos de Yuri, quien lo atrapó y como con los demás se lo bebió.

—Sólo dígame si llevaba una de esas máscaras.

Yuri le pidió al camarero que se lo dijera de forma discreta y éste se asomó a la barra para decírselo al oído. Su jefe parecía complacido y le dijo que se marchara a atender las mesas.

—Llevaba máscara—contestó Yuri—. Las chicas los llaman Clase Alta. Y me anticipo a su siguiente pregunta, yo no sé quién está detrás de cada máscara. Sólo me importa la gran suma de dinero que gastan en mi negocio. Y cuando hay dinero de por medio, yo no pregunto. Debo pensar en mis negocios, lo cual me recuerda que toda la información que ha obtenido no será gratis.

—No me has dicho una mierda.

Pero Yuri hizo como que no le oía.

—Ahora que el negocio prospera he pensado en mudarme a un local más grande. También con mejor clase, para que vengan más tipos con máscara. Sé del sitio ideal pero tengo que negociar con un tipo a quien no soporto. Y él tampoco me soporta a mí, lo cual convierte una simple transacción en un negocio muy complicado. Por eso necesito a alguien neutral, alguien que no tenga trato de favor con unos u otros. Y Vitrov me ha dicho que usted estará encantado de hacer esta transacción por mí.

Yuri chasqueó los dedos y otro de sus hombre se acercó portando un maletín negro. Lo dejó encima de la barra y lo orientó hacia Nicklas. El inspector lo abrió y descubrió dentro varios paquetes llenos de un polvo color rosa. Sabía que era droga y del mismo tipo que fabricaban los productores locales de Marte. Cerró el maletín.

—Le vas a pagar con droga —dijo Nicklas—. Aquí hay mucha, debe ser un local muy grande el que quieres comprar. ¿Quién te la suministra?

A Yuri le hizo gracia la pregunta.

—Seguro que le gustaría saberlo. Sólo tiene que llevar este paquete donde y cuando yo le diga.

—Que te follen, Yuri. Pero con amor.

Nicklas hizo ademán de levantarse pero el hombre que tenía detrás le sujetó y lo obligó a permanecer en el taburete. Yuri aparcó el tono amable.

—A parecer, Vitrov no le ha explicado bien lo que sucede, pero como hoy me siento benévolo voy a subir la oferta. Si lleva la droga le diré el nombre tras la máscara de quien fue el último cliente de Rica.

Iba a volver a negarse, pero se contuvo. Había llegado muy lejos y

Yuri podría darle la clave para encontrar a Elba Matheson. Y si todas las desapariciones estaban conectadas podría encontrar al responsable de que hubiera sangre en la incineradora. Más adelante se centraría en detener a Yuri por tener esa droga.

—¿Cómo sé que no me traicionarás o me darás un nombre equivocado? Hace un momento me has dicho que no sabes la identidad de los enmascarados.

Yuri se encogió de hombros.

—Deberá confiar en mí...

Antes de que Yuri acabara la frase una luz roja a modo de sirena, empezó a parpadear sobre sus cabezas. Nicklas no sabía lo que era, pero debía ser malo porque Yuri y sus hombres se pusieron alerta. El portero, Antón, llegó hasta el final del pasillo haciendo aspavientos con las manos. La música se detuvo de pronto y el público de la pista de baile empezó a gritar y a correr hacia la salida.

—¡Maldito poli! ¿Intentabas jugármela? —bramó Yuri.

Pero Nicklas tampoco sabía lo que pasaba. Intentó defenderse de la acusación cuando el tipo vestido de negro sacó una navaja. Nicklas recordó el arco por el que había pasado. Todo el local debía estar preparado para inutilizar las armas de fuego como medida de protección. Aunque no por ello estaba más a salvo.

Yuri recogió el maletín.

—Nadie traiciona a Yuri Kozlov —y añadió—.¡Matadlo!

Salió corriendo acompañado por otro de sus hombres.

Nicklas se había quedado con el hombre de la navaja, a quien se le había sumado el camarero de la barra portando un enorme cuchillo de cocina. Los dos le rodeaban para que el inspector no pudiera escapar. La suerte quiso que uno de los Clase Alta, el que tenía sólo un antifaz, llegara en ese momento y sujetara al de la navaja.

—¿Cómo voy a salir de aquí? —gritó mientras le zarandeaba.

El tipo vestido de negro dudó un instante el cual Nicklas aprovechó para lanzarle el taburete encima y echar a correr. El camarero salió en su persecución con el cuchillo en alto. La gente, justo debajo de Nicklas, se apretaba en la única salida de emergencia que tenía el local. Gracias a su ojo biónico distinguió a Sophie entre la multitud y demasiado lejos de la salida. Quiso gritarle pero era imposible que ella le oyera. Entonces descubrió algo. El otro enmascarado no intentaba huir por la pista de baile, sino que estaba rodeando los espacios apartados. Detrás de ellos había escondida una pequeña portezuela. Nicklas corrió en su dirección y la alcanzó justo antes de que la portezuela se cerrara. Se quedó detrás de ella para bloquear el paso del camarero, pero enseguida descubrió que se había cerrado con un candado electrónico. Libre de su perseguidor, sólo podía seguir hacia delante en el pequeño pasillo que tenía frente a él. El hombre de la

máscara ya se había adelantado y no le veía. Nicklas avanzó hasta llegar a un callejón en la calle. No sabía dónde estaba. Oyó el ruido de un vehículo al lado derecho y cuando se asomó distinguió a un taxi alejarse por la calle.

—Allí va el enmascarado —dijo.

La radio de Nicklas ya funcionaba y Sergio lo había oído por lo que contestó.

—¡Jefe! ¿Estás bien?

—¡Sergio! Sí, yo estoy bien. ¿Pero qué ha pasado? Todo el mundo está huyendo del local.

—Lo sé, me he acercado un poco con el vehículo cuando he visto las sirenas. Parece una redada. Si te pillan ahí podríamos tener muchos problemas.

Nicklas encendió su dispositivo de mano, que ya funcionaba con normalidad y se ubicó en el mapa.

—Sergio, ven corriendo a la dirección que te he mandado. Me vas a recoger aquí a mí y espero que a alguien más.

—¿A quién?

Pero Nicklas había vuelto dentro del local por donde había salido. Desde fuera podía abrir la puerta, se quitó la chaqueta y con ella improvisó un tope para que no se cerrara. Como sospechaba, los hombres de Yuri ya no estaban. Debían tener otra forma de huir pero sabía que no tenía sentido intentar seguirles. Su mejor opción era interrogar a Sara Bell. Ella era la única prostituta que había llegado a conocer y que encima era amiga de las desaparecidas. Saltó a la pista de baile y se introdujo entre la gente para alcanzar a la joven. Intentó sacarla de allí.

—¡Sígueme! —ordenó a Sophie.

Juntos salieron de la multitud cuando un grupo de policías irrumpieron dentro del local. Sus armas no servían por lo que llevaban porras. Nicklas sabía que le descubrirían enseguida y actuó a la desesperada. Accionó el mecanismo de la bomba de humo y de pronto todo el pasillo por donde entraban los agentes se inundó. El denso humo gris fue muy efectivo para que Nicklas y Sophie pudieran alcanzar la salida en la parte alta del local sin ser vistos.

A las 2:15 de la madrugada Sergio detuvo el vehículo en una apartada y oscura calle del Sector 7. Nicklas y Sophie ocupaban los asientos traseros. Ella estaba tapada con la chaqueta de Sergio porque Nicklas se había dejado la suya en el local. Aún así, la joven estaba tiritando. No era por el frío, sino por los nervios y la bajada de la adrenalina.

Aunque era muy pronto para interrogarla Nicklas pensó que le vendría bien hablar ahora. Le volvió a enseñar las fichas de todos los

desaparecidos. Nicklas y Sergio intercambiaron una mirada de sorpresa cuando Sophie los reconoció a todos. Incluso sabía la relación entre Andreas Koller y la prostituta a la que llamaban Escarlata. Su nombre real era Amanda Keane y, además, sabía que ella no había desaparecido. Su contrato en Marte había terminado por lo que cogió un vuelo hacia la Tierra.

12

El tímido Sol de la mañana asomaba sobre los desnudos edificios del Sector 6. Un grupo de operarios acababa de apearse en la parada del tranvía de la avenida Spirit. Entre ellos estaba Ernesto, quien tenía órdenes de ir a reparar un panel eléctrico en una calle cercana. Sus compañeros tenían otras órdenes así que se despidió, cogió su caja de herramientas y se fue calle abajo. Era muy temprano y sólo se cruzó con un par de colonos antes de llegar al callejón que tenía anotado en su orden. El panel estaba al fondo del mismo y al entrar le llegó un olor desagradable y metálico. No era lo peor que había podido oler en los cinco años que llevaba haciendo reparaciones en Marte, por lo que lo ignoró. A medio camino notó que estaba pisando un charco de algo que se le pegaba a la suela de las botas. Restregó el pie en otra parte para limpiarse y decidió que era mejor iluminar el lugar. Sacó una linterna de su caja de herramientas y descubrió con ella un bulto grande tirado en el suelo. No sabía lo que era pero en cuanto se acercó reconoció la figura de un hombre tumbado. Y lo que había estado pisando era un charco de sangre. Se asustó, pero no era una persona que se dejara llevar por los nervios.

—Oye, ¿estás bien?

El tipo que estaba tumbado no respondió. Tampoco se movía.

Ernesto se temía lo peor. Casi estaba seguro de lo que vería al darle la vuelta a ese hombre pero debía hacerlo. Con una mano tocó la espalda y tiró hacia sí haciendo que el cuerpo quedara boca arriba. Descubrió a un hombre con la piel pálida, la mirada vacía y la garganta abierta en una horrible herida que le recorría todo el cuello.

Eran las 7:30 de la mañana del martes 24 de Acuario. Nicklas Magnussen había dormido en el sofá y ahora tenía dolor de espalda. Se estiraba con un brazo en alto mientras preparaba café en la cocina. Iba a encender la holopantalla con las noticias, pero se acordó de que tenía una invitada y que ella seguía durmiendo. Sonrió al recordar cómo Sergio se había negado a alojarla en su casa alegando que estaba casi vacía. Incluso dijo no tener sábanas limpias. Le había tocado a Nicklas cargar con ella, pero no podía negarse. La joven tenía miedo de que alguien de la mafia les hubiera visto salir juntos del local y fueran a su casa. Nicklas estuvo de acuerdo en que estuviera vigilada, al menos hasta que la cosa se calmara.

“Sara Bell”, recordó el nombre verdadero de la mujer. “Una prostituta durmiendo en mi cama. Una simple ayudante de inventario

para la empresa pública de mantenimiento, de aspecto mojigato y que viste como una abuela. Pero que por las noches se transforma en Sophie, su alter ego sexy y depredadora sexual...” Le vino a la mente su cuerpo, si bien muy delgado y con poco pecho, era atractivo. La ropa que llevaba dejaba poco espacio para la imaginación. El sonido del timbre le despertó de un pensamiento más caliente que el café que preparaba.

Desde la cocina Nicklas pudo ver que María Roseau estaba llamando a la entrada de su piso. Él ya estaba vestido, de hecho apenas se había desnudado para dormir, por lo que fue directo a abrir la puerta. Al hacerlo la joven oficial le empujó con ambas manos haciendo que entraran juntos al salón. Nicklas no necesitaba su ojo biónico para saber que ella estaba muy enfada.

—¡Maldito Nicklas Magnussen! —bramó ella—. ¿Me vas a decir qué pasó anoche? Es más, ¿me vas a decir qué coño pasó con Vitrov?

Intentó tranquilizarla y al tiempo miraba con el rabillo del ojo en dirección a su habitación por si Sara se despertaba.

—Es muy complicado, pero te diré lo que quieras si te tranquilizas.

María Roseau resopló.

—Vitrov está muerto —dijo ella.

La noticia le sentó como un jarro de agua fría a Nicklas.

—¿Qué ha pasado?

—Esperaba que tú me lo dijeras. Esta mañana un operario de mantenimiento encontró su cuerpo en un callejón del Sector 6. Le habían cortado la garganta y tú y yo sabemos que ese es el sello de la mafia rusa. Hacía años que no pasaba algo así, joder.

—Fue por él que pude entrar en el local...

De pronto le invadió la culpa. Vitrov era listo, pero ni siquiera él pudo sobrevivir a la mafia para la que trabajaba. Debieron culparle a él de la redada y por eso acabó muerto.

—¿Qué hacías anoche con Vitrov en ese local?

Nicklas se había quedado sin palabras.

—Tenía que hacerlo —confesó—. Ir con él era la única manera de que me dejaran entrar y entrevistarme con las prostitutas y sus chulos.

En ese momento la puerta de la habitación de Nicklas se abrió y Sara Bell salió tras ella. Estaba medio dormida y tapada con las sábanas de la cama. Bien visible en el suelo Roseau descubrió una peluca de color rosa chillón. Ató cabos y miró a Nicklas con cara de incredulidad.

—¡No me jodas, Nick!

—No es lo que parece.

Ahora fue ella quien se había quedado sin palabras. Señaló con el dedo a la joven y luego agarró a Nicklas de la manga de la camisa. Pero lo soltó, se dio media vuelta y salió por donde había venido.

Nicklas fue al rellano para detenerla. En mitad del mismo ella le hizo un gesto para que la dejara de seguir.

—Me... me da igual quién coño sea la chica —le falló la voz a Roseau—. Pero aún me debes muchas explicaciones. Aclara las ideas y ven a verme a mi despacho antes del mediodía, o yo iré al del capitán Mitchel.

Se marchó bajando las escalera. Él podría haberla seguido, quería decirle que lo sentía, que se había equivocado y lo arreglaría. Pero en realidad no sabía cómo iba a arreglarlo. Sara le miraba asomada a la puerta de la vivienda y Nicklas regresó dentro con ella.

María Roseau caminaba deprisa por la calle Saint James. No miraba por donde iba, ciega de enfado, hasta que se chocó con un transeúnte. Era un hombre y se quejó, pero ella pasó de largo sin hacer caso de lo que decía. Unos metros más adelante se dio cuenta de que estaba vagando sin rumbo y se detuvo. Estaba plantada de pie en medio de la acera.

"¿Qué diablos me pasa?" se preguntó. Había caído en la cuenta de que tenía los ojos enrojecidos. Se llevó las manos a la cara y contuvo las lágrimas. De forma interna le echó a Nicklas las culpas de todo lo que estaba pasando, pero mientras le insultaba con la mente se le ocurrió pensar que él había descubierto lo suyo con Alain y por eso ya no confiaba en ella. Roseau no estaba acostumbrada a sentir esa inseguridad y le cabreaba no poder dominarla. A duras penas logró serenarse y pensar de manera fría. Acostarse con un superior estaba prohibido, por eso había tenido mucho cuidado de que nadie lo sospechara, ni siquiera Nicklas. Pero además él era su amigo y ya había conocido otras aventuras amorosas de ella, algunas con gente que el inspector no soportaba. Nicklas nunca se metió con ella por su vida privada. "A lo mejor ya no le importo como antes. ¿Pero por qué iba a importarme a mí?". De haber podido se habría pegado a sí misma sólo por pensarlo.

Volvió la vista atrás, hacia el edificio de Nicklas. Reflexionó sobre él, le conocía bien y sabía que era un buen policía, nunca había demostrado lo contrario. Si quería acostarse con putas, era cosa suya, aunque a ella le doliera en una parte recóndita de su corazón que no quería mostrar. El caso es que tendría un buen motivo para reunirse con Vitrov y que hubiera droga de por medio. No quería volver al piso y seguir discutiendo delante de la otra, pero Roseau sabía de alguien a quien podía preguntar sobre lo que ocurrió en el local. Sacó su dispositivo de mano y marcó el contacto de Sergio Guirao.

Sara Bell salió del dormitorio de Nicklas con un chándal de éste. Le estaba grande como un saco, pero era lo único en el armario que ella podía vestir. Nicklas estaba en el sofá, tenía la cabeza baja. Ella se

sentó a su lado.

—¿Era tu novia?

La pregunta le hizo gracia pero también despertó un sentimiento extraño dentro de él. Nunca había mirado a Roseau de esa manera, pero sí como una hermana pequeña, alguien afín pero sin ninguna implicación sexual. Se incorporó para hablar con Sara y se obligó a mostrarse menos pesimista.

—Compañera —respondió a su pregunta—. Tal vez sea la mejor compañera que he tenido nunca y siento que he abusado de su confianza. Ahora que Vitrov ha muerto la cosa se ha complicado muchísimo.

Pero Sara no sabía quién era Vitrov. Acarició el brazo de Nicklas.

—Lo siento, es culpa mía. No tenía que haberte metido en esto cuando nos vimos en la consulta de Zernis.

—Fui yo quien te asaltó e hiciste lo correcto al denunciar sus desapariciones. Con esa información pude trazar una línea de investigación que me llevó a las...

Iba a decir putas pero se detuvo. Ella seguía tocándole el brazo y eso no sabía cómo interpretarlo. Sara estaba agradecida por haberla sacado del local, también por ocuparse del caso de sus amigas y de protegerla, ¿pero podría querer algo más? Al mirarla veía a una joven de cara angelical y frágil. Despertaba en él un instinto de protección y su contacto despertaba más cosas. Se sintió incómodo y se levantó con la excusa de que se había dejado el café en la cocina, pero ella le siguió hasta allí.

—¿Vas a seguir investigando el caso? —preguntó ella desde la puerta.

—No pienso dejarlo. Pero estoy en un punto muerto. No creo que pueda entrevistarme con otro proxeneta ni volver a entrar en uno de los locales de la mafia.

—No siempre trabajamos en esa clase de locales —dijo Sara —. A veces también vamos a fiestas que organizan los Clase Alta. Si buscas a uno de ellos es seguro que le encontrarás en una de ellas. No suelen perderse ninguna.

Había captado toda la atención de Nicklas.

—¿Tú me puedes colar en una de esas fiestas?

Sara se rió con gesto de burla.

—¡Eso es imposible! No te imaginas lo exclusivas que son las fiestas y la seguridad que tienen. A su lado los locales de ambiente son parques infantiles. Necesitas pertenecer a su círculo para poder entrar y cuando llegas allí te obligan a cambiarte de ropa. Yo he estado en un par de esas y lo único que llevan son túnicas y máscaras. Aunque las túnicas se las quitan enseguida. No es apto para personas sensibles.

El comentario sonó ofensivo a oídos de Nicklas.

—He visto de todo en esta profesión.

—Estoy segura de que no todo. Pero no importa, por mucho que quieras no podrás entrar.

Pero Nicklas ya estaba trazando un plan para solventar ese problema.

—¿Al menos sabrías reconocer la máscara del tipo que se marchó con tu amiga?

Sara reflexionó un momento antes de contestar. No solía fijarse mucho en las máscaras, pero ya tuvo una mala sensación cuando Rica se marchó con ese hombre, lo que le hizo acordarse.

—Completamente blanca —dijo ella—, como de papel. Con los ojos rasgados. Era muy sencilla, sin apenas facciones. Me pareció muy siniestra.

—¿Y alguna vez se las cambian?

—No, siempre llevan las mismas. Yo había oído rumores y un día estuve con uno de ellos y se lo pregunté. El tipo me dijo que las máscaras se las daban cuando entraban en el círculo, así que yo creo que es su manera de identificarse. Hasta los dueños de los locales han aprendido a reconocerlas. Así que si habías pensado en hacerte pasar por uno de ellos, ya puedes olvidarlo.

—Haré algo mejor que hacerme pasar por uno de ellos —contestó él—. Me imagino el tipo de personas que son los Clase Alta. Ricos, ejecutivos, tal vez altos funcionarios. En definitiva gente muy bien posicionada en Marte y yo conozco a un "estirado" de los que mejor posicionados están. Seguro que si él quiere podrá entrar en su círculo y además hacerme entrar a mí con él.

A las 9:30 de la mañana Marcel Mitchel convocó una reunión de urgencia en la comisaría. Antes de eso Nicklas había ido al despacho de María Roseau pero no la encontró allí. Sin embargo, coincidieron durante la reunión. Él ya se había sentado a la mesa y ella entró cuando estaban a punto de empezar. Sergio también llegó tarde y se sentó al lado de Nicklas. El joven oficial parecía preocupado pero no podía hablar en ese momento con el inspector porque en cuanto se sentó empezó la reunión. Marcel Mitchel, el bajito capitán de la policía de Marte, abrió la reunión con un discurso. Estaba enfadado e iba subiendo el tono de su voz a medida que hablaba. Era referente a Vitrov y el desastre que su muerte suponía para toda la operación antidroga. Nicklas no pudo evitar agachar la cabeza avergonzado. Le quedó claro que María Roseau no se había ido aún de la lengua, aunque no era demasiado consuelo.

Marcel terminó la arenga y dio paso a Alain Dalmas, quien era el responsable de seguir a Vitrov. Según se ponía en pie dedicó una mirada cargada de intenciones contra Nicklas.

—Ayer noche practicamos una redada en el local Lepestki, que pertenece a la mafia rusa. Lo hicimos debido a un soplo de que allí se estaba moviendo la droga —de nuevo miró a Nicklas—. Detuvimos a un total de treinta personas, de las cuales sospechamos que al menos dos podían ejercer la prostitución. No obstante carecemos de pruebas suficientes y han quedado en libertad. No apareció la droga, pero hemos detenido a algún empleado del local. El nombre de ellos es secreto de momento.

—¿Por qué es secreto? —preguntó el veterano Albus Zimmerman.

—Después de la muerte de Vitrov sospecho que alguien está filtrando información dentro de la comisaría —contestó Alain.

Un murmullo recorrió la sala. Ahora Nicklas estaba seguro de que esa sospecha iba dirigida en exclusiva hacia él y por eso Alain le miraba tanto. Pero la única persona que sabía que él había ido a por Vitrov era María Roseau. Nicklas se contuvo para no mirarla, empezaba a sentirse mal del estómago, aunque era de los nervios.

—No creo que ninguno de nosotros sea sospechoso de la muerte de Vitrov —habló Sergio y lo hizo con mucha seguridad en la voz, lo que sorprendió a Nicklas porque él era cómplice involuntario de sus actos.

Alain se mordió la lengua.

—No puedo acusar a nadie —repuso el inspector—. Pero sé que alguien fue a por Vitrov antes que nosotros, tal vez le avisara del biomarcador. Como fuera, él sabía que le vigilábamos y eso ha precipitado toda la operación. Hasta que no estemos seguros de que no hay filtraciones dentro de la comisaría la información sensible deberá ser competencia de cada investigador. Así estrecharemos el cerco.

—Suponiendo que de verdad haya un topo —terminó Albus con la discusión.

La reunión se prolongó hasta las doce del mediodía, momento en el que Marcel se despidió de los agentes. No habían podido sacar nada en claro, a parte de las sospechas de que alguien podría estar filtrando información. Albus comentó en voz baja que Alain ya se estaba comportando como si fuera capitán dictando órdenes. Nicklas lo oyó, pero no hizo ningún comentario. Antes de que él saliera Marcel Mitchel le ordenó que se quedara. Cerró la puerta para que los dos pudieran hablar en la intimidad en la sala de reuniones.

—¿Cómo llevas el caso de Andreas Koller? —preguntó el capitán y ya no parecía tan enfadado como al principio.

Nicklas le contó lo que sabía. Que se había enamorado de una prostituta llamada Escarlata. El verdadero nombre de ella era Amanda Keane y había terminado su contrato hacía tres semanas. Una semana después había cogido un vuelo de regreso a la Tierra, a partir de ese momento Andreas Koller despareció. A todas luces parecía un

problema de amores, pero no explicaba la desaparición de Koller ni tampoco sus rastros en la incineradora.

—Un poco de sangre seca no significa que esté muerto —dijo Marcel en un tono que pretendía sonar optimista—. Pero me has dado poca información. Si no te conociera tanto diría que te estás dedicando a otras cuestiones antes que de seguir a Koller. No tengo que recordarte lo importante que es resolver ese caso para tu carrera. Ahora que hemos perdido a nuestra mejor baza contra los productores de droga, el departamento de policía necesita ser más efectivo que nunca. Que otros como Alain tengan un fracaso no significa que tú consigas algún punto por eso. Más bien es al contrario porque ¿a quién más que a ti beneficiaría que el trabajo de Alain se fuera al traste?

Nicklas salió de la sala de reuniones y fue directo a su despacho. En la puerta del mismo estaban Sergio Guirao y María Roseau esperándole. Él les hizo un gesto para que pasaran adentro y cerró la puerta tras de sí. Sergio fue el primero en hablar.

—Le he contado a Roseau lo de Vitrov y lo que ocurrió anoche en el local.

Nicklas se quedó mirando en silencio a Roseau, no sabía qué esperar de todo aquello, pero por algún motivo ella ya no parecía tan enfadada como por la mañana.

—Alain sospechaba que yo te había dado la ubicación de Vitrov —dijo María Roseau—. Así que el muy imbécil se puso a seguirte, a ti y a Vitrov, y montó todo lo de la redada. Intentaba atraparte a ti negociando con la droga. No pensó que podrías estar investigando a las desaparecidas y francamente, cuando te he visto con la puta en tu casa, yo también he tenido mis dudas. Pero aquí el novato me ha contado todo lo referente a ella y que resulta ser vuestra mejor testigo. El caso es que los agentes de la redada tenían orden de detener a Vitrov. Como es lógico eso levantó las sospechas de la mafia y debieron de ir a por él. Una vez muerto, el biomarcador dejó de dar señal. En el fondo él es tan culpable como tú de que muriera y como Alain no es tonto sabe que lo hizo mal y no puede acusarte de nada.

Compartir la culpa con Alain no aliviaba a Nicklas, quien suspiró y le dio las gracias a sus subordinados. Sin embargo, el daño ya estaba hecho y él debía centrarse en la búsqueda de los desaparecidos

Le contó a Roseau lo de las drogas que había visto en el local. Si bien Vitrov había sido hasta ese momento el único sospechoso de distribuirlas ahora Yuri Kozlov entraba en escena. La oficial apuntó su nombre. De momento no podía ir con esa información a Alain, pero de forma eventual tendría que informarle ya que él llevaba el caso. Antes de eso Nicklas le pidió ayuda a ella y a Sergio, esta vez con la

intención de ir a la fiesta de los Clase Alta de la que le había hablado Sara Bell.

—Al parecer gente importante de Marte se mueve en esas fiestas —les explicó Nicklas—. Siempre van con máscaras para proteger su identidad, igual que el último cliente que tuvo Elba Matheson antes de desaparecer. Lo bueno es que siempre llevan esas máscaras, no las cambian porque son su identidad dentro del círculo.

****

El mismo martes 24 de Acuario, al filo de la medianoche, un ritual sagrado tenía lugar dentro de la mente del señor Ceniza. Detrás de su máscara murmuraba palabras que eran imposibles de entender para Elba Matheson. Él la arrastraba tirando de una cuerda atada a su cuello. Como un animal encadenado, Elba Matheson caminaba desnuda por las oscuras calles del Sector 7. Ya no tenía voluntad para defenderse, su moral estaba quebrantada y miraba al falso cielo de leds en el techo buscando una salida a su sufrimiento en las diminutas estrellas.

Con cada tirón de la cuerda Elba volvía a la realidad. Se llevó las manos al cuello, rojo por la acción abrasiva del lazo sobre su piel, intentando liberarse de la presión.

—Tengo frío —dijo ella con voz quebrada.

El señor Ceniza dio un nuevo tirón haciendo que ella cayera al suelo de rodillas. Elba Matheson había estado bien en el interior de los pasadizos de la colonia, pero la parte de la calle era más fría y estaba tiritando. Se habían detenido justo en una pequeña plaza rodeada de edificios. No había más luz que la que proyectaban las estrellas en el cielo.

El señor Ceniza consultó su reloj de pulsera y acto seguido miró al cielo. La pequeña luna que simulaba ser Deimos estaba llegando al cenit de la cúpula. La otra, Phobos, acababa de aparecer por un lado de los edificios. Esta luna era algo más grande y se movía con mayor velocidad. Ambas pasarían cerca la una de la otra, Ceniza lo sabía y estaba esperando que llegara ese momento sin detener sus murmullos.

Con la luz de ambas lunas la plaza se hizo más visible. Elba descubrió en mitad de la misma a una gallina blanca atada por una pata a un pivote de metal. En ese pivote Ceniza ató la soga de Elba. Ella se quedó sentada en el suelo, hecha un ovillo y tiritando. No sabía qué estaban haciendo allí ni para qué querría a la gallina. Estaba tan mal que no podía preguntarlo, tampoco quejarse. Su captor había dejado de murmurar y desató a la gallina del poste. La sostenía con destreza de las patas mientras que el animal agitaba de forma frenética las alas.

—Ha llegado el momento del ritual, florecilla. Hoy voy a

purificarte bajo las sagradas luces del cielo.

Phobos corría por el pequeño espacio abierto de cielo que se podía ver en la plaza. Estaba ya cerca de pasar al lado de Deimos cuando Ceniza sacó un largo cuchillo que había llevado oculto debajo de la sotana. Elba abrió los ojos como platos. Estaba horrorizada y sacó fuerzas de donde pudo para volver a suplicar por su vida. Pero en vez de usarlo contra ella, Ceniza estiró el cuello del pájaro y acercó la hoja de metal. Le provocó un corte largo y profundo por el que brotó la sangre, la cual no era roja, sino gris a los ojos del señor Ceniza. La cabeza de la gallina cayó al suelo y Ceniza agitó lo que restaba del animal, que aún se estremecía en sus manos, para regar de sangre el cuerpo desnudo de Elba. Ella gimió horrorizada al notar la sangre caliente contra su piel y su cabello. Otra vez volvía a llorar.

—Lloras porque no entiendes el bien que estás haciendo a los tuyos —dijo el señor Ceniza con la voz distorsionada tras la máscara —. Si supieras como yo sé los frutos que se recogerán de este sacrificio seguro que reirías. Mira tus piernas —dejó el cuerpo de la gallina y se acercó a la joven para acariciar suavemente su piel— son un don divino. Y ahora que estás purificada puedes darme tu ofrenda.

—¿Qué quieres de mí?

Ceniza torció la cabeza.

—Con una de tus piernas me basta.

Al oírlo Elba sintió una fuerte náusea y desfalleció. Fue por el miedo, por el cansancio y por el frío, todo junto, y no pudo más. Su cuerpo se desplomó en el suelo y el señor Ceniza se quedó de pie contemplando las escena.

Las pequeñas lunas habían pasado la una junto a la otra sin tocarse y Phobos corría para desaparecer en el sentido contrario de los edificios. Volvió la oscuridad a la plaza. Ese era el momento fijado por Ceniza para terminar su ritual. Soltó la cuerda del pivote y recogió a Elba en brazos. La mujer no pesaba mucho y en Marte menos aún, por lo que no tuvo problema en acarrear con ella. Regresaban por donde habían venido hacia los oscuros rincones inferiores de la colonia, donde Elba ya no podría ver la luz de las estrellas.

13

La mañana del miércoles 25 de Acuario el director de la agencia reguladora de empresas, Frank Pauli, dio por terminada una reunión con los representantes del consorcio minero de la colonia. Era un sector en crisis, por lo que los nervios en la sala de reuniones estuvieron siempre a flor de piel. Las cinco empresas que aún operaban querían lo mismo, el derecho de exclusividad para exportar el hielo del Polo Norte marciano, con el fin de llevarlo a otros planetas. Pero ese hielo era un recurso natural y como tal estaba protegido. Una vez establecidas las cuotas de explotación, a Frank Pauli le quedaba obtener el mejor contrato posible para la colonia, una tarea que ya se había alargado semanas.

Los mandatarios de las empresas empezaron a salir de la sala con la decepción de no haber llegado a ningún acuerdo. Pero algo sí cambió y es que Frank retuvo a uno de ellos. Era Ouassim Malik, de la corporación Ámbar. No tenían mucha relación, pero él aceptó la invitación de Frank a que se sentara un momento a charlar. Los últimos en salir, Arturo Clarson y Shiro Kawaguchi, vieron ese gesto como señal de favoritismo y lo comentaron de forma amarga por el pasillo. Frank los podía oír pero no dijo nada y cerró la puerta de la sala.

—Espero que esto signifique lo que pienso —dijo Malik.

—Sólo quiero charlar —Frank se hizo el ingenuo, aunque sabía que se refería a los contratos del hielo.

—Mi oferta del 17% era la mejor de todas. Sabes que Clarson no tiene tantos fondos como para igualarla. Y las contraprestaciones que pueden darte el resto, son sólo humo.

Frank se sentó al lado del empresario. Éste le dedicó una sonrisa, confiado en que llegarían a un acuerdo.

—Lo cierto es que tu oferta no termina de convencerme —dijo.

Ouassim Malik se sorprendió mucho.

—¿Entonces para qué estoy aquí?

—Quiero que mejores tu oferta.

—Te he ofrecido lo máximo que me permiten desde la Tierra. Puedo darte lo que llevo en los bolsillos, pero la empresa ya no puede subir más.

—Si no puedes darme dinero, tal vez puedas ofrecerme otra cosa. Algún aliciente a título personal.

Era una respuesta inesperada, pero como buen hombre de negocios, Malik veía una oportunidad en la extraña actitud de Frank

Pauli.

—Estoy seguro de que podré ofrecerte algo que te interese, Frank. Pero no nos conocemos mucho, en realidad casi nada.

Frank se aflojó el nudo de su corbata. Buscaba liberarse de la presión, pero no de la corbata. Se desenvolvía bien en cualquier clase de negociación pero no le gustaba lo que tenía que proponer. “Es por una buena causa” se dijo, “y me lo pidió Nick”.

—Sé que tú te mueves por círculos muy exclusivos. He oído hablar de ello, pero soy demasiado tímido como para ir a lugares... de ambiente. Espero que entiendas a lo que me estoy refiriendo.

Malik sonrió mostrando sus grandes dientes. Sí sabía a lo que se estaba refiriendo, de hecho era algo que él conocía bien.

—Supongo que te refieres a mujeres —contestó—. De las que se vuelven muy cariñosas cuando ven dinero. Aunque me sorprende muchísimo, lo poco que sé de ti es que eres un hombre casado.

—Igual que tú.

—Sí, pero yo tengo cinco esposas y a ninguna de ellas les importa lo que haga mientras puedan seguir yendo de compras por Abu Dabi. No es lo mismo. Yo te podría dar el contacto de alguna chica, si quieres.

—Verás, no busco cualquier chica. Busco algo que me desinhibe, algo salvaje que me haga olvidar esta roca en el espacio. Un amigo me dijo una vez que había ido a una fiesta de máscaras...

Al oírlo Malik arqueó las cejas.

—¡Espera! —dijo—. Lo que quieres no es apto para todos los gustos. Yo sé qué fiestas son las que dice tu amigo, e incluso a mí me parecen salvajes. Es mejor que te estrenes con algo menos agresivo.

—No quiero otra cosa.

Malik dudó un momento. Hablar de esas fiestas era tabú fuera de los círculos que él frecuentaba, pero Frank no era alguien cualquiera. Era una de las mayores autoridades de Marte y quería obtener su favor como fuera.

—¿Aceptarás mi propuesta del 17%?

Frank le tendió la mano.

—A partir de ahora te llamarán el señor del hielo de Marte y eso es mucho para alguien que nació en el desierto de Arabia.

Se estrecharon la mano dando el acuerdo por cerrado. Malik se tomó su tiempo para explicar a Frank las condiciones de su club especial, al que ellos se referían como el “Juego de Máscaras”. Le dijo la tarifa en créditos que debía abonar, una pequeña fortuna, aunque nada que Frank no pudiera permitirse, y le prohibió hablar de ello con nadie que no estuviera en el círculo. Puso mucho hincapié en que dentro del juego no podría revelar su identidad, para eso tenían las máscaras. Por último le dio el contacto de Georgios Dimitrakou, quien

era relaciones públicas de la Corporación Grimm.

—¿Qué tiene que ver una empresa farmacéutica con esto? —preguntó Frank.

—La empresa no, es él quien mueve el Juego de Máscaras. Es con quien tienes que hablar si quieres que te admitan. Pero yo puedo allanarte el camino, siempre es más fácil con una recomendación. ¡Y ya verás cuando vayas a tu primera fiesta! —Malik se tomó la libertad de chocar el hombro de Frank—. Las mujeres que se ven allí harán que te olvides de que estás en Marte. De hecho te olvidarás de la Tierra y de cualquier mujer que dejaras allí, te lo garantizo.

Malik se marchó con la promesa de tener lista su reunión con Dimitrakou lo antes posible y Frank regresó por el pasillo hasta su despacho. Se encerró en él y ordenó por voz al ordenador que nadie le molestara. Solo y en silencio se quedó mirando el cuadro que presidía su escritorio. Contenía la animación de su esposa. La larga y rubia melena de ella se movía con el viento de la pradera en la que estaba. Alargó la mano y volcó hacia abajo el marco. “No quiero que veas esto, cariño” dijo para sus adentros.

Esa misma mañana, Nicklas Magnussen volvía a estar en la cocina con un café en la mano y las noticias puestas en la pantalla de la pared. Estaban sin volumen porque no quería despertar a su invitada. Se lamentaba de no poder usar su cama, ni su cuarto. Eso le hizo pensar en que debía ducharse antes de que llegaran Sergio y Roseau. Había quedado con ellos a las 11:00 para organizar la misión que tendría lugar esa madrugada. Si Frank tenía éxito, él y Nicklas irían a la fiesta de la que habló Sara y podrían buscar al tipo de la máscara.

Apuró el café y apagó la pantalla. Salió sin hacer ruido hasta el salón y se asomó a la puerta de su dormitorio. Tenía que pasar dentro para llegar a su cuarto de baño, pero Sara Bell seguía dormida. A pesar de estar a oscuras Nicklas podía ver bien cada detalle de la habitación. Sin querer se fijó en la joven. Dormía boca abajo y con medio cuerpo fuera de las sábanas. Aunque Nicklas le había dado algo de ropa ancha para dormir Sara no la llevaba puesta. El cuerpo de ella era bonito y firme, aunque delgado. Sintió vergüenza de estar mirando lo que no debía y se separó de la puerta. Pero la casualidad quiso que recibiera un mensaje que sonó en su dispositivo de mano. Silenció el pitido todo lo rápido que pudo, pero Sara se despertó y le descubrió a él mirando detrás de la puerta. De manera torpe Nicklas se disculpó y se escondió tras ella. Lejos de parecer enfadada, la joven le llamó desde la cama.

—No tienes que avergonzarte —dijo Sara—. Es tu casa y tienes derecho a entrar en tu habitación. Además, a mí no me importa.

—Mierda... —dudó un momento—. Estaba viendo si seguías dormida para ir a la ducha.

Sara retiró las sábanas y se sentó en la cama. Mostraba su cuerpo, tapado sólo con un sujetador y las bragas, sin el más mínimo rastro de pudor.

—Dúchate tú primero si quieres.

—Joder, dúchate tú primero —respondió él—. Total, ya casi estás desnuda.

—No es diferente a si me vieras en bikini. ¿O es que te dan miedo las mujeres?

El comentario tocó su orgullo y Nicklas abrió la puerta de su dormitorio. Lo atravesó deprisa hasta llegar al cuarto de baño.

—Sólo digo que no me gusta que vayas así por mi casa —dijo cuando lo alcanzó—. No es normal.

Y se encerró en el baño.

Tener a Sara en su casa le estaba trastornando de una forma que no se esperaba. Desde que empezó la carrera por ascender a capitán de policía, había dejado de tener citas. El trabajo siempre había sido importante para él, pero ahora era lo único que tenía. La presencia de Sara le despertaba de nuevo su deseo de contacto humano y un deseo carnal reprimido mucho tiempo. Ya debajo de la ducha se imaginó a Sara Bell y tuvo que poner el agua más fría para quitarse su imagen de la cabeza. En ese momento se acordó de que no había llegado a ver el mensaje. Lo reprodujo en modo audio por los altavoces del baño.

—Tengo lo que me pediste —reconoció la voz de Frank Pauli—. Me debes una muy gorda por esto, y ciento veinte mil créditos. Estaré a las 11:00 en tu casa.

El mensaje terminó y Nicklas silbó al pensar en la suma de dinero, demasiado para su salario. Había supuesto que los miembros pagarían algún tipo de cuota, pero nunca que sería tanto. Y aunque la misión tuviera éxito Frank no recuperaría ese dinero.

Salió de la ducha con muchos pensamientos en la cabeza. El que más le preocupaba era el de cómo actuar en la fiesta y si podría reconocer al tipo que buscaba. Tan absorto estaba que abrió la puerta tapado únicamente con la toalla. Sara Bell seguía sentada en la cama y le miró con una sonrisa pícara en los labios.

—A eso le llamo yo el cuerpo de la policía —bromeó.

Un poco antes de la hora señalada los invitados empezaron a llegar a casa de Nicklas. Sergio Guirao y María Roseau llegaron juntos y Frank Pauli justo después cargando con una pequeña maleta. Frank ya sabía que la joven prostituta era un testigo clave para su amigo, pero se sorprendió al verla vestida con un chándal de Nicklas. Le dedicó

una mirada cargada de intenciones.

—No pienses cosas raras —le susurró él cuando se saludaron.

—¿Por qué supones que lo repruebo? Tú estás soltero, Nick.

El grupo se reunió en el salón alrededor de la mesa. Frank era quien tenía la información más relevante y dejó su dispositivo de mano en el centro. En el aire se proyectó un plano de la colonia con un punto señalado del Sector 6. A ninguno le extrañó que fuera un almacén en la zona más despoblada del sector. Explicó de forma breve cómo había conseguido entrar en el círculo, aunque esta vez omitió la cuota. De momento todo lo había hecho por medio de un intermediario, pero sabía que Georgios Dimitrakou era el organizador del Juego de Máscaras y que estaba obsesionado con la seguridad de sus miembros. Al explicar los pasos que debía hacer Nicklas para llegar hasta la siguiente fiesta quedó claro a qué se refería.

—He recibido las instrucciones por mensaje cifrado —dijo Frank—. En ellas se me indica que deberé coger un taxi que me estará esperando junto a esta pequeña calle del Sector 6. El taxi estará parado y sólo se moverá si me reconoce a mí dentro. No puedo ir acompañado. Así que Nick, si quieres hacerte pasar por mí, tendrás que llevar un buen disfraz.

Pero Nicklas aún no había devuelto el proyector de rostros de la comisaría.

—Seremos como dos gotas de agua —apuntó él.

—Lo bueno es que este taxi deberá dejarte en otro rincón del Sector 6 donde cogerás la máscara que me han asignado. Y a partir de ese momento no necesitarás disfraz. Aunque te convendría teñirte con mi mismo color de pelo, e imitar mi corte. Yo soy un poco más bajo, pero con un zapato de suela fina no deberían sospechar por eso.

Frank apagó el proyector de su dispositivo.

—¿Y qué pasa con ella? —intervino María Roseau señalando con el dedo a Sara Bell—. Se supone que ella es la única que puede identificar la máscara del sospechoso. Pero la mafia rusa ya la ha visto con Nick. ¿Cómo entrará en la fiesta?

—No creo que me vieran salir con Nick la otra noche —contestó ella—. Me colaré sin problemas entre las chicas que preparen para la fiesta, no es la primera a la que voy.

Nicklas carraspeó. Había oído algo que no le cuadraba.

—¿Y entonces a cuento de qué vino eso de que tenías miedo y no querías volver a tu casa? Has pasado dos días en la mía.

—Y tú me has dejado dormir en tu cama como todo un caballero —fue su respuesta—. Demasiado caballero, por cierto.

Los asistentes se miraron los unos a los otros. Sergio y Frank ocultaban la sonrisa.

—Es lo que tiene meter a una puta en tu casa, Nick —respondió

Roseau.

El comentario de la oficial cayó como un jarro de agua fría sobre todos los asistentes, menos sobre Sara Bell, quien encajó el golpe sin inmutarse.

—¡Basta! —se enfadó Nicklas—. Estamos en medio de una jodida operación policial —señaló a Roseau con el dedo—. Tú y Sergio me seguiréis con un coche cuando esta noche me suba al taxi. Id a una distancia prudente y sin faros.

—Sé cómo seguir a un coche —Roseau no abandonó el tono grosero pese al enfado del inspector.

—Más te vale —prosiguió—. No podemos hacer esto como una redada normal o los de las máscaras se escaparán. Debo ir yo solo, y como los transmisores no servirán cuando esté ahí dentro os necesitaré cerca por si la cosa se complica. No tenemos mucho tiempo para prepararnos. Frank, ¿lo has traído?

Su amigo se levantó de la mesa y cogió la maleta. La abrió y sacó un elegante traje de color oscuro. Lo estiró de forma que todos lo vieron.

—No habrás estado más elegante en tu vida.

Al filo de las 13:00 horas, en la pequeña plaza detrás de los edificios de oficinas del Sector 2, un pequeño cuadricóptero salió volando de detrás de la barra de la cafetería. Con un vuelo grácil y preciso sorteó las mesas del interior del local. A pesar de los giros, subidas y bajadas, el drone no derramó una gota del café que portaba sujeto con una pinza. Salió a la calle y depositó su carga de forma suave sobre la mesa.

—Efjaristó —dijo Georgios Dimitrakou.

El pequeño drone se fue por donde había venido y justo en ese momento un hombre se sentó al lado de Georgios. Él le reconoció de inmediato.

—Llegas pronto, Yuri.

El interpelado hizo un pedido dejando su dedo sobre la mesa, que se iluminó de verde bajo su huella. Yuri alzó la mirada y se recreó un momento en el cielo artificial de la plaza. Era un lugar bonito, de fachadas vistosas y hasta el suelo estaba adoquinado como en una ciudad europea.

—Vivís muy bien los ejecutivos —dijo Yuri.

—Es normal que un sucio mafioso como tú aquí se sienta fuera de lugar.

El comentario no pasó desapercibido, pero Yuri sabía contener sus instintos cuando era necesario. A cualquier otro y en cualquier otro lugar, le habría rebanado el cuello como lo había hecho otras veces. La última no hacía ni veinticuatro horas.

—Supongo que no me has hecho llamar sólo para insultarme.

—Te he llamado porque dos de mis clientes tuvieron una mala experiencia la pasada noche en tu local. Y eso es malo para el negocio.

El pequeño cuadricóptero regresó con el café que había encargado Yuri y lo dejó en la mesa. Pero se derramó cuando éste puso sus manos sobre ella. Recordar el incidente le había puesto nervioso.

—Fue por culpa de un maldito poli —dijo enfadado—. ¿Y crees que sólo tú has perdido? Ese negocio me costó mucho dinero. Ahora no podré volver a abrir allí.

—¿Alain Dalmas? ¿El de la redada?

—¡No! —bramó—. El del ojo biónico, Nicklas. Fue él quien se coló en mi local y vino preguntando por uno de tus clientes con máscara. Creía que atabas bien corto a los miembros de tu juego.

Georgios se recostó pensativo en la silla. Conocía la reputación del inspector y su peculiar visión, y le intrigaba que él pudiera estar siguiendo a los de su círculo. Pero no era a ellos en general, sino a uno de sus miembros en concreto.

—¿Sabes a quien buscaba?

Yuri se encogió de hombros.

—Ni idea. Al parecer se fue con una prostituta hace unas noches y la chica ha desaparecido. Lo que me lleva a otra cosa. Tengo un buen negocio montado con las chicas y me molestaría mucho que alguno de los de la máscara se sobrepasara con ellas.

—Tienes un buen negocio con las chicas porque los míos se gastan fortunas en ellas y tú te llevas tajada. ¿Crees que en esta roca en el espacio podrías sacarle provecho al negocio sin mis clientes? Sabes que no. Y ahora dime qué sabes del de la máscara y de la chica con la que se fue.

Yuri le dio un sorbo al café antes de contestar. Gesticuló haciendo ver que le era desagradable.

—Mejoraría mucho con un poco de Vodka —dijo—. La chica se llama Rica, una prostituta normal. Tetona, eso le gusta a muchos de los tuyos. Nunca he tenido problemas con ella. Sobre el Clase Alta tengo una descripción de su máscara. Le tapaba toda la cara, era blanca como el papel y sin expresión. Sólo dos delgadas rendijas a la altura de los ojos.

Antes de que Yuri terminara de hablar Georgios había sacado su dispositivo de mano y buscaba algo en él. Lo encontró y le enseñó una dirección proyectada sobre la pequeña pantalla. Era un piso en el Sector 1 y un nombre debajo.

—Darren McCarthy —leyó Yuri en voz alta.

—Sé que es difícil para alguien de tu clase —dijo Georgios—, pero quiero que seas muy educado cuando vayas a casa de Darren a

preguntarle por la chica. No sabemos qué pasó con ella y sigue siendo alguien muy acaudalado. No me gustaría molestarle sin motivo.

Yuri se terminó el café de un trago.

—¿Y si descubro que le hizo algo a la chica?

—Somos hombres de negocios, estoy seguro de que Darren McCarthy sabrá restituir la pérdida. Pero si no aceptara puede que sufra un desafortunado accidente. Esas cosas ocurren y no estaría de más que se lo recordases de forma sutil.

Una hora más tarde Yuri Kozlov se presentaba en la entrada del edificio donde vivía Darren McCarthy. Primero llamó al portero automático y al no obtener respuesta se fue dando un rodeo al edificio. No era la primera vez que tenía que colarse en la casa de alguien y si bien era un trabajo difícil en un sector tan concurrido, siempre había una forma. En la misma calle había un edificio comercial donde pudo entrar sin pasar controles. Dentro fue directo a las escaleras de servicio y de ellas accedió a la azotea. De una a otra azotea alcanzó de nuevo el edificio de McCarthy. Allí apenas había seguridad y supo abrir las cerraduras para bajar a los pisos inferiores. En la tercera planta estaba el piso que buscaba. Esta vez no llamó a la puerta. Se percató de que nadie en el pasillo le miraba y abrió el panel donde había que apoyar la mano. Era una seguridad biométrica, muy avanzada, pero eso sólo significaba que Yuri necesitaría más tiempo para abrirla. Tenía las herramientas que necesitaba en los bolsillos de su chaqueta. En cinco minutos tuvo listo el cortocircuito y la puerta se desbloqueó. Antes de entrar sacó un pasamontañas que le tapaba toda la cara excepto los ojos. El ordenador doméstico de Darren McCarthy no le pudo saludar porque no le identificaba, pero sí le indicó a Yuri que no había nadie en casa. Era un contratiempo, pero aún podía hacer provechosa su visita.

“Quiero que seas muy educado” recordó en su cabeza las palabras de Georgios. De su bolsillo trasero sacó una navaja. Se sentó en el sofá que presidía el salón y con el filo de su arma empezó a rallar el cristal de la mesita que tenía enfrente. Se recreó en su trabajo, trazando letras grandes y en mayúscula. Cuando hubo terminado sopló sobre la superficie para barrer los restos del cristal. Se podía leer de forma clara el nombre de Rica tallado en la mesa.

Yuri Kozlov no se fue inmediatamente, sino que se paseó por toda la casa. Registró los cajones y los armarios. No sabía qué buscaba y tampoco era su intención apropiarse de nada de la vivienda, pero le sorprendió que estuviera tan vacía. Apenas había ropa de ninguna clase, ni tampoco posesiones. Era mucho más que una persona austera, Darren McCarthy era alguien que no tenía nada.

Cerraba el último cajón de la mesita junto a la cama cuando

pensó que allí no podía vivir nadie. Al regresar al salón se quedó mirando su obra tallada en el cristal. Yuri no podía saberlo pero en todo el tiempo que estuvo en la casa, las cámaras de vigilancia le habían estado grabando. Estaban escondidas en las desnudas paredes y junto a las luces en el techo. Muy lejos de allí, en las profundidades inferiores del Sector 7, unos ojos curiosos seguían los movimientos de Yuri a través de esas cámaras. El señor Ceniza se acercó a la imagen proyectada en el aire hasta que su nariz se introdujo en la luz. Muy cerca y distorsionada veía la figura de quien había osado invadir uno de sus territorios.

Cuando Yuri se marchó, Ceniza apagó sus pantallas holográficas. Salió de la pequeña y oscura sala donde tenía su equipo de vídeo y se introdujo por un pasillo. Llegó hasta una encrucijada de caminos, todo un laberinto oscuro y silencioso, pero Ceniza sabía moverse en él. Lo conocía de memoria. Tomó el camino de la derecha que desembocó en una sala más amplia y bien iluminada. Allí estaba la cama y atada sobre ella estaba el cuerpo desnudo y sin vida de Elba Matheson. Nada más entrar le llegó el penetrante olor metálico de la sangre. Se había formado un charco debajo de la cama y justo en la zona donde le había cercenado una pierna a la joven. El macabro trofeo permanecía en un rincón en el suelo. Se acercó para recogerlo y cuando pasó junto a Elba, se la quedó mirando. Ella aún tenía la boca y los ojos entornados en una expresión agónica. Ceniza le abrió los ojos y con sus dedos hizo que la cara de Elba esbozara una forzada sonrisa.

—Sonríe, florecilla —dijo y esta vez su voz sonó natural porque no llevaba la máscara—. Es una suerte que no te buscaran antes. Así has podido dar tu ofrenda y el altar ya casi está completo.

Empezó a silbar una tonadilla alegre al tiempo que recogía la pierna del suelo. Se fue de la sala con su trofeo y dejando a Elba Matheson con una horrible sonrisa en el rostro.

14

Los zapatos le hacían daño mientras caminaba por la solitaria calle. Phobos despuntaba por encima de uno de los edificios que delimitaban el cielo nocturno. Nicklas odiaba llevar ropa incómoda, sobre todo los zapatos, pero lo soportaba de manera estoica, buscando distraer la mente en el paisaje. Que fuera de noche y estuviera muy oscuro no era problema para él, que lo veía todo claro a través de su ojo derecho.

Se detuvo frente a un escaparate vacío. Se había sorprendido al descubrir su rostro reflejado, que no era el suyo, sino el de su amigo Frank Pauli. Delante de él gesticuló alguna mueca para ver cómo reaccionaba la máscara. En su reflejo se reprodujeron todos sus movimientos. Y gracias a otro pequeño módulo colocado a la altura de la garganta, justo debajo del nudo de la corbata, su voz sonaba igual que la de su amigo Frank.

—¿Quieres dejar de hacer el tonto?

Por el transmisor de la oreja le llegó la voz de María Roseau. Nicklas volvió la vista hacia el fondo de la calle. Allí, a mucha distancia, estaba apostado el coche desde el cual Sergio Guirao y María Roseau le estaban vigilando. Ella llevaba unos prismáticos con visión nocturna.

—Estoy probando el disfraz —contestó, aunque era consciente de que ya lo habían hecho en su casa.

Retomó el camino calle abajo. Pronto llegó hasta el callejón a su derecha donde debía esperarle un taxi. En efecto, allí estaba el vehículo alumbrado por la intermitente luz de una farola estropeada. Lo examinó con su ojo, pero era un taxi normal, como cualquier otro. Sin embargo, nada más sentarse y cerrar la puerta, el vehículo se puso en marcha. Nicklas no tuvo tiempo de darle ninguna orden, ésta ya estaba programada en la memoria del ordenador y no podía cambiarla.

—Me he puesto en marcha —susurró Nicklas—. Está callejeando. Sigue un rumbo programado. Trato de ver hacia dónde.

Se calló porque en ese momento los cristales del taxi se tiñeron de negro. El primer instinto de Nicklas fue el de abrir la puerta pero el seguro estaba echado.

—¿Qué ocurre, Nick? —dijo Roseau desde la radio.

—Han tapado los cristales y no sé por dónde vamos.

—No importa —dijo esta vez Sergio—. Tu rastreador todavía funciona y vamos detrás de ti.

—Vale, pero no te acerques demasiado —contestó—. Alguien puede estar vigilando el vehículo desde fuera. Y utiliza calles paralelas hasta donde puedas.

Aprovechó para asomarse al cuadro de mandos pero enseguida vio que estaban inutilizados. Aunque hubiera querido desconectar el taxi tampoco hubiera sido posible. Resignado a dejarse llevar, Nicklas se acomodó en el asiento. A fin de cuentas, su objetivo era llegar a la fiesta y mientras Sergio y María pudieran seguirle, la cosa estaba controlada.

Veinte minutos después el taxi se detuvo y Nicklas consultó el elegante reloj de pulsera que le había prestado Frank. Pasaban de la 1:00 de la madrugada. La puerta se había desbloqueado invitando a Nicklas a salir. Cuando lo hizo descubrió que estaba justo delante de una gran puerta abierta de un edificio sin ventanas. Miró a ambos lados de la calle pero no veía a sus compañeros. Antes de que pudiera hablarles por la radio, Roseau se comunicó con él.

—Estamos en una calle paralela —dijo.— Te vemos a través de un callejón detrás de ti

—Ok. Voy a entrar.

En cuanto Nicklas atravesó el umbral de la puerta las luces de dentro se encendieron. Estaba en un gran almacén abandonado, un espacio diáfano con altas columnas de metal que llegaban al techo. Detrás de una de ellas surgió un pequeño drone volador. Todavía estaba lejos pero Nicklas ya había visto que tenía una pequeña nota de papel pegada en el morro del aparato. “Sígueme” decía el papel. El inspector esperó a que el drone llegara hasta él para, acto seguido, seguirle dentro del almacén. Llegaron hasta el fondo del mismo donde sólo había una pared de hormigón. Se sorprendió cuando el drone no detuvo su marcha y se fue directo contra aquella pared. Pero en vez de estrellarse la atravesó desapareciendo tras ella.

—Un holograma tapa la entrada —dijo como si pensara en voz alta cuando en realidad estaba pasando esa información a sus subordinados.

Alargó el brazo para tentar el camino y, en efecto, éste también traspasó la ilusión sin notar nada detrás de la pared. Al atravesarla salió a un pequeño pasillo y unas escaleras que bajaban a un piso inferior. El pequeño drone le esperaba flotando en el aire y cuando le vio se encaminó primero bajando las escaleras. Era un camino largo. Tras las escaleras habían accedido a un sistema de túneles con muchas ramificaciones. Decidió probar otra vez la radio susurrando algo, pero no recibió respuesta de sus compañeros. Como esperaba habían inhibido las comunicaciones.

El pequeño drone se detuvo en una habitación cuadrada en la que sólo había una mesa en el centro y una puerta cerrada detrás de ella.

El drone se quedó en una esquina. Nicklas se acercó a la mesa y descubrió sobre ella una túnica de color gris. Junto a ella había una máscara blanca como el papel que le cubría la cara entera excepto los ojos y la boca. Tenía dibujadas las cejas de un vivo color azul y simulaba unas facciones afiladas pintadas con delgadas líneas del mismo color. Al levantar la máscara descubrió otra nota de papel con unas instrucciones. Le exhortaban a desnudarse por completo, incluso la ropa interior, para ataviarse con la túnica y la máscara.

Nicklas echó un vistazo al drone. Parecía que se había colocado en una posición desde la que controlaba todo lo que Nicklas hacía y eso era malo. Significaba que cuando se desvistiera dejaría al descubierto el proyector de la máscara y el modulador de la voz. Se acercó al pequeño aparato.

—No me gusta que me graben —dijo con la voz de Frank Pauli.

Nadie respondió y el drone permaneció en lo alto de la esquina sin moverse. Podía haber sido programado con el único fin de llevarle hasta allí, o estar siendo controlado por alguien que viera con sus cámaras. Por si acaso, se colocó la máscara antes de desnudarse. Con el rostro tapado podía quitarse la gargantilla que proyectaba el rostro de Frank, pero decidió conservar el modulador de voz. Lo necesitaría en cuanto tuviera que abrir la boca allí dentro. Ataviado con la túnica, capucha incluida, sólo se le veía la máscara, las manos y los pies, que estaban desnudos.

“Al menos no tengo que seguir llevando esa mierda de zapatos”.

Equipado con las ropas y la máscara Nicklas se acercó hasta la puerta del fondo. Nada más estar delante de ella un haz verde se proyectó de la pared y escaneó la máscara. Acto seguido, la puerta se abrió dejando ver otro largo y bien iluminado pasillo. Se sorprendió al descubrir que el suelo tenía una moqueta roja. Quedaba claro que a partir de ahora iría descalzo.

El drone ya no le guiaba, pero no había otro sitio al que Nicklas pudiera ir. Atravesó el pasillo hasta llegar a una nueva puerta. Ésta vez se abrió sin más y tras ella había dos personas ataviadas de igual manera que Nicklas, pero con máscaras diferentes. Se le quedaron mirando en silencio. Nicklas les saludó al tiempo que pasaba dentro.

Había accedido a un paisaje completamente diferente. Ante él se extendía un largo pasillo con varias estancias iluminadas de diferentes colores a ambos lados. No había puertas por lo que podía ver lo que pasaba dentro. Hombres y mujeres desnudos, juguetes sexuales, gritos, risas y gemidos. Nicklas se quedó un momento paralizado. De pronto estaba inmerso en una orgía y el olor a sudor y esencias, sumado a todo ese ambiente, le habían golpeado como una bofetada. Caminó despacio por el pasillo mirando a un lado y otro de las habitaciones. En una a su izquierda las túnicas se amontonaban en

un rincón y en el centro de una cama redonda había siete personas teniendo sexo, confundiendo sus cuerpos en un espectáculo no apto para todos los gustos. A su derecha un hombre muy gordo yacía tumbado en el suelo panza arriba. Sobre él dos mujeres mucho más jóvenes se movían contoneando sus delicados cuerpos. Escenas similares se repetían a un lado y a otro. Llegando al final del pasillo le llamó la atención una cámara de tortura, como la que habían encontrado en la tienda de Lina Takada. En ese momento sintió una punzada de dolor en su ojo derecho. Nunca había experimentado un dolor igual en su implante. Al quejarse oyó que su voz había vuelto a ser la de siempre. El modulador había fallado. Alzó la vista para descubrir que estaba justo debajo de un arco electromagnético, pensado para eliminar cualquier dispositivo electrónico. Por eso le dolía tanto el ojo, dentro del mismo y en su cráneo, existían componentes biomecánicos sensibles a esa clase de inhibidores.

Un hombre con la túnica puesta y una máscara de color dorado se le acercó.

—Si tienes algún órgano electrónico no puedes seguir adelante —le advirtió.

Le veía difuminado, como si no pudiera enfocar bien con la vista, y tuvo que reprimirse ante una nueva punzada de dolor. Se encontraba muy mal, pero Nicklas no había llegado tan lejos para quedarse en la entrada de esa fiesta. Se recompuso de inmediato del dolor que sentía en la cuenca del ojo.

—Es un mareo —dijo con voz ronca.

Se zafó del hombre y avanzó hasta el final del pasillo, donde nacía una amplia sala. El lugar era mucho más grande de lo que imaginaba. Tenía dos plantas, a las que se accedía por medio de unas escaleras. Aunque le costaba ver, identificó a una veintena de hombres y al menos a treinta mujeres, sólo unas pocas de ellas llevaban máscaras. Fue hasta las escaleras donde se apoyó sobre la barandilla. El dolor de su ojo iba en aumento y la vista seguía fallando. Se quedó un rato allí, intentando que se le pasara. En ese momento un hombre gordo, a quien se le deformaba la túnica debido a su prominente barriga, le pareció extraña su actitud. Se le quedó mirando detrás de un antifaz blanco con líneas verdes marcando las facciones de la cara.

—¿Se encuentra bien?

Nicklas sentía una punzada de dolor.

—¡Que sí, joder!

Hizo un aspaviento con la mano y el hombre se alejó escaleras arriba sin dejar de mirarle porque había descubierto algo extraño en él, aunque no sabía qué era.

Nicklas sintió un momento de alivio. Se incorporó y volvió a examinar la sala. Su ojo le permitía ver con la agudeza acostumbrada

y no tardó en descubrir a Sara Bell, con su brillante peluca rosa y sin apenas ropa, al otro lado de la amplia sala. Un enmascarado la cortejaba, pero ella se hacía la difícil, o al menos eso creía él. Sintió que no podía dejarla más tiempo a merced de aquella gente y se puso en marcha, paso vacilante, hacia donde estaba. Cuando llegó, el hombre enmascarado le estaba sobando un pecho con la mano mientras le decía obscenidades. Nicklas le puso la mano en el brazo y le hizo a un lado de forma brusca.

—¡Búscate a otra!

Sara se sorprendió al escuchar la voz de Nicklas. Eso no estaba en el plan y temiendo que le descubrieran se abalanzó sobre él.

—Tu voz —le susurró—. No digas nada o alguien te descubrirá.

—¿Qué pasa aquí? —se quejó el otro hombre—. ¡Yo la vi primero!

Sara Bell se volvió hacia él sin soltar a Nicklas.

—Lo siento, cariño, mi amigo tiene preferencia —sin que Nicklas lo esperara, ni pudiera evitarlo, Sara le puso la mano sobre sus genitales por encima de la túnica—. El pobre la tiene pequeña y sólo me busca a mí porque sabe que no me importa.

El otro tipo empezó a reírse a carcajadas detrás de su máscara.

—Pues toda tuya, polla enana.

Y se marchó riendo y con la hombría por todo lo alto.

—¿Qué mierda estás diciendo? —susurró Nicklas al tiempo que le quitaba la mano de sus partes íntimas.

—¡Qué susceptible eres! De todas formas nadie sabe tu identidad y ¿qué más te da si no vas a volver aquí? —respondió ella—. Tenía que librarme de él sin que el cliente se molestara y se me ocurrió hacerlo así. Ahora sígueme el juego o empezarán a sospechar. Si es que no lo hacen ya con esas formas que tienes.

Nicklas rodeó a Sara por la cintura y ella pegó su cuerpo contra el de él. Pero en cuanto empezaron a andar, ella vio que a Nicklas le pasaba algo, no caminaba de forma estable y de cuando en cuando se quejaba.

—Es mi ojo —se adelantó a la pregunta de ella—. La seguridad de este sitio le está afectando, es la primera vez que me pasa.

—Pues menudo momento —contestó—. Esperaba que tú me ayudaras a encontrarlo con esa vista de la que todos hablaban. En la reunión de tu casa parecía que eras una especie de superhéroe.

Nicklas no pudo reprimir otro quejido cuando sintió el dolor de su ojo. Volvía a ver turbio.

—Héroe... y una mierda.

—¡Ahora no me vengas con eso! ¡Céntrate!

El mejor sitio para poder controlar a todos los asistentes era desde la planta superior. Les costó un poco porque caminaban despacio pero llegaron hasta lo alto y se quedaron apoyados contra la barandilla.

Nicklas volvía a sentirse mejor, aunque sospechaba que el dolor iba y venía. Durante esa mejoría volvió a exprimir su ojo biónico en busca de la máscara que Sara le había descrito. No era fácil, las máscaras se parecían y su vista fallaba. Estaba concentrado en su misión y no se dio cuenta cuando un hombre con la máscara de color beige se le acercó por detrás. Sara sabía que era uno de los organizadores, miembros del Juego de Máscaras que velaban para que todo transcurriera bien. A ojos de aquel tipo, ver que alguien estuviera parado mirando al infinito, no era buena señal.

—¿No encuentra lo que busca? —dijo el hombre tras la máscara y paseó su mirada hacia Sara Bell—. A lo mejor esta señorita no está haciendo bien su trabajo.

"Problemas" pensó rápido Nicklas. "Soy el único que no está haciendo lo que se suponía he venido a hacer".

Sara hizo su jugada antes de que Nicklas reaccionara. Volvió a meterle mano al inspector, esta vez debajo de la túnica, hasta alcanzar su objetivo. Al tiempo que lo hacía, se las apañó para introducir su boca dentro de la apertura de la máscara de él. Fue un beso extraño, uno que Nicklas no deseaba, pero con la mano en sus genitales y la lengua contra la suya, no le fue difícil dejarse llevar. Sin darse cuenta había llevado sus manos de manera inconsciente contra las nalgas de ella.

El de la máscara beige miró para otro lado y se marchó bajando las escaleras. Cuando Sara se separó de Nicklas, él sentía que deseaba seguir con aquella farsa. Sólo que ya no era una farsa, él estaba muy excitado, tanto que hasta había olvidado el dolor de su ojo.

Recuperó la compostura y se colocó bien la túnica.

—Lo siento —dijo de manera torpe—. Pero me he dejado llevar... Joder, no sé ni para qué me disculpo, tú estás acostumbrada a toda esta... mierda.

Se dio cuenta de que estaba hablando solo. Sara se había separado un metro de él mientras seguía con la mirada a alguien que también bajaba las escaleras.

—¡Es él! —se volvió hacia Nicklas con urgencia y señaló con el dedo.

Siguiendo la dirección que le señalaba, Nicklas descubrió a un tipo alto y delgado, con el pelo claro y una máscara blanca como el papel, sin facciones dibujadas y sin boca. Parecía un fantasma envuelto en una túnica gris. Se llevaba del brazo a una muchacha de pelo rubio, otra peluca como la de Sara.

—Bien, tú quédate aquí mientras yo bajo.

—¿Nicklas?

Quién le llamó estaba a su espalda y el gran error de Nicklas fue el de darse la vuelta para quedarse mirándolo directamente a los ojos.

Sin pretenderlo se había terminado de descubrir y al tiempo también había descubierto al otro. Su tripa sobresaliendo de la túnica, la papada sudorosa, el color de piel... no le costó reconocer a Mortimer Hutch.

—Sabía que te conocía —se rió como un cerdo—. ¿Así que a esto te dedicas en vez de a los casos pequeños? Mira que verte aquí y tan bien acompañado.

Nicklas se sintió descubierto y justo cuando sufría un nuevo dolor en el ojo, lo que le hizo desestabilizarse. El orondo director de Terraformación le sujetó de la túnica con tan mala suerte que a Nicklas se le cayó al suelo el modulador de la voz. La pequeña pieza de metal rodó por el suelo hasta los pies desnudos de Mortimer.

—¡Lleva un transmisor! —gritó de repente, aunque no sabía lo que era en realidad—. ¡Es un poli y lleva un transmisor!

Ante aquella inesperada voz de alarma, la gente que estaba en la parte superior de la sala empezó a correr de un lado para otro. Incluido Mortimer Hutch, quien se tropezó con su propia túnica arrollando a una mujer. Los dos se fueron al suelo formando un obstáculo en el que otros invitados iban chocando en su huida Nicklas había cogido a Sara del brazo y corrían escaleras abajo. Los de las máscaras de colores habían localizado a Nicklas y trataban de alcanzarlo, mientras él y Sara iban a su vez detrás del sospechoso.

Hacia el final de las escaleras un hombre se había tropezado y para sortearlo Nicklas dio un salto por encima de él. Sara se soltó y prefirió rodearlo, continuando la carrera por su cuenta. Le pequeña gravedad marciana hizo que Nicklas pasara por encima de la otra persona con facilidad y cayó en el suelo sin perder el equilibrio. El ojo fallaba, pero le había vuelto a dar un respiro justo cuando más lo necesitaba.

Se giró para ver que Sara estaba bien y volvió a la persecución. Un hombre con la máscara dorada le salió al paso, pero con su vista recuperada, Nicklas pudo zafarse de él. Dos hombres más corrían ahora a su lado para darle caza. Eran más rápidos que él, por lo que tuvo que detenerse y enfrentarlos. El primero le lanzó un puñetazo, pero ante la vista de Nicklas era un golpe predecible. No sólo lo esquivó, sino que atinó a darle él un puñetazo que le partió la máscara. El segundo se había abalanzado para placar al inspector, pero éste se apartó con un movimiento rápido haciendo que se precipitara contra el suelo.

Libre de perseguidores Nicklas forzó una vez más su visión para descubrir a su sospechoso escabullirse por una pequeña puerta de mantenimiento en un pasillo oscuro. La cerró tan deprisa que se pilló la parte baja de la túnica con ella y se rasgó.

—Eres mío, hijo de pu...

Se llevó la mano contra su ojo, incluso se quitó la máscara para

alcanzar a tocarlo. Era una punzada de dolor imposible de reprimir, que le descubrió a sí mismo gritando. Se proyectaba desde la cuenca de su ojo hacia dentro de su cabeza, como un punzón ardiente clavado hasta el fondo de su cráneo. Sara Bell le alcanzó en el momento en el que Nicklas se caía de espaldas. Le gritó algo con urgencia, pero él no podía oírlo. El dolor le había bloqueado.

Sara vio que sus perseguidores estaban aún aturdidos y decidió que era el momento de escapar. Recogió a Nicklas del suelo, quien apenas se podía sostener solo, y le ayudó a moverse por la amplia sala.

Se unió a un grupo de enmascarados que habían elegido la salida más concurrida. Tuvo suerte de poder camuflarse entre el caos formado y que los organizadores estuvieran demasiado ocupados evacuando a los demás. Cuando uno de ellos se le acercó, pensó que todo estaba perdido, pero ocurrió que les ofreció su ayuda. Haciéndose la inocente lo aceptó y juntos cargaron con Nicklas hasta uno de los túneles de salida. Allí volvieron a quedarse solos, porque de haber seguido a la corriente de gente, habrían terminado en algún sitio controlado por los del Juego de Máscaras. Tomaron un camino diferente hasta desembocar en la calle. Sara Bell cargaba ahora con el peso muerto de Nicklas, quien había caído inconsciente. Por suerte el inspector, pesaba sólo un treinta por ciento en la gravedad marciana y Sara podía arrastrarlo. Pero ella no sabía dónde estaban. Asustada y cansada por el esfuerzo su único consuelo era ver que nadie les seguía. Se agarró al brazo de Nicklas y suplicó en silencio porque alguien de su equipo les encontrara.

****

Ignorante de que el tumulto formado en la parte superior tenía que ver con su persona, el señor Ceniza andaba despacio, siempre atento a su joven acompañante. Por un lado le dedicaba caricias en su suave piel y palabras ardientes, mientras en su mente se la imaginaba bajo el filo de su cuchillo. Sabía de antemano qué parte de su delgado cuerpo sería la siguiente ofrenda, una de las más importantes. Debajo de su máscara de papel, Ceniza se relamía pensando en que su obra cada vez estaba más cerca de terminarse. Pero su joven acompañante se había asustado. El griterío venía de las escaleras y un grupo de personas bajaba por ellas a la carrera. Se soltó de su brazo, pero él la agarró con fuerza. No iba a escaparse ahora. Sin embargo, él también notó que estaba en peligro. Un hombre había saltado desde los últimos escalones y, ayudado por la baja gravedad de Marte, había pasado por encima de otros enmascarados en el suelo. Durante ese salto había visto de forma clara que iba corriendo en su dirección, con la mirada detrás de la máscara clavada en él. Lleno de rabia e impotencia soltó a la joven. Ésta se había asustado y corrió hacia un grupo de gente que

se disponía a salir por uno de los escondrijos preparados a tal efecto. Ceniza los conocía muy bien todos, pero no podía utilizar cualquiera. Se acordó de que alguien había estado en la casa, seguramente de la mafia, luego no era descabellado que le hubieran identificado. Necesitaba escapar y tomó el camino que llevaba a una sección oscura. Allí había una puerta de mantenimiento que debía estar cerrada, pero él sabía que no era así. Se introdujo rápido por ella y notó que se le había enganchado la túnica. No tenía tiempo que perder así que dio un fuerte tirón que rasgó la tela de la misma.

Había dado a un pasadizo completamente oscuro, sin ninguna luz. Sin embargo, él conocía de memoria todos esos túneles y pudo llegar rápido hasta el que le sacaría de nuevo a la calle. Sabía que nadie le había seguido, no podía oír ningún paso a su espalda. Pero no se detuvo a comprobarlo y continuó por el oscuro pasillo. Después de salir a la calle por una portezuela de mantenimiento, se perdió en las abandonadas calles del Sector 7.

15

Aspiró de forma profunda. El aire impregnado del aroma a tierra mojada era embriagador y tenía la propiedad de templar los nervios de Nicklas Magnussen. El Sol de primavera brillaba con fuerza en el cielo que se había despejado de nubes. La tormenta se había ido de forma repentina, igual que llegó, y el inspector de la policía de Copenhague, el Perro de Norrebro, estaba preparado para entrar. Eriksen, su segundo oficial, le miró de forma interrogativa. Cuando Nicklas asintió con la cabeza, todo el equipo de asalto de la primera división danesa hizo su entrada en el edificio. El robot ariete destrozó la puerta y sirvió de escudo en la entrada principal, mientras que el equipo apostado en los flancos lanzaba botes de humo por las ventanas. La tormenta había regresado, llena de luces, humo y los destellos y estruendos de las armas automáticas en acción. Pero esta vez se desarrollaba dentro del edificio. Allí los sorprendidos miembros de la secta corrían presa del pánico, mientras que los que tenían algún cargo respondían al fuego y preparaban barricadas.

Nicklas delegó en Eriksen para que continuara el asalto. Él, acompañado de un reducido grupo, tenía otra misión si cabe más importante. Rescatar a los niños que la secta había secuestrado y que habían estado utilizando como armas en sus ataques.

Llegaron al nivel inferior, más oscuro y de estrechos pasadizos. Encontraban oposición en cada esquina, pero Nicklas y su equipo no se detenían. Algún hombre cayó a su espalda y el grupo se fragmentaba, pero Nicklas seguía al frente. Con sólo cinco miembros, aparte de él, llegó hasta la sala de condicionamiento mental. Allí había varias sillas con correas, pantallas e instrumental quirúrgico. Alguien de su equipo vomitó a un lado de la sala. Pensar en lo que habían sufrido aquellos niños podía arruinar cualquier espíritu. Pero no tenían tiempo de detenerse. Debían avanzar por la maraña de pasillos, ahora completamente oscuros. Sus linternas alumbraban las paredes de los pasadizos a cada paso. Entonces oyeron los gritos, eran voces infantiles que venían de puntos diferentes. El grupo volvió a dividirse y Nicklas decidió quedarse solo. Cargó su arma, un fusil de partículas, y entró en una estancia tirando la puerta de una patada. Dos hombres armados estaban apostados en el suelo, cubriéndose de manera cobarde detrás de los cuerpos de niños de diez años. Ellos estaban atados, no podían huir aún cuando Nicklas les gritaba para que se hicieran a un lado. Tuvo que asomarse al vano de la puerta y apuntar. Nicklas vio con horror como aquellos miembros de la secta

abrían fuego entre los niños y los haces de energía atravesaban a uno de ellos de parte a parte para poder alcanzar al policía. Llevado por el horror y la rabia, Nicklas saltó desde su posición hasta el centro de la habitación. Disparó dando de lleno contra la cabeza de uno de los hombres. Sus sesos salpicaron al compañero que tenía al lado. Aprovechó justo cuando éste se movía para ver el cráneo abierto de su amigo, para abalanzarse sobre él. Forcejearon, las armas de ambos se dispararon sin control. Nicklas notaba el ardiente dolor del haz atravesando su muslo, pero había dominado al otro hombre. Hundió la culata de su fusil contra la cara de aquel tipo con un fuerte golpe que lo dejó sin sentido.

Tras la conmoción inicial Nicklas recuperó el aliento y la compostura. Le dolía la pierna pero aquel disparo sólo le había rozado, no una herida seria. Una pequeña mano, la de una niña que tenía a su lado, le agarró de la correa del chaleco. Desde el suelo, el inspector se encontró el rostro ensangrentado de la pequeña. Era rubia, de profundos ojos azules. A su lado había más niños, la mayoría muertos de miedo, tiritando en el suelo, todo lo lejos que podían apartarse del fuego de las armas atados como estaban. La niña era la única que permanecía de pie y debía ser de las más pequeñas del grupo.

—Todo está bien —dijo él—. Ahora estás a salvo.

La niña sonrió y Nicklas Magnussen dejó el arma en el suelo. Ese fue el momento, cuando bajó la guardia, para que el condicionamiento mental hiciera efecto. La pequeña sacó el destornillador que tenía oculto en la espalda. Se apoyó con la mano que tenía aferrada a la correa del chaleco, para con la otra asestar una terrible puñalada en el centro del ojo derecho de Nicklas.

En la habitación de la tercera planta del Hospital Archer del Sector 2, Nicklas profirió un alarido. Acompañó el grito con fuertes convulsiones. María Roseau tuvo que correr hacia él desde el sillón para que no se cayera de la camilla. Nicklas gritaba, pero seguía durmiendo en un sueño inducido por los fármacos que le habían dado. Unos segundos después se tranquilizó. Justo en ese momento Sergio Guirao regresaba a la habitación con dos botellas de agua.

—¿Se ha despertado? —preguntó—. Le he oído desde el pasillo.

—Parece que ha tenido una pesadilla —contestó ella mientras volvía a taparle con la sábana—. Voy a decirle a la estúpida de la enfermera que ese tranquilizante no le hace una mierda. ¿Has avisado a Tobi como te dije?

Sergio lanzo la botella de plástico y Roseau la cogió al vuelo.

—Tardará unos minutos. Me dijo que estaba preparando el material. ¿Estás segura de que él podrá ayudar a Nicklas? Tal vez sea

un estupendo forense, pero por lo demás parece un científico loco.

María Roseau miró a Nicklas y pasó sus dedos por la frente de éste, justo encima de su ojo derecho. Se había acordado de que Nicklas nunca le contó cómo había perdido ese ojo y que la única persona en Marte que lo sabía era Tobías Howedes.

—Él es el único especialista en estas cosas que tenemos en la colonia —respondió.

No era lo que esperaba oír, pero Sergio veía a Roseau muy afectada por lo que estaba pasando su inspector, así que dejó el tema. Además, tenía cosas más importantes que tratar con ella. En sus propias palabras eran noticias frescas del laboratorio de criminalística.

—¿Te acuerdas de que Nicklas balbuceaba algo sobre un trozo de tela antes de perder la consciencia? Pues lo han encontrado y me acaba de llegar el informe. Era demasiado pequeño como para contener el ADN de quien lo llevaba, pero han aparecido unas fibras de origen animal. Seguramente arrastradas del suelo porque la tela pertenece a los bajos de una túnica. En concreto de cabra y de pollo de corral. ¿No te parece extraño?

—Me parece más extraño que no hayamos podido encontrar a la puta.

Sergio sabía que se refería a Sara Bell.

—Al menos dio aviso a la policía para que encontrásemos a Nicklas. Debe estar escondida de la mafia, aunque ya sabes lo que pienso. Estaría más segura con nosotros.

—Habla por ti —respondió de forma dura—. Dejó tirado a Nicklas y podría haber muerto si no llegamos a tiempo. Él se metió en la boca del lobo para ayudarla, para encontrar a un asesino de putas.

—Puede que matara también a Andreas Koller.

—Pues entonces mata a putas y a los maridos infieles que se acuestan con ellas.

Roseau se dio cuenta de que estaba muy enfadada, pero no entendía el motivo. Respiró profundo para serenarse y se volvió a sentar en el sofá. Dedicó unos segundos a reflexionar sobre lo que tenían hasta ahora. Mucha sangre, desapariciones y un tipo de la alta sociedad que se aprovechaba del negocio de la prostitución para atrapar mujeres. O al menos, las pocas evidencias que tenían iban en esa dirección. Pero ese hombre debía tener un motivo y tampoco sabían si había sido un hombre sólo. Suponiendo que todas las desapariciones estuvieran relacionadas con su persona, resultaban demasiados crímenes para un solo individuo.

Sergio intuía todos los pensamientos que a María le pasaban por la cabeza e intervino.

—Animales —dijo.

Roseau le miró sin entender.

—Somos como animales.

—No, bueno, sí que somos como animales, pero me refiero a que ya hay dos evidencias que relacionan a animales con los desaparecidos. Primero en la incineradora, donde había sangre de diferentes animales. Y ahora las fibras en el trozo de túnica del sospechoso.

—Reconozco que es raro lo de la túnica, pero olvidas que a las incineradoras van a parar muchos animales muertos.

—Lo he investigado —respondió— y no son muchos. Terraformación tiene registros de todos los animales en sus granjas, también de los silvestres que tienen en los campos. El inventario es muy completo e incluye lo que hacen una vez que muere cada animal. Algunos son para consumo, otros sirven de abono, y sólo los enfermos van a la incineradora. ¿Y sabes cuántos animales enfermos ha habido en los últimos meses? —pero no esperó respuesta—. Sólo cuatro conejos. ¡Cuatro! Sin embargo, había sangre y restos de pollos y de cabra, además de los conejos.

—Vaya —dijo ella sorprendida—. Sí que le has dado vueltas a esto, Novatov. ¿Entonces cómo supones que llegaron los restos a la incineradora?

—Un ladrón de gallinas

María Roseau se rió con ganas.

—Espera, ¿lo dices en serio?

Sergio miró hacia donde estaba tumbado Nicklas.

—Él me invitó a una partida de póquer con Mortimer Hutch, el director de Terraformación. Durante la cena se quejó de manera amarga de que le habían robado varias gallinas y pollos. Lo que no entiendo es por qué no denunciaría la desaparición de una cabra. Es una animal mucho más grande, menos numeroso y, sobre todo, más caro.

La puerta de la habitación se abrió y Frank Pauli asomó su repeinada cabeza por ella. Con educación y en voz baja preguntó si podía entrar.

—¡Frank, pasa! —dijo Roseau quien no se preocupó por dar voces —. No te preocupes por Nick, duerme como un maldito lirón.

Entró en la habitación, pero no venía solo. Detrás de él estaba Tobías Howedes, ataviado con su bata blanca y tirando de un carrito metálico lleno de instrumentos electrónicos.

—Muy buenos días oficiales —saludó como siempre hacía—. Hace una mañana estupenda. Y extendería mi saludo al inspector, pero veo que no me escucha.

Dejó el carrito junto a la camilla y desplegó los cables por encima del cuerpo tendido de Nicklas.

—Me lo he encontrado según subía por el ascensor —dijo Frank

después de estrecharle la mano a los policías—. Siento que en parte es culpa mía que Nicklas esté ahora en esa camilla. Al menos Howedes dice que él puede ayudar.

El interpelado se volvió a oír su nombre.

—Claro que puedo.

Le colocó una diadema llena de cables en la cabeza y los fue enchufando uno a uno a una máquina que había traído. Cuando hubo terminado retiró los cables que monitorizaban a Nicklas haciendo saltar las alarmas en el instrumental del hospital.

Una enfermera entró y se encontró con su paciente, Nicklas, lleno de cables y con Tobías Howedes hurgando en el instrumental médico. Se marchó alarmada y unos segundos después el doctor Eban Harush entró en la habitación.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué le está usted haciendo a mi paciente?

—Tranquilo, doctor —saltó Roseau en defensa del forense—. Es el médico personal de Nick... o algo así. El caso es que sabe lo que hace.

—En realidad esto es un experimento —contestó Howedes con sinceridad en el peor momento.

Sobre los instrumentos de Tobías Howedes se iluminaron una serie de pantallas holográficas en el aire. Una de ellas mostraba el cerebro de Nicklas en tres dimensiones.

—No en mi hospital —bramó Harush—. Voy a detener este absurdo ahora mismo.

Frank Pauli le salió al paso al doctor Harush.

—Es muy pretencioso decir que todo este hospital es suyo, doctor. Sería como afirmar que este planeta es de usted sólo por el hecho de que habita y trabaja en él. Pero lo cierto es que el Hospital Archer le pertenece al conglomerado de empresas médicas Folic Enterprises y en concreto a su representante en Marte, la señora Vanessa Humm. Pasado mañana, sin ir más lejos, ceno con ella en mi casa. Y tal vez se disguste mucho cuando le cuente que no permitió a un buen amigo mío ser atendido por su médico en su hospital —y remarcó las últimas palabras dejando ver a quién pertenecía de verdad el hospital.

Eban Harush tragó saliva. Se recompuso el nudo de la corbata y así dejó de quejarse.

—Bueno... —buscaba las palabras—. Para todo hay excepciones, pero habrá algo en lo que un neurólogo experto pueda ayudar.

De nuevo Howedes se volvió hacia él.

—Sí. Voy a necesitar un café —contestó—. Aún no he desayunado.

El proceso al que Howedes había bautizado como “purga improvisada” duró mucho más que las purgas normales que había practicado en su laboratorio. Eso fue angustioso para todos, que lo

sufrieron en silencio, excepto María Roseau quien a cada minuto que pasaba le gritaba un exabrupto a Howedes. Y cuando hubo terminado Nicklas continuó en la cama, inconsciente como había estado desde que llegó al hospital. Frank Pauli fue el primero en interesarse por lo que había ocurrido y Howedes le contó todo, lo que se traducía en un montón de tecnicismos que nadie entendía. Incluso a Eban Harush le costaba. A Frank sólo le quedó claro que todas las imágenes que había captado el ojo de Nicklas se almacenaban en una memoria electrónica, la cual se había estropeado por algún motivo. Para ayudar al inspector vació dicha memoria en su instrumental.

—¿Y contiene todo lo que Nicklas vio en el Juego de Máscaras? —preguntó—. Eso es algo bueno. Podríamos saber lo que descubrió allí, tal vez incluso la identidad del sospechoso.

—Imposible —respondió Howedes de forma automática—. Violaríamos la intimidad del inspector. Él dejó claro que estas copias de su vista debían ser destruidas nada más extraerse.

Pero al tiempo que hablaba, Frank ya había sacado su dispositivo de mano y de forma inalámbrica copiaba todos los datos del instrumental de Howedes. Iba a decir que ya los había copiado, también que los podría borrar, pero no lo hizo. Tenía algo muy valioso en sus manos, información. Y para alguien como Frank Pauli, cuyo poder residía en la información, no era comprensible que se perdiera. Se guardó el dispositivo de mano en el bolsillo. Nadie sospechaba qué había hecho porque todos estaban muy atentos a Nicklas.

Eban Harush había sido paciente pero con el experimento de Howedes terminado le pidió a todos que se marcharan, por la salud de Nicklas. Sergio y Roseau fueron los primeros en irse de la habitación. Tobías Howedes aún tardó un poco más en recoger su instrumental y se fue acompañado de Eban Harush. Frank pidió permiso para quedarse un poco más y atendiendo a su posición Harush tuvo que ceder. Ya a solas se acercó a la camilla de Nicklas.

—Nick, estoy seguro de que te vas a despertar, pero si no fuera así, éstas imágenes pueden resolver las desapariciones. Tal vez te enfades conmigo por esto, así que no lo sabrás. Pero si alguna vez lo descubres, verás que no las he utilizado en tu contra. En mí puedes confiar, viejo amigo —miró hacia la puerta de la habitación para asegurarse de que estaban en intimidad—. Hay gente muy poderosa en el Juego de Máscaras y a su lado yo no tengo poder. Esto es peligroso, Nick. Casi es mejor que estés inconsciente por un tiempo, mientras trato de enfriar el asunto. En cuanto me vaya de aquí voy a entrevistarme con quien dirige el juego. Está cabreado, pero a mí no puede tocarme. Te sacaré de su punto de mira. Si de verdad el que asesinó a esa gente está entre ellos, también querrán atraparlo. Toca un trabajo de diplomacia, algo a lo que tú no estás acostumbrado.

Frank Pauli dejó a Nicklas en la camilla y salió de la habitación. Aunque él no vio a nadie en el pasillo del hospital, detrás de una esquina, se escondía Alain Dalmas, quien le miró de forma disimulada mientras el ejecutivo se marchaba. Había oído su conversación desde detrás de la puerta. Hasta ese momento él no sabía en qué asuntos se había metido Nicklas y sólo estaba allí por el compromiso de visitar a un compañero herido. Pero había obtenido mucho más.

Siguió a Frank Pauli hasta que salió del hospital y después, en otro taxi, por las calles de la colonia hasta una pequeña plaza en el Sector 2. Frank se sentó en la terraza de una cafetería. Pasó una hora entera y parecía que iba a quedarse allí él solo, tomando un café, cuando alguien más apareció. Un tipo alto, de piel morena y cabello largo rizado. Alain sospechaba que ése era quien dirigía el juego, pero no qué clase de juego era. Él les acechaba desde el taxi aparcado en la acera contigua, les veía pero era imposible saber de qué hablaban. Se resignó a esperar a que terminaran.

—Así que un inspector de policía —dijo Georgios antes de llevarse la taza de café a los labios—. Ya lo sabía, uno de los miembros del juego le reconoció. Ha sido una imprudencia, señor Pauli.

—Llámeme Frank.

—De acuerdo, Frank. Supongo que entiende la situación en la que nos encontramos ahora. Los miembros de mi juego son gente muy importante, como usted y aún más. Pero no necesito recurrir a ellos para, digamos, hacerle daño. Usted tiene familia en la Tierra y se sentirían muy mal al descubrir que pertenece a nuestro vicioso y depravado juego.

—Pero yo no he participado en él.

—Sólo usted lo sabe. Pero yo tengo su firma en un contrato para unas supuestas reuniones que jamás han tenido lugar. Nuestra particular excusa o coartada, como quiera llamarla, para organizar las fiestas del Juego de Máscaras. Pero no quiero llegar a esto, quiero que seamos amigos.

Frank se ajustó el nudo de la corbata. Era un gesto que no podía reprimir, sobre todo cuando quería meterse en una situación negociadora de máxima tensión.

—Mi amigo, Nicklas Magnussen, entró en su juego para atrapar a un asesino, no para desarticular su chiringuito. Y deben permitir que continúe con ello, a menos que quieran seguir perdiendo a más mujeres. No creo que sea una buena propaganda para el negocio. Apuesto a que ya se está corriendo la voz de que algo malo sucede. Las chicas hablan entre ellas y seguro que con sus clientes. ¿Cree que seguirán asistiendo a sus locales o a sus fiestas con un asesino de

prostitutas suelto?

—Mi seguridad...

—¿De qué le sirvió anoche? —le interrumpió Frank de forma brusca, aunque sin levantar la voz—. Nicklas identificó a su sospechoso entre los asistentes e iba a detenerlo cuando sus matones se lo impidieron. Él estaba allí y se llevaba del brazo a otra mujer —encendió su dispositivo de mano y proyectó una imagen en el mismo en la que se veía a un hombre con la máscara forcejeando con una chica muy ligera de ropa.

Georgios le hizo un gesto con la mano para que Frank escondiera el dispositivo. Guardó silencio un momento antes de contestar.

—No puede tener esas imágenes —dijo en un hilo de voz—. Cualquier dispositivo electrónico tendría que haberse estropeado con los arcos.

Frank volvió a guardarlo en su bolsillo y adoptó una actitud más relajada, aunque era sólo una de sus poses a la hora de negociar.

—Eso no importa ahora —dijo—. Entienda que yo no soy su enemigo. Usted tiene mi firma en esos papeles que me pueden incriminar con el Juego de Máscaras. No quiero que eso salga a la luz y no pienso delatarlos a ninguno. Pero, por el mutuo beneficio, quiero que Nicklas pueda encontrar a su sospechoso.

—En otras palabras, quiere que le diga la identidad de quien está detrás de esa máscara.

—A mí no —contestó Frank—. Se la dirá a Nicklas directamente.

—¿Por qué?

—Digamos que estas imágenes son confidenciales también para él. No puede saber que yo le he convencido de que le diga la identidad. Debo estar al margen.

Georgios apuró la taza de café sin dejar de mirar a Frank.

—Si me da su palabra de que no irá a por mí ni a por ningún otro miembro del juego, le diré lo que quiere saber. Pero si ese sospechoso no resulta ser el asesino, su amigo habrá detenido a un valioso activo de mi negocio. En mi mundo, eso es peor que la desaparición de unas putas. De ser así no garantizo la seguridad del inspector. Puede que tampoco la suya, Frank.

Al tiempo que terminaba la frase los dos sintieron una tercera presencia que se acercaba a su mesa. Era Alain Dalmas, quien se quedó plantado entre los dos. Georgios miró a Frank con gesto interrogativo.

—Inspector Dalmas —dijo Frank con toda naturalidad—. Qué casualidad encontrarnos aquí.

—Estaba paseando —respondió él— y cuando le vi quise venir

a saludar. Espero no interrumpir una reunión de alto nivel.

—En absoluto. Estaba tomando algo con mi amigo Georgios. Es el relaciones públicas de la Corporación Grimm.

Alain se acercó para estrechar la mano de Georgios y mientras lo hacía, escondía con la otra un pequeño rastreador en el bolsillo de la chaqueta. Sabía que él era el director del juego, aunque seguía ignorando la naturaleza del mismo. Sólo que era un asunto peligroso y por eso debía seguirle.

—Es un placer, señor.

—Lo mismo digo —Georgios pagó la cuenta de los dos dejando su dedo contra la mesa—, pero me temo que tengo que irme. Un relaciones públicas siempre está de servicio. Por cierto, inspector. ¿Conoce la gama de productos que fabrica en Marte mi corporación?

—Me interesa mucho saber lo que hacen —contestó con media sonrisa.

Georgios comprendió que lo decía con sarcasmo, aunque Alain no era muy bueno usándolo. Se levantó de la mesa y se despidió de forma educada y afable. Para Alain era una actitud fría, propia de alguien habituado a la mentira. ¿Pero qué hombre de negocios no era así? Se fijó en Frank, quien se puso en pie con intención de marcharse. Sin embargo, Alain le detuvo un momento.

—¿Sabe que es delito ocultar información a un miembro de la Ley, Frank?

El interpelado le miró haciéndose el sorprendido y en parte así estaba porque no esperaba que Alain fuera a ir tras él.

—En mi trabajo manejo mucha información —respondió—, pero no creo tener nada que le concierna ahora mismo.

Alain se contuvo de revelar lo que había oído tras la puerta del hospital, era una baza que debía explotar llegado el momento oportuno y con pruebas. Frank sabía dónde había ido Nicklas la noche anterior y sabía sobre un juego con tipos peligrosos. Pero a un pez gordo como Frank Pauli no se le podía acusar sólo con su palabra y le soltó.

—Eso espero —sonó como una amenaza.

La conversación terminó y Alain Dalmas volvió a su taxi. En él sacó su dispositivo de mano con la ubicación del transmisor. Decidió seguir a Georgios y dejar a Frank por el momento. Sospechaba que le llevaría hasta algo grande. Tal vez fueran los productores de droga, quizá algo peor. Casi podía sentirlo con la punta de los dedos, pero estaba aún fuera de su alcance.

Al filo de las 12:00 de la mañana Sergio Guirao llegaba al edificio de viviendas donde vivía Elba Matheson. Por el camino había llamado a Boby, el joven que vivía en el mismo pasillo que Elba.

Había recordado que su mascota, Jack, había aparecido fuera de Terraformación. Aunque era una vaga posibilidad supuso que ese hecho podría estar relacionado con la sangre de animal aparecida en la incineradora.

Cuando llamó a la puerta el joven apareció detrás de ella con cara de sueño, el pelo negro alborotado y su mascota entre los brazos. Bostezó antes de saludar al agente.

—Perdona que te tuviera que despertar, Boby —dijo Sergio.

—No importa, hoy vuelvo a tener turno de noche —respondió —. Me echaré cuando volvamos. Tenga.

Boby le entregó una pequeña linterna.

—¿Para qué la queremos? Pensaba que encontró a su conejo en plena calle. Y por cierto ¿es que quiere llevárselo?

Boby cerró la puerta tras de sí y señaló al fondo del pasillo, donde vivía Elba.

—Ella era la única que aceptaba a quedarse cuidando de Jack. No puedo dejarlo solo en casa tanto tiempo, además, le viene bien hacer ejercicio. ¿Verdad, Jack?

Levantó al animal y estrechó su nariz con el pequeño hocico en actitud cariñosa.

—La linterna...

—Ah, claro. Es que estaba muy dormido cuando llamó y se me olvidó decirle que en esa parte de la colonia hay secciones sin electricidad. Y en Marte no hay ventanas, ya sabe. Estaremos a oscuras.

Sergio y Boby tomaron un taxi que les llevó hasta la linde del Sector 3. Estaban bastante lejos de donde vivía y a Sergio le extrañó que fuera hasta allí cuando salía a correr. Boby le explicó que en la Tierra pertenecía al equipo de atletismo de la universidad y que la pequeña gravedad de Marte hacía que pudiera correr muchísimo más sin cansarse.

Siguieron en el taxi por una calle que terminaba en una enorme pared de desnudo metal. Era el límite de la colonia. A su derecha había un arco de grandes dimensiones practicado en aquella pared. Boby le dio instrucciones al ordenador del vehículo para que girara y pasara por delante de él. Le explicó que esa era la entrada a Terraformación y que desde el arco nacía un túnel de tres kilómetros que conectaba la colonia con las granjas.

Al pasar, Sergio descubrió varias cámaras de vigilancia y sabía que esas sí funcionaban porque les seguían. Si los animales salieron por ahí alguien tuvo que haberlo visto, o al menos estarían grabados. Pero Boby le dijo que no había encontrado al conejo cerca del arco, sino un par de kilómetros más adelante. El taxi se detuvo en una calle

estrecha. A su izquierda tenían el muro de metal y a la derecha la parte trasera de unos edificios. Hacía frío y, en efecto, faltaba luz. El falso cielo en el techo terminaba en el muro de forma abrupta y con varios de sus paneles de leds apagados o parpadeantes. Para andar por la calle tuvieron que ayudarse de las linternas.

Boby dejó a Jack en el suelo, aunque lo llevaba atado con una ridícula correa.

—Fue aquí donde le encontré —dijo—. Estaba deshidratado y muy asustado. Ahora que lo pienso, recuerdo que creí que era una rata enorme por la poca luz que hay. Mira que confundir a mi adorable Jack con una rata...

Sergio se adelantó dejando a Boby paseando a su mascota. Había encontrado algo inusual en el suelo de la calle, una rendija de metal, cuadriculada y de un metro de ancho por otro metro de largo. De inmediato le preguntó a Boby por ella.

—Son los conductos del subsuelo —dijo como si todo el mundo supiera de ello—. Ya sabe, de cuando construyeron este sitio. Por ahí van los viejos cables de fibra. ¿Sabe que cuando se construyó esta colonia aún existían cables de fibra óptica? Creo que los fueron quitando pero muchos conductos aún existen y tienen alguna función, supongo.

Sergio se arrodilló junto a él y enfocó su linterna. No era fácil mirar por las rendijas pero sabía que ese conducto era amplio y que se introducía dentro del muro, hacia el exterior de la colonia. Tras ese muro sólo había desierto y las instalaciones de Terraformación. De pronto tuvo la idea de que alguien podría haber sacado los animales por un conducto como ese. Agarró con fuerza la reja de metal para levantarla.

—¿Qué hace, hombre? Eso estará atornillado al suelo.

Pero Sergio levantó la reja con facilidad, su peso estaba disminuido por la gravedad, y la retiró a un lado. Saltó dentro del agujero con su linterna. El conducto era más amplio de lo que esperaba y él mismo cabía de pie. No necesitó explorar mucho el conducto, enseguida encontró plumas blancas en el suelo. Aunque Sergio no era un experto, sabía que eran de gallinas.

Enfocó a un lado y otro del conducto con su linterna sin que la luz de la misma pudiera llegar al final de los túneles. Era una locura avanzar por ellos sin un plano, por lo que salió de nuevo a la calle. Boby le miraba con cara extrañada.

—¿Ha encontrado algo, agente?

Al levantar la linterna Sergio iluminó por casualidad la pared detrás de Boby. Allí había una pintada. Sergio la señaló con el dedo.

—¿Quién es Ceniza?

Boby se dio la vuelta y lo leyó en voz alta.

—”El señor Ceniza se esconde entre las flores…” hay vándalos en todas partes.

Sergio se acercó a la pared. Estaba seguro de que había oído esa misma frase en otra parte, pero no se acordaba. Tocó las letras pintadas con la yema de los dedos y se lo llevó a la nariz. De inmediato notó un aroma familiar.

—No hay muchas pintadas en Marte —dijo Boby.

—Pero esto no es pintura —respondió Sergio—. Es sangre.

16

La madrugada del jueves 26 Nicklas aún permanecía en el hospital, tumbado en la camilla a solas en su habitación. Los monitores que le vigilaban mostraban valores que permanecían estables, hasta que Nicklas empezó a convulsionarse. Dentro de su sueño revivía aquel momento en el que la punta metálica del destornillador le hería su ojo. Sintió el dolor como si volviera a estar allí justo antes de despertar. Se encontró confundido y sudoroso. No sabía cómo había llegado hasta ahí, y cuando trataba de recordarlo se mareaba. Se incorporó y poco a poco le fueron llegando los recuerdos en oleadas. Una enfermera entró corriendo a la habitación y le pidió que se volviera a tumbar. Pero Nicklas estaba mejor sentado en el borde de la cama y se negó. Justo en ese momento entraba el doctor Eban Harush. Se colocó junto a Nicklas y le exploró los ojos con una diminuta luz.

—¿Cómo se encuentra, inspector? ¿Le duele la cabeza? ¿Está mareado?

Con toda la delicadeza que pudo, y no era mucha, le apartó la mano a Harush para que dejara de enfocarle con la luz.

—Me está mareando usted con esa mierda.

El doctor miró las constantes en sus instrumentos antes de determinar que todo estaba en orden, o al menos en apariencia. Añadió que debían realizarle una serie de pruebas. Aunque Nicklas se opuso, no tenía fuerzas para impedírselo y tuvo que dejarse llevar hasta la sala de diagnóstico.

No fue hasta las 2:00 de la madrugada que Eban Harush terminó con sus pruebas. Aún así, se negaba a darle el alta a Nicklas y le pidió que pasara la noche en la habitación del hospital. Volviendo a su cabezonería habitual, Nicklas se negó a hacerlo y sólo regresó a ella para vestirse y coger los pocos enseres que le habían dejado allí. Harush le acompañó en todo momento.

—Deje que al menos llame a alguien para que le acompañe.

—No quiero molestar a nadie a estas horas y tampoco es que yo fuera a conducir. Me va a llevar un taxi. Le prometo que me iré directo a la cama, no voy a seguir investigando hasta que me encuentre un poco mejor.

Aquellas palabras le hicieron recordar algo al doctor. Sacó su dispositivo de mano y se lo acercó a Nicklas.

—¿Aún quiere el informe médico de Andreas Koller? Ya tengo toda la documentación en regla para dárselo.

Al acercar el inspector su dispositivo el archivo se copió en él.

—¿Qué le pasaba a Koller?

—Una lesión en el lóbulo occipital debido a la radiación, nada peligroso y que remitirá con el tratamiento. Pero le afectó a la vista y por eso le dimos la baja médica.

—Vaya una mierda, me lo podía haber dicho desde un principio, ¿no cree?

Pero no tenía sentido discutir ahora por algo como eso y Nicklas tampoco tenía ganas de charla. Lo dejó pasar y se fue con un frío saludo.

En la calle era noche cerrada y un tupido manto de estrellas cubría el falso cielo del techo. Lo miró con recelo y se acordó de aquella tarde tormentosa en la que perdió su ojo.

—Joder. ¡Por qué tendré que acordarme de esto ahora!

Llamó a un taxi y llegó rápido hasta la calle donde vivía. Al salir sintió mucho frío y corrió hasta el portal. En el rellano de su piso encontró algo que le sorprendió. Había alguien acurrucado junto a su puerta. Ya había recuperado su extraordinaria agudeza visual por lo que distinguió enseguida a Sara Bell. La despertó con suavidad.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás en mi puerta?

A Sara se le iluminó el rostro al ver a Nicklas. Nicklas sintió fría la piel de ella y comprendió que había estado así desde que salieron de la fiesta.

Sin dejar de abrazarla, Nicklas abrió la puerta posando su mano en el panel. Cuando estuvieron dentro sintió que ella estaba temblando. Se quitó su chaqueta y se la puso sobre lo hombros antes de abrazarla de nuevo

—No podía volver a casa —dijo ella—. Ahora sí que no puedo, de verdad. Sólo puedo quedarme contigo. Menos mal que estás bien, Nick.

Sara Bell le besó en los labios. Y aunque volvió a coger a Nicklas desprevenido, él notó que era un gesto más tierno que la primera vez que se besaron. Aceptó el beso y todo lo que ella le ofreció después. No quiso pensarlo, tampoco llevar él la iniciativa. Se dejó arrastrar por la desbordante sensualidad de Sara Bell, quien le condujo de la mano a la cama. Nicklas se tumbó de espaldas. ella se subió encima de él y ayudó a que se desnudara. Antes de que se diera cuenta Sara ya estaba desnuda. Nicklas observaba su cuerpo y su ojo le ofrecía todo lujo de detalles en su piel, como las pecas, la marca de un piercing que ya no tenía en el ombligo, e incluso una pequeña mancha marrón en el iris azul de su ojo izquierdo. Todo eso de un vistazo, porque enseguida dejó de mirar. Se incorporó, le dio la vuelta a ella en la cama y se colocó él encima. Aún en esa posición sentía que era Sara quien le guiaba, le rodeaba la cadera con sus piernas y dictaba los

movimientos. Nicklas sucumbió al deseo como pocas veces en su vida lo había hecho. Tal vez porque lo necesitaba más que nunca.

En algún momento de la noche alguien golpeó la puerta de Nicklas. Fueron dos golpes secos y sutiles, demasiado débiles como para llamar la atención de los vecinos, pero suficientes para que se oyeran desde dentro y Nicklas tenía el sueño ligero.

Se levantó de la cama muy despacio y sin mover las sábanas. A su lado estaba Sara, desnuda y con la cabeza apoyada en los brazos de Nicklas. La almohada había terminado por el suelo después del rato de pasión.

Cogió algo de ropa de la silla junto a la cama y llegó hasta el recibidor. Por la mirilla de la puerta vio que no había nadie en el pasillo, lo cual era más extraño si cabe. Pero con el pie desnudo notó que estaba pisando un sobre de papel. Al abrirlo descubrió la fotografía de un hombre. Llevaba ropa elegante, bien afeitado y con el pelo arreglado. También había un papel con una ficha completa de colono. Darren McCarthy, de 39 años. Un tipo bien posicionado, director del Banco Federado, uno de los más grandes de Marte. Toda aquella información no le decía nada, pero detrás de la fotografía encontró algo escrito a mano que le daba sentido. “Miembro del juego”.

Regresó al comedor y se sentó en el sofá. El reloj proyectado en su equipo de vídeo marcaba las 4:20 am. No tenía sueño después de haberse pasado todo un día en la cama de un hospital. Encendió su ordenador de mano y consultó la ficha de Darren McCarthy en la base de datos. No constaba nada relevante, su expediente estaba limpio como una patena. Llevaba seis años terrestres viviendo en Marte, lo cual era mucho tiempo para un alto ejecutivo que tenía familia en la Tierra, nada menos que cuatro hijos. En su ficha constaba que seguía casado, por lo que si de verdad era miembro del juego le estaría siendo infiel a su mujer. Podía ser algo censurable, pero no un delito.

Dejó la fotografía encima de la mesita del comedor y se recostó en el respaldo del sofá. Quien le había mandado esa foto le estaba diciendo algo y lo único que se le ocurría es que le estaban señalando como el culpable de las desapariciones de Andreas Koller y las mujeres. Pero por qué, ¿y por qué ahora? Su intervención dentro del Juego de Máscaras debió alertar a quienes lo dirigen y por eso le ponían al culpable en bandeja. Sin embargo, nada en la ficha de Darren le hacía parecer propenso al asesinato, claro que tampoco le hacía propenso al adulterio con prostitutas. Al pensarlo no pudo evitar mirar hacia su habitación, donde una de esas prostitutas compartía su cama.

No quería volver a acostarse y encendió el ordenador del salón

aunque en modo silencioso. Se conectó a las redes de comunicación de la Tierra. La distancia entre ambos planetas hacía que fuera un trabajo lento y tenía que esperar un par de minutos sólo para poder acceder a un simple servicio de noticias. Un mensaje en la pantalla holográfica le informó de que el retraso de la información sería de quince minutos debido a la posición planetaria. Introdujo el nombre completo de Darren en el campo de búsqueda y al cabo de un par de minutos le aparecieron multitud de resultados. La suerte o casualidad quiso que se fijase en uno de ellos, el encabezado de una noticia sobre la cumbre bancaria en Mayo de 2170. Su nombre aparecía en la lista pero cuando consultó el calendario de correspondencia con la Tierra, descubrió que para poder estar en esa reunión tendría que estar ahora mismo de viaje hacia allí. De inmediato regresó a la ficha de Darren McCarthy y comprobó que en el estatus figuraba como residente en la colonia, no había abandonado el planeta. Podría ser un error de la noticia, o lo que sería más extraño, un error en la ficha de Darren.

Nicklas se fue a la cocina y cerró la puerta para no despertar a Sara. Usó su dispositivo de mano pegado a la oreja para hacer una llamada a la comisaría. Un agente del turno de noche le atendió. Sabía que no podía pedirle que fueran a por Darren a esas horas de la noche y sin más prueba que una fotografía pasada por debajo de su puerta, pero tenía otra idea. Pidió una relación de los últimos transbordadores que hubieran salido rumbo a la Tierra con todos sus pasajeros. El agente se comprometió a mandar la información a su dispositivo en cuanto la tuviera, lo que al final resultó ser mucho tiempo.

Regresó a su dormitorio y se tumbó al lado de Sara. Podía notar la respiración de la joven sobre su hombro. Él se la quedó mirando. No se imaginaba que una chica tan delicada pudiera elegir hacerse prostituta. Sin duda sería lucrativo y para la mayoría de colonos Marte era un lugar al que se iba a ganar dinero, de forma exclusiva. Quería censurar sus actos, pero no podía. Mientras pensaba en ello el dispositivo de mano se iluminó. Acababa de recibir la información de los transbordadores. Eran los últimos cuatro que habían salido del planeta rumbo a la Tierra. Descartó los dos primeros porque no tenían vuelos de primera clase y justo en el anterior vuelo al que había dejado a Sergio en Marte, encontró el nombre de Darren McCarthy entre los pasajeros. “¡Lo sabía!” pensó, y volvió a levantarse. De camino a la cocina ya había mandado un mensaje de texto pidiendo comunicación con ese transbordador. Mientras esperaba la respuesta su vista se posó en otro nombre que él conocía. Era Amanda Keane, la Escarlata de quien se había enamorado Andreas Koller. Compartían vuelo, aunque en categorías diferentes.

Tras quince minutos de larga espera Nicklas recibió una llamada, era una transmisión en diferido. El rostro de un hombre uniformado y

con gorra se proyectó sobre su dispositivo de mano. Se presentó como el Capitán Oscar Martínez y se ofrecía a resolver la duda que Nicklas tuviera. Él contestó pidiendo hablar con Darren McCarthy y con Amanda Keane. Un par de minutos después regresó la imagen del capitán quien le informó de que Amanda Keane no se encontraba a bordo del transbordador, pero que sí podía hablar con McCarthy. A Nicklas le resultó de lo más extraño que Amanda, quien ya había terminado su contrato en Marte, no estuviera en el vuelo y, sin embargo, Darren sí. Grabó el mensaje para el banquero. Odiaba tener que hacerlo en diferido, una conversación cara a cara hubiera sido más efectiva. Aún así Nicklas fue al grano.

—Sé que eres miembro del juego —dijo—. Tus compañeros te han delatado, pero no tengo intención de hacerlo público si colaboras conmigo en una investigación. La vida de varias personas podría depender de lo que me cuentes.

El rostro de Darren McCarthy, pálido y sudoroso, apareció un par de minutos después proyectado en la pantalla.

—Le juro que yo no he hecho nada malo —empezó diciendo, y por la voz se notaba que estaba angustiado—. No sé qué tiene que ver esto conmigo, pero yo soy un tipo normal. Tengo familia... Cometí un error, pero es que me sentía muy solo en Marte. Usted es colono, seguro que me entiende.

"Mierda..." Nicklas no confesaría que le entendía porque seguía despreciando a los que participaban en el Juego de Máscaras. Volvía a notarse enfadado, pero no con McCarthy, sino consigo mismo. Respiró profundo antes de grabar la respuesta.

—Dime cómo es la máscara que te dieron en el juego y dime la verdad o te juro que en la Tierra te estarán esperando para ponerte las esposas por obstrucción a la justicia.

No necesitaba intimidarle, Darren se mostraba muy colaborador.

—Sencilla y de cara completa. Era blanca, sin rasgos, sólo dos rendijas por donde podía ver. Iba a destruirla pero me dijeron que la dejara en mi casa y que vendrían a recogerla. Eso lo último que supe de ella. ¿Era lo que quería saber?

—Aún no he terminado —respondió Nicklas—. Aquí en Marte figura como que aún eres colono. Sabes que es ilegal salir del planeta sin haber cumplimentado el papeleo. ¿Tienes alguna explicación para eso?

El rostro de Darren McCarthy se volvió más pálido si es que era posible. Limpió el sudor de su frente con la mano.

—Yo creo que sí... —hizo memoria—. Se los dejé a mi ayudante personal para que los llevara a la Agencia de Transportes antes de que acabara mi contrato. Es lo que dicta la Ley, ¿no?

La habilidad del ojo de Nicklas le permitía saber cuando alguien

mentía y McCarthy estaba diciendo la verdad. Cantaba como un pajarito, pero los papeles que confirmaban su salida de Marte nunca llegaron a la Agencia de Transportes.

—¿Cuál es el nombre de tu ayudante?

—Martha Hoff.

—¡No me jodas!

A Nicklas se le escapó la exclamación en voz alta pero no lo suficiente para despertar a Sara en la otra punta del piso. Se quedó unos segundos pensativo. Acababa de encontrar un nexo con la única de las desaparecidas que no parecía encajar en su investigación. Martha Hoff era la secretaria de McCarthy, quien a su vez era el dueño de la máscara. El banquero estaba fuera de sospecha porque no se encontraba en Marte durante las desapariciones y tampoco pudo estar en el último Juego de Máscaras. Eso significaba que alguien se había hecho con su alter ego, usándolo para entrar en fiestas y prostíbulos. Con ese estatus de Clase Alta accedía a las mujeres y se las llevaba para nunca más aparecer. No sólo a las prostitutas, también a Martha Hoff, seguramente para que no pudiera entregar los papeles de McCarthy y así continuar con la farsa. La pobre muchacha venía a engrosar la macabra lista de quien ya se postulaba como el primer asesino en serie de la historia de Marte. Y Nicklas tenía el dudoso honor de ser el primero en descubrirlo.

—¿Qué va a pasarme, inspector?

La voz de McCarthy le llegó desde el comunicador.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Martha Hoff? Sé sincero y dejaré pasar todo este asunto.

—Pues, ahora que lo dice, el día que llevó los papeles fue el último que la vi. Y es extraño porque al día siguiente me hicieron una fiesta de despedida y ella no vino. Supuse que se encontraba mal y le dejé un mensaje. Después de aquello no tenía necesidad de volver a la oficina y me subí a este transbordador dos días más tarde. ¿Por qué lo pregunta? ¿Ha hecho algo malo?

Nicklas se rascó la coronilla.

—No —contestó con amargura—. Ella no ha hecho nada malo.

Cortó la transmisión sin despedirse.

“Joder, éste tipo era mi principal sospechoso y no pudo ser él” pensó. “Andreas Koller, Elba Matheson, Lina Takada, Martha Hoff... un momento. Y ahora también Amanda Keane. Si no está en ese transbordador, ¿dónde está?”

Con ese pensamiento en la cabeza, Nicklas se desvistió y regresó a la cama. Todavía era muy de madrugada y no ganaba nada dando vueltas como un loco por la casa. Cerró los ojos pero sólo veía los rostros de los desaparecidos y la máscara blanca, sin rasgos faciales, de su sospechoso. Despejó su mente y se centró en él. Con su gran

habilidad de memoria reprodujo con vivo detalle la figura de aquel hombre, ataviado con la túnica gris y la máscara. Hizo un perfil detallado apuntando su altura, 1.80 metros, y estimó su peso basándose en la anchura de sus brazos, o de lo que podía ver de ellos fuera de la túnica. Unos 80 kilogramos. Aunque llevaba la capucha puesta, pudo ver un mechón de pelo castaño claro y tras las rendijas de la máscara, unos ojos azules. Eso era todo y resultaba muy poco. Volvía a sentir sueño y no quería que eso fuera lo último que viera antes de dormirse. Ahora Sara dormía de espaldas a él, así que le acarició el hombro desnudo de ella haciendo que se volviese.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella entre sueños.

Nicklas no contestó, sólo quería ver su cara mientras él también caía dormido.

****

El reloj digital sobre el salpicadero del taxi marcaba las 1:30 de la madrugada. Georgios Dimitrakou viajaba acompañado de un tipo muy alto y grande, tanto que le obligaba a pegarse contra la puerta del vehículo. Era una incomodidad que soportaba con estoicismo.

Se detuvieron en una calle estrecha y mal iluminada. No había ningún alma y reinaba el silencio. Otro vehículo, una motocicleta, se detuvo justo frente a ellos. El hombre debajo del casco de motorista era Yuri Kozlov. Lo llevaba en la mano mientras les saludaba con la otra.

—Ha cogido un transbordador y viaja rumbo a la Tierra —empezó diciendo Yuri—. Alguien le está tomando el pelo.

Aunque se esperaba la noticia no evitó que se sintiera frustrado. Georgios, que siempre mantenía la calma, respiró de manera profunda.

—¿Cómo ha podido engañarnos tanto tiempo? No respondas, Yuri. No quiero enfadarme más aún. A partir de mañana ese usurpador no podrá poner un pie en ninguna de nuestras fiestas, tampoco podrá acceder a tus locales.

—En cuanto lo haga estará muerto.

—Lo quiero muerto antes de eso —ordenó Georgios.

—Ya le estamos buscando, aunque no será fácil dar con él. Por cierto, qué hacemos con el inspector del ojo biónico.

—Nicklas no me preocupa, incluso puede que nos sea de utilidad. Encontró antes que nadie a nuestro usurpador.

A Yuri no le gustó esa respuesta.

—Me ha jodido uno de los locales más rentables —respondió—. Si lo dejo estar me verán como un blando desde la Tierra y tengo que mantener mi posición.

—Tendrás que aguantarte, al menos por el momento. Si Nicklas

Magnussen decide ir contra nosotros te daré carta blanca con él, pero no creo que eso vaya a ocurrir. Tenemos a muchos contactos importantes en el Juego de Máscaras que pueden devolverle a la Tierra a controlar el tráfico. Y en el mejor de los casos querrá unirse a nosotros. Soy muy buen relaciones públicas, se me da bien convencer a la gente.

Mientras Yuri y Georgios hablaban, una sombra emergió de detrás de un callejón anexo. Era Alain Dalmas, quien no había perdido su pista en todo el día. Había tenido tiempo de confirmar que, en efecto, era el relaciones públicas de la corporación Grimm, un buen puesto, pero sin nada en particular. Además, su ficha estaba limpia, como si no hubiera roto un plato en su vida. Nada en ella hacía presagiar que se reuniría en mitad de la noche con un miembro de la mafia.

Quería saber de qué estaban hablando, pero en la esquina del callejón desde la que se asomaba, era imposible. Ya se había resignado a no poder sacar nada de aquello cuando oyó un estruendo, como si alguien golpeara una chapa de metal. Los otros tres hombres también lo escucharon. El tipo alto y grande desenfundó un arma y Georgios se escondió detrás de él. Había muy poca luz en la calle y a pesar del ruido ninguna ventana se iluminó, era un barrio deshabitado.

Yuri se volvió a su moto y con la luz del foco delantero iluminó la calle de arriba a abajo. Alain tuvo que esconderse para no ser descubierto y mientras no miraba, escuchó un grito. Uno de los tres hombres se quejaba en un idioma que Alain no podía entender. Acto seguido, se escuchó un disparo de arma, luego otro. Él mismo desenfundó la suya y se volvió a asomar. Para su sorpresa ya no vio la escena, sino una densa cortina de humo negro que apenas atravesaba la luz de la motocicleta. De ella salió el hombre grande, arma en mano, mirando de un lado a otro. Alain tuvo cuidado de no dejarse ver al tiempo que ese hombre gritaba el nombre de Georgios. Le estaba buscando. Detrás de él la moto arrancó y Yuri salió a toda velocidad de la espesa nube negra. El guardaespaldas le apuntó con el arma, pero no disparó. Georgios no iba con él en la motocicleta. En lugar de eso llamó por su dispositivo de mano. Hablaba tan fuerte que Alain no tuvo problemas en escuchar lo que decía.

—¡Tiene al jefe! —decía—. ¡Que vengan todos! ¡Joder!

Un arranque de tos producido por el humo le hizo parar. Luego terminó la llamada y volvió a meterse en la nube de humo. Alain se quedó todo el tiempo que pudo y en ningún momento vio regresar a Georgios. Cuando empezaron a llegar otros vehículos, abandonó la escena por el oscuro callejón.

De vuelta a su taxi consultó su dispositivo de mano. El rastreador que le colocó a Georgios en su chaqueta seguía funcionando y podía localizarlo en el mapa de la colonia. Pero la señal era más débil de lo

que debería y atravesaba estructuras como edificios de forma imposible. “No está en la calle” pensó, “se mueven por los conductos”.

Aunque el reloj del taxi marcaba las 2:10 horas, Alain decidió llamar a María Roseau. Ella tardó en contestar y cuando lo hizo sonó de forma grosera.

—Te juro que como no sea algo importante...

A Alain siempre le sorprendían esas maneras, sobre todo cuando venían de una subordinada que además consideraba su pareja. Se recompuso enseguida.

—Tengo que pedirte que te levantes, ha pasado algo... creo que es un secuestro.

Desde su cama María Roseau hizo un esfuerzo por incorporarse y aclarar la voz. Parecía algo serio y Alain no era de los que bromeaban.

—¿Movilizo a los de asalto?

—No lo hagas. Seguimos con el protocolo de seguridad por si hay un topo en la comisaría. No volverá a pasar lo de Vitrov. Trae a mi equipo solamente. Despierta a quien haga falta, pero no des una alerta general.

Roseau murmuró un insulto entre dientes que Alain no entendió. Aunque iba contra su naturaleza aceptó la orden sin soltar más improperios. Mientras se vestía le pidió al ordenador doméstico que encendiera las comunicaciones, ya que se apagaban para respetar su descanso de noche. La voz del ordenador le informó de que tenía un mensaje nuevo. Lo reprodujo en modo audio. Era de Nicklas.

—Me he enterado de que me cuidaste en el hospital y debió ser un coñazo para ti. Gracias. Ahora estoy en el taxi de camino a casa, no me gusta estar más tiempo del necesario entre médicos. Hablamos mañana.

María Roseau dejó de vestirse. Se había emocionado al oír la voz de Nicklas y se descubrió a sí misma sonriendo ante el espejo de su baño.

—Qué tonta eres, Roseau —se recriminó en voz alta.

17

Al filo de las 3:00 de la madrugada María Roseau llegó acompañada de nueve miembros de la policía de asalto. En total, y sin contar a Alain, eran seis hombres y cuatro mujeres armados con fusiles de partículas, chalecos anti-impactos y el casco reglamentario. Uno de ellos, además, llevaba una maleta grande que dejó en el suelo frente a Alain Dalmas. Al abrirla salieron dos cuadricópteros equipados con focos. Iluminaron con ellos la estrecha calle donde se encontraban. Alain señaló a su derecha donde todos pudieron ver una entrada practicada en el suelo y por la que bajaban unas escaleras. Por ella difícilmente cabían dos personas una junto a la otra.

Todos tenían sus ordenes. Habían visto la fotografía de archivo de Georgios Dimitrakou, sabían que era peligroso y que podía haber sido atrapado por miembros de una mafia rival. Era una situación de alto riesgo y en un entorno de mala visibilidad. María Roseau se acordó de Nicklas y su habilidad para ver de forma nítida en la oscuridad. No sólo en él, creía que necesitaban más refuerzos, pero Alain no la escuchaba. Él mismo encabezó la marcha, aunque precedido por uno de los drones que iluminaba el camino.

Ya en el subsuelo accedieron a un túnel amplio. A su derecha estaba la canalización de aguas residuales, que discurría aparte, pero no tan lejos como para no notar su nauseabundo olor.

El drone que iba en cabeza se adelantó dejando ver que el pasadizo se prolongaba decenas de metros hacia delante. Alain aprovechó para consultar su dispositivo de mano. La señal volvía a tener mucha intensidad y marcaba un punto claro en el mapa. Pero llegar hasta él no era tarea fácil. El mapa de Alain estaba incompleto, debido a la antigüedad de aquellos túneles y que muchos fueron cortados en las sucesivas obras.

—Al menos no hay ratas —apuntó Roseau con intención de levantar los ánimos.

—Yo una vez vi un caimán de las alcantarillas —respondió Lu Cheng—. Cuando trabajaba en la policía de Manhattan en el 2159. Por cierto, se parecían a estas, pero todavía olían peor.

Alain hizo un gesto con la mano y el grupo se detuvo guardando silencio. En su dispositivo la luz del rastreador estaba a su izquierda y justo unos metros más adelante, había una ramificación en ese sentido. Mandó al drone para que se adelantara y Roseau, que podía ver lo que grababan las cámaras del cuadricóptero en su dispositivo, dijo que el camino estaba despejado.

Se introdujeron por un pasadizo más estrecho que les obligó a caminar en fila india. A pesar de que el camino era más incómodo, se habían alejado de las aguas residuales y todos lo agradecieron. No pudieron comentarlo porque Alain reprimió cada comentario de su equipo chistando. El inspector estaba preocupado, según avanzaban el camino se ramificaba de nuevo y no tenía forma de saber qué camino tomar. Probó suerte una vez y todo el equipo acabó en una sala redonda con techo de cúpula donde todas las salidas estaban selladas. Ordenó retroceder siguiendo sus pasos, pero por más vueltas que daban no terminaban de encontrar el camino hasta la señal de Georgios.

Se detuvieron cuando llegaron a un pasillo que servía de distribuidor entre varios túneles. Roseau mandó a explorar al drone por uno de ellos, pero no parecía tener final. Alain sabía que había fracasado, no estaban preparados para seguir la pista de nadie por allí abajo. Cuando estaba decidido a abortar la misión se escuchó un ruido metálico. El inspector lo reconoció de inmediato como el mismo ruido que había escuchado cuando se llevaron a Georgios.

—Viene del segundo túnel —señaló Roseau con el dedo.

Pero enseguida le contradijo Lu Cheng señalando un túnel opuesto.

—Tengo experiencia en estos entornos —dijo el policía de Nueva York—. Lo que oímos es el eco.

—Y por eso no podemos estar seguros —resolvió Alain Dalmas—. Cheng, Fernández, Bashir y Conrad tomad el segundo túnel a la izquierda. Roseau, Chejov y yo tomaremos el de la derecha. El resto esperad aquí a la señal de cualquiera de los dos grupos, así podréis prestar apoyo antes.

A pesar de haber tomado las riendas de la situación, Alain se sentía inseguro y se limpiaba el sudor de la frente intentando que no se le notara. Para Roseau era evidente por lo que estaba pasando, pero estaba decidida a apoyarle.

—¡Vamos, nenazas! Cojamos a esos cabrones antes de que se nos haga de día.

El grito de guerra de Roseau levantó las sonrisas de sus compañeros que se pusieron en marcha. Alain también, siempre precedido por el drone que iluminaba su camino.

Unos minutos después el grupo de Alain escuchó de nuevo el sonido metálico, esta vez más fuerte. Apretó el paso y le pidió a Roseau que hiciera avanzar más al drone. El pequeño aparato aceleró y se perdió por el túnel. De pronto Roseau pidió al grupo que se detuviera.

—¡Lo he perdido! —dijo—. He dejado de ver la señal del drone.

Alain revisó su dispositivo. En algún momento había dejado de tener cobertura de la colonia y estaban incomunicados. Ese era un

problema importante, pero la luz del transmisor estaba justo delante siguiendo el túnel. Ésta vez no había pérdida, tenían a Georgios.

—¿Puede haberse chocado con algo? —preguntó Chejov.

—Sí —respondió Roseau—. Con algún cabrón que lo ha derribado.

María Roseau descolgó el fusil de partículas que llevaba a su espalda y lo amartilló para dejarlo cargado. Sabía que no era el momento de retirarse.

—Avanzaremos con cuidado —ordenó Alain quien también había preparado su arma, un fáser de mano—. Cuando salgamos del túnel yo apuntaré al frente y vosotros a ambos lados, ¿entendido?

Poco después pudieron ver el final del túnel, por fortuna para ellos desembocaba en una sección iluminada. Ya desde el borde descubrieron que daba a una sala amplia y con un viejo sistema de ventilación, de enormes aspas metálicas, pegado a la derecha. No funcionaba desde hacía décadas ya que la ventilación de la colonia se canalizaba desde el techo y esos túneles sólo sirvieron durante el periodo de construcción.

Al salir descubrieron un cuerpo tendido en el suelo, en mitad de la sala. Alain reconoció la chaqueta de Georgios. No había nadie más allí. El inspector avanzó primero mientras sus compañeros le cubrían la espalda. Llegó hasta Georgios, pero no esperaba encontrarlo de aquella manera, sin cabeza y bajo un charco de su propia sangre. Se horrorizó tanto al ver aquel cuerpo despiezado que no pudo hablar. Aún ni cuando Roseau llegó hasta él y le cogió por el brazo.

—¡Hijos de puta! —exclamó la joven—. Le han cortado la cabeza. Tenemos que pedir refuerzos, Alain. ¡Coño, responde!

De nuevo escucharon el ruido metálico, esta vez tan cerca que se quedaron petrificados. Pero ahora sabían exactamente de dónde venía. Tras las aspas del enorme ventilador en la pared, por donde el túnel continuaba. Además, el asesino, o asesinos, habían dejado un rastro de sangre en el suelo. Como la cabeza de Georgios no estaba, era seguro que se la habían llevado consigo.

Como si acabara de despertar de un sueño, Alain volvió en sí. Corrió hasta las aspas de metal y las atravesó. El rastro de sangre continuaba más adelante y no sólo eso, al fondo del túnel, a unos veinte metros de él, se erguía una figura sombría. Era una persona ataviada con una túnica gris hasta los pies. Llevaba capucha y debajo de ella una máscara blanca como el papel y sin rasgos. En la mano derecha llevaba un largo machete y en la izquierda sostenía de los pelos la cabeza cortada de Georgios. Con la empuñadura del machete golpeó la pared de metal haciendo que resonara en todo el túnel. Pero no era por capricho, con ese golpe había abierto la pequeña puerta de una panel adosado en la pared. Accionó algo y el sonido de engranajes en movimiento lo inundó todo. María Roseau miró horrorizada cómo

las aspas empezaban a moverse. No tuvo tiempo de pensarlo dos veces y utilizó su fusil para detenerlas clavándola entre la guía. Acto seguido saltó al otro lado junto a Alain.

Chejov quiso seguir a sus superiores pero la fuerza de las aspas rompió el fusil que las retenía. Habían ganado mucha velocidad de forma que ahora era imposible atravesarlas.

—¡Vuelve y pide ayuda! —gritó Roseau—. No sólo a nuestro equipo, también a central. A todo el mundo.

Alain cogió a Roseau del brazo para que ella atendiera a lo mismo que él. Al fondo, el hombre de la máscara no huía, sino que permanecía de pie, inmóvil, con el machete y la cabeza en cada mano. Era una invitación a que fueran en su busca.

Roseau dudaba, pero Alain ya había empezado a caminar hacia él, despacio y apuntando con su arma. Todavía no tenía voz para darle el alto, aunque poco hubiera importado. El de la máscara no tenía intención de dejarse atrapar. María siguió al inspector.

—Dispara —le dijo—. Joder, Alain, es un asesino. Vamos a neutralizarlo.

—Está bien —respondió al fin.

Justo en el momento en el que iba a abrir fuego, el de la máscara saltó a la derecha escondiéndose en otro túnel. Alain y Roseau habían llegado demasiado lejos como para dejarle huir por lo que corrieron tras él. Esta vez era muy fácil seguirle la pista. Los túneles por los que iban estaban iluminados y el de la máscara no corría demasiado deprisa. Los agentes sabían que estaban siendo conducidos por el laberinto hasta el punto de estar completamente perdidos y, sin embargo, no tenían más opción que continuar.

Cada vez estaban más cerca de él, pero sin lograr un disparo limpio para neutralizarlo. Tras unos minutos de carrera desembocaron en una estancia rectangular con varias puertas a ambos lados. Todas daban a pequeñas habitaciones sin iluminar. Todas excepto una. Y dentro de ella estaba una mujer desnuda tirada en el suelo. Alain llegó hasta ella a la carrera y Roseau detrás de él. La oficial tenía un mal presentimiento. Al ritmo de carrera que habían llevado tendrían que haber arrinconado allí a su sospechoso y no parecía que hubieran más salidas, luego debía estar escondido en alguna parte. Iba a decírselo a Alain cuando él se volvió hacia Roseau.

—Está muerta —dijo Alain—. Y le han amputado una pierna. Es horrible.

—Vayámonos de aquí. Ese hijo de puta puede habernos tendido una trampa.

No había terminado de hablar cuando la puerta de la habitación se cerró de golpe con un ruido atronador. También oyeron cómo se echaba un cerrojo. Roseau se lanzó contra la puerta pero sólo

consiguió caer de espaldas. Alain todavía tenía su arma y le pidió a Roseau que se echara a un lado para abrirla con un disparo. Sin embargo, la estancia se estaba llenando de un gas invisible, pero que podían oler. Ambos lo reconocieron como propano. Roseau le hizo un gesto a Alain para que no disparara o harían arder el gas con ellos dentro. Alain lo sabía y se guardó el arma. Corrió hasta la puerta y la golpeo con manos y pies.

—¡Somos la policía! —gritó—. Vendrán a buscarnos, así que déjanos salir o empeorarás las cosas. ¿Me estás oyendo?

María Roseau se sentó en el suelo, ya empezaba a notar la falta de oxígeno.

—Le da igual —dijo en un hilo de voz.

—¡Vamos Roseau, no te rindas ahora!

Pero al mismo tiempo que lo decía él también se notaba mareado y sin fuerzas. Se sentó dejando deslizar su espalda contra la puerta.

—Mira a esa mujer —señaló Roseau al cuerpo sin vida que yacía en una esquina de la habitación—. Ese tipo está loco.

****

El señor Ceniza había dejado la cabeza en el suelo y estaba regulando la llave del gas. Había calculado de antemano cuánto era necesario para dejar inconsciente a una persona sin llegar a matarlo. Pero con dos dentro de la habitación tenía sus dudas. Confió en que dos adultos sanos y fuertes, como presumía que serían los miembros de la policía, aguantarían un poco más. Cerró la llave de paso y volvió a coger la cabeza de Georgios. La sostuvo en alto por los largos cabellos rizados. Observó con retorcida satisfacción el gesto del muerto, con los ojos entornados y la boca entreabierta. Parecía un gesto de súplica como el que había visto en las viejas pinturas religiosas de las iglesias. En ellas, los afligidos pecadores rogaban con un gesto similar el perdón divino y eso era justo lo que Ceniza buscaba.

Dejó el cuchillo y se llevó la cabeza. Atravesó los túneles durante varios minutos hasta llegar a las escaleras. Allí estaba el gran pasadizo que conducía al exterior de la colonia. El traje espacial seguía donde él lo había dejado. Se quitó la túnica y la máscara para poder vestirse con él. Traspasó las compuertas de la colonia que chirriaron como siempre. Era noche cerrada en el exterior de Marte, pero una noche espléndida, con el cielo despejado de su habitual manto ambarino de polvo. Podía ver el cielo negro y plagado de estrellas. La luz del pasillo que dejaba atrás servía para iluminar el desierto que tenía delante. Saltó y cayó despacio hasta impactar levantando el polvo marrón. Desde ahí podía ver su obra, cada vez más cerca de estar

concluida. Caminó despacio hacia ella, siempre con la cabeza de Giorgios en la mano. Delante de la cruz y tirada en el suelo, tenía una escalera de metal. La usó para alcanzar la parte más alta de la misma. Sobre ella, atadas con cuerdas y clavos, estaban las piezas de otros seres humanos que habían servido para su particular sacrificio. La cabeza de Georgios, con cabello largo y rizado y su gesto suplicante, era perfecta para coronar su collage de miembros. Lo ató a la cruz con una cuerda que pasaba por su boca entreabierta.

De nuevo dejó la escalera a un lado y se quedó contemplando su obra. Se arrodilló ante ella como lo haría ante una cruz en una iglesia. Pero no tenía intención de adorarla o de rezar ante ella. Aquel era un sacrificio para purificarse a sí mismo y a todos en la colonia. Una ofrenda. Alzó la mirada y aunque había suficiente luz para iluminar la cruz y la porción de desierto, él lo veía todo de una manera diferente a la real. Todo gris, como un enorme campo de ceniza que se extendía hasta donde le alcanzaba la vista. Y las piezas de cuerpos humanos carecían de color, eran figuras irreales que se conservarían así para siempre en las especiales condiciones de la atmósfera marciana. Sin bacterias que las consumieran, sin putrefacción. Una obra carnal que duraría para siempre.

—Me falta una pierna —se dijo en voz alta—. Pero ya tengo dos candidatos más para completarla. Ellos también son pecadores, porque trataban de impedir mi obra. Pero como todos, serán salvados. Ahora sueñan inmersos en sus pesadillas, pero pronto gozarán de la gloria de ser sacrificados. Conocerán la misma felicidad que el resto de piadosos atados a esta cruz de redención. Amén.

****

El reloj proyectado sobre la mesita de noche marcaba las 6:25 de la mañana. Nicklas lo miraba con desesperación. Se había despertado antes de que sonara su alarma y no podía volver a dormirse. Temía que eso le afectara a lo largo del día. Nunca fue bueno ajustando sus ciclos de sueño.

Decidió apagar su alarma y levantarse en ese momento. Al menos así no molestaría a Sara. Salió al salón y encendió su dispositivo de mano. No tenía nada que hacer, así que volvió a abrir las fichas de todos los implicados en el caso. Pero enseguida descubrió que en su dispositivo no se aclaraba bien. Él tenía un recurso mejor, su memoria fotográfica. Así que se recostó en el sofá y dejó la mente en blanco. Volvió a crear un lienzo en su imaginación y sobre él colocó los rostros de todos los implicados como si fueran fotografías pinchadas con chinchetas. Como ya hiciera la primera vez unió las fotografías con líneas de colores que mostraban la relación entre ellos. Superpuso la cara de Darren McCarthy con la de la máscara y trazó una línea

hacia la fotografía de Martha Hoff. Pero ya había descartado a Darren como sospechoso así que colocó una nueva fotografía con la máscara. Suponiendo que Amanda Keane estuviera desaparecida, eso sería un nuevo punto de unión con el sospechoso. De pronto vio claro que todas las fotografías se enlazaban con esa última imagen de la máscara.

"Un asesino en serie" recordó que ya había abrazado esa idea y de manera automática colocó bajo la fotografía de la máscara todos los datos que tenía de él. "Conoce muy bien la colonia, de otra forma no habría podido llegar hasta las incineradoras arrastrando un cadáver... Varios cadáveres" se corrigió. "Tal vez es técnico de mantenimiento. No, los túneles casi no se utilizan, ellos trabajan más en el techo de la colonia. Los subterráneos son resquicios del pasado de la colonia. ¿Quién puede conocerlos bien? Un arquitecto de la colonia, alguien que trabaje con mapas..." Volvió a la fotografía de Andreas Koller. Él era funcionario del Registro de la colonia y el nombre completo era Registro de Ciudadanos, Cartografía y Censo. Eso significaba que los mapas de la misma eran una constante en su trabajo. Pero Koller era uno de los desaparecidos. "¿Tal vez sea un compañero suyo? Alguien que le conocía".

Nicklas volvió de sus ensoñaciones y marcó el contacto de Sergio Guirao. Al tiempo que llamaba fue consciente de que era una muy mala hora y le pillaría durmiendo. Pero Sergio contestó, aunque en la imagen proyectada sólo podía ver una potente luz.

—Sergio, ¿qué narices estás haciendo?

Desde el Sector 3 de la colonia, en los límites de la misma, Sergio Guirao apagó la linterna atada a su frente por una correa. Sin esa luz Nicklas pudo distinguir a su subordinado ataviado como si se hubiera ido de expedición. Y no estaba desencaminado. Acababa de explorar el túnel que encontró con Boby, el vecino de Elba Matheson.

—Trabajo de campo —contestó alegre—. Por cierto, es estupendo oírte de nuevo, jefe. ¿Te han dado ya el alta?

—Sí —mintió—. Pero no te llamo sólo por eso. Creo que nuestro sospechoso podría estar más relacionado con Koller de lo que imaginamos. Todo apunta a que conocía muy bien los túneles de la colonia. No habíamos caído en la cuenta de que en el trabajo de Koller están continuamente consultando mapas donde aparecen dichos túneles.

—Qué curioso que digas eso.

—¿Curioso?

Sergio movió el dispositivo en su mano para mostrar donde se encontraba.

—Mientras tú estabas inconsciente yo estuve pensando en qué pintaban los restos de animales junto a los de personas en esa

incineradora. Ya sé que es normal quemar a un animal cuando muere de enfermedad, pero lo he investigado y a esa incineradora no pudo llegar ninguno. Lo más lógico es que la misma persona que llevó allí los cadáveres humanos llevara también los animales. Eso me llevó a Terraformación y a Boby, el vecino de Elba que encontró un conejo. Tú mismo me dijiste que era impensable ver animales sueltos en la colonia. luego alguien tuvo que sacarlo de las granjas. Y he descubierto cómo lo hizo, por medio de uno de esos túneles de los que hablas. Ya son dos relaciones, los túneles y los animales en la incineradora.

Nicklas se quedó muy sorprendido del trabajo policial de su subordinado.

—¿Cómo sabes que utilizó ese túnel?

—He encontrado plumas de gallina y una cosa aún más perturbadora. A la entrada desde la calle alguien ha pintado, con letras de sangre "El señor Ceniza se esconde entre las flores".

De inmediato Nicklas recordó esa misma frase. La leyó precisamente en otra pintada cuando iba a reunirse con Vitrov.

—¿Sangre de quién? —inquirió el inspector.

—Es animal, de una cabra. Aún no he terminado de examinar esa sección, pero estoy seguro de que allí encontraré más sangre de ese animal.

—¿Desde cuándo estás investigando los túneles?

Sergio no lo sabía y consultó su reloj de pulsera.

—Acompañé a Boby en taxi antes de que entrara a trabajar en el turno de noche del hospital y fui directo a la comisaría a coger lo necesario para explorar. Así que llevo aquí desde las dos de la mañana, aproximadamente. Ahora que lo pienso, me has pillado de casualidad porque mientras iba por el túnel hacia Terraformación me quedé sin cobertura.

—Joder, Sergio. El desgraciado que buscamos está utilizando esos túneles. Te prohíbo que vayas tú solo por ahí. ¿Entendido?

Rió como Sergio se encogía de hombros.

—No podía hacer otra cosa, jefe —contestó—. Sin tu permiso no puedo movilizar a nadie, incluso me costó que me prestaran el equipo para analizar la sangre. Pero empiezo a estar harto de tanto túnel, así que terminaré la sección del muro y me volveré a la comisaría.

—Hazlo rápido.

El oficial iba a colgar cuando se acordó de algo importante.

—María Roseau y yo emitimos anoche una orden para buscar a Sara Bell —dijo—. Sabemos que huyó justo antes de que os encontráramos. ¿Hay noticias de ella? A lo mejor ha intentado contactar.

"Si, me he acostado con ella y ahora está durmiendo en mi cama"

pensó y se mordió la lengua.

—Ella sabe cuidarse —respondió—. Y lo más importante, sabe cómo encontrarnos.

—Espero que no le haya pasado nada.

Al tiempo que hablaba, Sergio había retomado la marcha. De pronto notó que la suela de sus botas se pegaba con algo en el suelo. Encendió la linterna de su frente para verlo mejor. El suelo se salpicaba de manchas negras que reconoció como sangre. Era la confirmación que necesitaba. Iba por buen camino y se lo hizo saber a su superior. Él también pudo ver las manchas cuando Sergio acercó el dispositivo al suelo.

—Señaliza el lugar y llama a criminalística —ordenó Nicklas—. Que ellos sigan examinando la escena. Te necesito a ti en las oficinas del censo y cartografía de la colonia. Vamos a hacerle una visita a los compañeros de Andreas Koller y de paso nos haremos con los mapas de esos túneles.

Sergio aceptó.

—Tardaré un rato. Aquí hay mucha sangre.

—En ese caso te espero allí y tú ven lo antes que puedas.

La conversación terminó y Sergio contempló de nuevo la escena con su linterna. Había tanta sangre que supuso ese había sido el lugar donde se sacrificó a la cabra con la que se hizo la pintada de arriba.

De la mochila a su espalda extrajo un juego de conos y con la cámara de su dispositivo de mano, fue fotografiando cada mancha. No tenía tantos conos como para marcarlo todo, pero entonces descubrió un reguero de sangre que se adentraba en el túnel. Aunque Nicklas le había dicho lo contrario, él se fue a explorarlo. El rastro duraba más de una veintena de metros y giraba hacia un túnel más estrecho. Allí se detuvo. Sobre un poyete de piedra en el suelo había una cabeza de cabra con los cuernos retorcidos. Una nube de moscas lo sobrevolaban. En la pared, justo encima de la cornamenta, estaba la palabra “arrepentíos” escrita con sangre. Sergio le tomó una fotografía. Iba a enviarla a comisaría pero decidió que era mejor llamarles. Como volvía a quedarse sin cobertura regresó sobre sus pasos.

—Soy Sergio Guirao, placa 1701NCC. Tengo que reportar algo difícil de creer.

Al otro lado del aparato sonó la voz de Olga, de recepción.

—¿Tiene que ver con Alain o Roseau?

Sergio no esperaba esa pregunta y dudó en contestar.

—No, pero ¿qué pasa con ellos?

—Debe ser el único que aún no se ha enterado. Llevan desaparecidos desde esta madrugada. Casi todo el cuerpo de policía les está buscando en un complejo de túneles subterráneos del Sector 7.

Hasta ha aparecido un hombre a quien le han cortado la cabeza. El propio Marcel Mitchel ha liderado un equipo. Lástima que el inspector Nicklas siga de baja, ese ojo suyo sería de mucha ayuda ahora mismo.

—Nicklas ya tiene el... —iba a decir que ya tenía el alta, pero entendió que si Olga no lo sabía era porque Nicklas no lo había querido decir aún—. Voy a interesarme por él en el hospital —mintió —. ¿Puedes mandarme las coordenadas donde les están buscando?

—Si, pero oficial, el área es muy grande y es muy difícil moverse por allí. Es mejor que hable primero con Marcel Mitchel.

Aceptó el consejo y colgó la llamada. Ya tenía el dedo marcado en el contacto de Nicklas cuando recibió las coordenadas de búsqueda. Le sorprendió ver un círculo tan grande en el mapa de la colonia. Además, ya había comprobado por experiencia propia que todos los túneles de la colonia eran una maraña caótica y mal representada en su dispositivo.

—Así no le encontraremos —se dijo en voz alta—. De todas formas necesitamos los mapas.

18

A las 7:00 de la mañana del viernes 27, Nicklas Magnussen colgó la llamada que le acababa de hacer Sergio Guirao informando sobre sus compañeros desaparecidos. A su lado en el taxi estaba Sara Bell, quien miraba al inspector con gesto de preocupación. De haber podido, Nicklas se habría puesto a los mandos del taxi para que acelerara el paso. Era consciente que estaba en una carrera contra el tiempo para encontrarlos.

—¿Es posible que les tenga la misma persona que se llevó a Elba? —preguntó Sara.

Nicklas se había puesto muy serio y rumió la respuesta.

—Es posible —y añadió con un estallido—. ¡Por qué no corre más este jodido taxi!

Veinte minutos más tarde los dos saltaban del taxi en la acera del Registro Civil, un edificio gubernamental. Un guardia les interrumpió el paso cuando alcanzaban la puerta. El registro no abría hasta las 8:00 y así se los hizo ver. Pero Nicklas no necesitaba que le atendiera un funcionario, sólo acceder a los mapas. Y por el ordenador no podía, necesitaba entrar al edificio. Le enseñó su placa al guardia.

—Tengo que entrar ahora mismo —le espetó—. La vida de dos personas está en juego.

Era una advertencia demasiado seria como para ignorarla y tras dudar un instante, hizo una llamada. Nicklas no soportaba ver la apatía del guardia intentando hablar con un superior.

—Supervisor, aquí hay un inspector de policía que quiere entrar al registro. Dice que es cuestión de... Ya, sí señor, le he dicho que no abre hasta las ocho, pero parece importante.

Desesperado, Nicklas le arrebató el comunicador al guardia.

—Escúcheme, esto es una acción policial de emergencia. Dos personas van a morir si no me deja entrar ahora mismo al edificio. Así que o abre la puerta o la tiro abajo a golpe de faser.

Al otro lado del comunicador el supervisor titubeaba. Y antes de que Nicklas volviera a la carga oyeron cómo se desbloqueaba el seguro de la entrada principal.

—Gracias —resolvió Nicklas y le lanzó el comunicador al guardia, que lo atrapó al vuelo.

Éste mismo les acompañó dentro. Le necesitaban si querían llegar rápido hasta la zona de cartografía, que resultó estar en la planta tercera. Una vez allí tenían un problema, el archivo en papel estaba guardado con una llave que sólo tenían los funcionarios y el

supervisor de los guardias, que tampoco estaba allí en ese momento. Nicklas no podía esperar a que alguien llegase a abrirles la puerta.

Encendieron la terminal informática de uno de los funcionarios con la esperanza de poder acceder al registro informático de esos viejos mapas. Pero cada terminal estaba bloqueada con contraseña. Sin tiempo que perder, marcó el contacto de Alicia Westermeyer. El rostro de la joven informático, con sus gafas de pasta y flequillo largo, se iluminó sobre el dispositivo.

—Alicia, deja lo que estés haciendo y conéctate desde mi dispositivo al ordenador que tengo delante.

La muchacha quería obedecer lo más rápido posible, pero Nicklas pudo ver en la imagen que ella no se encontraba en la oficina, sino en su propio domicilio. Sin embargo, Alicia tenía un ordenador personal en el salón con el que pudo conectarse como le habían pedido. En menos de cinco minutos ya había desbloqueado el ordenador.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó ella.

—Los mapas antiguos de la colonia, con los túneles de cuando su construcción.

Desde el ordenador de su casa Alicia encontró lo que Nicklas necesitaba. Además los copió a su dispositivo.

—¿Algo más?

—Por ahora es suficiente —contestó Nicklas—. Has hecho un trabajo excelente, como siempre, Alicia.

La joven informático se ruborizó detrás de sus gafas de pasta.

—Ha sido fácil, este ordenador está conectado a la red general de la colonia. Y eso es raro, normalmente los ordenadores del Ayuntamiento están aislados para evitar pirateos.

El guardia de seguridad escuchó el comentario de Alicia e intervino.

—Pero eso no puede ser —repuso—. Ninguno de estos equipos debería estar en red.

—Pues éste sí. De hecho, ese equipo está conectado ahora mismo a la red de la colonia, y yo no he tenido nada que ver.

Nicklas tuvo un presentimiento. Había llegado con tanta prisa por encontrar los mapas que no se había preocupado de revisar ese puesto informático. No había nada sobre la mesa de escritorio, pero debajo había un cajón. Al abrirlo descubrió una chapa de identidad en medio de un montón de papeles. La leyó en voz alta.

—Andreas Koller —dijo.

—El pobre Andreas está de baja —añadió el guardia—. Nadie ha tocado su puesto desde que no está.

—Alicia, ¿puedes rastrear a dónde está conectado este ordenador?

—Sí —y guardó silencio para concentrarse—. ¡Vaya! —respondió al cabo de un rato—. No pensé que se escondiera tan bien.

—¿A qué te refieres? ¿Quién se esconde?

—No puedo saber la identidad —respondió ella—. Se trata de un servidor remoto muy bien camuflado. Quien lo hizo tiene mucha idea de informática, aunque no tanta como yo. Por eso ya le tengo localizado. Le mando las coordenadas.

En el dispositivo de Nicklas se marcó un punto en el mapa de la colonia. Al ampliarlo vio que era una pequeña plaza en medio del Sector 7, cerca del límite de la colonia.

—¿Puede ser que se esté conectando con algún dispositivo portátil desde la plaza?

Pero Alicia lo negó con la cabeza.

—No parece un dispositivo de mano porque está funcionando con un sistema operativo muy viejo, casi arcaico. Si tuviera que apostar diría que está en una terminal informática de los años ochenta.

"El tiempo cuando se construyó la colonia" pensó. Acto seguido, cargó los mapas antiguos que había recuperado Alicia y lo superpuso con la señal remota del ordenador. Coincidía con una estancia subterránea.

—¡Está en el jodido subsuelo!

Nicklas dio un salto en su asiento y cuando iba a terminar la llamada, Alicia le pidió que aguardara.

—No pueden fiarse de esos mapas —dijo ella—. Los mapas no muestran los túneles que se cortaron después de la construcción de la colonia. Si van a bajar tienen que tener en cuenta que muchos de ellos no tienen salida, será como un laberinto. A lo mejor no tienen ni fluido eléctrico.

—Lo tendré en cuenta.

Y ahora sí colgó. Se volvió hacia Sara, quien había esperado paciente ver qué sucedía. Nicklas no podía llevarla consigo y tampoco era buena idea dejarla sola. Le pidió que fuera a la comisaría en taxi y antes él avisaría a Olga para que la tuvieran vigilada allí. Era la mejor manera de mantenerla a salvo. Ella aceptó, aunque hubiera preferido quedarse con Nicklas.

A la salida del edificio del registro cada uno tomó un taxi distinto. Después de hablar con Olga en la comisaría y solicitar refuerzos, Nicklas llamó a Sergio para que se vieran en un punto concreto, muy cerca de donde procedía la señal informática. Cuando colgó empezó a trazar un plan de acción. Primero visualizó los mapas y gracias a su memoria visual recordó cada túnel. Como si de un archivo informático se tratara lo guardó en un rincón de su mente y lo reprodujo con su pensamiento. Examinó los posibles caminos para llegar hasta la señal del sospechoso y fue guardando cada camino por separado. Desde que tenía su ojo biónico había ido aprendiendo poco a poco esos trucos que le ayudaban, sobre todo cuando había mucha información de por

medio. Lo más probable era que los túneles principales siguieran abiertos por lo que les dio prioridad. Tenía ya definida la ruta cuando el taxi se detuvo de manera abrupta. Nicklas volvió en sí justo para descubrir a un hombre con motocicleta cortando el paso a su taxi. Se bajó de ella y corrió hasta la puerta al lado de Nicklas. El inspector ya había desenfundado su pequeño faser de mano cuando el hombre se sentó junto a él. Se quitó el casco y Nicklas se sorprendió al ver a Yuri Kozlov. El mafioso no parecía intimidado por el arma que le apuntaba.

—Me alegro de volver a verle, inspector.

—Yo no —contestó de forma seca—. Y quita la puta motocicleta de en medio. No puedo perder el tiempo contigo. Joder, ni siquiera tengo tiempo para arrestarte ahora.

—Mejor, porque he venido a ayudarle. Le he visto salir del edificio del registro, así que ya debe tener los viejos planos de la colonia. Démelos y mis hombres darán caza a su asesino.

—¡Vete a la mierda!

Pero Yuri se tomó el comentario con humor.

—Usted no es como los otros policías. Tiene devoción por su trabajo y también tiene huevos. Es una combinación peligrosa y le ha puesto en una situación muy delicada. Tal vez aún no se haya dado cuenta de ello, pero gente muy poderosa le tiene en su punto de mira. Nunca llegará a ser capitán de la policía de Marte sin mi ayuda, incluso puede que acabe despedido, o algo peor. Sólo le pido que me de esos planos y deje que yo me ocupe de ese hombre enmascarado. ¿Aceptará mi ayuda?

Nicklas se guardó el arma en el bolsillo de su chaqueta. Yuri interpretó el gesto como una buena señal. Pero mientras el mafioso sonreía complacido, Nicklas se asomó al cuadro de mandos del Taxi, donde puso la palma de su mano para grabar una orden.

—En cuanto salga bloquea las puertas y ve a comisaría.

Y con un rápido movimiento Nicklas saltó del vehículo cerrando la puerta tras de sí. Los cerrojos saltaron de forma que Yuri quedó dentro atrapado. Vio impotente como Nicklas se montaba en su motocicleta y se marchaba calle arriba con ella. Al tiempo, el taxi se ponía en marcha en dirección contraria.

Desde la moto Nicklas echó la vista atrás. Yuri Kozlov sacaba medio cuerpo por la ventanilla del pequeño taxi. Intentaba huir de él antes de que le llevara a la comisaría.

—¡Que te den, Yuri! —se dijo a sí mismo y aceleró apretando el manillar—. Que le den al ascenso y a todos los peces gordos.

Nicklas circulaba deprisa, esquivando vehículos y transeúntes en una carrera contrarreloj para encontrar a sus compañeros. Aquella era su máxima preocupación y es que Nicklas nunca había decidido ascender por el dinero o el prestigio, sino porque ése era su trabajo.

Recordó el gran número de miembros que tenía el Juego de Máscaras y que la mayoría de ellos serían gente muy influyente. Sus días en la colonia estaban contados. Pero si debía irse, al menos lo haría rescatando a sus compañeros y deteniendo a un peligroso asesino.

Giró de forma brusca al llegar a una de las arterias principales de la colonia. Los autotaxis tenían que rectificar su camino para esquivar a Nicklas y un par de drones de policía salieron en su persecución por conducción temeraria. No le importaba, sabía que toda la policía estaba ocupada, así que esos drones no tenían a ninguna patrulla que avisar.

Aunque hacía mucho desde la última vez que montó en moto, la extraordinaria visión de Nicklas le estaba ayudando. Sin embargo, cuando se adentraba en los límites del Sector 7, sintió una punzada dentro de la cuenca del ojo. Se llevó la mano a la cara y tuvo suerte de no atropellar a un grupo de operarios que se acababan de bajar del tranvía. Los dejó atrás gritando insultos contra él.

El dolor remitió enseguida, pero le preocupaba. Nunca había experimentado ese dolor después de una purga y temía que pudiera repetirse el episodio de la fiesta.

A las 8:45 de la mañana Nicklas se bajó de la motocicleta justo donde había aparcado un furgón policial. Dos agentes, sobrevolados por varios drones, estaban colocando un cordón policial para cortar la calle. Se identificó ante ellos y pasó por debajo del cordón. Unos metros más adelante había una entrada subterránea para acceder a los túneles. Varios agentes hacían guardia alrededor de ella. Fue directo hacia el mayor de todos, el inspector Albus Zimmerman.

—¿Les habéis encontrado?

Pero Albus negó con la cabeza.

—Es un laberinto mucho peor de lo que imaginaba, pero Alicia ha llamado diciendo que tú tenías los planos.

Nicklas le acercó su dispositivo y de esa forma le transmitió los viejos planos de la colonia.

—Tengo una posible ubicación —añadió Nicklas—. Alicia descubrió que hay alguien transmitiendo desde un punto concreto de los túneles, pero no podemos estar seguros de que María y Alain estén allí, ni tampoco qué camino tomar para llegar a él.

Albus había cargado los planos y veía el punto al que se refería su colega con cara de circunstancia.

—Hay otro problema —intervino Albus—. Allí abajo muchos túneles carecen de cobertura. Es decir, que no tengo forma de avisar a los equipos de búsqueda. Coordinarlos desde aquí es una labor imposible.

—Es una mierda —mientras hablaba Nicklas consultó su

dispositivo de mano con los mapas—. Voy a tener que arriesgarme y elegir un camino. ¿Cuántos hombres puedes dejarme?

Albus señaló a los que estaban junto a la entrada y le ordenó que se prepararan para bajar con Nicklas.

—Tienes a cinco agentes y un grupo de diez está regresando ahora de un túnel sin salida. Llegarán en veinte minutos.

—Dales mi ubicación y que nos sigan, no puedo perder tiempo. ¿Sabes algo de Sergio?

El veterano inspector se encogió de hombros.

—Viene de camino en taxi, no todos disponemos de moto.

—Si la quieres te la regalo.

Nicklas se encaminó hacia la entrada en el suelo y uno de los agentes se adelantó para iluminar el camino con una linterna. Pero el inspector no la necesitaba por lo que le pidió que caminara detrás de él. Sacó su arma y se preparó para adentrarse en la oscuridad.

Cuando llevaba diez minutos de marcha se topó con un grupo de personas que regresaban a la superficie en sentido contrario. Eran dos agentes y un hombre tirando de una camilla sobre la que descansaba un cuerpo bajo la sábana. Al cuerpo le faltaba la cabeza, y quien tiraba de la camilla era Tobías Howedes. En un alarde de completo desentendimiento de la situación, el forense saludó como siempre hacía.

—Buenos días, hace una mañana estupenda hoy.

—No me jodas, Tobi... —masculló Nicklas.

El inspector y su grupo se tuvieron que pegar a la pared para dejar paso a los otros. Cuando el forense pasó por su lado se detuvo.

—De verdad espero que los encuentre y en mejor estado que a éste —señaló a la camilla—. Cuando llegue al distribuidor más adelante debe atravesar las aspas del ventilador. Luego a la derecha. Allí se pierde el rastro, pero he notado corriente de aire viniendo de los túneles que continúan por la izquierda. No he podido explorarlos pero juraría que giran en algún momento en dirección hacia el muro exterior de la colonia.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque el aire es frío —contestó—. Ahora mismo estamos en el subsuelo, pero según nos alejamos hacia el extremo de la colonia, los túneles ascienden hasta colocarse al nivel del suelo de Marte. Puedo equivocarme, pero ¿para qué querrían tener activa la ventilación de esos túneles si allí no debería haber nadie?

—Joder, Tobi, eres un genio.

El hombre sonrió complacido.

—Y usted un mal hablado. Buenas tardes, inspector.

Cuando llegaron al distribuidor que decía Howedes encontraron los

restos de sangre y los conos de criminalística señalando la escena. En una pared estaban las enormes aspas de ventilador. Ya no funcionaban, por lo que pudieron atravesarlas sin problemas. Continuaron siguiendo las instrucciones de Tobías Howedes y Nicklas llegó a sentir el aire frío del que hablaba. Se le erizaron los pelos de la nuca. Tomaron el camino de la izquierda, por donde les llegaba la brisa, aunque allí todo estaba a oscuras. Era un problema para los agentes que iban detrás de Nicklas, pero no para el inspector. Con su visión mejorada no tenía problemas para ver y podía apuntar a cualquier cosa que se le pusiera delante. Pero no encontraban nada. No había rastro de sus compañeros.

Utilizó de nuevo el mapa con el punto rojo marcado. Se dio cuenta de que se estaban alejando de él, pero su instinto le animaba a seguir por ese camino. No tardaron mucho en encontrar una sala más amplia, sin ninguna iluminación, pero en la que podía oírse un zumbido constante. Antes de que los agentes pudieran enfocarlo con sus linternas, Nicklas ya había descubierto unas aspas en el techo. Esas eran las que estaban moviendo el aire que sentían y suponían un nuevo dilema. Ya no se podían fiar de la corriente de aire y debía elegir entre dos caminos que se bifurcaban para salir de esa sala.

****

A sus ojos el exterior de Marte era una interminable extensión de terreno gris hasta donde se perdía la vista, como un campo de cenizas volcánicas salpicado de piedras negras como el carbón. Más allá del valle, los encrespados cráteres delimitaban el irreal y curvo horizonte marciano. Sobre ellos despuntaba el pálido Sol. Era un día claro, con leves tonos azules y alguna nube blanca, cosa que no se veía a menudo. El señor Ceniza miraba complacido el paisaje, limpio y puro, apenas tocado por la mano del hombre. Hasta que volvió la vista a su espalda. Un enorme muro de gris metal se levantaba delante de él. Era descomunal, tanto que parecía una meseta sobresaliendo en la llanura y cubría el horizonte de un lado a otro.

Recortado contra la estructura de la colonia se dibujaba la silueta de una cruz clavada en la arena. Fue hasta ella y la rodeó. Enfrentado a la entrada de la colonia estaba su macabra obra de arte religioso. Él lo llamaba la Cruz de los Reyes Caídos. El señor Ceniza se sintió como el ángel destructor de la Biblia reformista que le leían de pequeño, quien había castigado a los hombres vanidosos y sedientos de poder. Eran falsos reyes. Su carne incorruptible por las condiciones de Marte representaban la redención, como un collage humano. Y coronando su obra estaba la recién cortada cabeza de Georgios, con su melena rizada cayéndole por los lados.

—Yo sólo soy un hombre —dijo dentro del casco—. La Cruz

expiará mis pecados.

Volvió sobre sus pasos hacia la entrada de la colonia. Regresó dentro subiendo por la escalinata y cuando se cerró la compuerta, esperó a que acabara la presurización. En el suelo del pasillo tenía su túnica y la máscara.

De camino a su refugio, mientras caminaba por los intrincados túneles del subsuelo, abrió un sobre con una ración de emergencia. Consistía en una barrita de proteínas, vitaminas y minerales, todos concentrados. Tiró el envoltorio al suelo.

Cada vez que abandonaba una sección de túnel, cerraba los interruptores de la luz del mismo, de forma que quedaban a oscuras y hacía lo propio para iluminar el siguiente. Así, poco a poco, llegó hasta la sala más amplia y rectangular donde estaban sus invitados. Él ya tenía la máscara puesta y recogió del suelo el largo machete. Se quedó un momento contemplando su filo ante la luz del techo. Debía estar en perfectas condiciones para poder hacerse con la última pieza que le faltaba, una pierna izquierda. Y ya sabía por experiencia que era difícil desprender esa parte del cuerpo por donde él la necesitaba. Hubiera sido mejor utilizar una sierra, pero no había encontrado ninguna adecuada. Por suerte, la hoja de su machete era lo suficientemente ancha como para cortar el hueso, aunque le costara varios golpes conseguirlo. Tal vez menos si utilizaba la de la mujer que tenía encerrada por tener ella el muslo más delgado. Pero por alguna razón prefería la paridad y había más partes de mujeres que de hombres en su obra. En ello pensaba cuando llegó hasta la puerta de sus cautivos y abrió la mirilla. La luz entró por ella a la celda y pudo ver la cara de horror del hombre y la mujer, quienes le miraban enmudecidos. También estaba el cuerpo sin vida de su última víctima. Lo cual era una pena. Hubiera preferido quemarla como al resto, pero la policía había vuelto a activar las cámaras de todas las incineradoras. Sentía la responsabilidad de hacer algo con aquel cuerpo y decidió que lo enterraría cerca de la cruz. Un enterramiento a la vieja usanza sería lo adecuado para una pecadora redimida como ella.

La puerta se abrió con un fuerte ruido metálico y el señor Ceniza apareció ante sus cautivos con su máscara, la túnica y blandiendo el cuchillo. Alain y Roseau estaban indefensos y atados con grilletes, que a su vez estaban unidos a la pared de su espalda. Alain miró a su subordinada. Ella presentaba un gesto feroz. Si ese enmascarado decidía acercarse a ella le mordería o haría lo que fuera con tal de defenderse. Él, sin embargo, no se sentía tan agresivo.

Por suerte para ambos, el señor Ceniza sólo quería el cadáver. Y aunque Roseau le increpó y le llegó a escupir cuando pasó por su lado, no ocurrió nada. Ceniza arrastró el cuerpo desnudo por el tobillo de la

única pierna que le quedaba y salió de la celda. Cuando cerró, los dos agentes volvieron a sumirse en la oscuridad. De forma lejana y amortiguada por los muros, escuchaban al hombre de la máscara rezando, cada vez más lejos, hasta que quedaron en silencio. Aunque ya no se veían las caras, los policías se miraban incrédulos. La locura de ese hombre quedaba cada vez más patente.

19

Aunque el cadáver ya no estaba con ellos en la habitación, su olor aún no les había abandonado. Mezclado con los restos del gas lograba atenuarse un poco, pero el ambiente estaba muy cargado y a ambos policías les resultaba pesado respirar. Era una situación muy desesperada y los dos sabían que iban a morir si no le ponían remedio. María Roseau escuchó a su compañero suspirar en su lado de la celda y como si fuera un detonante, aquello avivó una llama en la oficial. Era odio y rabia, pero también miedo a la muerte. El sonido de los grilletes al estirarse despertó a Alain de su apatía.

—Roseau, ¿qué haces? —dijo con apenas un susurro de voz.

De nuevo oyó los grilletes y esta vez acompañado con un quejido de la mujer. Aunque no podía verlo, por la mente del inspector se paseó la imagen de Roseau forzando su muñeca para que pasara por el estrecho grillete de metal. Él mismo había comprobado que era imposible.

—¡Para Roseau! Te vas a romper la mano.

—¡Venga ya, joder...! —respondió con un rugido todavía peor a lo que ella acostumbraba—. ¿De qué me sirve la mano si ese hijo de puta me corta la cabeza?

—Pero esa chica era más menuda que tú y no pudo sacar la mano del grillete.

—Y ahora está muerta —contestó—. Seguramente ella tenía esperanza, ¿tú la tienes ahora mismo, Alain?

El otro guardó silencio.

Roseau volvió a tirar con fuerza. A su espalda notaba como la presión de su brazo le hacía desencajarse el hombro y eso le dio una idea. Hacer pasar su muñeca por el grillete con las manos a la espalda era tarea imposible, pero si lograba pasar sus brazos por debajo de sus glúteos, los tendría delante. De esa manera podría empujar con sus piernas para ayudarse a dejar pasar la mano por el grillete. Le dolería, tal vez tanto que perdería el conocimiento, pero tenía que intentarlo. Alain se estremeció cuando oyó un chasquido seco y después los quejidos de dolor de su compañera. Quiso decirle algo pero se sentía mal si trataba de animarla. Desalentarla era todavía peor. Tenía que dejarla intentarlo mientras apretaba los dientes.

Uno de los peores tragos ya había pasado. Desencajarse el hombro no era una de sus habilidades, por así decirlo, pero lo había sufrido en un par de ocasiones entrenando en el ring de la comisaría y sabía controlar el dolor que le provocaba. Con su brazo izquierdo suelto,

pudo deslizar los grilletes por debajo de ella y colocar sus brazos al frente. No podía verlos en la oscuridad pero sentía las heridas en sus muñecas. De nada le serviría liberarse de una sola mano, debía hacerlo de las dos para tener una oportunidad contra el psicópata.

—¿Cómo lo llevas?

Roseau oyó la pregunta de Alain y en su desesperación le entraron ganas de reír.

—De pena —contestó—. Me vas a oír gritar y blasfemar como nunca, te lo advierto.

Por su parte el inspector ya se había decidido, quería ayudar como fuera, pero en ese momento no era capaz de trazar un plan. Improvisó mientras hablaba.

—¿Te soltarás del todo? Quiero decir, si estarás libre para moverte por la celda.

—Joder, eso espero. No quiero romperme las manos para nada.

—En ese caso tienes que hacer lo posible para derribar a ese tipo y que caiga cerca de mí. ¿Conoces la llave triángulo?

De no haber estado a oscuras Alain se habría visto sorprendido por un gesto de peineta de Roseau.

—¿Por quién coño me tomas? Soy cinturón negro, gilipollas —al momento se dio cuenta de sus palabras e hizo lo posible por dejar de hablar mal a Alain. Sabía que era culpa del dolor y la presión—. Perdona... pero aunque sea una llave de estrangulamiento con las piernas, ¿podrás con él estando atado? Siempre lleva ese jodido machete.

Se encogió de hombros, aunque Roseau no pudo verlo. No importaba, algo tenían que hacer y la colaboración de Alain resultaba esencial.

—Esta bien —resolvió ella—. Tal vez su locura nos sirva para algo. Por algún motivo nos quiere vivos, de momento, así que tienes que hacerte el muerto. En cuanto se vuelva hacia ti le derribaré de una patada en la espalda. Caerá delante de donde estás. Con un poco de suerte soltará el machete y con mucha más suerte le partiré la jodida columna.

Roseau y Alain se rieron aunque apenas fue un segundo. Con todo decidido era el momento de que ella se soltara. Apoyó ambos pies en los lados de los grilletes llevando las rodillas contra su pecho. En esa postura empujó con las piernas hacia afuera y con los brazos hacia dentro, haciendo que los grilletes se deslizaran de forma lenta. Sintió la sangre correr de sus manos hasta el suelo. Era mucha más de la que se había imaginado y el dolor también era mayor. Se sintió desfallecer cuando los pulgares se encogieron y los músculos y tendones cedieron ante la fuerte presión. Las manos se le arrugaban y los dedos se deformaban, pero ella seguía tirando con fuerza. Alain Dalmas no

tenía forma de librarse de los gritos de su compañera. Se había encogido de cuclillas y se mordía la tela del pantalón deseando que el sufrimiento acabara rápido. Pero fue largo, una tortura de dolor, sangre y llanto. Y cuando terminó, sólo se escuchó el ruido de los grilletes al golpear el suelo. Roseau había enmudecido. Con los brazos y las manos entre las piernas era un ovillo tembloroso que giraba de un costado a otro tratando de contener el dolor.

No tenían forma de calcular el tiempo por lo que la espera se eternizaba. María Roseau empezaba a notarse somnolienta, era la extenuación y el descanso de que por fin las manos le dejaran de doler tanto, o tal vez era que su cuerpo, incapaz de sentir más daño, se había acostumbrado. Cerró los ojos, pero cuando le daba rienda suelta a la imaginación no le gustaba lo que veía. Los duros recuerdos vividos en la Tierra le perseguían, atraídos por la debilidad que sentía ahora mismo. En un momento dado recordó al profesor de universidad con quien vivió un tórrido romance, que terminó cuando la mujer del mismo empezó a sospechar. Para entonces Roseau ya se había enamorado y la traición de su amado se consumó con la expulsión de la joven. Ella nunca pudo defenderse de sus acusaciones. Tenía la imagen de aquel profesor en su cabeza cuando por fin escuchó pasos. Se puso las manos a la espalda como si siguiera atada por los grilletes y le chistó a Alain para que él también se preparara. Por suerte para ambos, la sangre de Roseau en el suelo se confundía con la de la mujer muerta que había estado allí antes que ellos. La escena estaba preparada.

Sentían acercarse a su captor, con paso lento y decidido. Primero de forma lejana y poco a poco de manera clara, hasta que se detuvo en la sala exterior. En ese momento María Roseau hizo como que llamaba a Alain y éste hizo como si estuviera muerto. Roseau subió el tono mientras le pedía a Alain que contestase y, tras la puerta, el señor Ceniza empezó a extrañarse de lo que sucedía.

El señor Ceniza abrió la puerta de par en par iluminando de nuevo la celda y clavó su fría mirada, detrás de la máscara, en la joven que sollozaba en un rincón.

—A mi compañero le pasa algo —dijo ella con urgencia y el compungido gesto de dolor ayudó a darle realismo a sus palabras.

Alain permanecía tirado en el suelo y con los brazos tirantes por estar atados a la pared. Ceniza se volvió hacia él. En la mano derecha llevaba su machete pero no parecía que tuviera intención de usarlo. Estaba confiado. Aquellas no eran las primeras presas que estaban atrapadas en sus grilletes y ninguna había conseguido zafarse, por lo que se agachó hasta donde estaba tirado el inspector de policía. El señor Ceniza se sentía contrariado. Debía ser él mismo, con sus manos,

quien arrebatara la vida de sus sacrificios. Pero por suerte aún le quedaba la chica.

Antes de que el hombre se girara, María Roseau ya estaba de pié a su espalda. Su gesto era de rabia hasta el punto que le deformaba la cara. Podía haber huido, pero esa posibilidad ni se le pasaba por la cabeza. Quería ver muerto al tipo de la máscara. En dos pasos ya le tenía donde quería y con un rápido movimiento hincó la rodilla contra la espalda de su raptor. Fue un golpe terrible y bien ejecutado que hizo caer al hombre como habían previsto. Alain revivió y ejecutó la llave atenazando el cuello de su víctima. Todo parecía ir bien hasta que un destello deslumbró a la joven oficial. Era la larga hoja de metal del machete que todavía blandía el de la máscara. Con él en la mano se revolvió y asestó un tajo en el muslo de Alain, quien no tuvo más remedio que ceder y soltarlo. De aquella herida brotó la sangre como si de un aspersor se tratara, regando los pies de Roseau. Ella quedó en estado de choque en el peor momento posible. Incapaz de comprender por qué aquel tipo no se estaba retorciendo de dolor tras la patada, no pudo reaccionar a tiempo para impedir que pasara por su lado. Cuando ella le quiso atrapar con la mano izquierda, sintió su hombro dislocado y sin apenas fuerza para alcanzarlo. Ambas miradas volvieron a cruzarse. Vio a la fiereza de un animal y entonces María Roseau lo comprendió. Aquel tipo también estaba desesperado hasta el punto de soportar cualquier dolor. No era un simple demente, era un fanático. Pero sí que estaba herido. El rodillazo le producía un terrible dolor y prefirió huir, dejándoles de nuevo encerrados. La joven no lo pudo evitar. Ceniza ya había salido de la celda y cerraba la puerta tras de sí, a un instante de que ella pegara su cuerpo contra el frío metal de la misma. Quiso aporrear la puerta, pero sólo el brazo derecho se levantó. El izquierdo pendía ahora como un peso muerto tras romperse algo de lo que Roseau ni siquiera se había percatado. El daño sobre su cuerpo era severo, pero había algo peor, y es que Alain Dalmas se estaba desangrando. Corrió hacia él de nuevo en la oscuridad, le tocó y sintió la humedad de su sangre que le manchaba la ropa. Era una herida muy profunda y podría ser fatal si no se cortaba la hemorragia. De cuclillas a su lado, se desgarró como pudo la tela de su camisa con el brazo que aún le servía. Le practicó un torniquete y lo apretó con los dientes.

—Lo siento —dijo Alain con voz temblorosa.

Roseau miró a la oscuridad donde debía tener él su cara. Sentía que la culpa era de ella, por no haber sido más agresiva, por no haber matado aquel hombre a base de golpes. Simplemente no pudo, se bloqueó y ahora sentía que su error les iba a costar la vida. Resignada a ese terrible pensamiento volvió a notar el olor a gas.

****

El reloj de pulsera de Nicklas marcaba las 9:38 horas. Casi llevaban una hora dando vueltas. Miró atrás y se interesó por el estado de sus dos compañeros. Los otros tres habían cogido otro camino cuando el túnel se bifurcó obligándoles a elegir. Y más adelante encontraron nuevas encrucijadas, alguna fáciles de resolver porque el camino se cortaba, pero en otras se confiaban a la suerte.

En el dispositivo del inspector el punto rojo parecía ahora más cercano y lo que era más esperanzador, ya había menos bifurcaciones para llegar a él. Decidió distraerse de la única forma que sabía, volviendo a pensar en el caso. Como el túnel era de una única dirección, cerró el mapa y abrió la ficha con los datos de que había recopilado. Una a una fue repasando las fichas de las personas relacionadas con el mismo. La agente Minako, que caminaba justo detrás de él, interrumpió los pensamientos Nicklas.

—Esa es Amanda —dijo—. La conozco. No sabía que fuera parte del caso.

Nicklas detuvo un momento la marcha. Amanda no sólo formaba parte del caso, era una posible víctima. No quería soltarle así la noticia a la agente Minako, ni tampoco desvelar que era prostituta.

—¿La conocías bien?

—Bueno, no somos amigas, nos conocimos hace poco. Además, ya acabó su contrato en Marte y se ha vuelto a la Tierra. Pero me cae muy bien, hasta sé su dirección en la Tierra.

Para Nicklas había sido interesante que precisamente aquella agente conociera a Amanda Keane, pero no podía detenerse a hablar de ello, por lo que dio orden de continuar. Sin embargo, una vez que Minako había empezado a hablar de ello no quiso dejarlo.

—Todavía me acuerdo de cuando nos conocimos —continuó ella —. Venía a denunciar la desaparición de un traje espacial de su departamento. Ella era supervisora de infraestructuras de la colonia, ni más ni menos. El caso es que me sorprendió lo buena gente que era. Estaba más preocupada por el ladrón que por el traje.

—¿Y eso por qué? —inquirió Günter, el agente que iba a la cola del grupo.

—Pues porque era un traje en mal estado. De hecho, lo tenían almacenado sin ninguna vigilancia.

De pronto a Nicklas le vino una idea. Andreas Koller, quien era amante de Amanda Keane, sufrió un síndrome radiactivo por haber usado un traje defectuoso. Había atado un nuevo cabo entre ellos dos y eso le estaba causando una extraña sensación en el estómago, a la que no encontraba explicación.

—¿Te habló Amanda Keane de Andreas Koller?

—Sí. Fuimos a preguntar por si había sido él quien cogió el traje,

pero nos aseguró que no. No teníamos por qué sospechar de él. Ni siquiera Amanda insistió. Ahora ya no importa.

De pronto Nicklas se quedó quieto en el sitio. Los dos agentes se miraron preguntándose qué le pasaba. Ignoraban que la mente de su inspector estaba atando cabos a gran velocidad. Y ya lo tenía todo cuando se volvió hacia ellos.

—¡Joder! —exclamó—. ¡Joder, joder y mil veces joder! ¿Cómo no lo he visto antes?

Minako y Günter no se atrevían a preguntar a qué se refería Nicklas. Él les enseñó el dispositivo de mano. Sobre la pantalla flotaba un registro de nombres y fechas proyectado en el aire. Era una lista interminable.

—No lo veis, ¿verdad? —continuó Nicklas—. Eso es porque no está. Aquí tengo todas las salidas autorizadas fuera de la colonia. Para salir al exterior hace falta un permiso y para el permiso el alquiler de un traje espacial. Andreas Koller quería mandarle una piedra con forma original a su hija, pero no tenía mucho tiempo. Es decir, no podía esperar a la burocracia para alquilar uno y obtener permiso. Y como conocía a Amanda Keane tuvo acceso a uno de sus trajes, precisamente el que menos seguridad tenía. Pero no debía saber que estaba dañado.

Minako se encogió de hombros.

—Entonces él cogió el traje de Amanda, ¿qué ganamos con eso?

—Ganamos a un sospechoso, aunque me cuesta muchísimo creerlo —apagó el dispositivo y se rascó la coronilla—. ¡Mierda! Andreas Koller... Él es un jodido padre de familia que cometió una infidelidad, pero ¿qué le llevaría a matar a toda esa gente?

—¿Por qué dice ahora que fue él, inspector? —quiso saber Günter, y Minako asintió a la vez sumándose a la pregunta.

—Porque todo encaja en torno a él. Andreas Koller salió de la colonia sin tener ningún permiso y por lo tanto, no pudo salir por ninguno de los hangares. Si no lo hizo por ahí, la única forma que tuvo fue yendo hasta los límites de la colonia y utilizar una de las viejas compuertas del muro. Una compuerta a la que sólo se puede acceder por túneles como éste. Koller sabía cómo moverse porque trabajaba en el registro de Marte, donde también están los mapas como el que yo he utilizado para localizarle. ¡Joder! Estuve sentado en su mesa de trabajo y no me he dado cuenta hasta ahora. Siempre le dimos por muerto porque hayamos sangre en su casa. Pero en el registro del ordenador doméstico no figuraba que hubiera entrado nadie más. Sólo hallamos su sangre y huellas. En otras palabras, pudo haberlo hecho él mismo para fabricarse una coartada. Incluso la única testigo, su vecina cotilla, sólo vio a un hombre salir de su casa el día que él desapareció.

Recuperó el dispositivo de mano para hacer una llamada, pero seguía sin cobertura. No podía dar parte de lo que había descubierto y, aunque hubiera podido, no le serviría de nada. Saber la identidad detrás de la máscara no le acercaba a su persona. La única manera era continuando su camino y atraparle en su escondite.

Con renovadas energías, Nicklas retomó la marcha. Los dos agentes tuvieron que apretar el paso detrás de él para seguirle. Pronto encontraron más encrucijadas y Nicklas se asomó a cada una de las entradas forzando al máximo su vista. De esa forma descartó alguna y probó suerte con otras. El punto cada vez estaba más cerca. Y cuando encontraron la última bifurcación, los tres escucharon un grito pidiendo auxilio. Era la voz de Alain Dalmas y gracias a ella podía saber qué camino tomar. Los tres se lanzaron a la carrera por un oscuro túnel el cual finalmente acababa en una estancia grande y muy bien iluminada. Era rectangular y tenía puertas a cada lado. Sólo una estaba cerrada y de ella procedían los gritos. Nicklas comprobó que estaba cerrada con llave y apuntó con el arma, pero de inmediato notó el aroma a propano. Utilizando su ojo biomecánico, paseó la mirada por toda la sala hasta localizar un pequeño juego de llaves de paso que estaba al fondo. Cuando se aseguró de haber cerrado el gas, volvió y le quitó a la agente Minako su fusil de partículas. Con la culata del mismo golpeó la cerradura logrando abrir la puerta.

El gas salió despedido y como Roseau estaba pegada a la puerta, fue a caer sobre los brazos de Nicklas. Ella estaba mal pero no dejaba de señalar al fondo de la celda entre toses para que atendieran a Alain. El inspector yacía en el suelo apenas consciente.

—Morirá si no lo ve un médico de inmediato —alertó Roseau.

En cuanto los agentes fueron a su auxilio María Roseau sintió un gran alivio y lo mostró dando un abrazo a Nicklas. Las lágrimas de la joven le recorrían las mejillas y se las secó contra la chaqueta marrón del inspector. Él iba a decirle algo, un enhorabuena por haber sobrevivido, pero se detuvo cuando todos oyeron un golpe metálico. María Roseau ya lo había oído antes y se quedó petrificada. Agarró fuerte a Nicklas con el brazo que aún le servía.

Una figura siniestra emergió de la celda más cercana a la única puerta de entrada y salida que tenía la sala. Vestía una larga túnica gris que le cubría de la cabeza a los pies. Sobre la cara, una máscara blanca como el papel y sin rasgos. Y el ruido que habían oído era el de su machete golpeando las paredes. De esa forma llamaba la atención de los policías y les hacía ver que no le preocupaba que estuvieran allí.

Günter le apuntó con su fusil, pero Nicklas le puso la mano en el cañón para que no disparara. Aún había demasiado gas en el ambiente y podrían salir ardiendo. El enmascarado debía saberlo y por eso se

exponía de manera confiada. Pero estaba a cierta distancia de ellos, la suficiente para escapar cuando Nicklas se levantó con intención de atraparlo.

—¡No vayas! —exclamó Roseau con la poca voz que le quedaba—. Ese cabrón conoce los túneles. Te llevará a una trampa.

A pesar de la advertencia Nicklas ya estaba decidido a seguirle. Sin embargo, aún conservaba la cabeza fría como para dar un par de órdenes.

—En una de estas celdas debe haber un ordenador antiguo. Minako, úsalo para comunicarte con la superficie y dar el camino correcto que está guardado en tu dispositivo de mano. Pide refuerzos. Y tú, Günter, deberás cargar con Roseau y Alain de vuelta al exterior. Siento pedirte esto, pero tienes que darte prisa.

Sin despedirse, Nicklas Magnussen dejó a sus compañeros y desenfundó su faser de mano. Tenía plena confianza en que no fallaría el disparo y detendría a Andreas Koller sin matarlo.

Al tiempo que volvía a sumergirse en los oscuros túneles, Nicklas se hacía muchas preguntas. ¿Por qué Koller? ¿Qué mueve a un hombre pacífico a matar de aquella manera? Para esas preguntas no tenía respuesta, pero sí a las demás. Conocía los túneles por su trabajo, a las prostitutas porque se movía en ese entorno y pudo usurpar la identidad de McCarthy porque tenía acceso a todos los registros de identidades de la colonia. De no haberle considerado una víctima, habría sido siempre un sospechoso. Eso le hizo acordarse de la mujer de Koller, Jelena. La tenía en mente cuando vio al enmascarado, al final del túnel, esperando a Nicklas.

—¿Por qué haces esto? —gritó Nicklas—. Andreas Koller. Sí, sé que eres tú.

Como respuesta, el hombre de la máscara golpeó su cuchillo contra la pared haciendo que resonara el sonido con un eco metálico. Era una llamada. Parecía estar diciendo “ven a por mí”. Y cuando Nicklas echó a correr, él desapareció tomando otro camino.

No podía huir del ojo de Nicklas. Koller podría conocerse los túneles, pero el inspector recordaba también cada camino que había tomado para llegar hasta allí y podía ver sin problemas en la oscuridad.

Al llegar a unas escaleras, Koller tuvo que aminorar la marcha y Nicklas le vio. Estaba lejos, pero no tanto como para errar un disparo. Forzó nuevamente su vista, pero en ese momento oyó la voz de Koller resonando en el pasillo por el eco.

—Yo también te conozco, Nicklas Magnussen. El Perro de Norrebro, el del ojo biónico, el herido por una niña pequeña.

Al oír eso último Nicklas se detuvo. Sólo dos personas en la colonia de Marte conocían la historia de su ojo. Una era Frank Pauli, por la

amistad que se tenían, la otra era Tobias Howedes por ser su médico particular. Pero recordó que Andreas Koller trabajaba con los expedientes de los colonos y, de alguna forma, había accedido a la información clasificada. No era tan difícil para alguien capaz de montar todo aquello. Loco y bien motivado.

—No quiero tener que dispararte, Koller.

—Claro que no —respondió él—. Tú no eres un asesino. ¿Crees en la redención? ¿Crees que esa niña pequeña se habrá salvado y estará en el cielo?

Un sudor frío le recorrió la espalda a Nicklas Magnussen.

—¡Calla, joder!

Empezó a subir las escaleras para seguir teniendo a tiro a Koller. Por su parte él subía despacio, quería seguir hablando con el inspector.

—Seguro que te has atormentado tantas veces... Tantas noches habrás soñado con esa niña. Ella era inocente y pura y, sin embargo, apretaste el gatillo. Dime, Nicklas, ¿eso fue antes o después de que te dejara ciego de un ojo?

Nicklas sintió un repentino mareo. De pronto todo se desenfocaba y tuvo que apoyarse en la pared. Había perdido la puntería y notaba un creciente dolor en la cuenca de su ojo. Tal vez lo había forzado demasiado justo después de haber sufrido el daño de un inhibidor electromagnético. Pero también podían ser los recuerdos reprimidos que buscaban salir atravesando su cerebro. En cualquier caso le afectaba sin remedio.

—¡Voy a detenerte! —bramó—. No puedes escapar.

Pero Andreas Koller se había detenido en lo alto de las escaleras. Ya no huía.

—Y tú no puedes escapar de tu pasado —contestó desde lo alto—. Las malas lenguas dicen que disparaste primero, incluso que la niña se estaba defendiendo de ti. Debió ser muy duro el juicio que te hicieron. Tanto que, aunque lo ganaste, abandonaste el cuerpo para ir a Marte. Pobre pecador. No estarías tan triste si supieras que estoy redimiendo los pecados de este lugar infernal. Porque éste es el infierno, un campo gris e infinito. Y yo soy el señor Ceniza, el Ángel Destructor.

—Ángel Destructor... ¡Puto chiflado!

Subió otro escalón antes de que Nicklas se detuviera impedido el dolor que le quemaba dentro de la cuenca ocular. Se llevó las manos a la cara reprimiendo un grito. Y en cuanto tuvo un momento de descanso y el dolor cedió, salió corriendo escaleras arriba. Si no podía ver bien, al menos aseguraría el tiro estando más cerca de su objetivo.

Una vez estuvo en la parte alta, descubrió un túnel más ancho y alto. Andreas Koller había desaparecido. Le buscaba con la mirada aún borrosa y el fáser al frente cuando atinó a ver una sombra abalanzarse

contra él. Koller había lanzado un tajo con su machete buscando el brazo que sostenía el arma, pero Nicklas lo retiró antes de que le cortara. Así comenzó una lucha cuerpo a cuerpo, en la que Koller tenía ventaja. Nicklas disparó, pero el haz de partículas atravesó la túnica del otro sin tocarle la piel. Con el siguiente tajo circular, Nicklas cayó al suelo al esquivarlo. Y cuando se reincorporó, Koller había vuelto a desaparecer entre las sombras.

El ojo del inspector fallaba, y con él todo su sistema visual. Tenía que hacer algo o moriría en el siguiente ataque de Koller.

—¿Sabes que Jelena sigue llamando todos los días? —dijo Nicklas —. Ella no ha roto su rutina, igual que hacías tú antes. He visto los mensajes que os mandabais, y te he visto decir que eres un hombre religioso. ¿Crees que tu familia aprobaría esto? ¿Damián y Christine? ¿Crees que tu Dios lo aprobaría?

Koller salió a su espalda y Nicklas notó el frío acero del machete contra la piel de su garganta. Estaba perdido, pero Koller no terminaba el trabajo. Estaba jugando con su víctima.

—Tú no entiendes nada —le dijo al oído—. Les estoy salvando a ellos.

—¿Matando a las prostitutas y a sus chulos? ¿Y de paso a una inocente como Martha Hoff?

—No hay nadie inocente en esta colonia. Los esposos son infieles, la sodomía se practica en todos los hogares, el sexo y el poder son lo único que mueve este mundo. Por eso afuera sólo hay cenizas, porque este mundo es el infierno.

Mientras Koller hacía su discurso, dejó de apretar el filo del machete contra la garganta de Nicklas. Éste lo aprovechó dando un fuerte codazo en la base del estómago de Koller y agarrando su brazo. De esa forma se zafó y aunque todavía le costaba ver, pudo acertar un disparo contra su cuerpo. Andreas Koller se convulsionó y empujó a Nicklas de nuevo contra el suelo. Al levantarse, el inspector notó que tenía sangre en la mano, pero no era suya, sino de Koller.

Encorvado y con una mano sobre el estómago, el enmascarado corría hacia el fondo del túnel, perdiéndose en la oscuridad. Nicklas le siguió, pero el mareo no cesaba y eso le impedía alcanzarlo. Se tropezó un par de veces antes de llegar a una estancia con puertas de grandes dimensiones. Una se cerró a su espalda y otra se abrió delante de él. Allí estaba Andreas Koller. Había dejado la túnica la había cambiado por un traje para salir al exterior de Marte. Tras la visera de cristal de su casco, Koller ya no tenía la máscara y Nicklas vio que estaba pálido y ojeroso. Además, un hilo de sangre le recorría el labio. A pesar de ello podía moverse y accionó un mecanismo en la pared. Una luz roja inundó la estancia, era la señal de que se iba a abrir la última compuerta hacia el exterior de Marte. Nicklas pegó su espalda

contra la puerta de atrás. Había comprendido tarde que era en una trampa, y si Koller terminaba de abrir la puerta del exterior, la descompresión le empujaría fuera, donde se quedaría sin aire y las condiciones de Marte acabarían con su vida en un par de minutos.

Nicklas disparó y falló, apenas veía. La puerta del exterior se abrió y él tuvo que agarrarse a una argolla de metal en las que se colocaban los trajes espaciales. Así evitó ser expulsado, pero vio como su faser se deslizaba por el suelo y salía despedido al desierto de Marte. La escena que contempló entonces fue sobrecogedora, algo que Nicklas nunca había experimentado y el azar quiso que su vista se recuperara lo suficiente para apreciarlo. Veía el desierto marciano y, recortado sobre el horizonte, una cruz de metal muy grande, sobre la que había diferentes partes de cuerpos humanos, todos atados o clavados a ella. Esa visión le quitó el aliento, que por otro lado se congelaba nada más salir de sus labios. Iba a morir de frío antes que por la falta de oxígeno, pero entonces la puerta del exterior empezó a cerrarse y él dejó de sentir la fuerza que le expulsaba al desierto.

Apenas estaba consciente cuando la de detrás se abrió también y alguien tiró de él de vuelta al túnel. Con la visión borrosa descubrió el rostro redondo y calvo de Sergio Guirao.

—Joder, cómo me alegro de verte —dijo Nicklas antes de empezar a toser.

Un par de agentes armados pasaron a su lado y se asomaron a la compuerta exterior. Todo estaba en orden, pero Andreas Koller seguía en el desierto de Marte.

—Menos mal que le dijiste a Minako que avisara por el ordenador —dijo Sergio al tiempo que le ayudaba a sentarse—. De lo contrario no te hubiera encontrado. ¿Es posible que el asesino haya huido por el exterior?

Pero Nicklas negó con la cabeza.

—Ahora mismo estará muerto —contestó.

Fuera de los muros de la colonia, una figura se arrodillaba junto a la cruz de hierro clavada en la arena. Tenía un gesto de súplica y permanecía congelado en aquella pose. Horas más tarde, los agentes de la policía lo encontrarían así, cuando se bajaron de sus vehículos rover. Uno de ellos, que era religioso, mencionó por la radio que le recordaba a un cuadro de las viejas iglesias que había conocido en la Tierra.

20

A las 20:00 horas del viernes 27, tuvo lugar una rueda de prensa en la plaza donde estaba la comisaría de policía. Tras el atril de conferencias estaba el gobernador, Marcus Belmonte. A la derecha del mismo estaba Marcel Mitchel y a la izquierda estaba Nicklas Magnussen.

La plaza nunca había estado tan llena de gente y sobre el mar de cabezas de periodistas y curiosos, sobrevolaban decenas de drones con cámaras y micrófonos para la prensa. Nadie quería perderse la resolución del primer caso de asesino en serie de la colonia de Marte.

Las palabras del político, como no podía ser de otra manera, fueron de orgullo y de alabanza hacia los medios policiales de que disponía la colonia. Daba las gracias y al tiempo se colgaba medallas de mérito por haber atrapado al asesino. Además de haber desarticulado una red de prostitución en Marte. Pero Nicklas sabía que no era cierto. Sólo se habían clausurado algunos locales y detenido a gente sin importancia. Ni siquiera Yuri Kozlov pisaría la cárcel y mucho menos alguno de los peces gordos que pertenecían al Juego de Máscaras. Aunque ahora lo tendrían mucho más difícil para volver a organizar una de sus orgías. La muerte de Georgios, a manos de un infiltrado en su juego, había descolocado a muchos e infundido miedo. Pero apenas era consuelo para Nicklas. Le habían ordenado hacer una declaración, cosa que él no quería, y se preparaba para soportarlo.

Cuando el capitán Mitchel le nombró para colocarse delante del micrófono, Nicklas estaba titubeante. Paseó la mirada entre los asistentes sin poder quitarse una idea de la cabeza, tenía que darles carnaza. Estaban allí para destrozar a Andreas Koller, lo cual a Nicklas no le importaba, pero al destrozarlo a él, también se lo estaban haciendo a su familia en la Tierra. Allí, una mujer afligida y dos niños inocentes recibirían la noticia. Ese momento será difícil de asimilar, pero más aún sería soportar a la prensa, la opinión pública y las miradas de sus propios vecinos y amigos. Andreas Koller estaba muerto, él no sufría mayor castigo, pero su familia estaba a punto de recibirlo en su nombre.

Las cámaras aguardaban y Nicklas por fin rompió el silencio.

—Nada puede reparar la pérdida de un ser humano —dijo, y de nuevo se tomó un segundo antes de continuar—. En mi vida he detenido a mucha gente, algunos, la mayoría en realidad, van a la cárcel. Pero sus delitos de sangre nunca pueden ser restituidos. Andreas Koller mató a mucha gente, pero nosotros sólo podemos

reclamar su vida una vez y ya la ha perdido. Por eso creo que no puedo añadir nada más al respecto, sólo tratar de explicar por qué un hombre de familia, con un historial impecable ante la Ley, decide convertirse en asesino. A falta de las pruebas forenses que lo confirmen hay indicios de que sufría algún trastorno. El doctor Eban Harush y la doctora Gabriele Zernis, le trataban de problemas en el cerebro —un murmullo se levantó entre los asistentes y Marcus Belmonte miró a Marcel con gesto interrogativo—. El primero, como neurólogo, le trataba de un cáncer cerebral en el corteza visual cuyas implicaciones aún están por resolverse. Y Zernis, como psiquiatra, le trataba de una profunda depresión y ansiedad relacionada con la soledad propia de vivir en este planeta. Seguro que casi todos los presentes saben lo que se siente aquí...

El micrófono se había cortado y nadie pudo seguir escuchando a Nicklas. El bajito capitán de la policía, Marcel, le apartó del atril y ocupó su lugar.

—Gracias por tu intervención, inspector Magnussen.

Y mientras Marcel continuaba con el discurso oficial, ese que debía demostrar la eficacia de la policía y la maldad del asesino, Nicklas se alejó de las cámaras y volvió dentro de la comisaría. El gobernador, Marcus Belmonte y el fiscal Kim Young, el hombre con voz de pito, empezaron a la vez a echarle la bronca. No entendían cómo podía justificar al asesino delante de la prensa. Él aguantó de forma estoica el aluvión de críticas y cuando se hubieron descargado, Nicklas se disculpó con un par de palabras y se fue por el pasillo hacia las oficinas. Entró a su despacho y cerró de un fuerte portazo que hizo retumbar la pared. De haber tenido algún cuadro colgado en su austero despacho se habría caído por la violencia del golpe.

Antes de que llegara a sentarse en su sillón, la puerta volvió a abrirse y alguien encendió la luz del despacho. El rostro, calvo aunque juvenil de Sergio Guirao, asomó por el vano.

—Me voy con algunos de la comisaría a ver a Alain y Roseau al hospital. Pensé que te interesaría acompañarnos.

Nicklas no se había olvidado de sus compañeros, pero tampoco quería ir a visitarlos estando tan frustrado.

—Iré después de vosotros —contestó—. No creo que nos dejen estar a todos en las habitaciones.

—De acuerdo. ¡Ah! Me he cruzado antes con Tobias Howedes. Te estaba buscando. Dice que tiene que revisarte de nuevo.

—Lo que me faltaba...

Y al tiempo que se quejaba se sorprendió a sí mismo con la mano sobre su ojo derecho.

Sergio se despidió y Nicklas se quedó a solas en su despacho. En ese momento sintió algo que le era familiar. Una tristeza que no había

tenido desde que cerró el caso que le hizo abandonar la Tierra y alistarse como policía en Marte. Ambos eran los casos de su carrera que, pese a ser cerrados con éxito, le habían dejado muy tocado en lo anímico. El de Copenhague, de hecho, le había dejado tocado en lo físico también.

Temió que tanto acordarse de aquel episodio le volviera a afectar en la vista y se levantó para ir a ver a Howedes. De camino, en los pasillos de la comisaría, los agentes de policía se paraban ante él y le felicitaban. Algunos le tendían la mano para estrecharla, pero él pasaba de largo con apenas una leve disculpa. Bajó deprisa las escaleras hasta los laboratorios y allí, sobre una pizarra holográfica de grandes dimensiones, encontró multitud de fotografías flotando en el aire de Andreas Koller. En la mayoría se le veía con el cráneo abierto y con el cerebro cortado en pedazos. Eso le hizo dar un traspié con el que casi se cae. Tobias Howedes le vio tropezar.

—Muy buenas tardes, inspector —saludó—. Hace una tarde estupenda.

—Déjate de gilipolleces, Tobi —contestó de manera brusca—. ¿Es necesario que tengas esas imágenes abiertas?

—Sí cuando tienes que realizar un informe de la autopsia. Pero descuida, el cadáver de Andreas Koller ya no está en el laboratorio.

Nicklas fue directo hasta la silla donde el forense solía hacerle las purgas del ojo.

—Pues apágalas de momento y cuando me vaya sigue con eso. Quiero despejarme de este caso cuanto antes.

Howedes obedeció y la pizarra se desvaneció en el aire. Sin embargo, el forense no quiso abandonar aún el tema.

—Es curioso que un policía con una circunstancia visual como la tuya haya peleado contra un criminal que también tenía una circunstancia visual.

Sobre la silla de las purgas, Nicklas se volvió para mirar a Howedes. Estaba sonriendo y el inspector sabía que sólo lo hacía de esa manera cuando encontraba algún caso médico interesante.

—Mierda, Tobi. ¿Es que nunca me haces caso?

—Claro que sí. He apagado la pizarra. Pero volviendo al problema visual de Koller, ¿sabía que el tumor le afectaba a la vista?

Nicklas suspiró. No quería enfadarse con él, sabía que no tenía la culpa de comportarse de aquella manera. Era una persona muy inocente y no lo hacía con mala intención.

—Lo sé todo —contestó tratando de zanjar el tema—. Me lo dijo el doctor Harush. Cáncer cerebral en la corteza visual por radiación. No veía bien.

—¡Es mucho mejor que eso! —dijo ilusionado, como si una enfermedad pudiera ser buena—. He simulado su procesamiento

visual en el ordenador y he descubierto que su cerebro no podía procesar una parte muy concreta de la información visual que le llegaba. Se trata de los estímulos producidos por los conos sensibles a las longitudes de onda entre los 600 y 700 nanómetros.

—¿Qué?

—Le llegaba la información del color rojo a su corteza visual, pero al procesarla, el señor Koller veía tonos grises por un defecto en su procesamiento. En términos médicos se denomina protanopia, pero eso se ha documentado como un problema en los conos que "captan" ese color en la retina. Esto es distinto. ¿Quiere que le mande el artículo que estoy escribiendo? Aún no he decidido a qué revista médica lo remitiré.

Pero Nicklas guardó silencio. Acababa de caer en la cuenta de que Koller se había llamado a sí mismo el señor Ceniza y del desierto exterior había dicho que era una campo gris.

—Tobi, necesito tu opinión profesional. ¿Ese tumor, o la forma en la que le hacía ver el mundo, pudo volverle loco?

A Howedes le pilló por sorpresa la pregunta, pero estaba encantado de responder.

—Una deficiencia visual no le convierte a uno en asesino. Como criminalista he leído mucho sobre el tema y no hay antecedentes de eso, sin embargo, sí los hay de gente que recuerda hechos traumáticos en el pasado después de haber sufrido un accidente y quedar limitados de alguna manera. Esas dificultades sensoriales estimulan otras áreas del cerebro. Por ejemplo, en el año 2102, una mujer de treinta años recordó los abusos sexuales de un miembro de su familia cuando era niña, a raíz de un accidente que la dejó temporalmente ciega. Al parecer, este hombre solía vendarle los ojos y el hecho de encontrarse en la misma circunstancia le abrió la mente a unos recuerdos reprimidos. El caso se saldó con ese familiar detenido, aunque pasaran más de veinte años.

—El historial de Koller parece limpio. No podría demostrar que algo malo le ocurrió en el pasado y tampoco está vivo para poder preguntarle.

—Aún está su familia —respondió de manera automática—. Tal vez la mujer sepa algo.

El hecho de tener que hablar con Jelena Koller le revolvió el estómago.

—Estará muy afectada —contestó Nicklas—. No creo que sea buen momento.

—Todo depende de lo importante que sea ese dato en la investigación —apuntó Tobías Howedes con su habitual sinceridad, justo antes de colocarle a Nicklas la diadema llena de cables sobre la cabeza.

Al filo de las 21:00 horas, Nicklas Magnussen entraba de nuevo a su despacho. Hablar con Howedes le había removido la conciencia. Había estado evitando hablar con la mujer de Koller por un motivo egoísta, pero era su deber como policía. Sabía que alguien ya le habría informado mediante un frío comunicado con datos de la investigación y sin posibilidad de respuesta directa. Cualquier reclamación o llamada que hiciera ya sólo podía ser por los abogados, quienes darían carpetazo al caso en sus despachos.

Se estiró la camisa y la vieja chaqueta marrón para parecer más presentable antes de grabar el vídeo para Jelena Koller. Y cuando abrió el ordenador se encontró con que tenía un mensaje, precisamente de ella. Dio la orden de reproducirlo. Sobre la pantalla holográfica que flotaba en su mesa, vio el rostro pálido y demacrado de Jelena. Tenía los ojos rojos y hundidos en las profundas ojeras. No se había peinado bien y la habitación desde la que grababa el vídeo estaba a media luz. Abajo de la imagen, donde aparecían datos del vídeo, encontró que lo acababa de recibir hacía sólo unos minutos.

—Gracias —fue la primera palabra de la mujer, algo inesperado—. Cumplió su palabra de encontrar a mi marido y, aunque me cuesta creerlo, sé que usted no me mentiría. Sé lo que ha hecho Andreas, sin embargo, me es imposible imaginar el porqué. Espero que algún día usted pueda decírmelo —se interrumpió cuando el llanto de un niño se escuchó desde detrás de la puerta que tenía Jelena a su espalda. Ella giró la cabeza, pero el llanto había cesado—. Si hubiera conocido como yo a Andreas... era alguien tan bueno y dulce. Y eso que no lo pasó nada bien de pequeño. Como muchos otros, él era un niño de la posguerra, por lo que tuvo que vivir muchas desgracias. Su familia emigró desde Europa del Este, incluso él se cambió de nombre para atravesar las fronteras con otro pasaporte. Y sin embargo, Andreas lo llevaba bien. Decía que había que olvidar el pasado y mirar al futuro. Por eso se volcaba tanto con sus hijos, eran el futuro para él.

Nicklas detuvo el vídeo.

“Koller sí tuvo un pasado violento a fin de cuentas” pensó. “Pero si es un niño de la posguerra y cambió de nombre, dudo que pueda averiguarlo”.

Reanudó el vídeo, pero no encontró en él referencias a ese pasado del que hablaba su mujer. Sólo más historias del padre de familia que fue, de la ayuda que prestaba en organizaciones benéficas y de cómo entrenaba el equipo de baloncesto de la escuela. Un padre modelo después de todo, y a la vez un asesino implacable.

Nada más terminar de verlo, grabó un vídeo a modo de respuesta. En él trató de exponer los términos médicos que le había dicho Tobías Howedes sobre el tumor que habían encontrado en su cerebro y de cómo aquello le pudo afectar. Quiso dejar claro que algo malo le

ocurrió en su cabeza, pero al mismo tiempo no quería, ni podía, restarle culpa de los asesinatos. Omitió detalles de los mismos, por desgracia Jelena se enteraría en la prensa.

Concluyó con un mensaje de ánimo y ofreciéndose para cualquier cosa que necesitara. Aquello alivió un poco la presión que sentía en el estómago, pero no le duraría.

Era noche cerrada en la colonia cuando Nicklas Magnussen salió de la comisaría. Había mandado un mensaje a Sergio diciendo que llegaría tarde a ver a los heridos y recibió enseguida la respuesta de su subordinado. María Roseau se había ido del hospital sin esperar el alta y creía que estaría en su casa, mientras que Alain Dalmas rechazaba cualquier clase de visita. Eso le dejó contrariado. Detuvo un taxi de la plaza y le dio orden de que le llevara a su casa. De camino se acordó de Sara Bell. Olga, de recepción, le había dicho que Sara se marchó a su propio domicilio acompañada por dos agentes. Suponía que estaría bien, pero Nicklas le había mandado varios mensajes sin obtener respuesta. Con todo el lío de la reunión con Marcel y los políticos de turno, además de la rueda de prensa, no había tenido tiempo de hablar con ella. Marcó su contacto en el dispositivo de mano, pero de nuevo nadie contestó. Lo intentó un par de veces más y también llamó al piso de ella, pero nada.

Salía del taxi para entrar en su propio edificio cuando decidió llamar a Sergio por si él sabía algo. La respuesta le hizo detenerse en mitad de la calle.

—Ha pedido entrar en el programa de protección de testigos —dijo Sergio—. Pensé que lo había hecho después de hablar contigo, como si tú se lo hubieras sugerido.

—No me dijo nada.

Sergio dudó ante aquella respuesta.

—Bueno, a lo mejor te llama más tarde. Sé que le han dado un nuevo dispositivo y a estas alturas estará en uno de nuestros pisos francos con alguna escolta. Si he comprendido bien el procedimiento de Marte, ella debería embarcar en un vuelo privado de vuelta a la Tierra lo antes posible. Por cierto, lo siento.

—No te preocupes tanto, sólo estoy confundido de que no me dijera nada.

Pero Sergio no se refería a lo de Sara Bell.

—¿No te has enterado? Después de la rueda de prensa, Marcel se ha reunido con los políticos y al parecer han decidido ascender a Alain Dalmas a capitán. Todavía no hay un comunicado oficial, pero parece que lo anunciarán la próxima semana. La verdad es que no me lo esperaba, tampoco María Roseau. Hablé con ella y me dijo que podía ser debido a tu intromisión en el Juego de Máscaras. A los peces

gordos no les interesa un policía que no tenga miedo a meterse en sus asuntos. Es una mierda.

Nicklas sonrió.

—Es el primer taco que te oigo —le dijo, y con ello dejaba claro que no le importaba el ascenso—. Veo que estás aprendiendo.

—Tengo un buen maestro.

Dicho eso dio por terminada la llamada.

—No creo que sea tu maestro mucho más tiempo —dijo en voz alta aunque Sergio ya no lo podía oír.

Subió por el ascensor con una mezcla de sentimientos, todos ellos tristes aunque por diferentes motivos. Asimilar el ascenso de Alain era fácil, pero se sentía traicionado por Sara Bell al no decirle que se metía en protección de testigos. Todavía estaba a tiempo de ir a buscarla si cumplimentaba una orden en la comisaría, pero no quería forzar de esa forma la situación.

Una vez estuvo en su casa la notó muy vacía. Había pasado poco tiempo con ella viviendo allí, pero había sido el suficiente para acostumbrarse a su presencia. Se asomó a su habitación. La cama seguía sin hacer, con las sábanas revueltas. Era el recuerdo de la última noche de pasión que había tenido. Echaba de menos el contacto de su piel. El frío de su ausencia le hizo abrocharse la chaqueta aunque en el piso hacía buena temperatura.

Cabizbajo, se sentó en el sofá. El equipo multimedia del salón le detectó y activó un sistema automático. Al levantar la mirada, Nicklas encontró el rostro de Sara Bell, con su cabello natural y sin nada de maquillaje, proyectado contra la pared del salón. Era un mensaje grabado y dispuesto para ser reproducido en cuanto él diera la orden. El corazón del policía dio un vuelco cuando ella empezó a hablar.

—Perdona que me haya ido sin despedirme —dijo—. Pero no puedo soportar estar más tiempo aquí, con miedo. Ni siquiera tú puedes protegerme, creo que nadie puede. He visto las perversiones de gente muy importante y aunque no les pudiera identificar, no importa. Saben que estoy contigo y eso es lo que cuenta. Por eso me voy, Nick. Espero no haberte causado muchos problemas. Eres la mejor persona con la que he estado en Marte. Cuídate.

La imagen de Sara Bell se desvaneció y Nicklas apagó el equipo multimedia con una orden que sonó ronca en su garganta. Esa noche dormiría mal y no en su cama, sino en el sofá. Él no se consideraba una persona sentimental, pero aquello, todo junto, le había afectado.

A Nicklas Magnussen le dieron unos días libres que él no deseaba. Su mejor y única terapia para salir de la apatía era el trabajo. Sin eso, Nicklas tendía a recluirse.

El sábado 28 probó suerte en el gimnasio y después de eso quedó

para comer con Frank Pauli y Sergio Guirao. Su conversación se limitó a monosílabos y terminó pronto. Ni siquiera su amigo pudo levantarle el ánimo con el incisivo ingenio del que hacía gala.

Cuando llegó la noche probó suerte en un bar del Sector 5, un sitio decente donde tomarse unas copas. Pero parecía tener un aura negra a su alrededor y sólo el camarero tras la barra le dio algo de conversación. El alcohol tampoco le soltó la lengua al inspector de policía y terminó la noche vagando por las oscuras calles de la colonia. De vez en cuando se cruzaba con alguien. Si era una mujer se imaginaba que podía ser Sara, pero con su visión pronto descubría que no.

El domingo recibió la visita en casa de María Roseau. La oficial llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y vendas en ambas manos, pero era Nicklas quien, muy desmejorado y afectado por la resaca, presentaba un peor aspecto. Roseau le dio dos gritos que casi le hacen explotar la cabeza, o al menos eso le pareció a él, y le obligó a adecentarse. Salieron juntos a comer y aprovechó para contarle los detalles del caso que habían salido a la luz en las últimas horas. Al parecer, Tobías Howedes, con su excepcional trabajo forense, había conseguido que se considerara el tumor de Andreas como responsable en el cambio que sufrió. No servía de nada ya que seguía siendo culpable, pero era algo, al menos para la familia que dejaba en la Tierra. Y para la familia de las víctimas parecía tener más sentido que Andreas estuviera loco. Al menos en esos términos de locura se podía explicar un acto tan atroz.

En el café después de la comida, María Roseau le contó que Alain recibiría el alta el lunes. Obligó a Nicklas a que fuera hablar con él. A fin de cuentas, seguían siendo compañeros y ambos se habían enfrentado al mismo asesino. Ella no dejó de presionarle hasta que Nicklas aseguró que lo haría.

El lunes era día 1 del mes de Kumbha, según el calendario Dariano que estaba establecido en Marte. Nicklas se levantó temprano después de apenas haber dormido esa noche. Como cada día de trabajo eligió su vieja chaqueta marrón y salió a la calle. El mismo perfecto día le esperaba, con un cielo limpio de nubes y bien soleado. Lo miró con recelo antes de subirse al taxi.

La gente tras la ventanilla del vehículo, comenzaba su jornada laboral. En el Sector 1 la mayoría iban con traje, algunos muy elegantes. Era la cara amable de la colonia de Marte. Muy alejada a la otra que se escondía en los sectores viejos, o en los túneles debajo de ellos. Aunque eso se acabaría pronto. La casualidad quiso que pasara por delante de una de las obras de sellado de los túneles. Habían cortado una calle obligando al taxi a tomar una ruta alternativa.

Ya en la comisaría se dio cuenta de que los agentes de uniforme no le daban la enhorabuena igual que unos días atrás, cuando detuvo a Vitrov. Se debía a que ya se daba por seguro el ascenso de Alain Dalmas. Precisamente era a su despacho al que él se dirigía. Lo encontró con la puerta abierta. Un par de agentes de las fuerzas de asalto de Alain salían en ese momento y no parecían nada contentos. Le dedicaron a Nicklas una mirada cargada de malas intenciones y que el inspector no llegaba a comprender.

Dentro del despacho estaba Alain, con un elegante traje al que acompañaba un nuevo accesorio, un bastón. Se apoyó en él para volverse hacia Nicklas. Le pidió que cerrara la puerta.

—Un bastón —dijo Nicklas, quien seguía sin ánimo como para resultar ocurrente.

—Me alegra descubrir que tu ojo no pierde sus facultades —bromeó él y, sin embargo, Nicklas notó un tono de tristeza en su voz —. El corte atravesó el hueso y los médicos dicen que necesitaré terapia de reconstrucción con células madre antes de volver a caminar sin ayuda. Pero a tenor de la herida, dicen que he tenido suerte.

—Eso es fácil —respondió Nicklas—. Te pondrás bien pronto. Pero ¿qué estás haciendo?

Nicklas se había fijado en que Alain guardaba las cosas de la mesa en una caja de plástico. Al momento comprendió que era una pregunta inoportuna. Seguramente se estaba mudando al despacho de Marcel Mitchel como nuevo capitán de la policía. Iba a disculparse, pero Alain se le adelantó.

—Me voy de Marte —dijo.

Pilló por sorpresa a Nicklas.

—No puedes hablar en serio —se le acercó hasta estar a un palmo de él—. Vas a ser ascendido. Era tu mayor ambición y te lo has ganado, joder. Encontraste el escondite de Koller antes que nadie y pudiste haberle atrapado.

Alain se sonrió antes de contestar.

—Lo encontré porque él quiso que lo encontrara. Me llevó a una trampa y yo conduje a Roseau de cabeza dentro de ella. Además, nunca llegué a descubrir la identidad del asesino, fuiste tú quien lo hizo.

—Por eso tus hombres me han mirado mal al entrar —continuó Nicklas—. Te vas y me echan a mí la culpa. Piensan que me van a dar tu ascenso, pero se equivocan. ¡Joder! Me he ganado muchos enemigos en Marte.

—Eso es lo que hace de ti un policía mejor de lo que yo soy —y mientras hablaba dejó caer la placa con su nombre que presidía la mesa en la caja—. Estando en esa celda con Roseau, me di cuenta de que tengo muchas limitaciones. Y que no estoy preparado para esta

clase de maldad —dijo refiriéndose al caso.

—Es sólo una herida de guerra. Te pondrás bien.

—¿Es lo de tu ojo nada más que una herida de guerra? —y la pregunta dejó a Nicklas sin argumentos—. Sé que debió de afectarte mucho, tanto que nadie de por aquí sabe lo que te ocurrió. No lo cuentas porque no es sólo una herida física. La mía tampoco lo es. Y ahora déjame que acabe de recoger. Quiero volver a la Tierra en el vuelo de esta tarde.

Nicklas se contuvo de hacer otro comentario. En realidad no sabía bien qué decirle. Lo había pasado mal en los túneles y él sabía lo que era recibir una herida que llega al alma antes que a la carne.

—Cuídate, Alain.

El interpelado seguía sonriendo para disimular su tristeza.

—Espero que te nombren capitán, Nick. Lo digo de forma sincera y así se lo haré saber a mi equipo.

Nicklas Magnussen regresó a la plaza junto a la comisaría. Seguía teniendo el día libre pero no sabía qué hacer con él. Empezó a caminar sin rumbo por una de las avenidas principales. Tardó en darse cuenta de que su dispositivo de mano estaba vibrando. Contestó y vio el rostro de Marcel Mitchel proyectado sobre la pantalla.

—Me han dicho que estabas en la comisaría, pero te has ido antes de que pudiera hablar contigo.

Nicklas se encogió de hombros.

—Quería ver cómo estaba Alain, eso es todo.

—Entonces sabrás que él ha renunciado.

—Me lo ha dicho —contestó.

—Mira, Nick. Voy a ir al grano. Han aceptado mi propuesta para que seas tú el nuevo capitán de la policía de Marte.

Al tiempo que recibía la noticia Nicklas chocó con un transeúnte que caminaba en sentido contrario. Estaba tan absorto por la noticia que casi se le cae el dispositivo de mano.

—¿Qué has dicho?

—Ojalá tuvieras el mismo oído que vista. Te he dicho que eres el nuevo capitán de policía. Así que si quieres dejar de librar, puedes hacerlo. Ahora eres tú quien impondrá los horarios en el departamento.

—Joder, es imposible que me quieran a mí.

Marcel le dedicó una mirada severa.

—Muchacho, yo no sé por qué siempre eres tan crítico contigo mismo. La gente sabe que eres un buen policía y punto. Pero me vas a permitir un consejo. Deja esa mala lengua que tienes o mi última labor de capitán será lavarte la boca con jabón.

****

El día 5 del mes de Kumbha, antes de que el falso Sol de la colonia iluminara los techos y cúpulas, el ex-capitán de la policía de Marte, Marcel Mitchel, se bajaba del taxi. No llevaba equipaje, un agente de policía se había encargado de empaquetarlo todo y dejarlo dispuesto en el camarote que Marcel ocuparía. Se plantó delante de la enorme estructura del Hangar 2. Quería despedirse de aquella parte de su vida, que había durado demasiado a su parecer.

Tras los muros del hangar, más allá del espacio diáfano donde trabajaban los operarios y las grandes grúas movían las mercancías, estaba el desierto marciano, rojo, ocre y negro. Sobre una plataforma de despegue esperaba el transbordador espacial que le pondría de nuevo rumbo a la Tierra. Su familia le esperaba, aunque ya mermada por el implacable paso del tiempo, que le había arrebatado a su madre y un hermano mayor que él. Los miembros más jóvenes de la misma ni siquiera habían nacido cuando él se embarcó en su misión al planeta rojo.

Pensaba en ellos con vergüenza mientras atravesaba el hangar, siguiendo siempre la línea pintada en el suelo. El Marcel Mitchel que abandonaba Marte no era el mismo que cuando llegó. Entre medias del camino había conocido a mucha gente, influencias buenas y malas, que le hicieron enamorarse y perder la cabeza. Cometió errores imperdonables, pero había aprendido a vivir con ellos. En la soledad del planeta rojo, nadie se metía en tu vida si sabías apartarte de todo.

El vehículo rover, una camioneta de seis ruedas tan altas como un ser humano, se había detenido en la dársena para recoger a los que se embarcarían. Marcel hacía cola el último y estaba pensando en si Nicklas sería mejor capitán de lo que él mismo fue cuando alguien le llamó a su espalda. No esperaba encontrarse con Frank Pauli. El director de la Agencia Reguladora de Empresas vestía tan elegante como de costumbre, pero esta vez llevaba una larga gabardina abierta, dejando ver su traje de tres piezas gris marengo. Le tendió la mano y Marcel se la estrechó.

—¿Viene a despedirme, Frank?

—Vengo a darle las gracias.

Era una respuesta extraña.

—Usted no me debe nada.

—Al contrario, le ha hecho un favor a un buen amigo mío. Hablo de Nicklas, por supuesto.

—Atrapó al asesino —contestó Marcel—. Y es un gran policía. Se merecía el puesto.

—También Alain Dalmas lo merecía. De hecho creía que él iba a ser nombrado capitán. Y no sólo yo, todos lo creían.

Marcel se mostró molesto ante el comentario.

—¡Pues se equivocaban!

—Ya veo. E imagino que cierta vídeo-llamada a su despacho no ha tenido nada que ver con ello. Aquella que iba acompañada con las imágenes que le muestran a usted en una de esas depravadas fiestas con máscaras.

Los ojos del pequeño hombre se abrieron como platos. Nadie podía saber de aquello, excepto quien había realizado la llamada. En otras palabras, era Frank, o alguno de su organización, quien le había amenazado unos días atrás para que ascendieran a Nicklas con tal de no revelar aquella información.

—Está usted loco —le reprendió Marcel—. Yo no soy ni de lejos la persona más poderosa que estuvo en esa fiesta. Se está jugando la vida.

—Es cierto. Pero al contrario que usted, yo no necesito máscaras para ocultarme. Poseo algo mucho mejor. La verdad. La verdad de usted y de muchos otros hombres que participaban en el juego de Georgios. Le recomiendo que no diga nada de esto a ninguno de sus contactos y que viva lo que le queda tranquilo en la Tierra. Disfrute de una merecida jubilación y esconda bien sus secretos.

Frank se sacó algo de debajo de la chaqueta. Era una máscara blanca con rasgos rojos pintados en ella. Se la tendió a Marcel con disimulo y él la agarró deprisa. La escondió y arrugó bajo su propia chaqueta.

—¿Cómo obtuvo esas imágenes? ¿Y la máscara?

—Lo primero no voy a revelarlo, y esa máscara que le he dado es sólo una copia. Sé que usted destruyó la suya, no es tan tonto como para conservar algo así. Pero yo quería que tuviera un recuerdo antes de irse. Por si en alguna ocasión cambia de opinión sobre Nicklas y le vende a los peces gordos.

Marcel torció la sonrisa.

—No iba a hacerlo de todas formas —contestó—. Nicklas no necesita que nadie le meta en problemas, para eso se basta él mismo. Y usted, Frank, piense en si le conviene que alguien como él esté ahora al frente de la policía. Dice que no tiene una máscara, pero no es verdad. Usted tiene una, lo que pasa es que es tan buena que no se ve. Pero Nicklas, además de un ojo extraordinario, también tiene el instinto de un verdadero policía. Tarde o temprano se enfrentará a su amigo. El Perro de Norrebro puede volverse ahora el Perro de Marte.

La cola seguía avanzando a medida que los dos hombres hablaban y ya había llegado el momento en el que Marcel debía montar en el vehículo rover. Subió hasta él por una rampa y desde arriba le dedicó una mirada a Frank a modo de despedida.

El transbordador despegó minutos después y Frank Pauli ya iba camino de la cafetería donde había quedado con Nicklas para desayunar. Miró su reloj y comprobó que pasaba de la hora en la que se habían citado, por lo que le llamó.

—Nick, llegaré un poco tarde. Perdona, viejo amigo. Ve pidiendo un café para mí. No pienses ni por un momento que voy a dejar pasar la oportunidad de felicitarte en tu primer día como capitán.

Epílogo

Emil detuvo sus pasos para echar la vista atrás. Aunque sólo tenía cinco años y era demasiado pequeño para entender los motivos que iniciaron la guerra, ya sufría el dolor y la pérdida que ésta generaba. Parado en medio del camino de tierra, cada centímetro de su piel clamaba por el calor de sus padres, perdidos en algún lugar de aquella ciudad en ruinas de la que ahora huía. Los buscaba con la mirada cuando el viento levantó el polvo y las cenizas que dominaban el paisaje. Se tuvo que cubrir el rostro para proteger sus ojos y la nariz para contener el penetrante hedor a carne putrefacta de una fosa común. Se tambaleó, pero una mano firme evitó que el pequeño cayera al suelo.

—Aguanta un poco, criatura.

El padre Kosi, como todos le llamaban, era un religioso en misión de paz. Levantó a Emil en brazos y se lo llevó con el resto. Niños y niñas de todas las edades formaban una fila camino al exilio, recogidos de las diferentes ciudades arrasadas como la que acababan de abandonar. Ni siquiera los más mayores sabían dónde terminaría aquel viaje y camuflaban sus dudas cuidando de los más pequeños.

—Todavía no me has dicho cómo te llamas.

El hombre hablaba con voz paternal y Emil lo agradecía en una parte recóndita de su distraía conciencia. Pero seguía sin contestar. No podía.

—No importa, florecilla. Puedes hablar cuando quieras, nadie va a presionarte.

Llamó a una mujer del grupo de adultos que dirigían la marcha. Aunque aún era joven tenía el pelo blanco canoso. No era por gusto, el tinte y tantas otras cosas se habían convertido en artículos de lujo en tiempos de guerra. La mujer tomó a Emil en brazos y éste pegó su cara por instinto contra el hombro de la mujer. Había notado un olor familiar, jabón de la ropa, y con ello evadía el hedor a muerte que le rodeaba. En esa postura, Emil cayó rendido en un sueño profundo, víctima del cansancio. La mujer no tuvo valor de despertarlo y aunque pesaba en sus cansados brazos, cargó con él mientras proseguían la marcha.

En medio de sueños agitados, Emil despertó cuando ya atardecía. Aún estaba en brazos de la mujer de pelo canoso, pero ahora el grupo estaba sentado y alrededor del fuego de una hoguera. El padre Kosi era el único que permanecía de pie alumbrado por las llamas.

Presentaba un aspecto que intimidaba a Emil, pero aquella impresión dio paso a una admiración por parte del pequeño. El hombre estaba dando un discurso en el que mezclaba la religión Neocatólica con los hechos que habían sucedido. Emil no era ajeno al Neocatolicismo que practicaban en su país y en su mente encajó bien las palabras del padre Kosi sobre el Apocalípsis. Para el pequeño, los dragones infernales eran los drones con cañones de plasma que rugían por las calles, y los demonios eran los enmascarados que asaltaron su casa en mitad de la noche. Acordarse de ello le hizo temblar y la mujer le abrazó con fuerza.

El padre Kosi vio la escena y se acercó a Emil.

—No te asustes, florecilla —le dijo, y de debajo de su camisa sacó una cruz de hierro—. Este mundo será purificado como la Cruz lo purificó en el pasado. Hay fuerzas superiores a todo y un mundo nuevo surgirá de las cenizas. Tal y como está escrito, sucederá.

Aquella noche fue la primera en la que Emil pudo descansar desde que fuera arrancado de su hogar dos semanas antes, y por fin soñaba algo agradable. Los brazos de la mujer con el cabello plateado le daban a Emil algo bueno en qué pensar y le abrían la puerta al dulce recuerdo de su madre. Pero algo, un sonido lejano y familiar, hizo que se despertara de un sobresalto. Estaba en la parte trasera de una furgoneta aparcada en el improvisado campamento de refugiados, acurrucado entre mantas y media docena de niños de su edad. Pegó la oreja en la chapa de metal y entonces lo oyó de forma clara, el zumbido del dragón. Llevado por una fuerza irresistible, Emil saltó de su sitio, paso entre los cuerpos acostados de los otros niños y salió de la furgoneta. Empezó a correr hacia la tienda de campaña donde sabía que había adultos, pero antes de llegar, descubrió luces de linternas agitándose en las inmediaciones y se escondió.

Las experiencias vividas le hacían ser mucho más cauto y supo aprovechar las sombras para llegar hasta la tienda de campaña, a la que sin embargo, no entró. Había escuchado voces que provenían del interior, por lo que se acercó a gatas y oculto entre la alta hierba. Quería entrar y dar la voz de alarma porque sabía que afuera estaban los drones. Nunca olvidaría el zumbido que emitían, incluso había aprendido a calcular a qué distancia estaban. Demasiado cerca en ese momento.

Llevado por la urgencia de la situación, se asomó por un pliegue de la tienda de campaña. Lo que vio dentro le impactó y aunque no podía entender qué ocurría, se quedó paralizado. La mujer del pelo gris estaba tumbada y dos hombres, demonios enmascarados y vestidos como los que asaltaron su casa, estaban encima de ella. La mujer ahogaba sus gritos bajo la mano de uno de aquellos militares,

mientras el otro se movía sobre ella sujetando las piernas de la mujer en alto. Entonces sobrevino la explosión. En un parpadeo, a Emil le pareció que se había hecho de día, y al levantar la vista descubrió la furgoneta donde había dormido con otros niños ardiendo. Los drones habían llegado y lanzaban su fuego de dragón infernal sobre la caravana del padre Kosi.

La situación superaba al pequeño Emil quien, conmocionado, se encontró a sí mismo andando en medio de un caos de fuego y restos de los vehículos que formaban la caravana. Pero el pequeño resultaba invisible en medio de la acción y los hombres con máscaras de gas no reparaban en él, o no les importaba que estuviera allí. Unos minutos después, tiempo que Emil no pudo determinar, los militares parecieron darse por satisfechos y el ruido de sus armas cesó. No así el horror de sus actos. Y en el centro de lo que había sido el campamento de refugiados, los militares empezaron a apilar cadáveres ante la atónita mirada de Emil, quien permanecía agachado tras los restos carbonizados de un jeep. El pequeño reconoció a la mujer del pelo blanco y al resto de los adultos. El cadáver desnudo de la mujer que le había socorrido miraba con ojos vacíos el cielo estrellado, mientras su cuerpo se escurría de la parte superior de la pila. Sólo quedaba un adulto vivo, el padre Kosi. Le llevaban dos de aquellos demonios cogido por los hombros. Emil, que había estado agachado observando, se puso en aquel momento en pie y Kosi le vio. Un militar a cada lado le estiraron los brazos en forma de cruz. Se burlaban de él, pero Kosi lo soportaba con gesto estoico. La sangre le caía por la frente y casi le cubría el rostro, y a pesar de ello se dirigió a los militares como si aún tuviera el poder de dar un sermón.

—La Cruz es la única cosa que salvará este mundo —un puñetazo en el vientre hizo que se detuviera, pero recobró el aliento—. Cenizas... No evitaréis que las flores sobrevivan en vuestro mundo de cenizas.

Uno de los militares se colocó frente a él y el discurso terminó con el padre Kosi muerto de un disparo en la cabeza. Su cuerpo cayó en la hierba tal como estaba, con los brazos en cruz.

Fin